
SU TESTIGO
Desafiante
EL CLAN GRAVITCH
LEONA WHITE

SU TESTIGO DESAFIANTE

LEONA WHITE

Copyright © 2026 por Leona White

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de breves citas en una reseña de libro.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Dimitri
2. Tatiana
3. Dimitri
4. Tatiana
5. Dimitri
6. Tatiana
7. Dimitri
8. Tatiana
9. Dimitri
10. Tatiana
11. Dimitri
12. Tatiana
13. Dimitri
14. Tatiana
15. Dimitri
16. Tatiana
17. Dimitri
18. Tatiana
19. Dimitri
20. Tatiana
21. Dimitri
22. Tatiana
23. Dimitri
24. Tatiana
25. Dimitri
26. Tatiana
27. Dimitri
28. Tatiana
29. Dimitri
30. Tatiana

31. Dimitri
32. Epílogo

También por Leona White

SINOPSIS

Servía copas en un casino propiedad de unos monstruos.

Entonces, fui testigo de la muerte de un hombre en el callejón.

Sangre sobre el hormigón.

Un disparo que no puedo olvidar.

Y de repente, *la presa soy yo.*

La policía no va a protegerme.

Alguien entra en mi casa.

Alguien deja pruebas de que lo he visto todo.

Así que acudo al último hombre en el que debería confiar.

Dimitri Gravitch.

Mi jefe.

Mi enemigo.

El diablo tras el cordón de terciopelo.

Dice que me mantendrá con vida.

Pero **la seguridad se parece mucho a una jaula.**

Ahora vivo en su ático,

duermo bajo la vigilancia de sus guardias,

y *respiro según sus reglas.*

Ellos me quieren muerta.

Él me quiere para él.

Y cuando la guerra nos alcance a los dos,

me daré cuenta de una terrible verdad:

Nunca fui solo una testigo.

Siempre fui el premio.

Nota de la autora: Un romance oscuro y emotivo de la Bratva con diferencia de edad, una dinámica de enemigos a amantes, convivencia forzada y un héroe ferozmente protector y posesivo. Prepárate para encontrar peligro, obsesión y una heroína que se niega a doblegarse.

1

DIMITRI

Las cartas no se preocupan de quién soy. Me muestran la misma imparcialidad que le dan a cualquier hombre que se sienta en este tapete para jugar. Esta noche estoy en igualdad de condiciones, aunque no estoy realmente aquí para jugar. Mis ojos siguen el flujo de personas a mi alrededor, observando a una mujer en particular.

—¿Señor? —murmura el crupier, y lanzo mi apuesta, sin dejar de seguir con la mirada a Tatiana por la sala.

La blusa blanca que lleva está desabrochada en la parte superior, dejando ver un poco de su sostén de encaje rosa debajo, y me imagino unas bragas de seda a juego bajo esa falda corta y voluminosa que lleva puesta. Me vuelve loco cómo se viste. Todos los hombres de este lugar la miran descaradamente, aunque si supieran la reclamación que he hecho, se retirarían.

—Gana el banquero —dice el crupier en mi periferia mientras giro para mantener a Tatiana a la vista.

Ella ha estado evitándome esta noche, lo cual no es una buena idea por su parte, aunque sabe que su trabajo está seguro. Nunca la despediría. Estoy demasiado obsesionado con ella como para dejarla

ir. Y ella sabe de mi obsesión, pero tampoco ha pedido que la trasladen a otro piso o sección del casino. Lo cual solo me anima más.

Levanto la mano lentamente, asegurándome de captar su mirada antes de que una oscura expresión de disgusto cruce su rostro. El juego continúa detrás de mí mientras me doy la vuelta.

Durante meses la he visto moverse por este lugar con tanta comodidad. Desde que regresé a casa desde Moscú, he probado la vida nocturna y las mujeres de por aquí, pero ninguna ha llamado mi atención como ella. Sé los días en los que trabaja, dónde va cuando sale a fumar y cómo se agita cuando llega dos minutos tarde a su turno.

Y mientras camina hacia mí llevando su bandeja con una copa fresca para mí, la sala parece desvanecerse en un ruido lejano. Tatiana es una de las pocas mujeres en este planeta que puede hechizarme tan profundamente, que me hace olvidar quién soy y lo que ocurre a mi alrededor. Lo máximo que le he hablado es un por favor o gracias por una copa que me sirve, pero me pertenece. Simplemente no lo sabe aún.

—Señor —dice, colocando la copa sobre el tapete frente a mí. La forma en que se estira la pone de espaldas a mí mientras se inclina para dejar un posavasos y colocar el vaso sobre él. Un trozo de su piel asoma entre el dobladillo de su camisa y la cintura de su falda, revelando una piel bronceada.

—Siempre tan respetuosa —le digo, pero mi mano tiene mente propia y definitivamente no es respetuosa.

Mi palma se desliza por la parte trasera de su muslo bajo esa falda roja voluminosa hasta que la punta de mi pulgar roza la goma de sus bragas y aprieto con fuerza. No estoy borracho. Simplemente sé lo que quiero y lo tomo.

—Dios —murmuro, imaginando esos muslos alrededor de mi cara, pero la mano de Tatiana se abate hacia abajo, apartando mi brazo de un golpe.

—Por el amor de Dios, quítame las manos de encima —su ceño fruncido mientras se aleja y agarra la bandeja contra su pecho es adorable, aunque estoy seguro de que si se lo digo, me ganaré otro golpe en la cara—. No se puede tocar así a las mujeres.

—Lo hago cuando soy su jefe —digo, levantándome. El murmullo de voces alrededor de la mesa de baccarat se calma, pero los hombres con los que juego saben bien ocuparse de sus propios asuntos—. ¿Por qué me has estado evitando, Tatiana? Es la primera vez que la agarro así, pero maldita sea, ya no puedo controlarme cerca de ella.

—No lo he hecho —retrocede, todavía frunciendo el ceño, pero parece un poco asustada. No quiero que me tema en absoluto, pero desafortunadamente, tengo ese efecto en la gente.

—Sí lo has hecho —le digo, tomándola del codo para acercarla de nuevo hacia mí. He visto a hombres en esta misma sala de juegos hacer cosas peores que yo. Sé que no es ajena a decirle a un hombre que basta cuando ha tenido suficiente. Por eso mi mano recorre la curva de su muslo exterior, y luego vuelve a ascender, arrastrándose hacia la línea de sus bragas—. Y es obvio... Así que estoy haciendo cambios en el turno.

—¿Qué? —pregunta, apartando mi mano hacia abajo.

—Sí... Y después de tu turno esta noche, quiero que vengas a mi penthouse para discutirlo —le aprieto firmemente de nuevo, y esta vez, ella agarra mi muñeca y la aparta de su pierna.

—Por favor, no me vuelvas a tocar. Y no iré a tu penthouse por ninguna razón. No me importa si eres mi jefe —Tatiana levanta mi brazo y luego lo suelta mientras da un paso hacia atrás, pero yo agarro su muñeca y la detengo mientras me levanto lentamente y saco mi cartera.

—Olvidaste tu propina, cariño —las mujeres que me hacen correr un poco son las mejores. No se dan cuenta de que el depredador que llevo dentro disfruta del subidón de la caza.

Abro mi cartera y saco unos cuantos billetes de cien dólares, luego los doblo cuidadosamente mientras Tatiana observa. Sus ojos se posan en el dinero y luego miran alrededor de la habitación, y su lengua se desliza por su labio inferior.

Sé cómo hablan de mí las mujeres de este lugar, como si fuera un pedazo de carne. Puede que sea un poco mayor, pero aún no he perdido mi estilo. Estoy en mi mejor momento, y valgo mucho dinero, sin mencionar el poder que lleva mi apellido. Tatiana no puede resistirse a eso, ni aunque lo intente. Además, está tan atraída hacia mí como esas otras mujeres. Simplemente lo niega.

Los billetes se deslizan entre sus pechos mientras los empujo por el escote de su blusa. Ese encaje rosa se abre para permitirles el paso, y se quedan ahí cuando retiro mis dedos. Aunque preferiría estar acariciándola de nuevo.

—Tan pronto como termine tu turno —digo con un tono de advertencia.

Tatiana gira sobre sus talones y se marcha furiosa, sus pasos resonando en el suelo de baldosas mientras la falda baila con cada movimiento. Dios, tengo una erección y estoy seguro de que ella lo sabe. Esas caderas nunca se habían movido tanto en su vida.

Me siento de nuevo, pero no hay manera de que pueda concentrarme en el juego después de esa interacción. Lo único que puedo hacer es observar cada movimiento que hace, estudiar su expresión facial mientras atiende a diferentes mesas, y contar los segundos hasta que cruce el umbral de mi penthouse, donde tendremos verdadera privacidad y la oportunidad de descubrir exactamente qué hará la señorita Tatiana Sarnova cuando se entere de que será mi camarera personal de ahora en adelante.

2

TATIANA

El reguero de la mano del jefe aún arde en mi muslo una hora después de que me tocara allí delante de todos. Me abro paso entre las máquinas tragaperras hacia la siguiente sección, y aquellos billetes que me metió dentro del sujetador crujen contra el sostén con cada paso. No los voy a sacar donde la gente pueda verme hacerlo porque eso es exactamente lo que él quiere: verme humillada. Todavía me está observando desde el otro lado de la sala del casino, y siento su mirada perforándome la espalda.

La bandeja se mueve en mis manos, y ajusto el agarre mientras me obligo a respirar por la nariz. Mi cuerpo no deja de reaccionar hacia él, y lo odio porque eso le da la razón en algo. Su mano no estaba vagando por accidente y ambos lo sabemos. Me tocó para reclamarme como suya delante de aquellos hombres en la mesa de baccarat, y Dios mío, cómo me cabrea.

No pertenezco a nadie, y nunca lo haré mientras tenga aire en mis pulmones.

La ruleta está abarrotada de jugadores borrachos que llevan aquí desde que comenzó el turno de tarde hace horas. Tras una parada en la cocina para rellenar, dejo la bandeja en el puesto de servicio

junto a tres hombres de cincuenta y tantos que se apoyan contra el fieltro gritándole a un crupier que parece estar a punto de dimitir. Uno lleva una cadena de oro lo suficientemente gruesa como para estrangular a alguien y su camisa está abierta hasta el esternón. El sudor brilla en su pecho y el hedor a vodka sale de él en oleadas que se mezclan con demasiado colonia.

—Chupitos —gruñe sin mirarme mientras empuja fichas sobre el fieltro—. Tráenos dobles porque estoy a punto de ganar a lo grande.

Dejo las otras bebidas y me giro hacia la barra, pero su mano sale disparada y agarra mi antebrazo antes de que dé un solo paso. Los dedos se clavan en mi piel con fuerza suficiente como para hacerme doler los huesos. Me quedo paralizada y mi pulso golpea contra la garganta mientras le lanzo una mirada dura.

—¿Me has oído? —su pulgar hace círculos en la carne blanda sobre mi muñeca—. Dobles, cariño, y no te tomes tu dulce tiempo.

Tiro de mi brazo hacia atrás y sus dedos se deslizan, pero la sensación fantasma de haber sido agredida permanece. ¿Qué demonios les pasa a estos hombres pensando que pueden ir por ahí cogiendo a las mujeres? Supongo que si el dueño del casino lo hace, ellos piensan que también pueden hacerlo.

La bandeja traquetea cuando la levanto y mi mandíbula se tensa mientras obligo a las palabras a salir entre dientes apretados.

—Mantén tus manos para ti —le digo, encontrando sus ojos inyectados en sangre sin pestañear—. Te traeré tus bebidas, pero no me toques de nuevo o la seguridad te acompañará a la salida.

Se ríe, y el sonido raspa mis oídos como uñas arrastrándose por una pizarra.

Sus amigos se unen, y sus risas se mezclan en un muro de ruido que hace que me duela el cráneo mientras me doy la vuelta y camino hacia la barra antes de que pueda alcanzarme por segunda vez.

Llevo seis horas de pie sin un descanso de verdad, y la parte baja de mi espalda me duele tanto que ya no puedo mantenerme erguida.

La barra de servicio está abarrotada de camareras gritando pedidos al barman que se mueve rápidamente detrás de la barra. Me cuelo entre dos mujeres y me apoyo en la barra mientras espero. La madera está pegajosa bajo mis antebrazos, y huelo cerveza derramada mezclada con jugo de lima y granadina. Mi estómago se revuelve, y trago fuerte para evitar que las náuseas suban más allá de mi pecho.

Zoya está a mi lado con una bandeja vacía apoyada en su cadera, y se ve tan exhausta como yo me siento. Ojeras oscuras sombrean sus ojos, y el pintalabios se ha desgastado excepto por un leve tinte rosado alrededor de su boca. Me mira y luego vuelve a mirar a los bármanes que agitan cócteles y sirven filas de chupitos.

—Esta noche no terminará nunca —cambia el peso de un pie a otro —. Llevo tres horas sirviendo al mismo grupo de imbéciles y no me han dado ni una propina.

Asiento porque sé exactamente lo que quiere decir y no hay nada más que añadir. Cada noche hacemos el mismo baile: idiotas que no dejan propinas, hombres que te manosean. No es un trabajo fácil, pero las propinas pagan mi alquiler.

Aun así, cada turno parece más largo que el anterior y las propinas empeoran semana tras semana. Los hombres aquí esperan que sonriamos y nos riamos de sus chistes y dejemos que nos toquen cuando se sientan con derecho. Se supone que debemos estar agradecidas por la atención porque somos camareras y ellos están gastando dinero en las mesas.

Estoy tan cansada de fingir gratitud que me duele la cara de sostener sonrisas toda la noche.

—Estoy pensando en dimitir pronto —Zoya alcanza más allá de mí para coger una bandeja que uno de los bármanes desliza por la

barra—. El dinero ya no vale la pena, y estoy harta de que me toquen el culo cada cinco minutos algún borracho que cree que le debo algo.

—Si tuviera otra opción, también me iría… —hago una mueca mientras ella coge su bandeja, la equilibra sobre su hombro y se marcha, luego espero a que llegue mi siguiente pedido.

Si admito que quiero dimitir, entonces tengo que enfrentarme al hecho de que no tengo a dónde ir. Este trabajo paga mi alquiler y pone comida en mi mesa, y no puedo permitirme dejarlo, por mucho que odie estar aquí. Mi primo depende de mí para ayudarle con sus facturas médicas y mi madre llama dos veces al mes preguntando si puedo enviarle dinero para la compra.

Dimitir no es una opción ahora mismo, aunque lo fantasee en cada turno.

El barman finalmente me mira, y pido chupitos dobles sin especificar qué marca de vodka quieren. Están demasiado borrachos para notar la diferencia y yo estoy demasiado cansada para preocuparme por hacerles las bebidas perfectas. Por no mencionar que las bebidas de alta gama solo los emborrachan más rápido. Sírvele los chupitos y los coloca en mi bandeja, y la levanto con cuidado para evitar derramar nada.

Gold Chain coge su vaso antes incluso de que apoye la bandeja sobre la mesa y se toma el vodka de un trago, golpeando el vaso contra el fieltro con tal fuerza que el crupier se sobresalta. Reparto el resto de las bebidas y me doy la vuelta para marcharme antes de que alguno de ellos pueda detenerme o pedirme más. Por fin mi sección está disminuyendo el ritmo, y necesito un descanso antes de que mis piernas cedan.

Atrapo la mirada de Linda cerca de las mesas de blackjack y señalo hacia la salida trasera para hacerle saber que voy a salir un momento. Ella asiente y se vuelve hacia un jugador que la llama agitando un billete de cincuenta dólares en su puño. Me abro paso

entre las filas de máquinas tragamonedas y empujo la pesada puerta que conduce al pasillo del personal. El ruido de la sala del casino se desvanece detrás de mí, y el repentino silencio demuestra lo mucho que me están zumbando los oídos.

Mis pies me llevan más allá de la sala de descanso y los armarios de almacenamiento hasta que llego a la puerta trasera que da a un callejón. La empujo y salgo al aire que está más caliente que el frío aire acondicionado atrapado en el interior. La puerta se cierra detrás de mí y me apoyo contra la pared de ladrillo mientras rebusco en el bolsillo de mi delantal en busca de cigarrillos y un mechero. Le doy al encendedor, pero me lleva tres intentos antes de que la llama prenda.

La primera calada llena mis pulmones de humo, y lo retengo durante un largo momento antes de exhalar lentamente por la nariz. La nicotina corre por mi torrente sanguíneo y mis músculos comienzan a relajarse uno a uno, desde el cuello hasta las pantorrillas. Cierro los ojos y reclino la cabeza contra el áspero ladrillo que raspa mi cabello y presiona mi cuero cabelludo.

La mano de Dimitri en mi muslo vuelve a aparecer en mi mente, y todavía puedo sentir el calor de su palma. Apretó mi carne como quien prueba una fruta en el mercado para ver si está madura. Si hubiera sido un avance deseado, habría sentido mariposas en el estómago o un cosquilleo de excitación, pero en ese entorno fue repulsivo. No es que Dimitri sea repulsivo—joder, no. Nadie podría acusar al jefe de eso. Es una maldita obra de arte, un espécimen masculino tan perfecto que cualquier mujer caería a sus pies en adoración si él dirigiera su atención hacia ella, y allí estaba yo, apartándolo.

Pero ¿no es eso lo que se supone que debo hacer cuando un hombre en el trabajo me manosea?

Voces flotan desde algún lugar más profundo del callejón, cerca de los contenedores de basura, y abro los ojos pero no me aparto de la pared porque la gente pasa por aquí todo el tiempo. Las voces se

hacen más fuertes y escucho pasos raspando contra el hormigón mezclados con alguien respirando con dificultad por la boca.

La voz de un hombre suplica por algo, pero no puedo distinguir las palabras. Parece que está aterrorizado y está hablando en serbio o quizás ucraniano. No puedo distinguir cuál.

Me quedo inmóvil contra la pared con el cigarrillo quemándose entre mis dedos. El instinto me dice que me quede callada y escondida detrás de un contenedor de basura que bloquea la mayor parte de la vista, pero mi corazón se acelera y golpea contra mis costillas. Los pasos se detienen y escucho ruidos antes de ver un poco de movimiento. Estoy oculta en una sombra oscura y ellos están a la luz, así que dudo que me vean, pero observo cómo dos hombres arrastran a un tercero a la vista y lo empujan contra la pared boca abajo.

El hombre del medio solloza y sus piernas flaquean, pero los otros dos lo mantienen erguido sujetándolo por los brazos. Uno es alto, con hombros anchos que tensan su chaqueta, y el otro es más bajito, con la cabeza rapada que brilla bajo la luz tenue. El hombre que están sujetando se desploma entre ellos y su cabeza cuelga hacia adelante.

Ambos hablan con rudeza en el idioma que sea, y puedo intuir que algo malo está a punto de suceder. Mi instinto me dice que corra, pero no puedo apartar la vista de la escena.

El alto saca una pistola de dentro de su chaqueta y apoya el cañón en la parte posterior del cráneo del otro hombre. El metal brilla bajo la luz de arriba, y mi respiración se detiene por completo en mi pecho. Mis pulmones arden por retener el aire, pero no puedo obligarme a exhalar porque cualquier sonido podría delatarme. El cigarrillo se me cae de los dedos y aterriza en el hormigón cerca de mis pies, pero no me atrevo a moverme para apagarlo.

Tras más gritos, un disparo resuena en el callejón y el sonido rebota en las paredes que nos rodean. La cabeza del hombre se sacude

hacia adelante y la sangre salpica el ladrillo frente a él antes de que su cuerpo quede completamente flácido. Los dos hombres que lo sujetaban lo sueltan y él se desploma en un montón mientras la sangre comienza a formar un charco alrededor de su cuerpo.

Mi estómago se revuelve y la bilis sube por mi garganta, pero la trago y presiono mi cuerpo contra la pared de ladrillo detrás de mí.

El alto desliza su pistola de nuevo dentro de su chaqueta y ambos hombres se alejan del cuerpo. Caminan rápidamente hacia el otro extremo del callejón donde no llegan las farolas, y sus pasos se desvanecen en la distancia.

Pero yo sigo pegada a la pared con el corazón palpitando. Acabo de ver cómo dos hombres mataban a alguien y he visto sus caras. Mis piernas no se mueven y mis dedos se clavan en el áspero ladrillo hasta que los bordes penetran en mi piel y extraen sangre debajo de mis uñas.

Su cuerpo yace inmóvil en el suelo, a diez pies de donde estoy de pie, mientras la sangre se acumula bajo su cabeza y se extiende por el hormigón en una mancha oscura que parece negra. Su rostro está vuelto hacia otro lado, pero puedo ver su mano extendida a su lado con los dedos curvados hacia la palma. Un anillo de oro brilla en su cuarto dedo, y su manga está subida más allá de la muñeca, revelando un tatuaje de un pájaro en vuelo.

No sé cuánto tiempo paso allí mirándolo antes de que mi cerebro finalmente envíe una señal para moverme. Mis rodillas se desbloquean y doy un paso hacia atrás hacia la puerta y luego otro. Me siento torpe y descoordinada mientras camino tambaleándome hacia la entrada. El pomo de la puerta está frío, lo que me ayuda a salir un poco del shock, pero la abro con tanta fuerza que golpea contra la pared exterior del edificio antes de que me meta dentro y aspire una bocanada de aire más fresco.

El pasillo está vacío y en silencio, excepto por el sonido de mi respiración que viene demasiado rápida y superficial. No es una

buena señal. Estoy totalmente sola aquí atrás. Si esos hombres escucharon la puerta golpearse, podrían darse cuenta de que alguien los estaba observando. Podrían venir a por mí después.

Cierro la puerta detrás de mí y me apoyo en ella mientras intento forzar el aire de vuelta a mis pulmones. Mis manos tiemblan tan violentamente que tengo que presionarlas contra mis muslos para que se detengan.

La imagen del cuerpo del hombre golpeando el suelo se repite una y otra vez en mi mente, y no puedo hacer que se detenga por mucho que apriete los ojos.

¿Qué coño acaba de pasar? ¿Y de verdad quiero quedarme para averiguar qué sucede a continuación si saben lo que he visto?

3

DIMITRI

La sala del casino se tranquiliza finalmente hacia las tres de la madrugada, cuando la mayoría de los jugadores de apuestas altas cobran sus ganancias y se dirigen tambaleándose hacia las salidas. Tomo el ascensor privado hasta mi oficina en el ático, y las puertas se deslizan para revelar la vista panorámica de las luces de Las Vegas. Mi escritorio está situado junto a la pared más alejada, donde tengo privacidad pero aún puedo admirar la vista, y me dejo caer en la silla de cuero detrás de él mientras me aflojo la corbata. La tela tira de mi cuello, y la arranco por completo antes de arrojarla sobre el escritorio.

Mis dedos encuentran el teclado, y reproduzco las grabaciones de seguridad de esta noche donde aparece la sección de Tatiana en mi pantalla. Retrocedo en las imágenes hasta encontrarla sirviendo bebidas en la mesa de baccarat con esa maldita falda voluminosa que me excita tanto. Se mueve entre los jugadores con esa bandeja perfectamente equilibrada en una mano y sus caderas balanceándose tanto que me hace palpitar incluso ahora. Me inclino hacia adelante y apoyo los codos en el escritorio mientras la veo rechazar el avance de un borracho con una mirada que podría cortar vidrio.

Esa rebeldía me afecta de una manera que ninguna sumisión de otras mujeres ha logrado. He tenido a muchas mujeres arrojándose a mí a lo largo de los años debido a mi apellido, mi dinero o ambos. Todas quieren algo y están dispuestas a abrirse de piernas para conseguirlo, pero la resistencia de Tatiana me hace querer arruinarla y poseerla.

Reproduzco el momento de antes cuando mi mano se deslizó por su muslo bajo la falda, y observo cómo se tensa la expresión de su rostro. Su piel estaba cálida y suave bajo mi palma, y se tensó en el momento en que la toqué, pero no gritó ni armó un escándalo. Lo manejó con ese mismo control frío que usa para gestionar a todos los borrachos de la sala. Pero noté cómo su pulso se aceleraba en su garganta cuando apreté su pierna y sé que no es tan indiferente como pretende serlo.

Quiero derribar esos muros que ha construido a su alrededor y hacerla admitir que siente esta atracción entre nosotros. Y quiero tenerla bajo mí en mi cama con sus piernas alrededor de mi cintura y sus uñas clavándose en mi espalda mientras me suplica que continúe… escuchar mi nombre en sus labios cuando se descontrole. Y joder, quiero ver ese fuego rebelde en sus ojos convertirse en una necesidad desesperada. Se someterá a mí eventualmente porque todas lo hacen una vez que decido que las quiero.

La grabación muestra que sale a fumar, y la veo dirigirse hacia la entrada de empleados, pero no hay una cámara directa en el exterior del edificio donde pueda verla. Trabaja demasiado duro por muy poco dinero y merece algo mejor que servir bebidas a hombres que no aprecian lo que tienen delante.

Podría darle todo lo que necesita si me lo permitiera.

Podría mudarla a este ático, vestirla con sedas y diamantes y asegurarme de que nunca tenga que servirle a otro borracho por el resto de su vida. Todo lo que tiene que hacer es dejar de luchar contra mí y aceptar que esto entre nosotros es inevitable. Pero no lo pondrá fácil. No suelo equivocarme cuando leo tan bien a alguien.

Luchará con uñas y dientes, y terminará necesitando algo de mí antes de ceder.

Eso no significa que no pueda mover algunos hilos para crear un entorno donde se vea obligada a venir a mí, pero aún no llegaré a eso. Veremos cómo le va cuando trabaje directamente para mí.

Apago las grabaciones y me recuesto en la silla mientras me paso ambas manos por el pelo.

Mi teléfono está sobre el escritorio junto a un vaso de vodka medio vacío, y lo cojo para marcar el número de mi hermano. Yuri contesta al segundo tono y su voz suena áspera por demasiados cigarrillos y muy poco sueño.

—Estás llamando tarde —gruñe, aunque sé que no ha dormido más de una hora seguida desde que éramos adolescentes—. ¿Qué quieres? Siempre el malhumorado cascarrabias….

—Quería preguntar por Vadim —levanto el vaso de vodka y lo bebo de un trago.

Yuri guarda silencio por un momento, y lo oigo exhalar humo al otro lado de la línea. —Llegó hace tres días y ha estado en la casa, ayudando con las cosas de la propiedad.

Vadim se marchó hace meses para cazar a cada uno de los hombres involucrados en la muerte de mi sobrino, y no regresó hasta que el trabajo estuvo terminado. Los hombres que se llevaron al hijo de Yuri están todos muertos ahora, y sus cuerpos fueron arrojados donde nadie los encontrará jamás.

—Bien —le digo mientras sirvo otro vaso y observo el vodka chapotear en mi copa—. Hizo lo que había que hacer.

—Lo hizo. —Hablar de Dominic es difícil para todos, pero finalmente podemos darle descanso. Y eso trajo cierta sanación a lo que estaba roto entre mi hermano y yo—. Pero ahora tenemos problemas más grandes que el duelo, y lo sabes.

Sabía que esto iba a pasar porque el sindicato balcánico ha estado rondando como buitres desde que eliminamos a esos políticos serbios corruptos que protegían sus operaciones. Cortamos su cobertura política y sus rutas de contrabando de un solo golpe, y no son del tipo que perdona fácilmente.

—¿Los Balcanes van a tomar represalias? —pregunto mientras agito el vodka en mi vaso y observo cómo se mueve. Yuri no es ningún tonto. Puede deducir lo mismo que yo—. Solo es cuestión de cuándo y con qué fuerza nos golpeen.

—Exactamente. —La voz de Yuri se vuelve más baja, y escucho cómo el cansancio se filtra en sus palabras—. Tengo hombres vigilando cada propiedad y cada negocio, pero ellos son pacientes e inteligentes.

Los Balcanes no se lanzan a una pelea sin planificar cada detalle, hasta la última bala y el último cuerpo. Esperarán hasta que bajemos la guardia o encuentren una debilidad que puedan explotar y usar contra nosotros. Entonces golpearán rápido y dejarán cadáveres a su paso como mensaje para cualquiera que piense en cruzarlos. Ya han demostrado que pueden llegar a la gente que nos rodea—Yaros Veche casi nos acaba, igual que Marat y Victoria.

—¿Qué necesitas de mí? —pregunto mientras dejo mi vaso—. Puedo mover más hombres para turnarse en el casino o enviar a algunos de los míos para ayudar a cubrir tus ubicaciones.

—Mantén a tu gente donde está por ahora, y permanece alerta ante cualquier cosa inusual. —Yuri hace una pausa, y escucho que toma una larga calada de su cigarrillo antes de continuar—. Si algo pasa, te llamaré de inmediato, pero hasta entonces, mantenemos operaciones normales y no mostramos debilidad.

Operaciones normales mientras esperamos un ataque que podría llegar desde cualquier dirección en cualquier momento y pillarnos desprevenidos. Es la peor parte de esta vida porque la anticipación te carcome peor que la violencia misma. Terminas durmiendo con un

ojo abierto y viviendo con la mirada en el retrovisor. Pero al menos cuando empiezan a volar balas, sabes dónde estás, quiénes son tus enemigos y qué quieren.

—Mantendré los ojos abiertos y las orejas al tanto aquí —le digo mientras me levanto y camino hacia la ventana—. Aunque no estoy seguro de que se metan con el casino. —Si los Balcanes van a hacer algo, será a través de un aliado, quizás los Kozlov o los Veche. Y no tenemos ningún problema con ellos aquí en el Titan.

—Bien. —El tono de Yuri cambia levemente y se vuelve más fraternal y menos enfocado en los negocios que hace un momento—. ¿Cómo va todo por tu parte?

Después de años de vivir alejado de esta familia en Moscú y luego regresar, he llegado a ver la sabiduría en las formas de mi padre. Yuri es, sin duda, el líder adecuado para esta familia. Yo nunca habría podido tomar las decisiones que él está tomando. ¿Y quién demonios querría tanto estrés, de todos modos?

—Todo va bien… Solo mantengo las cosas funcionando sin problemas por aquí.

—Bueno, me alegra que hayas vuelto, hermano. San Petersburgo no ha sido lo mismo sin ti. Nuestra madre también estaría contenta de que estés en casa. —El cálido sentimiento de Yuri es prueba de que su esposa está cambiando las cosas. La llegada de un nuevo bebé está tirando fuerte de nuestras raíces y recordándonos que no vivimos para siempre. Aquellos que son importantes para nosotros importan más, y si no estamos juntos, ¿qué nos queda?

Terminamos la llamada después de unos intercambios más sobre protocolos de seguridad y problemas en la cadena de suministro que deben manejarse pronto. Dejo el teléfono y me giro para enfrentar mi escritorio, donde los monitores oscuros reflejan mi propio rostro en el cristal. Tatiana no apareció aquí esta noche, así que mañana la acorralaré durante su turno y le haré una oferta que no podrá rechazar fácilmente o de la que no pueda alejarse.

Tal vez la vincule a un ascenso que venga con un mejor sueldo y horarios más fáciles fuera del piso. Tal vez le ofrezca la oportunidad de trabajar como mi asistente personal, donde estará más cerca de mí día y noche. De cualquier manera, la arrastraré más profundamente a mi mundo hasta que no tenga más remedio que ver que luchar contra esta atracción entre nosotros es inútil y agotador.

Terminará en mi cama eventualmente porque siempre consigo lo que quiero al final, sin excepción. Es solo cuestión de tiempo y paciencia, y de encontrar el punto de presión correcto para aplicar hasta que su resistencia se derrumbe.

Sirvo un vaso más de vodka y me lo bebo antes de dirigirme hacia mi habitación, donde pasaré las próximas horas pensando en todas las formas en que planeo hacer mía a Tatiana, esté lista o no.

Y cuando me despierte, tendré un objetivo.

4

TATIANA

La bandeja se me escurre de las manos en la mesa de ruleta y los vasos se hacen añicos por el suelo en un rociado de hielo y vodka que me salpica los tobillos y se desliza hasta los talones. Linda aparece a mi lado en cuestión de segundos, y su boca se mueve, pero no puedo procesar las palabras que está diciendo por el sonido que se repite en mi cabeza en un bucle interminable.

Ese disparo me va a perseguir el resto de mi vida. Si tan solo no hubiera visto lo que ocurrió, podría sacármelo de la cabeza, pero no dejo de imaginar el cuerpo de aquel hombre tirado en un charco de sangre y—

—Tatiana, ¿me estás escuchando siquiera? —Linda chasquea los dedos directamente frente a mi cara y me obligo a concentrarme en su expresión, que ha pasado de molesta a preocupada—. ¿Qué demonios te pasa esta noche? Llevas una hora completamente ida, y ahora tiras bandejas y rompes vasos por todo mi suelo.

Parpadeo un par de veces y miro mis zapatos empapados antes de responder, pero cuando hablo, más bien es un murmullo que un discurso claro. —Yo, eh… no me encuentro bien —aprieto mi mano vacía contra el vientre y hago una mueca poco convincente—. Debe

ser una intoxicación alimentaria o algo así. Probablemente debería irme a casa. De todas formas, no puedo terminar el turno. No con ese sonido atormentándome.

Linda frunce el ceño y mira rápidamente el suelo antes de hacerle una señal a alguien detrás de mí, probablemente para que limpie los cristales. No es una mala jefa, pero no suele mostrarse muy amable en este tipo de situaciones.

—Tienes un aspecto horrible… —Sus palabras son las que corresponderían a un jefe, pero su rostro refleja frustración.

—Solo necesito dormirlo y estaré perfectamente bien para mañana cuando empiece mi siguiente turno. —Me agacho para empezar a recoger los cristales rotos, pero mis manos no dejan de temblar. Un trozo me corta la palma y la sangre brota al instante.

Linda me agarra la muñeca con firmeza y me levanta antes de que pueda hacerme más daño a mí misma o crear un desastre mayor en su suelo. —Deja los cristales… Marca la salida ahora mismo antes de que te lastimes más. Haré que alguien más limpie este lío y cubra tu sección el resto del turno nocturno.

Asiento sin procesar realmente lo que está diciendo y camino tambaleándome hacia el pasillo trasero con las piernas temblorosas. El vestuario de empleados está completamente vacío cuando abro la puerta, y apoyo la frente contra el metal frío de los casilleros mientras intento desesperadamente recordar mi combinación a través de la niebla que llena mi mente. Tres intentos tardan antes de que la cerradura finalmente se abra y pueda coger mi jersey y mi bolso.

Después de marcar la salida, camino tres manzanas hasta la parada del autobús en piloto automático y me coloco bajo una farola que parpadea cada pocos segundos. Mi reflejo me mira desde el escaparate oscuro del otro lado de la calle, e incluso desde esta distancia, puedo ver lo alterada que parezco. Estoy pálida y mis ojos parecen hundidos.

—Recupérate, Tati —me digo a mí misma.

La espera del autobús es angustiosa, aunque ni siquiera sé si aquellos hombres saben que yo estaba allí mirando. Aun así, mis sentidos están en alerta máxima y estoy mirando por encima del hombro. Luego, el viaje en autobús de treinta minutos se siente como una de esas montañas rusas embrujadas en las que esperas que alguien salte hacia ti desde atrás. Cuando finalmente entro tambaleándome por la puerta del apartamento, Lena está sentada en el sofá viendo una comedia y casi se le sale el alma del cuerpo.

—Llegas demasiado temprano a casa —alarga el brazo hacia el mando a distancia y silencia la televisión mientras sus ojos escanean mi rostro—. ¿Qué ha pasado? ¿Algo salió mal con un cliente? ¿Uno de esos imbéciles te tocó otra vez? —Como compañera de trabajo, Lena sabe exactamente lo horrible que puede ser trabajar en el Titan. Pero ni siquiera puedo darle una respuesta honesta.

Abro la boca para responder a su pregunta, pero se me cierra la garganta y, de repente, las lágrimas resbalan por mi rostro. La presión de haber tenido que aguantarlo durante tanto tiempo se libera mientras avanzo más hacia el interior del apartamento. Luego, mis piernas ceden y me desplomo en el cojín del sofá junto a ella. Los brazos de Lena me envuelven inmediatamente y me atraen firmemente contra su hombro.

—Oye, necesitas hablar conmigo ahora mismo y decirme qué está pasando porque me estás asustando de verdad —su mano hace círculos en mi espalda, entre los omóplatos—. ¿Qué ha pasado? ¡Dímelo! Llamaré a Linda o—

—No se trata exactamente del trabajo, o al menos no de la manera en que lo estás pensando ahora mismo. —Mis palabras suenan arrastradas y torpes, pero no puedo permitir que se precipite. —Oh, Dios… Es mucho peor.

—¿Qué quieres decir, es peor que el trabajo? —Lena se aparta lo suficiente para mirarme directamente a la cara. Parece confundida y

quizás un poco asustada. —Tatiana, de verdad necesitas contarme qué ha pasado porque parece que has visto un fantasma.

—Vi cómo asesinaban a alguien detrás del casino, en el callejón donde siempre voy a fumar durante los descansos de cada turno. —Decir esas palabras en voz alta da miedo, como si, de alguna manera, contárselo a alguien hiciera aparecer a esos hombres en mi apartamento dispuestos a matarme. —Dios mío, ¿y si me vieron?

—Oh, Dios —dice ella en voz baja, y se queda rígida. Todavía me abraza, pero su mano deja de moverse en ese ritmo reconfortante.

—Dos hombres arrastraban a otro entre ellos y lo empujaron contra la pared… —Mi voz se quiebra, y estoy temblando mientras intento contarlo. —Uno de ellos sacó una pistola de dentro de su chaqueta y… y luego simplemente apretó el gatillo y…

No puedo terminar porque ahora estoy llorando tan fuerte que apenas puedo respirar, y Lena me aprieta con tanta fuerza que casi no puedo respirar. Murmura algo por lo bajo que no logro entender, y cuando finalmente me aparto, su cara se ha vuelto completamente pálida.

—¿Te vieron? Por favor, dime que no te vieron allí de pie.

—No lo sé. Estaba detrás del contenedor de basura y no me moví hasta que se fueron, pero… —Me limpio la cara con el dorso de la mano. —¿Y si lo supieron? ¿Y si vienen por mí?

Lena se pone de pie y comienza a caminar de un lado a otro. —El casino tiene cámaras por todas partes. Si la policía investiga, revisarán las grabaciones y verán que saliste justo cuando ocurrió. Todos sabrán que estabas allí.

Su comentario me da ganas de vomitar. —Ni siquiera había pensado en eso.

—Tenemos que ir a la policía ahora mismo. —Ya está cogiendo sus llaves del mostrador. —Tienes que denunciar esto antes de que esos

tipos se den cuenta de que hubo un testigo. —Lena se pone los zapatos, pero yo no me muevo. Estoy temblando demasiado como para levantarme ahora mismo.

—No quiero ir a ningún lado. Solo quiero dormir y despertarme para que esto no sea real.

—Tatiana, no puedes fingir que esto no ha pasado. —Se agacha frente a mí y me coge las manos. —Por favor. Tenemos que hacerlo ahora antes de que limpien la escena.

Tiene razón, y lo odio. Alguien fue asesinado y yo lo presencié. Esa persona podría tener una familia que querrá saber qué pasó, y yo puedo ser la única persona que pueda hacerle justicia. Así que permito que me levante y nos dirigimos a su coche.

—Todo va a estar bien —dice Lena, pero no suena segura, y yo no la cuestiono mientras conduce. Mi cabeza es un lío de pensamientos y emociones aterradores. Siento que estoy en piloto automático, incapaz de concentrarme en nada.

La comisaría está en una esquina del centro y se ve exactamente como todos los deprimentes edificios gubernamentales que he visto. Escaleras de hormigón llevan a puertas de vidrio que han sido manchadas por mil manos. Las luces fluorescentes zumban dentro y hacen que todo se vea deslavado y enfermizo.

Lena aparca en un lugar de visitantes y caminamos juntas, aunque mis piernas están temblorosas y tengo que agarrarme a la barandilla metálica para mantenerme firme.

Cuando empujamos las puertas, un sargento de recepción está sentado detrás de un grueso vidrio antibalas tecleando en un ordenador, pero no levanta la vista cuando nos acercamos.

Lena se aclara la garganta y dice: —¿Disculpe?

El sargento levanta un dedo sin mirarnos. Nos quedamos allí mientras termina de teclear torpemente con sus dos índices mientras

frunce el ceño ante la pantalla. Finalmente, levanta la vista y la frustración en su cara se suaviza hacia la curiosidad.

—¿Puedo ayudarles? —Su voz sale por un altavoz montado en la pared y suena metálica y distorsionada.

—Necesito denunciar un asesinato. —Mi voz tiembla, pero al menos las palabras salen claras. —Lo presencié esta noche detrás del casino donde trabajo.

Eso llama su atención. Sus ojos se agudizan y ahora realmente me mira en lugar de mirar a través de mí. —¿Presenció un homicidio? —Observo cómo sus hombros se enderezan y su pecho se infla levemente.

—Sí. Dos hombres le dispararon a otro en un callejón y vi todo lo que pasó.

Él alcanza algo debajo de su escritorio y un zumbido fuerte hace que me sobresalte. Una pesada puerta a nuestra izquierda se abre con un chirrido mecánico, y él gruñe: —Pasen y vayan por el pasillo, segunda puerta a la derecha. Esperen allí, y alguien estará con ustedes.

Miro a Lena, quien me permite agarrarme de su brazo como una niña asustada mientras me guía a través de la puerta. El pasillo es aún más brillante que la entrada principal, y ninguna de las grandes puertas metálicas tiene ventanas, aunque nunca he estado en una comisaría como esta antes. Esto probablemente sea lo normal, quizás por eso los criminales están tan gruñones.

La habitación a la que nos dirigió es pequeña y sin ventanas. Hay una mesa metálica atornillada al suelo y tres sillas metálicas sin cojines. Las paredes están desnudas excepto por un reloj, y Lena y yo nos sentamos mientras ella me aprieta la mano.

—Todo va a estar bien —susurra ella.

Ni siquiera puedo asentirle. Me siento tan entumecida y, al mismo tiempo, tan sobreestimulada que duele. Debería haber dicho algo en el trabajo, hablarlo con Linda o con el camarero, o con cualquiera, la verdad. Pero sé en qué tipo de mierda está metido Dimitri Gravitch. Por lo que sé, es algo que él mismo ha montado, ¿y entonces qué? Dios, esto es aterrador.

Después de unos minutos de esperar y escuchar el tic-tac del reloj de la pared, entra un hombre grande, corpulento, con la cabeza calva y ojos estrechos. Se sienta y saca una libreta mientras dice: —Me llamo el detective Pyotr Volkov. Mi teniente me dice que usted presenció un crimen. Cuénteme qué ocurrió.

Revivir los detalles del tiroteo por segunda vez es tan doloroso como cuando se lo conté a Lena en el apartamento, pero al menos esta vez lo llevo un poco mejor. Mis palabras son completamente coherentes y no tengo ganas de vomitar sobre los bonitos y relucientes zapatos del hombre. Pero eso no detiene el terror que siento.

—¿Puede describir a los tiradores?

—Uno era alto, de hombros anchos, con una chaqueta oscura. El otro era más bajito y tenía la cabeza rapada. —Cierro los ojos e intento visualizarlos con claridad—. La iluminación era mala, así que no pude ver sus caras.

—¿Y la víctima? —pregunta, y tengo la sensación de que este hombre lleva mucho tiempo haciendo esto. Ni siquiera se inmuta por mi temblor ni por cómo tartamudeo al hablar.

—No vi su cara. Pero había mucha sangre y su cuerpo simplemente… se desplomó. Pero tenía un tatuaje… —Sus ojos se iluminan cuando describo el tatuaje en la muñeca del hombre.

Cuando anota todos los detalles y se recuesta en la silla, noto que una oscuridad parece envolverlo. Su expresión facial cambia, los ojos se estrechan, los labios se fruncen y su dedo golpetea la mesa

metálica entre nosotros. —No es buena noticia, señoras. El tatuaje que ha descrito lo vincula con el crimen organizado.

—¿Qué significa eso? —pregunta Lena. Su mano encuentra la mía bajo la mesa, y sus palmas están tan sudorosas como las mías. Ni siquiera parece asustada. ¿Cómo puede estar tan tranquila?

—Significa que son personas peligrosas con conexiones por toda la ciudad. —Sus ojos se oscurecen mientras se inclina hacia adelante, y esto suena como una advertencia—. No dejan testigos vivos.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? —exclamo—. ¿Esperar a que me encuentren?

—Investigarán la escena y recogerán pruebas. —Vuelve a coger su bolígrafo—. Pero tengo que ser sincero. No podemos ofrecer mucha protección en este momento.

—¿Qué quiere decir? —Lena aprieta mi mano con más fuerza y mira alternativamente entre mí y la cara del detective.

—Sin pruebas de que esté siendo activamente amenazada, no podemos proporcionarle custodia protectora. —Me mira directamente—. Aumentaremos las patrullas en su vecindario y guardaremos su declaración en el archivo, pero a menos que tengamos pruebas de que está en peligro inmediato, nuestras manos están atadas.

Esto se siente como un insulto. —¿Así que me arriesgué a venir aquí y no pueden hacer nada?

—Entiendo su frustración. Haremos todo lo posible para investigar, pero no puedo prometer protección que no puedo ofrecer. —La expresión de derrota en su rostro es la única razón por la que no le digo lo injusto que es esto. Si sus manos están atadas y él es mi única esperanza de que alguien me proteja si esos criminales me encuentran, ¿qué esperanza me queda?

El detective nos da su tarjeta y nos acompaña hasta la salida, aunque, si vamos a ser sinceros, preferiría quedarme en esa fría y dura sala. Pero tenemos que ir a casa. Lena y yo no hablamos durante el trayecto. Mi mente está recorriendo cada terrible posibilidad. Me encuentran en casa. Me acorralan en el trabajo. Van tras mi familia.

No tengo ni idea del lío en el que estoy metida si esos hombres se dan cuenta de quién soy y de lo que he visto. Y si el detective Volkov tiene razón y esos hombres están relacionados con el crimen organizado, es posible que tenga algo que ver con el casino. Esto es una locura, y no estoy preparada para lidiar con este nivel de mierda.

De vuelta en el apartamento, voy directa al congelador y saco el vodka, y ni siquiera me molesto en coger un vaso. Mi realidad se ha vuelto demasiado jodida como para procesarla sobria. Algo tiene que calmarme un poco, o voy a perder la cabeza.

—Tranquila —dice Lena, pero la ignoro y me doy otro trago largo.

El alcohol quema, pero empuja el miedo por un minuto. Me desplomo en el sofá con la botella en la mano y mis pensamientos todavía acelerados.

—No puedo creer que esto esté pasando. —Me presiono la frente con la palma de la mano—. Podría morir. Esos hombres podrían matarme.

—No vas a morir. —Lena no suena convencida, pero sé que intenta consolarme.

—La policía no me ayudará. No puedo permitirme seguridad privada. No puedo dejarlo porque necesito el dinero. —El vodka se derrama por mi barbilla.

Lena suspira y se deja caer en el sofá junto a mí mientras yo me sumo en mi frustración. Culpo a Dimitri de esto. No, no es el que apretó el gatillo, pero vive en ese estilo de vida del crimen

organizado. No es de extrañar que hombres como esos graviten alrededor de él.

No sé cómo voy a salir de este lío, pero si el policía tiene razón, es solo cuestión de tiempo antes de que esos hombres sepan que alguien presenció su crimen. Y cuando eso pase, empezarán a buscarme. Quizás ya lo están haciendo.

5

DIMITRI

El informe de seguridad llegó a mi escritorio hace una hora y he estado mirando el mismo párrafo desde entonces. Yakov Volodin fue ejecutado con un solo disparo en la parte posterior de la cabeza.

Supe en el momento en que vi su nombre que todo iba a complicarse significativamente. Yakov no era un tipo cualquiera que se encontró en el lugar equivocado en el momento equivocado. Era mi informante—mi contacto interno con las operaciones de los Kozlov—y lo encontraron muerto en el callejón detrás de mi casino, donde cualquiera que pasara podría haber tropezado con su cuerpo.

Los Kozlov están enviando un mensaje y eligieron mi propiedad para hacerlo.

Cojo el teléfono y marco el número de Yuri antes de que pueda procrastinar más. Esta conversación no va a ser más fácil si la pospongo, y él necesita saber lo que ha pasado antes de que alguien más se lo cuente.

Contesta al segundo tono. —Hermano pequeño, ¿qué pasa?

—Tenemos un problema— me reclino en la silla y paso la mano libre por mi pelo. —Alguien fue asesinado detrás del casino anoche. Uno de los nuestros.

Hay una pausa al otro lado, y lo oigo moverse y el ruido de fondo desvanecerse, probablemente alejándose de lo que estaba haciendo para tomar esta llamada en privado. —¿Quién era?

—Volodin…— Yuri solo supo de mi conexión con Volodin hace unos meses, cuando nuestro primo estaba en Serbia y necesitábamos más información. Lo he tenido en mi nómina desde hace un tiempo, pero algo le ha alcanzado. Tal vez relacionado con nosotros, o tal vez no.

—Joder— gruñe, —¿los Kozlov descubrieron que trabajaba para nosotros?

—Esa es mi suposición, jefe, y se aseguraron de que lo supiéramos — Cierro el informe porque no necesito seguir leyendo los mismos detalles una y otra vez. —Le dispararon al estilo ejecución y lo dejaron donde nuestra gente lo encontraría esta mañana.

Ese detalle solo me dice que esto no fue por alguna nimiedad que hizo. Si la familia lo quería muerto por quedarse con parte del dinero, lo habrían resuelto en su propio territorio. El hecho de que lo hicieran en propiedad de Gravitch significa que al menos sospechan que nos pasaba información.

Yuri se queda en silencio muy rápido. Está intentando resolver esto de la misma manera que yo. —¿Cuánto tiempo lo protejiste?

—Ocho meses, más o menos. Nos proporcionaba buena información también, cosas muy sólidas sobre sus operaciones y con quién están trabajando.— Abro uno de los monitores en mi escritorio y reviso las cámaras de seguridad que muestran la sala del casino. —Ahora esa fuente se ha ido y tenemos un cadáver en nuestra propiedad.

—Esto es más que perder un informante.— Mi hermano no tiene pelos en la lengua. El cambio en su tono es instantáneo. Está enfadado por esta complicación, y no lo culpo después de los

últimos casi nueve meses que hemos pasado desde la muerte de su hijo. —Nos están demostrando que pueden operar en nuestro territorio cuando quieran. Eso es un problema.

—Sé que es un problema.— Miro a un crupier barajando cartas en una de las mesas de blackjack en la pantalla y siento cómo se me tensan los hombros. —Pero no podemos ir directamente contra ellos ahora mismo, no sin saber con qué estamos lidiando realmente. Los Kozlov no tienen los recursos para hacer algo tan audaz después de lo que ha pasado. Marat se ha ido, y Victoria también. A menos que…— *Si se enteraron de lo que hicimos pasar a Yaros…*

—¿Crees que se han aliado con alguien?

—Creo que es posible.— Cambio a otro ángulo de cámara y escaneo la multitud en busca de algo inusual. —Los Balcanes han estado buscando una oportunidad desde que eliminamos su protección política, y la familia Veche también ha estado callada, pero eso no significa que hayan olvidado lo que les hicimos.

Yuri refunfuña con frustración. —Y eso significa que podríamos estar enfrentándonos a varios grupos coordinados en contra nuestra, ¡joder!.

—Eso es lo que me preocupa, sí. —Minimizo las cámaras de seguridad y vuelvo a acercar el informe hacia mí, aunque no lo abro. —El momento es demasiado conveniente. Volodin es ejecutado en nuestra propiedad justo cuando las tensiones ya están altas con los Balcanes. Alguien está intentando provocarnos para que actuemos.

—O están probando nuestras defensas para ver cómo respondemos. —La voz de Yuri tiene un tono cortante. Ninguno de nosotros está contento cuando ocurre este tipo de mierda, pero como el responsable de tomar decisiones para la familia, él lleva el peso de cientos de vidas en cada movimiento que hacemos. —¿Cuánta gente sabía de tu acuerdo con Volodin?

—¿De nuestra parte? Solo tú, yo y Rosa, ya que ella maneja algunos de los pagos. —Los cuento mentalmente para asegurarme de no olvidar a nadie. —De su parte, quienquiera que estuviera filtrando información probablemente sospechaba algo, pero no creo que tuvieran confirmación hasta hace poco.

—Así que o alguien de nuestro lado habló o los Kozlov lo descubrieron por su cuenta. —Se oyen papeles moviéndose del lado de Yuri y lo escucho moverse de nuevo. —¿Volodin tenía alguna familia que pudiera saber lo que estaba haciendo?

—Un hermano en Moscú, pero no han hablado en años, según lo que él me dijo. —Busco mis notas sobre Volodin de cuando empecé a trabajar con él y reviso todo lo que sé sobre él. —Su mujer murió hace tres años y no tenía hijos. Estaba bastante aislado, lo cual es parte de por qué pensé que estaría a salvo.

—A salvo hasta que alguien decidió que ya no era útil o se convirtió en una carga. —Yuri exhala fuerte, y puedo escuchar la frustración acumulándose. —¿Qué dijeron los policías cuando aparecieron? Supongo que así fue como nos enteramos de que había un cadáver ahí atrás.

Está molesto, y lo entiendo. Alguien fue a la policía antes de que pudiéramos resolver esto, lo que significa que los perpetradores intentaron tendernos una trampa o alguien más vio cómo sucedía esto. Ni siquiera puedo empezar a decidir quién podría ser.

—Hicieron las preguntas habituales, tomaron fotos de la escena, recogieron cualquier evidencia que pudieron encontrar. —Muestro las imágenes de seguridad donde los policías acordonan el callejón. —Hablaros con algunos del personal que estaba trabajando esa noche, pero nadie vio nada útil.

—¿Preguntaron específicamente por Volodin o lo trataron como un asesinato al azar?

—Tenía su identificación encima, pero sabían cosas, como lo de su tatuaje. —Rebobino las imágenes y vuelvo a mirar la línea de tiempo, pero no hay rastro de algún miembro del personal del casino allí. —Aparecieron alrededor de la medianoche, y tuvimos curiosos hasta las tres, cuando dejaron a un investigador vigilando. También mandaron a la gente a casa.

—Así que alguien lo señaló… Y si vieron su tatuaje, saben que pertenecía a la familia Kozlov. —El tono de Yuri se agudiza con sospecha. —Lo que significa que saben que esto no es solo un típico crimen pasional.

—Estoy pensando lo mismo. —Cambio a un ángulo diferente de la cámara que muestra la entrada del callejón y me maldigo por no haber conseguido mejores ángulos de la parte trasera del casino. Dejar a propósito un punto ciego por razones de negocios familiares nos ha dejado literalmente a oscuras. No hay vista de ese ángulo para ver quién lo hizo y tampoco hay forma de rastrear a quien lo presenció.

—Lo que nos lleva de vuelta a la pregunta de por qué harían esto ahora. —Yuri vuelve a caminar, según el sonido de sus pasos al otro lado de la línea. —¿Qué información estabas obteniendo de Volodin? ¿Algo reciente que pudiera haber desencadenado esto?

—Hace dos semanas me dijo que Malcom se estaba reuniendo con alguien de la red balcánica después de que eliminaron a Miloš. —Hojeo mis notas para encontrar los detalles exactos. —No consiguió un nombre, pero dijo que parecía que estaban discutiendo territorio y recursos. Te pasé esa información en mi último informe.

—Recuerdo ese informe, pero sin información específica, no había mucho que pudiéramos hacer. —Yuri refunfuña algo incomprensible para sí mismo. —Si Malcom está lo suficientemente desesperado como para aliarse con los Balcanes, eso cambia toda la situación. Teníamos a esa familia reducida al mínimo, pero después de la mierda que hizo Yaros… ¿y ahora esto?

—Eso es lo que me preocupa. —Cierro mis notas y me recuesto en la silla. —Tenemos que estar preparados para una lucha mucho más grande que un simple asesinato en un callejón.

—Así que potencialmente estamos enfrentándonos a los restos de la banda Kozlov, la red balcánica y posiblemente a la familia Veche, todos coordinados en contra nuestra. —Su voz cambia a un tono neutro mientras recita los hechos y luego se endurece al decir: —Lo que estamos preparando es una guerra total.

—De acuerdo. —Aspiro hondo y exhalo con fuerza—. Puedo reforzar la seguridad aquí en el casino y aumentar las patrullas alrededor del perímetro. Tenemos que asumir que podrían intentar atacarnos pronto.

—Enviaré a diez hombres adicionales a tu ubicación en menos de una hora —gruñe Yuri—. Quiero que blindes el casino por completo. Nadie entra ni sale sin ser registrado a fondo: personal, clientes, entregas, todo el mundo. Detectores de metales en cada entrada, nada de portar armas ocultas.

—Eso va a causar quejas entre los grandes jugadores a los que no les gusta que los incomoden. —Ya sé cuál será la reacción cuando algunos de nuestros clientes más adinerados sean detenidos en la puerta para los controles de seguridad.

—No me importa si se quejan. Nuestra propiedad acaba de ser usada como lugar de ejecución, y eso manda un mensaje de que somos vulnerables. Necesitamos mostrarle a todos que nos tomamos la seguridad en serio y que no vamos a permitir que nadie opere libremente en nuestro territorio.

—¿Qué quieres que les diga al personal sobre por qué estamos aumentando la seguridad? —Necesito tener una historia preparada que no cause pánico pero que motive a la gente a seguir los nuevos protocolos.

—Diles que después del asesinato en el casino, estamos tomando precauciones para mantener a todos a salvo. —Yuri hace una pausa, y lo oigo beber algo—. No menciones ninguna amenaza específica. Mantenlo lo suficientemente vago como para que la gente entienda que es serio sin darles detalles que no necesitan.

—Eso debería funcionar. —Tomo notas sobre lo que necesito comunicar a los gerentes de planta y al equipo de seguridad—. ¿Y qué hay de la represalia? ¿Vamos a quedarnos de brazos cruzados esperando a que hagan otro movimiento o vamos a tomar acción?

—Vamos a ser estratégicos con esto. —Tiene la mente en marcha, pensando en cómo responder—. Quiero saber exactamente quiénes están involucrados y qué planean antes de comprometernos con cualquier acción importante. Mantén activas tus fuentes y mira qué información puedes recopilar. —El tono de Yuri cambia ligeramente —. Y vigila tu espalda. Si están dispuestos a ejecutar a uno de nuestros informantes en nuestra propiedad, no dudarán en venir directamente por ti si tienen la oportunidad.

—He estado lidiando con amenazas el tiempo suficiente como para saber cómo protegerme. —Agradezco la preocupación, pero he sobrevivido a situaciones peores que esta.

—Sé que sí, pero hazme el favor de tomarlo en serio de todas formas. —Yuri termina la llamada antes de que pueda responder, y dejo el teléfono sobre el escritorio.

Volver a San Petersburgo después de tanto tiempo en Moscú no podría haber llegado en peor momento, pero mi familia me necesita. Es mi turno de tomar el mando y mantener la línea, y rezo para que sea la última prueba de resistencia que tengamos que superar.

Me vuelvo hacia las cámaras de seguridad y observo al equipo moviéndose. Las cámaras del personal los muestran haciendo su trabajo diligentemente, excepto por algunos holgazanes que serán despedidos antes de que termine la semana. Pienso en Tatiana, que no solo me rechazó anoche, sino que ignoró mis órdenes de venir a

mi penthouse, algo que esperaba completamente. Esa es un dolor de cabeza a veces. Pero no me rendiré fácilmente con ella, lo cual quizás no es algo que ella espere.

Saco mi teléfono y le envío un mensaje a Linda diciéndole que envíe a Tatiana a mi oficina en cuanto llegue a su turno. Tendrá que dejar este trabajo si pretende alejarse de mí para siempre, y tengo la sensación de que no lo hará.

Linda responde rápidamente con una confirmación, y dejo el teléfono sobre la mesa.

Ahora solo tengo que esperar a que Tatiana aparezca para tener una conversación con ella. No podrá huir ni evadir cuando esté parada en mi oficina con la puerta cerrada. Tendrá que escuchar lo que le ofrezco y considerarlo en lugar de rechazarme de plano.

Me reclino en la silla y pienso en cómo voy a abordar esto. Necesito dejar claro que esto trata de su seguridad y la situación de seguridad en el casino. Enmarcarlo como proteger a mis empleados en un momento peligroso. No puede discutir esa lógica sin parecer irrazonable. Y dada la mayor seguridad que pondré en este lugar, parecerá legítimo.

Ella peleará conmigo porque así es ella, y verá más allá del razonamiento práctico la verdadera motivación que hay debajo. Pero estoy preparado para eso. He estado preparando esta conversación durante meses.

La pregunta es si aceptará lo que le estoy ofreciendo o si intentará marcharse. Y si intenta marcharse, si la dejaré.

6

TATIANA

Me despierto en un estado de confusión, sintiéndome como si tuviera resaca y excesivamente cansada. Cuando finalmente terminé la botella y me desplomé, eran las cuatro de la madrugada y Lena ya llevaba dos horas durmiendo. Ni siquiera media botella de Russian Standard pudo suavizar los bordes de mi pánico para ayudarme a dormir, y ahora me arrepiento.

Mi espalda está rígida por la postura en la que dormí en el sofá, y mi cabeza late con cada latido del corazón. Me tambaleo hasta la cocina para tomar un par de aspirinas y agua, y al pasar por la ventana, miro sin pensar, como cada día cuando me despierto. Excepto que hoy es media tarde, faltan solo unos minutos para que empiece a prepararme para mi turno y el sol está completamente fuera.

Mis ojos se fijan en algo nuevo afuera, un coche diferente aparcado justo enfrente de la entrada del edificio, donde suele estar el coche de Lena. Es un sedán negro con ventanas tintadas que nunca había visto en este barrio. Es raro, pero no alarmante, aunque mi cuerpo está tenso, probablemente debido a la ansiedad que me quedó de anoche.

Después de que aquel detective me dijera que la policía no podía hacer nada para protegerme a menos que hubiera una amenaza creíble, creo que perdí toda esperanza en el sistema. Lo cual solo empeoró mi descenso hacia el olvido borracho. Me tambaleo hacia el armario de la cocina en busca de una taza mientras intento obligarme a no pensar en la cara de aquel detective—fría como el hielo y vacía como una piedra. Fue una puta pérdida de tiempo contarle.

El agua refresca mi garganta, pero las pastillas raspan hasta mi estómago, aún irritado por el exceso de vodka. Mis músculos están doloridos por haber llorado, aunque Lena intentó consolarme. Bendito sea su corazón, está tan perdida como yo. Hablamos de que se fuera a quedarse con su hermana al otro lado de la ciudad, pero no quiere dejarme sola. Ahora siento que mi maldito descanso para fumar me ha condenado a estar paranoica toda la vida y quizás haya arrastrado a Lena a algo en lo que no tiene parte.

Esto es una mierda. ¿Cómo puede ser que el casino no tenga cámaras allí? Lo juro, al principio pensé que era genial. Podía escaparme para fumar un cigarrillo y tomar un poco de aire en las noches en las que estaba muy estresada. Pero ahora me pregunto si habrá alguna razón por la que Dimitri no asegura la entrada trasera. Pero soy tan tonta como cualquier otro idiota que confía ciegamente en que su lugar de trabajo es seguro. Todos sabemos que él está metido en alguna mierda rara.

Después de una ducha larga y caliente y de beber unos cuantos vasos más de agua, esperando a que la aspirina haga efecto, me visto y cojo mi tarjeta de acceso de la ropa de ayer. Hoy hace más fresco, así que elijo unos pantalones negros en lugar de las faldas que suelo llevar, y dado la atención no deseada de mi jefe ayer, quizás nunca vuelva a ponerme esas faldas. Luego salgo hacia el trabajo.

El coche sigue ahí cuando salgo del edificio y me incomoda un poco. No puedo ver a través de los cristales tintados para saber quién está

dentro o si alguien me está observando, y empiezo a preguntarme, mientras giro hacia el sur hacia la estación de autobuses, si es una coincidencia que el coche haya aparecido el día después de que denunciara un asesinato.

Mantengo los ojos y los oídos atentos mientras camino, aunque intento no mirar por encima del hombro. Si realmente me están siguiendo y saben que lo he descubierto, podrían escalar las cosas. Pero es imposible no notarlo cuando tengo que cruzar la calle hacia el banco donde esperaré el autobús de las tres de la tarde. El sedán negro se detiene en el semáforo, dos coches más atrás, mientras yo cruzo, y todo mi cuerpo se enfría al instante.

Esos mierdas me están siguiendo. Es el mismo coche negro con ventanas tintadas, lo juraría. Hace que cada pelo de mi cuerpo se erice mientras mi corazón se acelera, pero logro sentarme en el banco junto a un hombre grande con migas en la barba que parece estar esperando el autobús. Normalmente no soy una Charlatan Cheli, pero hoy inicio una conversación para desinteresar a quien esté en ese coche.

—¿Vas al centro? —pregunto, y él se gira para mirarme con desinterés.

—Yendo… —gruñe, y levanta la barbilla mientras mira mis manos temblorosas. —¿Estás bien?

Miro el coche, que ahora avanza cuando el semáforo cambia a verde y el tráfico comienza a moverse de nuevo. Todavía no puedo ver a través de las ventanillas, pero no soy tonta. Quienquiera que esté ahí dentro me está observando.

—Sí, bien —le digo cuando el coche pasa y solo veo las luces traseras. Puede que se hayan ido por ahora, pero tengo la sensación de que volverán. —Gracias…

—Pareces enferma. —El hombre se aleja un poco de mí, pero añade —: ¿Debería llamar a alguien?

—No estoy enferma. Estoy bien —digo, forzando una sonrisa—. Gracias de todas formas.

Por suerte, nos salva el autobús. Se detiene frente a nosotros y unas pocas personas bajan tambaleándose antes de que el hombre suba los escalones. Con una última mirada calle arriba, en dirección hacia donde desapareció el coche, subo y me siento justo detrás del conductor, porque creo que podría vomitar y estoy más cerca de la papelera por si acaso.

El resto de mi camino hasta el casino no es mucho mejor—esta vez mirando completamente por encima del hombro cada pocos segundos. Y cuando entro, Linda me intercepta antes de que dé tres pasos hacia la zona de juego. —Tatiana, necesito que subas a la oficina del ático ahora mismo. El señor Gravitch quiere verte de inmediato.

Mi estómago se encoge y siento que la sangre se me desvanece de la cara. —¿No puede esperar hasta después de mi turno? Necesito ir a mi sección. —Esto es ridículo. No quiero tener que lidiar con su insistencia después de la noche que he tenido. Solo quiero trabajar mi turno en paz y tratar de averiguar qué diablos voy a hacer.

—Dijo de inmediato, lo que significa ahora. —La expresión de Linda es firme y noto que no va a ceder en esto. —Coge el ascensor y no lo hagas esperar.

Quiero discutir, pero sé que no servirá de nada. Dimitri es el dueño de este lugar y cuando convoca a alguien, no tiene opción de negarse. Asiento con la cabeza y me dirijo hacia los ascensores mientras ya estoy preparando mi rechazo una vez más. Es implacable, siempre vigilándome y asegurándose de que, cuando visita la zona de juego, se sienta en mi sección cada vez.

No tengo interés en alguna aventura sexual con un hombre más de diez años mayor que yo, y dado que es mi jefe, solo terminaría conmigo sin trabajo cuando se canse de mí. Y Dimitri es peligroso. No solo por sus actos criminales tras bambalinas. Es justo el tipo de

hombre por el que caería—un chico malo, guapo, adinerado… Quizás no el tipo que llevaría a casa para conocer a mi madre, pero definitivamente el tipo por el que sentiría algo, y no puedo permitirme eso. Ahora, más que nunca.

El ascenso en el ascensor parece durar una eternidad, y mi reflejo en las puertas espejadas me hace ver aterrada y agotada. Intento alisarme el pelo y arreglarme la blusa, pero no ayuda mucho. Cuando las puertas se abren, salgo al pasillo que lleva al ático de Dimitri y me obligo a avanzar. Nunca había estado aquí antes, así que sigo las indicaciones pasando la oficina de seguridad hasta una sección alfombrada del pasillo que parece más hogareña y, finalmente, a una puerta con una placa de bronce que dice *Ático*.

Llamo a su puerta y lo escucho decirme que entre, aunque si estoy en lo cierto, ha estado vigilando cada uno de mis movimientos desde que entré por la puerta trasera. Sabía que iba a venir. Mi mano gira el pomo y empujo la puerta para encontrarlo sentado detrás de su escritorio mirando algo en la pantalla de su ordenador. Levanta la vista cuando entro y me hace un gesto para que cierre la puerta detrás de mí.

—¿Querías verme? —digo secamente, intentando comunicar mi disgusto a través de mi tono, pero no estoy segura de que lo entienda o le importe.

—Siéntate. —Señala la silla frente a su escritorio, y me siento en ella con cuidado. —Estoy haciendo algunos cambios en las asignaciones del personal y vas a ser reasignada, efectivo inmediatamente.

—¿Reasignada a qué? —Mis ojos se dirigen nerviosos hacia el mural de pantallas en la pared—cada maldito ángulo que necesita para rastrear cada uno de mis pasos. Es asqueroso. Está obsesionado conmigo.

—Me servirás exclusivamente aquí en el ático. —Dimitri se reclina en su silla y clava sus ojos en mí, haciéndome sentir incómoda. —No más trabajar en la zona de juego. Me traerás mis comidas,

gestionarás cualquier bebida que necesite, mantendrás la oficina abastecida de suministros. Tu salario será el doble de lo que ganas ahora.

¿Qué está haciendo? —Yo, eh… Eso es muy amable, pero me gusta trabajar en la zona de juego. —No puedo creer que sea tan manipulador. Cambiar mi turno de trabajo a la fuerza para que esté aislada—¿por qué? ¿Para poder manosearme en privado?

—Esto no es una negociación —dice firmemente. —Harás lo que diga o no tendrás trabajo en absoluto. —Las cejas de Dimitri se elevan mientras sus labios se fruncen, y siento que mi presión arterial sube. Esto no es justo. Es algún tipo de plan asqueroso para acosarme sexualmente o algo así, y no lo voy a tolerar.

—No puedes simplemente reasignarme sin mi consentimiento —me quejo enfadada, levantándome y cruzando los brazos sobre el vientre—. Tengo un contrato que dice que trabajo en la sala del casino.

Dimitri también se levanta y rodea el escritorio hasta quedar directamente frente a mí. Es más alto que yo, y utiliza esa altura a su favor acercándose lo suficiente como para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo. —Tu contrato dice que trabajas donde yo te diga que trabajes, y ahora mismo te digo que trabajarás para mí personalmente.

—¿Por qué? —Doy un paso atrás, pero él me sigue, y de repente estoy acorralada entre él y la silla detrás de mí—. ¿Por qué de repente decides que necesitas una camarera personal cuando has estado bien sin una durante años? —Mis ojos escrutan su rostro mientras mi cuerpo empieza a encender todas las alarmas. Dios, es guapo, incluso de cerca.

¿Conoces a esos tipos que ves desde lejos y piensas lo increíblemente atractivos que son, pero luego, de cerca, ves sus arrugas y verrugas? Dimitri no tiene ninguna. Algunas cicatrices marcan su piel, por lo demás perfecta, y, Dios mío, creo que podría

mojarme las bragas. El poder que se mueve bajo esa camisa cuando se ajusta y sus músculos se flexionan amenaza con hacerme pensar cosas muy malas sobre un hombre con el que debería estar furiosa.

—Porque quiero tenerte cerca donde pueda vigilarte —dice, alzando la mano y rozando mi mejilla con los dedos en un gesto destinado a reafirmar su dominancia—. Y porque estás desperdiciando tus talentos sirviendo a idiotas borrachos cuando podrías trabajar directamente para alguien que aprecia lo que aportas a este establecimiento.

Le agarro la muñeca y aparto su mano de mi cara, pero no puedo retroceder. —No seré tu personal nada. Vine aquí a trabajar como camarera y eso es lo que seguiré haciendo. Busca a alguien más con quien jugar tus juegos.

Dimitri ríe con un sonido bajo y cálido que tira de mi pecho. Dios, me odio por sentirme atraída por un gilipollas como él. —Te acostumbrarás porque el sueldo es demasiado bueno como para rechazarlo. El doble de lo que ganas ahora, además de las propinas que te daré por un buen servicio. —Cuando me guiña el ojo, aprieto los dientes.

—No quiero tu dinero —digo, aunque sé que no es del todo cierto porque necesito dinero desesperadamente en este momento. Entre el alquiler, las facturas médicas de mi prima y ayudar a mi madre con la compra, apenas llego a fin de mes. Si supiera que este cabrón se mantendrá alejado de mí, tal vez no me importaría el cambio. Podría ayudarme mucho. Pero, en el suelo, los hombres también me manosean constantemente. Al menos sería solo uno de ellos, y él es súper guapo.

—Sí que lo quieres —Dimitri vuelve a rodear su escritorio y se sienta como si esta conversación ya hubiera terminado—. Lo necesitas más que la mayoría de la gente que trabaja aquí, por eso aceptarás esta reasignación y empezarás de inmediato.

Odio que tenga razón y que sepa exactamente cuán atrapada estoy por mi situación financiera. No debería tener tanta información sobre mí, aunque, en su línea de trabajo, no es de extrañar que revise a sus empleados. Quiero preguntarle si es solo a mí a quien ha estado espiando o si sigue y acecha a todas sus camareras, pero no quiero ser una amargada. Aún así, me da escalofríos.

Me pregunto si fue él quien envió ese coche. ¿Es de eso de lo que se trataba? ¿Dimitri me hizo seguir para ver dónde vivo, y no los hombres que mataron a ese tipo en el callejón? Ese pensamiento empieza a deshacer ligeramente la tensión en mi pecho.

—¿Y mi sección en el suelo? —pregunto, aunque ya sé que voy a aceptar esto—. ¿Quién la cubrirá?

—Ya está resuelto —dice, volviendo su atención a la pantalla de su ordenador como si me hubiera despedido—. Ve a recoger tus cosas de la sala de descanso y vuelve aquí en quince minutos. Te mostraré dónde se guarda todo y cuáles serán tus responsabilidades.

Es tan exasperante tener mi autonomía capturada como un trofeo y exhibida frente a mí. Sabe que no hay manera de que rechace esto y es muy descarado al respecto. Quiero protestar, pero no puedo. Ya dijo que lo hago o no tengo trabajo. Y necesito este trabajo, así que me doy la vuelta y camino hacia la puerta, haciendo un espectáculo furioso de lo mucho que detesto su elección por mí.

—Tatiana —su voz me detiene cuando mi mano está en el pomo de la puerta—. Esto va a funcionar mejor para ambos. Ya lo verás.

No respondo porque cualquier cosa que diga ahora solo empeorará las cosas. Abro la puerta y salgo al pasillo antes de dejarla cerrarse detrás de mí, y es demasiado tarde para echarme atrás. Aparentemente, no solo estoy siendo acechada por haber sido testigo de un asesinato—potencialmente. Ahora soy el juguete de Dimitri Gravitch.

Al menos el dinero es bueno.

7

DIMITRI

"S —Le dije que, si quería conservar ambas rótulas, más le valía empezar a hablar más rápido—. Fyodor se termina su whisky y el hielo suena en el vaso al dejarlo sobre la mesa. —Resulta que no pudo hablar lo suficientemente rápido cuando más lo necesitaba.

Lev se ríe y pregunta: —¿Cuántos pedazos tuviste que enviar por correo a su familia?

—Los suficientes para dejar el mensaje claro—. Fyodor sonríe y levanta una ceja. —Aunque me guardé algunos recuerdos para mí.

Vadim mueve la cabeza y se reclina en su silla con su propia bebida balanceándose sobre su rodilla. —Eres un desgraciado, ¿lo sabías?

—Dice el hombre que ha matado a cuántos—. Fyodor levanta su vaso en un brindis burlón.

—Diecisiete—. Vadim lleva el vaso a sus labios para tomar un sorbo y luego dice: —Y lo haría de nuevo mañana si fuera necesario.

Yo observo este intercambio desde detrás de mi escritorio mientras Tatiana se mueve alrededor de la mesa sirviendo más bebidas y ofreciendo cigarros del humidor que lleva consigo. Sus manos

tiemblan al servir y puedo ver la tensión en sus hombros incluso desde el otro lado de la habitación. Está demasiado tensa. Mi familia nota estas cosas, pero por ahora son lo suficientemente educados como para no decir nada.

Pero tampoco puedo dejar de mirar cómo se mueve su falda al caminar o cómo se muerde el labio inferior cuando se concentra en servir sin derramar nada. La he deseado durante meses y ahora que finalmente la tengo exactamente donde quiero, lo único en lo que puedo pensar es en lo mucho que quiero despedir a estos hombres y cerrar la puerta tras ellos.

—Dimitri, ¿me estás escuchando?—. La voz de Lev me devuelve a la conversación. —¿O estás demasiado ocupado mirando a tu nueva camarera?—. Afortunadamente, hace el comentario en voz baja mientras ella sale de la habitación.

—Estoy escuchando—. Me inclino hacia adelante y apoyo los codos sobre la mesa. —Estaban hablando del número de muertos en Serbia, lo cual es fascinante, pero no es el motivo por el que estamos aquí esta noche.

Vadim deja su vaso sobre la mesa y su expresión cambia de divertida a seria. —Dijiste que tenías preocupaciones sobre el frente interno. ¿Qué está pasando?

Deslizo la carpeta que tengo frente a mí hacia él y espero a que la abra antes de empezar a hablar. —Alguien fue ejecutado en el callejón detrás del casino hace dos noches. La policía apareció en medio de la noche.

Fyodor abre la carpeta y saca las fotos de la escena del crimen mientras Lev se inclina para mirarlas. Las imágenes muestran el cuerpo de Yakov Volodin encogido contra la pared de ladrillos con un charco de sangre bajo su cabeza. Su cara estaba casi completamente destruida por el disparo a corta distancia. No es una vista agradable, pero estos hombres han visto cosas peores.

—¿Quién era?— pregunta Vadim sin levantar la vista de las fotos.

—Yakov Volodin, un antiguo miembro de la banda de los Kozlov que les había estado robando durante años—. Tatiana vuelve a entrar en la habitación y ofrece cigarros a Lev, quien la rechaza con un gesto. —Vino a mí hace ocho meses ofreciéndome vender información sobre las operaciones de los Kozlov a cambio de protección y dinero.

—¿Y aceptaste?— Vadim pasa las fotos a Fyodor, quien las estudia con más detenimiento. —¿Qué tan buena era su información?

—Muy buena. Me dio detalles sobre sus rutas de contrabando, sus conexiones con la red balcánica e información sobre quién seguía siendo leal a Malcom después de que elimin——ramos a la mayor parte de su liderazgo. Él era el único verdadero Kozlov que quedaba…—. Acepto un cigarro de Tatiana cuando aparece a mi lado y nuestros dedos se rozan brevemente cuando me lo entrega. —La información que proporcionó nos ayudó a estar por delante de sus movimientos durante meses.

—Entonces, ¿qué pasó?— Vadim toma uno de los cigarros que Tatiana le ofrece y deja que ella se lo encienda. —¿Los Kozlov se dieron cuenta de que trabajaba para ti?

—Yuri y yo creemos que descubrieron que era un doble agente, pero no creo que supieran que estaba específicamente filtrando información para nosotros—. Tomo un sorbo de mi whisky y observo a Tatiana retirarse hacia el carrito del bar. —Mi teoría es que descubrieron que estaba robándoles y le aplicaron suficiente presión como para que se delatara a sí mismo. Una vez que lo supieron, lo cazaron y lo ejecutaron.

—En tu propiedad. —Los ojos de Vadim se estrechan mientras frunce los labios—. Eligieron este lugar deliberadamente para enviarte un mensaje.

—Exacto. —Dejo mi vaso sobre la mesa y guardo el cigarro en mi bolsillo—. Con nuestros enemigos cayendo como lo han hecho, las

cosas deberían estar calmándose. Pero esta ejecución llama la atención hacia el casino que no necesitamos. Si se corre la voz de que un ataque relacionado con la Mafia se llevó a cabo en la propiedad de Gravitch, atraerá sospechas que no nos podemos permitir en este momento.

Fyodor sacude la ceniza de su cigarro en el cenicero del centro de mi mesa y niega con la cabeza. —¿Han estado haciendo preguntas la policía?

—Tomaron declaraciones del personal que estaba trabajando esa noche y recogieron pruebas de la escena. —Miro a Tatiana, quien se ha vuelto a acercar al carrito del bar y está colocando botellas que no necesitan ser recolocadas. Está actuando más nerviosa ahora, evitando el contacto visual, comportándose como si quisiera salir de la habitación de nuevo—. Hasta ahora, no han conectado a Volodin con nosotros directamente, pero eso no significa que no sigan investigando.

—¿Y los testigos? —pregunta Lev mientras exhala humo hacia el techo—. ¿Alguien vio la ejecución?

—No que sepamos. —Observo cómo las manos de Tatiana se aquietan en la botella que sostiene y noto la tensión en sus hombros. Está agitada, volviéndose más rígida cada vez que uno de mis hombres hace una pregunta—. Dejé nuestra entrada allí… —Lance una mirada a Fyodor, quien conoce la razón por la que una puerta quedaría desatendida. Asiente con la cabeza y da una calada a su cigarro. Definitivamente fue un trabajo interno.

Cada vez que cuento esta historia, se vuelve más obvio. Los Kozlov no tienen conocimiento de nuestro funcionamiento interno, y tampoco lo tenía Volodin. Solo los empleados que entran y salen por esa entrada sabían que no teníamos cámaras allí. Alguien que prestó suficiente atención para intentar engañarnos se dio cuenta de que no había cámaras y se fue de la lengua. Alguien que trabaja para mí, muy probablemente.

Vadim se inclina hacia adelante y apoya los brazos en la mesa. —Así que estamos ante un posible topo en tu operación, además de una mayor atención policial y los Kozlov volviéndose lo suficientemente audaces para operar en nuestro territorio. Eso es un problema.

Nada se les escapa. Ni siquiera tengo que articular mi preocupación, y es como si la leyeran en mi cara de la misma manera que estoy leyendo el miedo de Tatiana en todo su cuerpo.

—Por eso he convocado esta reunión. —Me levanto y camino alrededor de la mesa hacia donde Tatiana sigue jugando con las botellas en el carrito—. Necesito saber qué has oído sobre los movimientos de los Kozlov desde que volviste de Serbia. ¿Están trabajando con los Balcanes o con la familia Veche? ¿Están planeando algo más grande? —le pregunto a Vadim.

—Me pondré en contacto con mis contactos y veré qué puedo averiguar. —Vadim me observa acercarme a Tatiana, y puedo ver la curiosidad en su expresión—. Pero si están lo suficientemente desesperados como para asociarse con alguno de esos grupos, debemos estar preparados para ataques coordinados.

Me detengo detrás de ella, y ella da un pequeño salto cuando coloco mi mano en su espalda baja. —Caballeros, disculpenme un momento mientras manejo algo.

Lev sonríe y intercambia una mirada con Fyodor que sugiere que ambos creen saber lo que estoy haciendo. Vadim simplemente niega con la cabeza y alcanza la botella de whisky para llenar su vaso mientras pone los ojos en blanco.

Guío a Tatiana hacia el bar en la esquina de la sala donde guardo el vodka frío. Tiembla tanto que puedo sentirlo bajo mi palma. Algo la ha asustado mucho y la tiene muy alterada. —Estás poniendo incómodos a mis invitados con lo nerviosa que estás.

—Lo siento. —Su voz apenas se escucha por encima de un susurro —. Estoy intentando hacer todo bien, pero nunca he servido en

reuniones privadas antes.

—Sé que estás nerviosa porque te he metido en mi esfera personal. —Saco una botella de vodka del refrigerador y tomo dos vasos de la repisa—. Pero necesito que te tranquilices y actúes con naturalidad frente a estos hombres. No te van a hacer daño, pero tu ansiedad los está haciendo preguntarse por qué estás tan alterada.

Yo me pregunto por qué está tan jodidamente alterada. Está actuando como si fuera su primer día en su primer trabajo. Y hablar del cadáver en la parte de atrás no es nada nuevo. Ella trabajó anoche. Seguro que escuchó el alboroto y cotilleó con todos aquí.

Sirvo dos chupitos y empujo uno hacia ella. —Bebe esto. Te calmará los nervios.

Ella mira el vaso como si le hubiera ofrecido veneno. —Estoy trabajando. No puedo beber en el trabajo.

—Puedes si yo te lo digo. —Cojo mi propio chupito y me lo tomo de un trago antes de volver a llenar el vaso—. Necesito que estés tranquila y serena cuando estés sirviendo a mis invitados. Si beber mientras trabajas es lo que se necesita para mantenerte estable, entonces eso es lo que harás.

Ella coge el vaso con una mano temblorosa y se toma el vodka de un trago rápido. Su cara se contrae ante el sabor y tose una vez antes de dejar el vaso con fuerza en la barra. —Otro, entonces… — Sus ojos giran hacia mí y evita mirarme directamente.

Le sirvo un segundo chupito y la veo beberlo tan rápido como el primero. El color vuelve a sus mejillas y algo de la tensión desaparece de sus hombros. —¿Mejor?

—Sí —responde mientras se limpia la boca con el dorso de la mano —. Lo haré mejor.

Saco un billete de cien dólares de mi cartera y lo meto en el bolsillo de su delantal. —Lo estás haciendo bien. Solo respira y recuerda que

la única persona en esta habitación que tiene permiso para hacerte daño soy yo, y no tengo ninguna intención de lastimarte de ninguna manera.

Asiente y respira hondo antes de coger la botella. —Sí, señor.

—Buena chica —susurro, y noto cómo se tensa ante el elogio. Pero no discute ni se resiste, así que lo dejo pasar y vuelvo a la mesa donde los hombres están esperando, hundiéndome de nuevo en mi silla. Es realmente curioso por qué se puso tan nerviosa, pero tal vez sabe un poco más de lo que realmente hago para vivir de lo que yo pensaba. No está equivocada al sentirse intimidada por este grupo de hombres. Me aterrarían si fueran mis enemigos.

Fyodor observa a Tatiana servirse un tercer chupito cuando cree que nadie la mira. —¿Siempre es así de nerviosa o hay algo más?

—Es nueva… —digo mientras me siento de nuevo y cojo las fotos de la escena del crimen—. Dale tiempo para adaptarse y estará bien.

Pero incluso mientras lo digo, no estoy completamente convencido. Hay algo en la forma en que reaccionó cuando Lev preguntó sobre los testigos que me hace pensar que hay más de lo que parece, más que solo los nervios por trabajar cerca de mí. Estaba bien hasta que surgió esa pregunta específica, y entonces se puso rígida como si alguien le hubiera clavado un cuchillo en la espalda.

La observo moverse por la habitación, sirviendo refrescos y recogiendo vasos vacíos mientras intento pensar detenidamente. Ella estaba trabajando la noche en que ejecutaron a Volodin, pero nunca la vi marcharse. Estaba ocupado con otras cosas. Las piezas comienzan a encajar, y no me gusta la imagen que están formando.

—¿Dimitri? —la voz de Vadim interrumpe mis pensamientos—. ¿Sigues con nosotros?

—Sí —digo, dejando las fotos y centrándome de nuevo en la conversación—. ¿Qué estabas diciendo?

La reunión deriva en la planificación de cómo fortificar nuestras defensas en el casino y otras propiedades cercanas. Después de que Yaros interceptara las comunicaciones entre nosotros y un aliado y casi matara a la mitad de nuestros hombres, y del momento de casi muerte de Vadim gracias a ese politicastro, no vamos a correr riesgos en nuestro territorio.

Después de dos horas más de planificación estratégica y de ver a Tatiana emborracharse solo para dejar de temblar, los chicos recogen sus cosas y se van. Tenemos un buen plan en marcha, y tengo que llegar al fondo de lo que sea que esté pasando con Tatiana.

—Tatiana —camino hacia ella, y se queda paralizada con un vaso en cada mano—. Mírame.

Se gira lentamente y me mira a los ojos. Parece que está intentando mantenerse calmada, pero sigue fallando. Hay miedo ahí, bajo la superficie, y no es el mismo miedo que he visto antes cuando la he acorralado o tocado. Esto es diferente. No está preocupada de que vuelva a insinuarme. Está aterrorizada por algo.

—¿Hay algo que necesites decirme? —mantengo la voz calmada y neutral. Si vio algo, nunca confiará en mí lo suficiente como para decírmelo si también me tiene miedo—. Algo que pueda explicar por qué estabas tan nerviosa esta noche?

—No —dice, y la palabra parece quedársele pegada en la lengua—. Ya te dije que no estoy acostumbrada a servir en reuniones privadas. Eso es todo.

Está mintiendo. No mantiene el contacto visual y sujeta con más fuerza los vasos que tiene en las manos. Pero no la presiono porque, si estoy en lo cierto acerca de lo que estoy pensando, necesito manejar esto con cuidado.

—Porque si necesitas decirme algo, te prometo que no me enfadaré —me maldigo interiormente por haber sido tan agresivo con ella en

ocasiones. Me insinuo fuerte para conseguir lo que quiero, y esta vez, puede haber salido mal.

—Estoy bien —gruñe—. Cansada, tal vez.

—Vete a casa —doy un paso atrás y le dejo espacio para que pase—. Tu turno ha terminado, y lo has hecho bien esta noche a pesar de tus nervios.

Tatiana me mira dudosa y luego baja la mirada y aparta los ojos. Deja los vasos en el carrito del bar y asiente mientras pasa junto a mí, moviéndose mucho más despacio de lo que lo ha hecho toda la noche.

—¿Quieres que te lleve? —pregunto, sabiendo que si los hombres que hicieron esto sospechan siquiera que ella sabe o ha visto algo, no llegará viva a casa. Estoy casi tentado de hacerla quedarse aquí.

—No, cogeré el autobús… —coge su bolso de al lado de la puerta, lo abre y sale. Aunque por un instante, juro que la veo dudar en el umbral—. Buenas noches —murmura por encima del hombro, y luego desaparece.

Voy directo a los monitores de seguridad y empiezo a cambiar las cámaras para ver su descenso hacia la salida del personal. Se desmorona en cuanto las puertas del ascensor se cierran, y ahora tengo una fuerte sospecha de que Tatiana lo ha visto todo y quizás no viva para contarlo.

¿Qué coño dirá Yuri sobre esto?

8

TATIANA

El humo se eleva rápidamente de la sartén y la aparto del fuego antes de que salte la alarma. El pollo está quemado por un lado y casi crudo por el otro, y de alguna manera he conseguido estropear la comida más simple que Dimitri podría haber pedido. Lo tiro todo a la basura y me apoyo en la encimera mientras la cocina parece dar vueltas a mi alrededor.

La botella de vodka está vacía en sus tres cuartas partes. Empecé a beber después de hacer su cama esta mañana y ver las pistolas en el cajón de su mesilla cuando decidí, de manera estúpida, cotillear un poco. No he sido capaz de parar desde entonces.

—¿Qué se está quemando? —oigo retumbar desde el salón, y Dimitri entra en la cocina, haciendo que me enderece demasiado rápido. Sé que estoy borracha trabajando, pero él es el idiota que me puso una copa en la mano la primera noche, insistiendo en que necesitaba estar relajada con sus invitados. Puede que acabe siendo alcohólica porque mi vida laboral da más miedo que mi vida personal— y puede que tenga matones de la mafia siguiéndome. He vuelto a ver ese coche un par de veces en los últimos días.

—Nada. Bueno, el pollo. Pero lo he tirado. —Las palabras se me amontonan y tengo que concentrarme para articularlas correctamente. —Prepararé otra cosa.

Él cruza los brazos y se apoya en el marco de la puerta. —¿Cuánto has bebido?

—Estoy bien.

—No te he preguntado eso. —Se aparta del marco y camina hacia mí. —¿Cuánto, Tatiana?

Hago un gesto vago hacia la botella en la encimera. —Algo. No tanto. —Mis mejillas arden de vergüenza, pero el pánico habitual que sentiría al ser pillada haciendo algo así se ve amortiguado por el mareo del alcohol en mi cabeza y pecho.

Él coge la botella y mira cuánto falta antes de dejarla de nuevo. —Has bebido al menos seis chupitos en las últimas horas, basándome en lo que quedaba cuando la vi por última vez.

—¿Y qué? —Intento pasar junto a él, pero se pone delante y bloquea mi camino. —Técnicamente estoy fuera de mi horario. Solo me pediste que preparara la cena, así que estaba siendo amable, quedándome aquí para hacerlo.

—Siéntate antes de que te caigas. —Señala uno de los taburetes junto a la isla.

—No quiero sentarme, —refunfuño, pero mis rodillas tiemblan y el suelo parece desigual, así que me siento en el taburete de todos modos.

Él vierte agua en un vaso y lo desliza por la encimera hacia mí. —Bebe eso. —Incluso cuando intenta ser amable, es un tipo insensible. Debería haber sabido que no era buena idea aceptar este puesto en su ático. ¿Quién quiere trabajar tan cerca de la persona a cargo que puede escudriñar cada respiración? Dejar el trabajo habría

sido un fastidio, encontrar otro aún peor, pero no estaría emborrachándome solo para aguantar un turno.

—No quiero agua.

—Ahora mismo no me importa lo que quieras. —Me frunce el ceño, y sé que discutir con él es inútil. Pero al menos no me está manoseando. —Bébela.

Cojo el vaso y doy un sorbo mientras él me observa con los brazos cruzados. El agua sabe sosa y extraña después del vodka, y la vuelvo a dejar después de tragar.

—¿Por qué haces esto? —Se mueve alrededor de la isla hasta quedar justo delante de mí. —Llevas varios días bebiendo hasta enfermar. Se supone que debes estar relajada, no borracha, y pareces muerta de miedo todo el tiempo. ¿Qué está pasando?

—No está pasando nada. —Miro el vaso de agua en lugar de mirarle. —Simplemente odio este trabajo. Eso es todo.

—Estás mintiendo. —Extiende la mano sobre la encimera y me levanta la barbilla hasta que tengo que mirarle a los ojos. —Estás aterrorizada por algo y estás usando el vodka para adormecerte lo suficiente como para funcionar. Así que dime qué es.

Aparto mi rostro de su mano. —Ya te lo he dicho. No quiero ser tu asistenta. Quiero volver a trabajar en el salón, donde realmente pertenezco. —No es fácil ocultar mis verdaderos sentimientos, pero Dimitri no es el tipo de hombre al que le contaría mis secretos. Es un ogro sin corazón que piensa con la entrepierna. Por no mencionar que, si esos hombres vienen tras mí porque saben lo que vi, ¿quién dice que no son hombres siguiendo órdenes suyas? Podría matarme si supiera lo que vi.

—Estás mintiendo, —gruñe, y yo ya estoy harta de esto.

Me levanto sin pensar y me dirijo hacia la puerta, pero él se interpone en mi camino y me detiene. El alcohol me ha hecho sentir

torpe y lenta, y debería estar cocinando su comida, no recibiendo una conferencia, pero lo único en lo que puedo pensar ahora mismo es en irme a casa y sobriarme. Él puede desahogar sus estúpidas frustraciones con algún pobre repartidor, por lo que a mí me importa.

—Lárgate de mi camino. —Refunfuño mientras lo empujo para pasar, pero su brazo se engancha en mi cintura y me encuentro clavada contra la pared, con su codo apoyado junto a mi cabeza y su cuerpo acercándose al mío. Huele a whisky caro y ligeramente a humo de cigarro, y sus ojos se clavan en los míos con firmeza.

—¿Por qué no me dices por qué estás tan alterada, Tatiana? ¿No he sido bueno contigo? Desde que comenzaste a trabajar aquí arriba, no he intentado presionarte ni una sola vez. No he sido más que respetuoso, y estás ganando mucho más que antes. —El brazo de Dimitri se levanta y, con la punta del meñique de su mano izquierda, aparta un mechón de pelo de mi cara. Hace que mi corazón lata más rápido y que mi boca se seque al instante. Dios, necesito un trago.

—Estoy bien.

—No estás bien —repite, e intento apartarme, pero no puedo dejar de pensar en sus labios tan cerca de los míos, puedo ver que están ligeramente agrietados.

Estamos demasiado cerca y el vodka ha nublado mi cabeza lo suficiente como para que no pueda alejarme. Su mano desciende a mi cintura, y la forma en que me mira hace que mi estómago dé vueltas.

—Hiciste un buen trabajo hoy —dice en voz baja, y, curiosamente, su tono me tranquiliza—. La cocina estaba impecable cuando la revisé esta mañana. El dormitorio parecía perfecto. Incluso este desastre con el pollo no es culpa tuya cuando estás tan asustada. —Su pulgar acaricia suavemente mi cadera mientras trago mis nervios.

El elogio hace algo en mí que no debería. Mi mano todavía está en su pecho y, en lugar de empujarlo lejos, siento su latido bajo mi palma. Él está tan tranquilo como puede ser mientras yo me siento como un conejo asustado.

—Debería irme —murmuro, pero no quiero irme. Mi cuerpo está reaccionando a su cercanía, y tal vez quiero ver qué podría pasar si no lo aparto, por una vez.

—Sí, quizás deberías. —Su mano se desliza de mi cintura a la parte baja de mi espalda—. Pero si te quedas, podría ayudarte a calmarte. Ya sabes, darte alguien con quien hablar. —Cuando las puntas de sus dedos encuentran mi piel desnuda y bailan sobre ella, me estremezco.

—Eres mi jefe y esto es tan mala idea—.

Me besa antes de que pueda terminar la frase. Es abrasador, derritiendo mi interior en lava en un instante y robándome el aliento. Entonces el vodka, el miedo y el agotamiento se combinan en algo temerario y lo beso de vuelta.

Sus manos están en mi pelo, en mi espalda y agarrando mis caderas, y no puedo seguir dónde me toca porque está en todas partes a la vez. Lo acerco más, y me aplasta contra la pared hasta que quedo atrapada contra su cuerpo.

Una de sus manos se desliza bajo mi camisa y agarra mi pecho, y gimo, un poco avergonzada por lo mucho que me está excitando. Su boca se mueve hacia mi cuello, y inclino la cabeza hacia atrás mientras mis dedos se enredan en su pelo.

—Dimitri—. No sé si estoy intentando detenerlo o animarlo, pero no importa porque me gira y me levanta sobre la encimera, colocándose entre mis piernas.

Sus manos abren mis rodillas mientras encaja sus caderas entre ellas y su boca encuentra la mía de nuevo. Este beso es más profundo,

más exigente, y encierro mis piernas alrededor de su cintura y lo acerco mientras mis manos trabajan en los botones de su camisa.

Gime contra mi boca y su mano se desliza más arriba por mi muslo, y estoy a punto de perder lo que queda de mi cordura cuando oigo que la puerta se abre.

—Dimitri, necesitamos—.

Una voz masculina se detiene bruscamente cuando la realidad me golpea, y empujo a Dimitri con tanta fuerza que realmente tropieza. Me deslizo de la encimera y mis piernas casi ceden, pero me las arreglo para mantenerme erguida el tiempo suficiente para agarrar mi bolso de la silla donde lo dejé.

Mi corazón está golpeando, mis labios hinchados y doloridos por los besos, y mantengo la cabeza agachada mientras me muevo rápidamente hacia la puerta. Ni siquiera puedo mirarlos, pero cuando el hombre habla de nuevo, suena divertido.

—Volveré.

Ni siquiera puedo responder. Solo me dirijo al ascensor tan rápido como mis piernas temblorosas me llevan, mientras intento que mi pecho se quede en el sujetador y arreglo mi pelo.

—Tatiana, espera—.

La voz de Dimitri me sigue, pero ya estoy en el ascensor pulsando el botón de la planta baja cinco veces seguidas. Las puertas se abren para recibirme, y me apoyo en la pared mientras mi corazón late con fuerza y mi cara arde de vergüenza.

Habría tenido sexo con él, justo allí en la encimera de su cocina, con su amigo a punto de entrar. Y lo peor es que lo quería. Incluso sabiendo lo que es y de lo que es capaz, lo quería.

¿Qué demonios me pasa? ¿Acaso mis hormonas no saben con qué tipo de mierda ya estoy lidiando? No puedo acostarme con mi jefe y complicar más las cosas.

El ascensor se abre, y camino por el casino en piloto automático. Alguien llama mi nombre, pero no me detengo. Sigo caminando y atravieso la salida de empleados hacia el aire frío de la noche, luego continúo hasta estar dos calles más allá.

Solo entonces me detengo, me apoyo contra un edificio e intento recuperar el aliento.

¿Qué diablos acabo de hacer?

9

DIMITRI

—¿Divertido? —La voz de Yuri interrumpe mis pensamientos mientras veo a Tatiana desaparecer en el ascensor, sintiéndome frustrado por la interrupción cuando tenía lo que quería al alcance de mi mano. Me giro y encuentro a mi hermano apoyado contra la mesa lateral con los brazos cruzados y una expresión divertida en su rostro. Tiene las cejas alzadas y me está sonriendo burlonamente.

—Es una empleada. —Me arreglo la camisa donde las manos de Tatiana la habían desarreglado—. Eso es todo.

—Claro. —Yuri entra en el salón y cierra la puerta mientras se afloja un poco la corbata—. Por eso la tenías sobre la encimera de la cocina con tu mano debajo de su camisa. Muy profesional. —Detesto la risotada oscura que sale de su boca. La única razón por la que tiene una llave de este lugar es porque es propiedad familiar y él es copropietario. Un pequeño precio que pago por haber estado alejado de la familia durante tanto tiempo.

—¿Qué quieres, Yuri? —pregunto, girándome para servirme una bebida en la barra, y no me molesto en ofrecerle una. El maldito

impertinente puede servirse la suya si va a burlarse de mí en mi propia casa.

—Quería hablar sobre la situación con Volodin, pero claramente estás ocupado con otros asuntos. —Se deja caer en una de las sillas frente a mi escritorio—. Aunque tengo que cuestionar tu juicio al meterte con empleados que trabajan directamente bajo tus órdenes.

—No es solo una empleada. —Me tomo el whisky de un trago y dejo el vaso en la barra mientras le lanzo una mirada furiosa—. Fue testigo de la ejecución de Volodin. —No ha pronunciado las palabras todavía, pero sé que es verdad. Tengo buen ojo para estas cosas, y no hay otra razón por la que Tatiana habría pasado de estar enfadada conmigo a aterrorizada en todo momento.

Eso llama la atención de Yuri. Se endereza en la silla y estrecha los ojos mientras pregunta: —¿Lo vio suceder?

—Creo que sí. Cuando los chicos estuvieron aquí hace unas noches y hablamos de ello, se quedó muda y se puso blanca como un papel. Desde entonces no ha dejado de temblar. —Me acerco a mi escritorio y saco el archivo que he estado guardando sobre el incidente para hojearlo. No hay cámaras en la parte trasera, lo que significa que no hay pruebas de que ella estuviera allí, pero mi instinto me dice que sí.

—¿Y no se te ocurrió mencionar esto antes? —Yuri está molesto ahora, y con razón. Debería haberle contado mis sospechas, pero no tengo pruebas, y él no puede actuar a medias con ella cuando no está seguro.

—Aún no lo he confirmado. —Abro el archivo y saco las fotos de la escena del crimen—. Ha estado aterrorizada desde que empezó a trabajar aquí arriba, pero no estaba seguro de por qué hasta que la presioné. Su reacción lo dice todo. Simplemente no logro que me lo diga directamente, y si le pregunto…

—Y si le preguntas, mentirá o desaparecerá… —termina por mí, luego se pone de pie y se acerca para mirar las fotos esparcidas sobre mi escritorio. Su mandíbula se tensa y suspira profundamente —. Los Kozlov se darán cuenta de que hubo un testigo eventualmente, si no lo han hecho ya.

—Por eso la mantengo cerca. —Recojo las fotos de nuevo en el archivo—. Si está aquí arriba trabajando directamente para mí, está más segura que si estuviera en el sótano del casino, donde cualquiera podría acceder a ella. —No tiene sentido decirle que este plan estaba en marcha desde hace semanas, cuando decidí que la quería. Pero tiene sentido mantenerla más cerca.

Normalmente, solo observaríamos y tomaríamos notas. Si otro empleado hubiera visto algo, lo interrogaría duramente para sacarle los hechos y luego le haría saber contra quién está luchando. Probablemente no pensaríamos dos veces en protegerlos. Pero Tatiana no es solo una empleada. La he marcado como mía, y la tendré. Y Malcom Kozlov no puede poner sus manos sobre ella.

—O estás poniendo un objetivo sobre ambos al hacer obvio que ella es importante para ti. —Yuri se aleja del escritorio y se dirige hacia la puerta—. Vamos. Necesitamos revisar las grabaciones de seguridad, y quiero ver con qué estamos lidiando realmente.

Cojo mi chaqueta y le sigo fuera del ático por el pasillo. Caminamos en silencio y puedo sentir la tensión que emana de él. Pensábamos que esta mierda había quedado atrás cuando Vadim regresó a casa con justicia para Dominik, pero esto es una saga interminable. Está empezando a cabrear a todo el mundo.

La oficina de seguridad está abierta cuando abro la puerta, y varios de mis hombres están sentados en sillas mirando los monitores que cubren la pared y muestran imágenes en directo de las cámaras situadas por todo el casino. Por ahora, todo está tranquilo, aunque percibo un poco de movimiento en la entrada del personal y me doy cuenta de que Tatiana se va.

—Jefe —el mayor asiente hacia Yuri y luego hacia mí—. No esperábamos verte esta noche.

—Necesitamos revisar las imágenes de la noche en que mataron a Volodin —Yuri saca una silla y se sienta frente al monitor central, inclinándose hacia adelante en el borde de su asiento con tensión—. Muéstrame todo lo que tengáis desde las diez de la noche hasta las tres de la madrugada.

El guardia más joven se acerca al ordenador y empieza a teclear mientras el mayor se queda detrás de él, luciendo nervioso. —Ya revisamos todo esto con la policía. Se llevaron copias de todo lo que teníamos.

—Enséñame lo que les enseñasteis —Yuri se reclina en la silla y empieza a revisar las imágenes de las cámaras desde todos los ángulos del área del personal, los exteriores de los aparcamientos, las vistas frontales y las entradas de la calle, mientras yo me alejo, perdido en mis pensamientos.

Dios, es increíble, y sabe besar de maravilla. Jodidamente caliente. La habría hecho mía allí mismo en la isla de la cocina si mi hermano no hubiera entrado. Pero las cosas han cambiado ahora. No es solo una fascinación u obsesión. Me siento superprotector con ella, como con cualquier otra cosa en la que he puesto mis ojos y aceptado algún tipo de propiedad, solo que peor.

Cuando Yuri me nombró el hombre a cargo aquí, este casino se convirtió en mi bebé. Como, duermo y respiro todo lo relacionado con este negocio y los trabajos secundarios que fluyen a través de él. Y todo el que viene desde hace tiempo sabe que es mi bebé y que no me ando con tonterías.

Pero últimamente, Tatiana ha ocupado más mi atención que cualquier otra cosa, y me siento personalmente responsable de ella. Nada de esta situación en la que ella está tan asustada me parece bien. Si los hombres de Malcom descubren que posiblemente es testigo de su crimen contra Volodin, no escapará a su venganza.

—Dimitri —oigo, y me pongo alerta ante el gruñido de mi hermano.

—¿Qué?

—¿Has empezado con la verificación de identidad? —Sus cejas están levantadas mientras balbuceo mi respuesta.

—Sí… —Dejo que mis ojos se pierdan mientras observo a los tipos cerca de la puerta trasera en las imágenes de los monitores en directo, dos de ellos con cigarrillos detrás de las orejas caminando hacia la salida. Saben que no deberían estar ahí fuera fumando durante su turno porque a los clientes no les gusta el olor a humo de cigarrillo en las zonas no fumadoras del casino. Eso me hace recordar el leve aroma a humo dulce de tabaco que noté en el aliento de Tatiana cuando la besé. No fumó en mi ático, pero si ha estado fumando fuera, como estos payasos, tiene sentido que tuviera una razón para estar ahí fuera y ver el asesinato.

—Así que alguien dentro de este casino ha estado informando a los Kozlov de que tenemos un punto ciego y lo han aprovechado… —Yuri se levanta, y el movimiento me devuelve al presente.

—Sí, eso lo sabemos —me desabrocho la chaqueta del traje y me acerco a él.

—Bueno, si tu chica ha visto algo, estará en esas cámaras entrando o saliendo alrededor de esa hora —me fulmina con la mirada—. ¿Las has revisado? —Con una ceja levantada, frunce los labios y me mira fijamente.

He visto casi todas las imágenes del interior y del exterior al revés y al derecho, pero nunca la he visto alrededor de la hora de su descanso. ¿Por qué soy tan tonto?

—Me pongo con ello, jefe —refunfuño, saboreando el amargor de llamar a mi hermano jefe mientras fuerzo las palabras.

—Si tenemos un infiltrado, también estará en esas cámaras —Yuri se da la vuelta para irse—. Envíame copias de todo. Yo las revisaré.

La frustración en su tono no se me escapa. He estado tan ocupado admirando a Tatiana, tanto en las grabaciones como en mi casa, que no he hecho mi debida diligencia, y la ira se acumula en mi pecho.

Yuri sale dando zancadas, dejándome lamer mis heridas en paz, y me quedo allí mirando la cámara de la puerta trasera ahora, sabiendo que dos hombres están fuera rompiendo las reglas del casino. Y mis guardias de seguridad probablemente los ven hacerlo cada vez y no dicen nada. Dudo que alguno de ellos sea mi topo, pero no puedo estar seguro. Tengo que volver a revisarlos a todos.

Y cuando esto termine, necesito un nuevo equipo. Uno que haga que mi personal cumpla las normas como debería.

10

TATIANA

Encuentro a Linda reponiendo vasos detrás de la barra principal y le digo que me voy por esta noche, luego me dirijo hacia la puerta, un poco menos asustada esta noche que la mayoría de las noches. El aire caliente me golpea en la cara cuando empujo la puerta y respiro profundamente. Necesito llegar a casa y alejarme de este lugar. Cualquier sitio donde pueda relajarme y distraerme de cómo mi cuerpo vibra de excitación.

La parada del autobús está a tres manzanas, y camino rápido con la cabeza baja y las manos metidas en los bolsillos. La calle está más tranquila de lo habitual para esta hora de la noche. La mayoría de la gente sigue en el trabajo o ya en casa cenando con sus familias.

Estoy tan concentrada en llegar a la parada del autobús que casi olvido lo paranoica que debería estar. Dimitri tiene razón en una cosa: el alcohol me ayuda a relajarme un poco. Pero me doy cuenta de mi error un poco tarde cuando miro hacia atrás y veo a un hombre a media manzana caminando en la misma dirección. Lleva una chaqueta oscura y mantiene la cabeza baja, pero algo en su manera de moverse me hace caer el estómago.

No lo reconozco, y no intenta cubrirse la cara, pero no tengo un buen presentimiento. Especialmente cuando acelero y él también acelera. Así que cruzo la calle en la siguiente esquina y él también cruza.

Mi corazón empieza a acelerarse y siento que me he vuelto completamente sobria en el lapso de unos sesenta segundos. Soy tan estúpida por pensar que podía beber para aliviar mi ansiedad. Ser una mujer borracha sola en la calle mientras cae el anochecer no es una idea brillante. He estado tan asustada todo el tiempo. A veces soy débil, y no siempre puedo mantenerme alerta. Me está matando.

Por suerte para mí, el autobús está listo en cuanto llego corriendo a la parada. Encuentro mi sitio justo detrás del conductor después de dejar mi tarifa en la máquina, y creo que estoy a salvo. Pero el conductor no cierra la puerta, y no pone el autobús en marcha de inmediato ni se va.

Un nudo se forma en mi garganta mientras él mira por la puerta con los ojos fijos en el espejo lateral, como si estuviera esperando. Porque eso es exactamente lo que está haciendo.

El pánico invade todo mi cuerpo cuando el hombre que me seguía sube los escalones al autobús con los ojos clavados en mí. Murmuro —Oh, Dios— y mantengo la cabeza baja, ahora temblando ante la idea de que ha venido por mí. Pero él deja su tarifa en la máquina y pasa junto a mí, eligiendo un asiento en algún lugar del medio del autobús lleno de gente.

Estoy tan asustada que no puedo girarme para ver dónde se sienta, y no creo que quiera hacerlo. Si tengo su cara en mi mente, tendré pesadillas de él acechándome. Empeorará toda mi vida. Ya no puedo dormir sin beber, y trabajar bajo la supervisión de Dimitri mantiene mi lucha o huida en constante alerta.

Cuando el autobús arranca, cierro los ojos y cuento las vueltas. Este es un autobús público. Hay testigos por todas partes. Si solo

intentaba alcanzar el autobús, estoy siendo idiota por entrar en pánico. Pero si se baja en mi parada, sabré que me están siguiendo. Aún así, no hará nada aquí con tanta gente a bordo.

Pero el autobús se detiene y bajo corriendo los escalones y me alejo lo más rápido que puedo. No pierdo tiempo caminando ahora. Mi cuerpo está demasiado rígido por el terror para ir despacio. Corro hacia casa, a menos de tres manzanas de distancia, e intento no volver a mirar por encima del hombro.

Pero los pasos detrás de mí aceleran para igualar mi ritmo. Lo único que puedo hacer es correr más rápido mientras mis pulmones arden, mis piernas gritan y mi bolso golpea contra mi cadera con cada paso. Me he vuelto loca de miedo, y lo sé. Esto me va a matar. Voy a morir en esta calle de un ataque al corazón o algo así y rasparán mi cuerpo de la acera.

Mi mente teje mil historias horribles mientras el edificio de apartamentos aparece al final de la manzana, y me esfuerzo más. Pero al acercarme y mi visión se enfoca en los alrededores en lugar del desenfoque del alcohol inducido por el pánico, veo luces azules y rojas destellando contra las paredes de ladrillo.

Dos coches de policía están frente a mi edificio con sus luces girando, y una ambulancia está aparcada detrás de ellos con las puertas traseras abiertas. Los vecinos de los edificios cercanos están de pie en la acera mirando mientras los agentes entran y salen por la entrada principal.

Me detengo en seco y me giro para mirar detrás de mí.

El hombre se ha ido.

Mi pecho se mueve con fuerza mientras intento recuperar el aliento y escaneo la calle en busca de algún rastro de él. Estaba justo detrás de mí. Escuché sus pasos. Pero ahora la acera está vacía en ambas direcciones.

—¡Tatiana!

La voz de Lena me hace volver hacia el edificio. Está junto a la ambulancia envuelta en una manta, con un paramédico revisándole la cabeza. Su rostro está pálido y hay sangre en su camisa.

Corro hacia ella y le agarro los brazos. —¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Alguien entró en el apartamento —su voz tiembla y las lágrimas corren por sus mejillas—. Volví a casa después de mi turno y la puerta estaba abierta y…

—¿Te hicieron daño? —miro la sangre en su camisa y siento que el estómago se me revuelve—. Lena, ¿de quién es esa sangre?

Me siento horrible. Todo esto es culpa mía. Sabía que algo malo iba a pasar. En el momento en que ese policía me dijo que esto estaba relacionado con el crimen organizado, lo supe. Esos hombres probablemente ni siquiera tuvieron que saber que yo estaba allí para enterarse a través del boca a boca de que alguien me había visto. Les llevó unos días confirmar que era yo, pero lo saben. Miro calle arriba con miedo, pero todavía no hay rastro de ese hombre, así que vuelvo a centrarme en Lena.

—Mía —toca el lado de su cabeza donde hay un corte sobre la oreja —. Me golpearon cuando entré. No recuerdo mucho después de eso hasta que me desperté y ya se habían ido.

Un policía se acerca a nosotros con una libreta en la mano. —¿Eres Tatiana Sarnova?

—Sí —mi voz sale apenas por encima de un susurro, temblando tanto que apenas la reconozco.

—¿Este es tu apartamento? —hace un gesto hacia el edificio.

—Vivo aquí con ella —aprieto mi agarre en el brazo de Lena, envolviendo ambos míos alrededor de él—. ¿Qué ha pasado?

—Tu compañera de piso llegó a casa e interrumpió un robo en progreso —pasa las páginas de su libreta—. El perpetrador la golpeó

y huyó antes de que llegásemos. Necesitamos que subas y nos digas si falta algo.

—No lo entiendo —miro alternativamente entre el policía y Lena. Él no tiene ni idea de que esto no es un robo, pero veo el miedo en los ojos de Lena. Ella lo sabe, pero ¿cómo contengo la verdad? Si les digo lo que pienso, ¿es esto suficiente para que me protejan? —¿Qué se llevaron? —pregunto, sabiendo que probablemente no se llevaron nada. No tenemos nada de valor. Esto iba sobre aquel asesinato.

—Eso es lo que estamos intentando averiguar —el policía asiente hacia la entrada y dice—: Vamos, echemos un vistazo.

Comienza a moverse, pero me giro hacia Lena y susurro—: ¿Qué les dijiste? ¿Te preguntaron sobre el asesinato que denuncié? —Estos son policías diferentes, claramente no del mismo rango que el detective que me interrogó.

—No sabía qué decir —gime y niega con la cabeza. Tuvimos una larga conversación sobre policías corruptos la otra noche, y la asustó bastante—. ¿Y si se lo cuentan a alguien? —Su rostro está inundado de miedo, y yo también lo siento palpitar en mi garganta.

—Ve al hospital y hazte revisar… Tengo que irme.

Sigo al policía dentro mientras otro agente se queda con Lena junto a la ambulancia. El ascensor está estropeado, como siempre, así que subimos por las escaleras hasta el apartamento. Cinta amarilla cruza la puerta de nuestro apartamento, que cuelga torcida sobre sus bisagras.

—El cerrojo fue forzado —el policía aparta la cinta para dejarme pasar—. Usaron algo pesado para romperlo.

Entro en el apartamento y dejo de respirar. Todo está destrozado. Los cojines del sofá están cortados abiertos, con el relleno tirado por el suelo. El televisor está destrozado. Libros y DVDs están esparcidos por todas partes. Los armarios de la cocina están abiertos, con

platos rotos sobre el suelo de baldosas. Cada cajón ha sido sacado y vaciado.

—Jesucristo —me llevo la mano a la boca y siento el ardor de las lágrimas en los ojos. Esto definitivamente no es un robo. Esto es un mensaje. Alguien está muy enfadado y quiere que lo sepa. Les he hablado a la policía sobre ellos, y quieren que me «limpien», como Dimitri y sus hombres hablan de limpiar su desorden. —Joder.

—¿Puedes decir si falta algo? —el policía avanza más adentro del apartamento mientras yo me quedo paralizada en la entrada—. ¿Electrónicos, joyas, dinero?

Me obligo a moverme y camino hacia mi habitación. La puerta está abierta, y puedo ver antes de llegar que ha sido destrozada igual que el salón. Mi colchón está fuera del somier. Mi ropa está sacada del armario y tirada por el suelo. Los cajones del tocador están boca abajo, con mis cosas esparcidas por todas partes.

—Estaban buscando algo —mi voz suena extraña y distante incluso para mí, y sé que no debería hablar en voz alta, pero no puedo evitarlo. Todavía estoy algo mareada, y procesar las cosas en voz alta me ayuda a mantenerme fuera del miedo y en el presente. Hay un policía aquí. Estoy a salvo. ¿Verdad?

—¿Hay algo específico que podrían haber estado buscando? —me observa detenidamente—. ¿Alguna razón por la que alguien te habría elegido específicamente?

El informe policial. El asesinato que presencié. La declaración que di sobre los dos hombres ejecutando a alguien en el callejón detrás del casino. Trago saliva y me giro lentamente para enfrentarme a él. Tengo los ojos muy abiertos y siento la lengua pegada al paladar.

—Presenté un informe policial hace unos días —murmuro— sobre un asesinato que presencié. ¿Podría estar relacionado con esto?

La expresión del policía no cambia cuando dice—: ¿Qué asesinato? —Es extraño. ¿No debería tener curiosidad? ¿No querría saber de

qué estoy hablando y sacar la misma conclusión que yo?

—Detrás del casino donde trabajo —me abrazo a mí misma—. Vi a dos hombres dispararle a alguien en la cabeza. Le di una declaración al detective Volkov en la comisaria del centro.

Él toma una nota en su bloc. —No tengo información sobre ese informe. Pero me pondré en contacto con el detective y le avisaré sobre este allanamiento.

—No lo entiende —mi voz sube y puedo sentir el pánico apoderándose de mí—. La banda de los Kozlov mató a ese hombre. El teniente Volkov me dijo que no dejan testigos vivos. —Estoy soltando cosas que he oído decir a Dimitri y sus hombres, y sé que no debería hacerlo. Simplemente no puedo evitarlo—. Y ahora alguien ha entrado en mi apartamento y ha agredido a mi compañera de piso y—

—Vale, vale, tranquilízate —el agente levanta la mano en un gesto débil de simpatía, intentando calmarme—. Centrémonos en lo que podemos hacer ahora mismo. Este piso no es seguro con la puerta así. ¿Tienes algún sitio donde puedas quedarte esta noche?

Niego con la cabeza porque no tengo adónde ir. Mi madre vive a veinticuatro horas de distancia y no me puedo permitir un hotel. La familia de Lena me podría acoger, pero no quiero ponerles en peligro si quienes hicieron esto vuelven buscándome.

Este tipo es un chiste. Le acabo de decir que creo saber quién hizo esto y actúa como si fuera una loca que está exagerando.

—De acuerdo. —Saca su teléfono—. Déjame hacer unas llamadas y ver qué recursos tenemos disponibles para situaciones como esta. Mientras tanto, prepara una bolsa con lo que necesites para unos días.

Asiento y me muevo como en trasteo por mi habitación destrozada, recogiendo ropa y artículos de aseo, intentando no mirar demasiado

los daños. Alguien revisó todas mis cosas. Tocaron todo lo que tengo. Estuvieron aquí buscando algo y ni siquiera sé qué.

Me tiemblan tanto las manos que apenas puedo cerrar la cremallera de la bolsa de deportes que encuentro bajo un montón de ropa. Cuando vuelvo al salón, el agente sigue hablando por teléfono con alguien sobre opciones de alojamiento temporal.

Me siento en el brazo del sofá rajado y miro la destrucción a mi alrededor. Esto es culpa mía. Fui a la policía y ahora quienes mataron a ese hombre saben que los vi. Saben dónde vivo. Entraron en mi casa e hirieron a Lena intentando encontrarme o asustarme o enviar algún tipo de mensaje.

—Te llevaremos a un lugar seguro esta noche. —El agente termina su llamada y se acerca a donde estoy sentada—. Hay un refugio para mujeres a unos veinte minutos de aquí que tiene espacio disponible.

—¿Un refugio? —Lo miro—. No puedo ir a un refugio. —Tampoco estaré segura en un refugio. Ese hombre me siguió aquí desde el trabajo porque ya sabía dónde vivo. Podría ser uno de los que hicieron esto, y ahora este imbécil quiere que duerma en un refugio sin cerraduras en las puertas ni privacidad.

—Es solo por esta noche hasta que encontremos una solución mejor. —Su voz es amable pero firme—. Tu apartamento no está seguro y necesitamos asegurarnos de que estés a salvo.

Asiente hacia la puerta, y no puedo protestar. Cojo la bolsa y lo sigo, intentando internamente averiguar adónde puedo ir. Un hotel no será seguro. No puedo dormir en la calle. Y la única otra opción que se me ocurre es Dimitri, pero que le den. Acabaré borracha y acostándome con él. Ni hablar.

Lena está ahora sentada en la ambulancia con una venda en la cabeza. El paramédico le está explicando algo sobre los síntomas de

la conmoción cerebral y los cuidados posteriores. Me acerco y ella me agarra la mano.

—¿Dónde te llevan? —Aprieta mis dedos, y me doy cuenta de que parece muy cansada.

—Dice que quiere que vaya a un refugio esta noche. —Le aprieto también—. Pero quizá vaya al trabajo. No estoy segura.

—Esto es por lo que viste, ¿verdad? —Su voz baja a un susurro—. El asesinato en el casino. Saben que estabas allí.

—No lo sé. —Pero sí lo sé. En el fondo, sé exactamente por qué pasó esto—. Lo siento mucho, Lena. Lo siento mucho que te hayan hecho daño por mi culpa.

—Esto no es culpa tuya. —Me abraza y siento que tiembla—. Hiciste lo correcto al ir a la policía.

—Lo correcto casi te cuesta la vida. —Me aparto y me seco las lágrimas—. Tengo que irme. Pero llámame en cuanto te den el alta, ¿vale?

Ella asiente, y el paramédico le ayuda a acostarse mientras yo camino hacia el coche de policía donde el agente está esperando. Abre la puerta trasera y me subo con mi bolsa de deportes en el regazo y sin plan alguno para mi futuro.

—Entonces, ¿listos para el refugio? —pregunta alegremente, como si mi casa no hubiera sido saqueada y mi privacidad violada.

—No… Al Titan. Tengo que trabajar —miento, y él me asiente.

—¿Y tendrás un lugar seguro después? —pregunta.

—Sí… —vuelvo a mentir, sintiendo mi garganta apretarse mientras el coche arranca—. Tienen una habitación de empleados donde puedo quedarme unos días.

Y si Dimitri se entera, seguro que me despide. Fumar a escondidas es una cosa. Dormir en el almacén, donde sé que hay más de un

viejo sofá, me costará caro.

11

DIMITRI

Mis huevos están fríos, pero me los como de todos modos mientras miro la tableta apoyada contra mi taza de café. Estuve despierto hasta las tres de la madrugada revisando las imágenes de seguridad desde todos los ángulos que captaron cualquier movimiento cerca del callejón la noche en que mataron a Volodin. Las cámaras no cubren el callejón en sí, pero captaron fragmentos de los Kozlov llegando y marchándose. Un coche entrando en el aparcamiento de empleados. Dos figuras caminando hacia la parte trasera del edificio. Las mismas dos figuras regresando veinte minutos después y marchándose.

No es suficiente para identificarlos. No es suficiente para construir un caso. Solo suficiente para confirmar lo que ya sabía.

Me acosté agotado y me desperté cuatro horas después con la mente todavía recorriendo todas las piezas que no encajan del todo. Así que vine a este restaurante cerca del casino donde puedo pensar sin interrupciones.

Lev se sienta frente a mí con su propia tableta y un plato de tortitas que no ha tocado. —He estado buscando la matrícula parcial en

todas las bases de datos a las que tengo acceso, pero no aparece nada limpio.

—Sigue intentándolo. —Bebo un trago de café que ya está tibio. —Tiene que haber algo.

—Probablemente el coche estaba robado, de todos modos. —Lev pasa las páginas de lo que esté mirando en su pantalla. —Los Kozlov no son tan estúpidos como para usar sus propios vehículos para un ataque.

—Son lo suficientemente estúpidos como para hacerlo en nuestra propiedad. —Dejo mi café y continúo—: Lo que significa que están desesperados o están intentando enviar un mensaje.

Mi teléfono vibra sobre la mesa y miro la pantalla. Número desconocido, pero el código de área me dice que es local. Lo contesto y escucho una voz familiar al otro lado.

—Gravitch… soy Rashid. —Me siento instantáneamente curioso cuando mi amigo de la policía comienza a hablar—: Escuché que tienes un problema.

Mis ojos se clavan en Lev y él se reclina, observándome con preocupación grabada en sus rasgos. —Podríamos tener uno… ¿Qué has escuchado? —Ya le había pedido a los guardias de seguridad que eliminaran cualquier cosa incriminatoria de nuestra serie de grabaciones y que enviaran lo seguro a la policía. Rashid debería tener esta información ya después de que el cuerpo fue reportado y encontrado.

—¿La mujer? —dice más bajito—. Supongo que ha habido más problemas con ella.

—¿Mujer? —pregunto, sintiendo ahora una opresión en el pecho porque incluso antes de que él explique nada, sé que está hablando de Tatiana.

Hay algo de ruido de fondo, algunos hombres hablando, y luego sus voces se desvanecen y él vuelve—: Sí, una mujer estuvo aquí reportando un asesinato la semana pasada. Supongo que fue agredida hace dos noches. Está en el hospital con una conmoción cerebral. —Me detengo un momento, haciendo una pausa para pensar. Tatiana ha estado en el trabajo todos los días, lo que significa que no está en el hospital en absoluto. Entonces, ¿quién es esta otra mujer misteriosa? ¿Y qué sabe?

—¿Asaltada? —le pregunto, y mi mente empieza a dar vueltas. Lev se inclina hacia adelante sobre su tablet, pero no está concentrado en ella. Ahora también está interesado en mi llamada.

—Sí, allanamiento de morada, robo. Estará bien, pero pensé que si esto es cosa tuya…

—Gracias, Rashid. Le echaré un vistazo. —Mi dedo pulgar desliza por la pantalla para terminar la llamada mientras empiezo a rumiar. No tiene sentido que una mujer diferente a Tatiana fuera la que reportó el asesinato cuando ella es la que está en mi ático temblando como una hoja al viento cada día. Ese asalto y robo, sin embargo, quizás no estén relacionados. En cualquier caso, ahora sabemos cómo se enteraron las autoridades.

—¿Problema? —Lev deja su tablet a un lado.

Me reclino en el asiento y proceso lo que esto significa. —Alguien presenció el asesinato y fue a la policía… Así que no fue solo alguien reportando un cadáver. —Sé lo que esto significa tan bien como cualquiera, y es lo que he temido todo este tiempo. Quien haya reportado el asesinato está en peligro, y esa mujer en el hospital está de alguna manera conectada. Y después de ver esos videos de seguridad que muestran a Tatiana fumando afuera solo horas antes de que llegara la policía, las cuentas son fáciles de hacer.

—Joder. —Lev se pasa la mano por el pelo. —¿Dijeron quién presentó el informe?

—No, Rashid solo dijo que alguien afirmó haberlo visto suceder. —Me detengo antes de contarle a Lev, pero Yuri conoce mis sospechas. Tengo que dejar de dar vueltas alrededor del elefante en la habitación y simplemente enfrentar a Tatiana con esto. Ella rechazará mi protección—estoy seguro—, pero eso no me detendrá de intentarlo.

—Podría ser un transeúnte cualquiera. —Lev no parece convencido. —En el lugar equivocado, en el momento equivocado.

—Estoy bastante seguro de que es alguien que trabaja para nosotros. —Me paso la mano por la cara para aliviar algo de la tensión y refunfuño—: Fue Tatiana. —No tengo ninguna duda en este punto, y he sido lo suficientemente estúpido como para dejarla ir a casa todas las noches. Quien esté en el hospital podría ser su hermana o prima o algo así, y el lío en el que la metí al esconder a Volodin acaba de estallarme en la cara.

Las cejas de Lev se elevan. —¿La camarera privada de tu ático?

—¿Puedes dejarlo ya? —gruño, pero él levanta las manos, con las palmas hacia afuera.

—Joder, Dimitri, cálmate. Solo hacía una pregunta. —Hace una pausa y se inclina hacia adelante, hablando más bajo—: Si los Kozlov descubren que hubo un testigo… —Lev no termina la frase, y se siente como una daga atravesándome el corazón.

—La matarán. —Me levanto y saco mi cartera. —Necesito volver al casino y pensar qué diablos le voy a decir. Es obvio que sabe que está en problemas, pero ahora hay otra persona involucrada también. Una mujer en el hospital.

—¿Qué quieres que haga? —Lev empieza a recoger sus cosas mientras habla, pero no hay nada que pueda hacer por ahora excepto indagar un poco.

—Sigue trabajando en esa matrícula. —Dejo dinero en la mesa para nuestras dos comidas. —Y mira si puedes encontrar alguna

información sobre quién presentó ese informe a la policía. Necesito confirmar que fue ella para que no pueda seguir mintiéndome.

Sé que en el instante en que demostremos que fue ella, Yuri insistirá en hablar con ella. Si vio a los asesinos, puede ayudarnos a planear la venganza. Podría haber visto alguna marca identificativa o escuchado algo que nos ayude a defendernos mejor cuando todo estalle.

Para cuando vuelvo al casino, ya he tomado una decisión. Tengo que hablar con Tatiana y esta vez no dejaré que me mire a los ojos y me mienta de nuevo. Sé que vio a los hombres de Kozlov matar a Volodin y sé que está aterrada. Lo que no sé es quién era la otra mujer o cómo están conectadas, pero también lo sacaré de ella.

12

TATIANA

Algo duro me clava en las costillas y me muevo en el sofá intentando encontrar una postura más cómoda mientras siento que el sueño se va y mi cuerpo despierta poco a poco. Abro los ojos lentamente y observo unas baldosas del techo desconocidas, con manchas de agua esparcidas por todas partes. Por un momento, no recuerdo dónde estoy ni por qué estoy durmiendo en un sofá que huele a moho y humo de cigarrillo.

Pero poco a poco recuerdo por qué estoy aquí, tiritando en un almacén demasiado frío sin manta ni baño accesible. Al menos está lo suficientemente tranquilo y oscuro para dormir, si es que a eso se le puede llamar dormir. Pasé toda la noche dando vueltas, con pesadillas y un dolor horrible en el cuello, y ahora solo pienso en vaciar la vejiga y conseguir una taza de café en algún lugar.

Me incorporo y el delantal se me cae de los hombros. Lo usé como manta durante la noche cuando me di cuenta de que no había nada más con qué cubrirme. Me duele la espalda por haber dormido sobre unos cojines que han perdido la mayor parte de su relleno, y me muevo los hombros para aliviar un poco el dolor del cuello. No sé cuánto tiempo podré aguantar esto, pero al menos sé que la

seguridad no vigila la puerta del almacén lo suficiente como para venir a echarme.

Mucho mejor que un estúpido refugio al otro lado de la ciudad.

Apoyando las manos en la cara, bostezo y pienso en Lena en aquella ambulancia. Probablemente la llevaron al hospital para más pruebas, y quién sabe qué hará cuando salga. Sé que tiene familia cerca con la que quedarse, a diferencia de mí. Lo tendrá más fácil, aunque eso no hace que me sienta menos culpable por haberla metido en esto. No puedo evitar preguntarme si hubiera guardado silencio, ¿alguien habría sabido lo que vi?

De pie, pliego el delantal sobre el brazo mientras echo un vistazo más a la sala de almacenamiento. Quizás haya otro sofá más cómodo donde dormir esta noche si tengo que repetir esto. Simplemente no sé a dónde más ir. No me quedaré en un refugio y realmente no puedo permitirme un hotel. Sin amigos cercanos ni familiares, este lugar es todo lo que tengo. Aun así, estoy arriesgándome a perder mi trabajo si abuso demasiado del casino, así que sé que no es una opción para alojarme a largo plazo.

La puerta cruje cuando la abro y me quedo inmóvil, escuchando si hay pasos o voces. Pero el pasillo está vacío y en silencio, excepto por el zumbido del aire acondicionado central que hace que este lugar parezca una nevera. Cierro la puerta detrás de mí y camino hacia las escaleras que conducen a las áreas de los empleados.

Mis piernas se sienten temblorosas y débiles por el hambre y el agotamiento. No recuerdo la última vez que comí algo sustancial. Quizás ayer por la mañana antes de que comenzara mi turno y me emborrachara. Todo desde entonces ha sido un borrón de miedo, vodka y las manos de Dimitri sobre mi cuerpo.

No puedo sacármelo de la cabeza. ¿Por qué no puedo sacármelo de mi jodida cabeza? Juro que también soñé con eso, excepto que en mi sueño no fuimos interrumpidos por ese hombre y Dimitri le hizo cosas impías a mi cuerpo que me hicieron despertar empapada en

sudor frío. Joder, todavía me está afectando ahora mientras camino con mi bolsa de deportes hacia el vestuario.

—Has llegado temprano —escucho desde el fondo de la habitación y veo a Linda de pie con sus pantalones negros y solo el sujetador mientras se pone la blusa para prepararse para su turno. Frunciendo el ceño, evito el contacto visual y aparto la mirada, como es apropiado en estas circunstancias.

—Sí… No pude dormir anoche. No tenía sentido quedarme en casa cuando hay trabajo que hacer. —Y después de llegar tarde tres días seguidos como un mínimo acto de protesta contra la microgestión de Dimitri, probablemente le debo a este lugar el honor de llegar puntual por una vez.

—¿Te sientes mejor? —pregunta Linda. Después de aquel incidente cuando me envió a casa, apenas la he visto. He estado trabajando para Dimitri y mi comunicación con Linda apenas es memorable. No sabía que le importaba.

—Sí, estoy bien —murmuro mientras llego a mi taquilla y me giro hacia ella. Parece entender que no tengo ningún interés en conversar, así que cierra su taquilla y sale mientras yo levanto la mano para abrir la puerta de la mía.

Pero cuando la puerta cruje al abrirse, no es mi caja de metal vacía lo que veo. Mis ojos registran una imagen antes de que siquiera me dé cuenta de que hay algo tirado en el fondo de la taquilla. Es una foto de la escena del crimen con el cuerpo de ese hombre tirado en su propia sangre.

Un sonido extraño sale de mi garganta, como si estuviera intentando tragar un animal chillón, y me tapo la boca mientras dejo caer mi bolsa de deportes.

—Dios mío. —Alguien lo sabe.

Miro alrededor del vestuario, ahora vacío desde que Linda salió despreocupadamente, y me pregunto quién podría ser.

El allanamiento en mi apartamento no fue una coincidencia en absoluto, y Lena está en el hospital por eso, pero ¿y ahora esto? ¿Alguien con quien trabajo sabe lo que vi y ahora me está molestando?

Mi estómago se revuelve y creo que voy a vomitar. Esto no puede estar pasando. No he hecho nada malo y ahora estoy siendo perseguida por alguien que está lo suficientemente cerca como para saber cuál es mi taquilla en el trabajo, dónde vivo, y que no tiene miedo de hacer daño a las personas cercanas a mí.

Tengo que salir de aquí.

Recojo mi bolsa de deportes y me la echo al hombro, luego corro hacia la puerta. Se atasca un poco al intentar abrirla y tengo que tirar tres veces para abrirla, pero entonces salgo corriendo hacia la salida de empleados. Tengo mi tarjeta de débito y algo de efectivo. Mañana me ingresarán mi sueldo. Creo que tengo suficiente para el billete de autobús fuera de la ciudad, pero no me atrevo a ir a casa de mi madre y hacer que esos cabrones vayan también tras ella.

Pero sé que no puedo quedarme aquí en San Petersburgo y dejar que sigan socavando mi cordura. Encontraré un lugar en Moscú, tal vez, o más abajo en Yekaterinburg, y me esconderé. Puedo avisar a mi madre y enviarle dinero para el billete de autobús. Simplemente encontraré otro trabajo. Es mi única opción. No puedo quedarme aquí.

Corro tan rápido que choco contra unos cuantos camareros que llevan cubos de platos sucios antes de tropezar con la puerta, resoplando, y abrirla de golpe tan fuerte que golpea contra el exterior del edificio. No he dado más de tres pasos fuera de la puerta cuando me estrello contra el pecho muy duro de Dimitri Gravitch, quien me rodea la cintura con sus brazos para evitar que me caiga, y al instante sé que estoy jodida.

Alguien con quien trabajo me va a hacer daño, y mi jefe nunca me dejará irme sin explicarle por qué lo estoy haciendo.

13

DIMITRI

Tatiana se estrella contra mi pecho cuando sale por la puerta de empleados y sus ojos se abren de par en par por el pánico. La agarro por la cintura para sujetarla y ella inmediatamente intenta soltarse. —¿Adónde vas? —pregunto, apretando más fuerte.

—Necesito irme. —Respira con dificultad, como si hubiera corrido hasta aquí. —Por favor, déjame ir.

—Ni hablar. —Mantengo el agarre firme mientras examino su rostro. Tiene mala cara. Ojeras oscuras, el pelo hecho un desastre. El uniforme arrugado, como si se hubiera dormido con él puesto. —¿Has ido a casa siquiera? ¿Llevas la misma ropa que ayer?

—Eso no es asunto tuyo. —Tira con más fuerza contra mis manos, arañándome con las uñas. —Suéltame.

Atrapo su bolso cuando se desliza de su hombro. —No hasta que me digas qué está pasando. —Ya estoy harto de sus evasivas. Va a contármelo todo ahora mismo, y no la voy a dejar escapar de mi vista hasta que lo haga.

—Alguien puso una foto en mi taquilla. —Sus palabras salen en un aliento precipitado. —Una foto del hombre muerto… Dios mío. —Sus

uñas bien podrían sacarme sangre, pero no voy a aflojar.

Los Kozlov ya están actuando contra ella. —Enséñame la foto —gruño mientras la arrastro de vuelta al edificio del que acaba de huir. Ni siquiera tengo que preguntarle qué demonios está pasando. Si hubiera venido a mí desde el principio, podría haberla protegido de todo esto.

—No. —Sacude la cabeza. —Me voy. Salgo de la ciudad y no vuelvo. Y no puedes detenerme.

—Sí que puedo. —Suelto uno de sus brazos y señalo hacia los ascensores. —No voy a perderte de vista, Tatiana. Tenemos que hablar.

Abre la boca para discutir, pero no tengo tiempo para esto. Giro la cabeza y veo a Ryder cerca del muelle de carga revisando los envíos. —Ryder, ven aquí.

El guardia de seguridad viene corriendo, y le paso el brazo de Tatiana a su agarre. —Llévala a mi ático y no la dejes salir. Estaré allí en cinco minutos.

—Sí, señor. —Ryder asiente y aprieta su agarre cuando Tatiana intenta zafarse.

—No puedes hacer esto —grita, tirando contra Ryder ahora, pero él le saca al menos ochenta libras. —Suéltame.

—Llévala arriba. —Le paso el bolso a Ryder. —Ahora.

Empieza a llevarla hacia los ascensores de empleados, y sigue forcejeando con él en cada paso. Los veo desaparecer dentro antes de volver hacia mi coche. Necesito coger mi tablet del asiento delantero y luego los seguiré para lidiar con la crisis que esté a punto de tener.

Pero antes de dar tres pasos, mi teléfono vibra. Lo saco y veo un mensaje de Matvey, mi jefe de seguridad.

Matvey 7:47 AM: Los investigadores están aquí. Te necesito en la oficina de seguridad inmediatamente.

Maldigo en voz baja y termino de coger mi tablet antes de tomar los ascensores para subir al último piso. Tatiana se ha metido en un lío peligroso que tendré que arreglar por ella, pero a estas alturas hay poco que no haría por esa mujer. Es un mal lugar, con mis emociones enredadas alrededor de alguien a quien no puedo controlar, pero aquí es donde me encuentro y aquí es donde encuentro mis pensamientos preocupados al salir del ascensor y entrar en la oficina de seguridad.

Matvey está junto a los monitores hablando con dos hombres con trajes baratos a quienes reconozco al instante. Rashid y su compañero, cuyo nombre nunca recuerdo, están en la nómina de Gravitch desde hace años. Pero eso no significa que estén contentos de estar aquí ni que yo esté feliz de tenerlos. Situaciones como esta son exactamente por qué es necesario mantener a hombres como ellos a mi servicio. Solo desearía que situaciones como esta no ocurrieran.

—Caballeros —entro y cierro la puerta detrás de mí—. ¿En qué puedo ayudarlos?

Rashid se gira y su expresión es sombría y retorcida. —Gravitch, necesitamos hablar sobre las imágenes de la noche del incidente.

—Por supuesto —me apoyo en el escritorio y cruzo los brazos, ya leyendo sus intenciones. Rashid debe estar en problemas por nuestros archivos manipulados. No está contento. —¿Qué les gustaría ver?

—Nos gustaría ver los archivos originales —su compañero interviene y saca una libreta—. No las versiones manipuladas que sus hombres proporcionaron.

Matvey cambia de postura pero no dice nada. Sabe mejor que hablar a menos que yo se lo indique, y en esta situación, encubrir un

asesinato es más fácil que dejar que la justicia siga su curso. Si Rashid deja escapar incluso un pequeño detalle de nuestra relación real con Volodin ante el detective equivocado, este casino entero, y quizás toda mi familia, caerá.

—Manipulado es una palabra fuerte —mantengo mi voz calmada mientras me río—. Proporcionamos exactamente lo que se solicitó. Las imágenes de seguridad de la noche en cuestión.

—Imágenes de seguridad que han sido editadas —el tono de Rashid tiene cierta mordacidad—. Los archivos carecen de marcas de tiempo y tienen huecos en las grabaciones —me mira fijamente como si no fuera la primera vez que hacemos algo así, y puedo ver la tensión en su cuello y hombros. Lo que sea que sus superiores estén diciendo sobre esta investigación debe estar afectándolo, pero me importa un bledo. La única copia que queda de esos archivos permanece en los servidores privados de la familia. No queda rastro de las imágenes reales.

—Tuvimos algunas dificultades técnicas esa noche —hago un gesto hacia los monitores—. Los fallos de equipo ocurren. Estoy seguro de que lo entienden.

—Lo que entiendo es que están encubriendo un asesinato que ocurrió en su propiedad —Rashid da un paso hacia adelante—. Y están haciendo que sea muy difícil para nosotros hacer nuestro trabajo.

—Su trabajo —digo, haciendo una pausa para enfatizar—. Este hombre se ha resistido demasiadas veces, y sabiendo lo que tengo que hacer en cuanto salga por esa puerta, no estoy de humor para lidiar con sus tonterías. —Hablemos de su trabajo, detective. ¿Cuánto le pago mensualmente para que los problemas desaparezcan?

Su mandíbula se tensa. —Eso no es relevante para esta investigación, y lo sabe. Esto no tiene nada que ver con eso.

—¿No es así? —me aparto del escritorio y camino hacia él—. Porque pago una cantidad considerable de dinero a sus cuentas secretas cada mes para asegurarme de que usted y su compañero tengan vidas cómodas. Y sería una lástima que alguien descubriera ese ring de peleas clandestino que tienen, ¿o qué tal las prostitutas en las fiestas después de los eventos? Estoy seguro de que sus encantadoras esposas quedarían devastadas al saber qué infecciones de transmisión sexual están en riesgo de contraer.

El compañero da un paso atrás, pero Rashid mantiene su posición. —¿Nos está amenazando?

—Les estoy recordando nuestro acuerdo —me detengo justo frente a él—. Ustedes manejan las cosas en silencio. Mantienen la atención alejada de mis operaciones. Y a cambio, todos permanecen felices y bien compensados.

—Esto no es algo que podamos simplemente hacer desaparecer —la voz de Rashid baja a un gruñido y me muestra los dientes como un lobo rabioso—. Una mujer presentó un informe. Dio una declaración detallada sobre haber presenciado un asesinato. No podemos ignorar eso. Los hechos saldrán a la luz, y cuando lo hagan, también te llevarán por delante. No voy a arruinar mi carrera por esto.

¿Este hijo de puta realmente está tratando de enfrentarme? Me río de nuevo y saco mi teléfono. Los números programados en mi lista de contactos pasan volando mientras mi pulgar se desliza hacia arriba, y encuentro la información de contacto de su esposa y hago clic en ella.

—¿Ves esto? —le muestro su bonita cara—. Es una mujer bastante encantadora. Sería una lástima que alguien la encontrara muerta en un callejón, ¿no crees?

Rashid traga saliva, y su nuez de Adán sube y baja con fuerza. —Deja a Gracie fuera de esto.

Me levanto lentamente y guardo el teléfono en mi bolsillo mientras lo miro fijamente. —Déjame ocuparme de la mujer. Ustedes concéntrense en encontrar a los verdaderos responsables y dejen de venir husmeando por más información. Vuelvan con los detectives y díganles que nuestro software tuvo un fallo y eso es todo lo que tenemos.

—No es así como funciona esto —dice Rashid cruzando los brazos con actitud desafiante, aunque su labio inferior tiembla ahora. Lo he puesto en su lugar y aun así se mantiene obstinado—. Tenemos protocolos que seguir. Testigos que interrogar. Pruebas que recoger.

—Entonces recoge pruebas —me acerco al ordenador donde Matvey ha estado parado en silencio—. Incluso te ayudaré.

Accedo a las imágenes de seguridad de la noche del asesinato. Los mismos fragmentos que he estado revisando durante los últimos dos días. Un coche entrando en el aparcamiento. Dos figuras caminando hacia la parte trasera del edificio. La imagen granulada del rostro de un hombre captado en un ángulo apenas visible.

—Este es uno de ellos —pauso el video en el fotograma más claro—. Se llama Baron Sarkov. Un matón de bajo nivel de lo que queda de la banda de Malcom. Encuéntralo y encontrarás quién mató a Yakov Volodin.

Rashid se inclina hacia la pantalla y estudia la imagen. —¿Esto es todo lo que tienes?

—Las cámaras no cubren el callejón donde ocurrió —cierro el archivo —. Pero esto es suficiente para empezar a buscar. Ese tipo ha estado operando desde un almacén en el este durante el último mes. Puedo darte la dirección.

—¿A cambio de qué? —pregunta su compañero, expresando lo que ambos están pensando, y me frustra tener que decirlo de nuevo.

—Que os larguéis de mi casino y dejéis de volver, y mantengáis a vuestros colegas policías también alejados. Para esto os pago,

imbéciles. Ahora marchaos.

Intercambian una mirada, pero Rashid aún no está contento. La pista que les he dado les habría llevado días a la policía encontrarla. Es algo en lo que masticar ahora, al menos, y él lo sabe. Además, están en mi nómina, lo que significa que tienen que jugar según mis reglas.

—Investigaremos a Baron Sarkov —dice finalmente Rashid—. Pero la mujer tiene que permanecer en el sistema. No podemos simplemente borrar su declaración sin levantar sospechas.

—No te estoy pidiendo que la borres —camino de vuelta hacia la puerta—. Te estoy pidiendo que me dejes ocuparme de ella mientras vosotros os centráis en encontrar a Baron y a quien más esté involucrado.

—¿Qué significa "ocuparte de ella"? —la voz de Rashid lleva una advertencia.

—No tengo intención de matarla —abro la puerta y los miro—. Trabaja para mí y está asustada. Cometió un error al acudir a vosotros en lugar de venir a mí primero. Lo arreglaré.

—No podemos obstruir a un testigo —su compañero suena nervioso ahora—. El general mayor querrá interrogarla más a fondo, y...

—¡Y he dicho que me ocuparé de ello! —mi grito lo hace saltar y ponerse blanco como una sábana. Imbéciles no entienden una simple idea—. ¡Ahora fuera!

Rashid se queda allí mirándome fijamente mientras su compañero sale corriendo visiblemente molesto, y yo lo devuelvo la mirada mientras pasa junto a mí. —Tienes cuarenta y ocho horas para ocuparte de esta situación. Después de eso, tendremos que interrogarla como parte de la investigación oficial.

—Me parece justo —salgo al pasillo—. Te enviaré la última dirección conocida de Sarkov en menos de una hora.

Salen pasando junto a mí y se dirigen hacia el ascensor mientras me giro hacia Matvey, que ha estado observando todo este intercambio en silencio.

—Cierra este piso —ordeno. Las cosas dentro de mi apartamento podrían ponerse ruidosas y, si ocurre, no quiero que nadie más escuche lo que pasa. Quién sabe qué podría decir Tatiana—. Nadie entra ni sale sin mi permiso explícito. Ni el personal, ni los clientes, ni nadie.

—¿Y los investigadores si vuelven? —Matvey saca su móvil para empezar a enviar mensajes.

—No volverán —miro hacia el pasillo en dirección a mi ático—. No si valoran sus cómodos puestos en mi nómina.

Me doy la vuelta y salgo por la puerta, girando de nuevo hacia mi ático. Ni siquiera importa lo que Tatiana haya visto en este punto. Si esos investigadores necesitan hablar con ella, necesita saber qué decir y cómo decirlo. No es ningún secreto en este lugar lo que hacemos. Sé que mi personal habla.

Pero lo que dicen a los de fuera podría ser condenatorio, y no puedo permitir eso. Especialmente de ella. La forma de Yuri de lidiar con una filtración es silenciarla.

Y Tatiana no es una empleada a la que tenga intención de "silenciar". Simplemente tiene que ser controlada.

14

TATIANA

El vodka quema al bajar, pero me tomo otro trago directamente de la botella de todas formas. Estoy sentada en la cama de Dimitri con la espalda apoyada contra el cabecero y las lágrimas corriéndome por la cara. El imbécil hizo que su equipo de seguridad me encerrara en su penthouse, y la puerta está cerrada por fuera con Gleb de guardia para asegurarse de que no pueda escapar.

Golpeé la puerta durante diez minutos después de que me encerrara aquí, gritándole a Gleb que me dejara salir. Pero mis manos empezaron a dolerme y, al final, me rendí y vine aquí al dormitorio de Dimitri, donde encontré el licor que escondió de mí cuando se dio cuenta de que bebía todos los días en el trabajo. Fue su maldita idea empezar esto y ahora es la única forma en que puedo pensar para sobrellevarlo.

O va a matarme por ser parte de lo que sea que está pasando o me mantendrá encerrada para siempre. Lo sé. Nunca debería haber vuelto a este lugar. Cuando ese policía me pidió que fuera al refugio, debería haber ido con él y luego haber escapado y comprado un billete de autobús de inmediato. Soy una idiota.

Me tomo otro trago y me seco la cara con el dorso de la mano. La habitación empieza a desdibujarse por los bordes y mi cabeza se siente borrosa, y es casi reconfortante. Al menos cuando estoy borracha, puedo dejar de pensar tanto y dormirme.

Me quedo allí sorbiendo de esa botella durante mucho tiempo, y pierdo la noción de cuánto exactamente. Pero logro calmarme un poco, así que me siento entumecida en lugar de aterrada. Me siento segura en este lugar—más segura que en la calle o de vuelta en mi apartamento, y definitivamente más segura que en la planta principal y el vestuario del personal. Supongo que es irónico considerando lo incómoda que Dimitri solía hacerme sentir.

No es tan malo como pensaba. Al menos no lo creo así. Era fácil cuando no era más que una camarera juzgar a los clientes borrachos por su comportamiento. Etiqueté a Dimitri como un cerdo misógino al que le gustaba manosear a las mujeres, pero hay más en él que eso.

Escucho que se abre y se cierra la puerta del penthouse. Pasos cruzan la sala de estar y se detienen fuera del dormitorio. La puerta se abre, y Dimitri está en el umbral mirándome a mí y a mi desastre empapado de lágrimas y licor, y suspira. Parece preocupado, no enojado o exigente como esperaba.

—¿Has vuelto a beber? —pregunta suavemente.

—Me encerraste aquí —no me molesto en moverme. Puede acercarse si pretende hablar. Ya he tenido suficiente de sus tonterías. —¿Qué esperabas que hiciera?

Entra en la habitación y coge la botella de mi mano sin decir nada sobre la mancha que se extiende por su edredón donde derramé un poco. Luego deja la botella en la mesilla de noche y se sienta al borde del colchón.

—Tenía que ocuparme de los investigadores —mira hacia sus manos, que descansan dobladas sobre su regazo, y su voz es tan suave que

apenas lo reconozco. —No podía permitir que escaparas mientras me ocupaba de eso.

—¿Así que me atrapaste? —Dios, estoy enfadada. El vodka no ha hecho nada por calmarlo. —Como a un animal en una jaula.

—Estoy tratando de protegerte —cuando sus ojos se alzan para encontrarse con los míos, juro que veo afecto en ellos. ¿Qué diablos está pasando? —Los Kozlov te están buscando, Tatiana. Si hubieras salido de este edificio, ya estarías muerta.

No sé si me gusta esta versión de él. Este Dimitri tranquilo y razonable que se acerca a mí como si fuera un animal asustado que podría huir en cualquier segundo no es tan predecible como el jefe enojado que me manosea. No sé qué cambió entre el callejón y ahora, pero me pone más nerviosa que cuando me agarraba y me empujaba contra las paredes.

—¿Por qué estás siendo amable conmigo? —me abrazo las rodillas contra el pecho. —Nunca has sido amable antes.

—Porque estás aterrada y te estás emborrachando hasta enfermar, y necesito que confíes en mí —se acerca más en la cama. —Y controlarte como si fueras un objeto que poseo nunca ha derribado tus muros.

—Pero eso es lo que piensas, ¿no? —me envuelvo los brazos alrededor de las rodillas. —Que te pertenezco. Que puedes controlar lo que hago y adónde voy.

—Sí —ni siquiera lo niega. —Pero me estoy dando cuenta de que ese enfoque no funciona contigo.

—¿Así que ahora estás probando una táctica diferente? —Tan manipulador y repugnante. —No puedo ser manoseada, Dimitri. Podrías rendirte.

—Estoy tratando de mantenerte con vida —la ira cruza su rostro por un segundo y luego desaparece mientras suspira. —Lo cual es más

difícil de lo que debería ser cuando no dejas de luchar contra mí.

La confusión que siento al ver este cambio radical que ha hecho es lo primero que me saca de mi estado de ansiedad en una semana. Me quedo allí atónita, mirando su frente arrugada y sus pupilas dilatadas, preguntándome quién diablos es este hombre y qué hizo con Dimitri Gravitch. Estoy completamente impactada.

—¿Presenciaste el asesinato que tuvo lugar fuera de mi casino? —Es la primera vez que me lo pregunta tan directamente. Ni siquiera estoy segura de cómo evadir la pregunta.

—¿Te refieres al que estás encubriendo?

Lo observo mientras cierra los ojos y frunce los labios antes de apretar los dientes y decir: —Sí. A ese.

—¿Por qué te importa? —Entierro mi cara contra mis rodillas, donde apoyo la frente—. Ya sabes que lo hice. ¿No es por eso por lo que estoy encerrada aquí ahora? ¿Vas a matarme?

—Maldita sea, Tatiana, no voy a hacerte daño. —Me coge el tobillo y tira de una pierna, obligándome a levantar la cabeza y mirarle. Ahora parece enfadado, pero su tono sigue siendo suave—. No puedo protegerte si no hablas conmigo. Solo dime lo que viste. ¿Por qué tienes tanto miedo?

—Sí, lo vi, y desde entonces han pasado cosas malas. —Le cuento cómo fui a la policía y cómo ese sedán negro me ha estado siguiendo, y cuando llego a la parte en la que el tipo raro estaba en el bus, casi vuelvo a romper a llorar—. Después de salir del trabajo una noche, pensé que estaba siendo paranoica, pero cuando llegué a mi apartamento había coches de policía por todas partes y Lena estaba herida y—.

Cuando mi voz se quiebra y las lágrimas amenazan con desbordarse, me callo. Dimitri se acerca más y aparta el pelo de mi cara, haciendo que sea más difícil controlar las lágrimas. Y cuando habla de nuevo, finalmente dejo ir el borde de la rabia.

—¿Qué pasó en tu apartamento?

—Alguien entró. —Me esfuerzo por contener las lágrimas y continúo —. Lo destrozaron todo. Cortaron los muebles. Rompieron la tele. Revolvieron todas mis cosas como si estuvieran buscando algo.

—Te estaban buscando a ti. —Su mano acaricia mi mejilla y su pulgar roza el pómulo—. Pensaron que estarías allí.

—Pero Lena estaba allí en mi lugar. —Finalmente, las lágrimas caen, porque la culpa que siento por haber arrastrado a mi compañera de piso a esto es demasiado—. La golpearon. Tiene una conmoción cerebral y está en el hospital ahora, y es mi culpa.

Él suspira fuerte y su mano deja mi cara. Aprovecho el espacio para secarme las mejillas, pero no puedo dejar de llorar. Nuevos ríos de lágrimas se abren paso por mi piel y caen de mi mandíbula mientras Dimitri se levanta y se dirige al carrito de licores donde está la botella de la que estaba bebiendo. Sirve vodka en un vaso y me lo trae—. Bebe esto.

—Ya he bebido demasiado —digo, pero cojo el vaso de todos modos. El alcohol se ha convertido en mi mejor amigo ahora, y básicamente en el único consuelo que tengo en este mundo.

—Uno más no te hará daño. —Vuelve a sentarse en la cama, más cerca que antes. Su cadera descansa contra mi muslo, y el aroma de su colonia me envuelve—. Necesitas calmarte antes de que te pongas enferma.

Me bebo el vodka en dos tragos y dejo el vaso vacío en la mesilla de noche. La habitación gira ligeramente cuando me muevo, y cierro los ojos para estabilizarme. No entiendo por qué de repente se siente responsable de mí y quiere protegerme. Si no es su familia la que me ha estado siguiendo, ¿por qué le importa?

—Estoy tan cansada —susurro—. Estoy cansada de tener miedo. Estoy cansada de huir. Estoy cansada de no saber si estoy a salvo.

—Estás a salvo aquí. —Alarga la mano y me aparta el pelo de la cara otra vez—. Sé que no lo crees, pero es cierto.

—¿Cómo puedo estar a salvo cuando estás encubriendo el asesinato que presencié? —Le miro directamente—. Estás protegiendo a la gente que quiere que muera.

—No los estoy protegiendo. —El rostro de Dimitri se vuelve frío y sus ojos se clavan en los míos—. Los estoy cazando. —Cuando aprieta la mandíbula, sus fosas nasales se dilatan, y algo en su tono me hace creerle.

—¿Por qué? —La pregunta sale desesperada—. ¿Por qué siquiera te importa lo que me pase?

—Dios, mujer… —Respira hondo y deja su mano sobre mi muslo. Cuando baja la cabeza, sé que está intentando pensar cómo responder a mi pregunta, que no es tan difícil como lo está haciendo parecer, pero me sorprende su respuesta cuando habla—. Porque antes de todo esto, eras solo una mujer con un buen cuerpo. Pero ahora te he conocido un poco, y no sé. Me gustas. No quiero que te pase nada.

No sé si está diciendo la verdad o si es solo otra táctica de manipulación. No sé si puedo confiar en nada de lo que diga cuando me ha encerrado en su penthouse como una prisionera. Ya no sé nada excepto que estoy agotada y aterrada. Pero tiene un efecto calmante sobre mí, y es tan obvio para ambos.

—Te odio —murmuro, aunque ya no es realmente cierto. No le odio. Simplemente no sé si me gusta mucho. Aun así, siento que se acerca, desplazándose por el borde del colchón mientras su mano se desliza alrededor de mi cintura para reposar en mi cadera.

—Lo sé —resopla, y está tan cerca que puedo sentir su aliento en mis labios—. Pero vas a dejarme protegerte de todos modos.

No sé por qué, pero me inclino hacia adelante y apoyo mi frente contra la suya mientras su mano vuelve a acariciar mi mejilla, y

cuando levanta la barbilla y sus labios rozan los míos, no me echo atrás. Algo dentro de mí se enciende en una chispa, y quiero saber cómo se siente esto.

El beso es desesperado y desordenado, sus manos se enredan en mi pelo y me atraen más cerca mientras yo me aferro a su camisa. Todo lo que he estado reprimiendo durante días sale a flote en la forma en que le beso, como si me estuviera ahogando y él fuera lo único que me mantiene a flote.

Se mueve en la cama y me atrae hacia su regazo sin romper el beso. Mis piernas se envuelven automáticamente alrededor de su cintura, y sus manos se deslizan bajo mi camisa para presionar contra mi piel desnuda mientras su boca se desplaza hacia mi cuello y yo inclino la cabeza.

Esto está mal. Es la peor decisión que podría tomar. Pero parece que no puedo parar.

Sus manos me quitan la camisa por la cabeza y la lanzan al otro lado de la habitación. Mi sostén sigue segundos después, y entonces su boca está en mi pecho y me arqueo hacia él con un jadeo.

—Eres jodidamente hermosa. —Sus dientes rozan mi pezón y yo clavo mis dedos en su hombro—. He querido esto desde la primera vez que te vi.

No puedo formar palabras cuando su lengua rodea mi pezón antes de succionarlo en su boca. La sensación recorre mi entrepierna y me muevo contra él buscando fricción. Su otra mano sube para acariciar mi otro pecho y enrolla el pezón entre sus dedos mientras sigue trabajando el primero con su boca.

—Dios, te quiero —gimo, y siento que sonríe contra mi piel.

—Dilo otra vez. —Suelta mi pezón con un chasquido húmedo y se mueve hacia el otro. —Quiero oírte decir mi nombre mientras te hago perder el control.

—Dimitri. —Enredo mis dedos en su cabello y lo mantengo cerca de mí. —Por favor.

—¿Por favor qué? —Muerde suavemente, y yo grito. —Dime qué quieres.

—Tócame. —No me importa rogar en este punto. Entre la extraña química que se ha estado construyendo entre nosotros y el efecto del vodka, ni siquiera quiero resistirme más. Quiero que su polla esté dentro de mí haciéndome llegar al clímax tan fuerte que olvide mi nombre.

Suelta mi pecho y sus manos se deslizan hacia mis pantalones. Abre el botón y baja la cremallera demasiado despacio hasta que levanto mis caderas y él me baja los pantalones junto con las bragas en un movimiento suave. Me veo obligada a ponerme de pie momentáneamente, y él sonríe al verme allí.

El aire frío golpea mi piel desnuda, y tiemblo. Él tira mi ropa al suelo y luego sus manos están sobre mí, guiándome hacia la cama.

Es su turno de ponerse de pie y deshacerse de sus zapatos y chaqueta mientras yo me acuesto frente a él, y él separa mis muslos. —Ábrete más —gruñe con un tono lujurioso. —Quiero verte toda.

Dejo que mis rodillas se abran, y sus manos suben por mis muslos internos. Sus pulgares rozan cerca de donde más lo necesito, pero no me tocan ahí. Me está provocando, y por la expresión en su rostro, está disfrutando cada segundo.

—Ya estás tan mojada. —Uno de sus pulgares se desliza por mis pliegues y mis caderas se arquean. —Puedo ver cuánto quieres esto.

—Deja de provocarme. —Extiendo la mano para agarrar su muñeca, pero él atrapa mi mano y la sujeta a la cama junto a mi cadera.

—Te tocaré cuando esté listo. —Se inclina y presiona un beso en mi muslo interno. —Y ni un segundo antes.

Entonces la boca de Dimitri sube más, y aguanto la respiración esperando que llegue adonde lo anhelo. Pero en su lugar cambia a mi otro muslo y comienza a presionar besos allí también. Besos lentos y tortuosos que me hacen querer gritar de frustración.

—Por favor. —Definitivamente estoy rogando ahora. —Dimitri, por favor. —Lo deseo tanto que duele.

—Ya que lo pediste tan bien. —Su aliento roza mi centro y luego su lengua está sobre mí, y veo estrellas.

Lame una línea lenta de abajo hacia arriba antes de rodear mi clítoris con su lengua. La sensación es abrumadora y agarro las sábanas debajo de mí tratando de mantenerme en control. Lo hace una y otra vez hasta que estoy moviendo mis caderas contra su cara buscando más presión.

Sus manos agarran mis muslos y me mantienen en su lugar mientras su lengua trabaja en mí. Alterna entre caricias amplias y atención enfocada en mi clítoris hasta que no puedo distinguir cuándo termina una sensación y comienza otra. Cuando chupa mi clítoris dentro de su boca, casi me levanto de la cama.

—Oh, Dios. —Mi espalda se arquea y mis muslos intentan cerrarse alrededor de su cabeza, pero sus manos me mantienen abierta. —No pares.

No para. En cambio, desliza un dedo dentro de mí mientras su boca continúa su asalto a mi clítoris. La doble sensación hace que mi visión se nuble, y puedo sentir el orgasmo acumulándose en mi estómago. Luego añade otro dedo y los curva hacia arriba, tocando un punto que me hace gemir y retorcerme.

—Eso es. —Se retira lo suficiente para hablar contra mi carne hinchada. —Puedo sentir que estás cerca. Déjate ir por mí.

Sus dedos se mueven más rápido y su boca regresa a mi clítoris con una intensidad renovada. La presión aumenta y aumenta hasta que no puedo aguantar más. El orgasmo me atraviesa, y gruño su

nombre mientras todo mi cuerpo se tensa y luego se relaja en una serie de convulsiones y espasmos. Él me acompaña a través de ello con sus dedos y lengua hasta que las olas finalmente se calman y me desplomo contra las almohadas.

Puede que esté ebria y un poco emocional, pero ese fue el mejor orgasmo que he tenido en mi vida y quiero más.

—Hermosa. —Dimitri saca sus dedos lentamente y los lleva a su boca. —Sabes incluso mejor de lo que imaginaba.

Observo con ojos pesados mientras se chupa los dedos. Mi cuerpo todavía vibra por el orgasmo, pero ya puedo sentir el deseo aumentando nuevamente cuando veo el bulto que presiona sus pantalones.

Se levanta y se quita la ropa restante. Cuando finalmente está desnudo, puedo ver exactamente cuánto quiere esto. Su polla está dura y enrojecida, y ya hay gotas de líquido precum en la punta. Envuelve su mano alrededor de sí mismo y se masturba lentamente mientras me mira tendida en su cama.

—Ponte de espaldas. —Cuando habla ahora, algo dentro de mí quiere obedecerle, como si me hubiera hechizado y estuviera en un trance. —En cuatro patas.

Me pongo boca abajo y me empujo hacia la posición. La vulnerabilidad de la postura hace que mi pulso se acelere, pero también hay algo emocionante en presentarme así ante él. Sus manos bajan por mi espalda y sobre mi trasero antes de agarrar mis caderas.

—Mírate. —Una mano se desliza entre mis piernas y me encuentra todavía mojada. —Tan lista para mí.

Luego se posiciona detrás de mí y siento la cabeza de su polla presionando contra mi entrada. Empuja lentamente, y el estiramiento me hace jadear contra una almohada. Es más grande

que cualquier persona con la que he estado antes, y mi cuerpo tarda un momento en adaptarse.

—Respira. —Una mano frota círculos calmantes en mi espalda baja. —Puedes soportarlo.

Me obligo a relajarme y él se desliza más adentro, centímetro a centímetro, hasta que está completamente enterrado dentro de mí, donde se detiene por un momento y siento que palpita.

—Te sientes increíble. —Sus manos se deslizan hacia mis caderas mientras me ajusto y siento que presiona contra mi pared trasera. —Tan apretada y perfecta.

—Muévete. —Empujo contra él. —Por favor, muévete.

Se retira casi por completo antes de volver a entrar, y gimo un sonido bajo y delicioso. Esto es increíble. Cuando finalmente comienza a empujar, el ángulo hace que llegue profundamente dentro de mí, y no puedo hacer otra cosa más que agarrarme a las sábanas y aceptar lo que me está dando.

—Me coges tan bien—. Una de sus manos suelta mi cadera y se enreda en mi pelo. Tira lo suficientemente fuerte como para hacer que mi espalda se arquee aún más. —Dios, tu culo se contrae cada vez que llego hasta el fondo. Estás tan jodidamente caliente—.

Las palabras obscenas combinadas con el ritmo implacable me empujan hacia otro límite. Su otra mano se desliza hacia mi frente y sus dedos encuentran mi clítoris. Lo circula al ritmo de sus embestidas, lo que hace que el pensamiento coherente sea imposible. Dimitri posee cada centímetro de mí, y ahora incluso yo lo sé.

—Estoy cerca—. Las palabras salen entrecortadas entre jadeos. —Estoy muy cerca—.

—¿Te gusta duro?— Tira de mi pelo con más fuerza y sus dedos presionan más firmemente contra mi clítoris. —Quiero sentirte venir

alrededor de mí—.

—Dios, sí—, gimo, apretándome contra él para intentar generar más sensación para él.

—Buena chica—. Suelta mi pelo y ambas manos vuelven a agarrar mis caderas. —Eres una jodidamente buena chica para mí—.

Cuando se retira y me voltea sobre mi espalda, apenas puedo recuperar el aliento. Luego vuelve a empujar hacia dentro desde este nuevo ángulo y yo envuelvo mis piernas alrededor de su cintura automáticamente. El cambio de posición hace que alcance puntos diferentes, y ya puedo sentir la sobresensibilidad mezclándose con el placer.

—Quiero ver tu cara cuando me venga—. Se apoya en sus antebrazos a ambos lados de mi cabeza. —Quiero que me veas perder el control—.

Sus caderas se mueven hacia adelante más rápido ahora, y puedo decir que está cerca. Los músculos de sus brazos están tensos y hay una capa de sudor cubriendo su piel. Levanto las manos y las deslizo por su espalda, sintiendo la flexión de sus músculos con cada embestida mientras mi propio clímax comienza a crecer de nuevo. Este hombre me está volviendo loca.

—Más profundo—, suplico.

—Te sientes tan bien—. Su voz está tensa. —Jodidamente bien envuelta alrededor de mí—.

Lo atrapo en un beso que es todo lengua y dientes. Él gime en mi boca y su ritmo se vuelve más errático. Una de sus manos se desliza hacia abajo para agarrar mi muslo y levantar mi pierna más alto, abriéndome aún más.

El nuevo ángulo lo lleva a una profundidad imposible, y rompo el beso para jadear por aire. Su boca se mueve hacia mi cuello, y chupa lo suficientemente fuerte como para dejar una marca. La

posesividad de eso envía otro choque de placer a través de mí, incluso cuando el segundo orgasmo me golpea aún más fuerte que el primero. Mi visión se vuelve blanca, y no puedo detener los gemidos de placer mientras todo mi cuerpo se convulsiona. Él sigue embistiendo a través de ello, prolongando las olas hasta que estoy completamente relajada y temblando.

—Oh, Dios, oh, Dios mío—, es todo lo que puedo decir una y otra vez mientras él me folla a través de los espasmos y convulsiones, y entonces él se tensa.

—¿Dónde quieres que me venga?— Muerde mi hombro. Se está conteniendo.

—Dentro—. Clavo mis uñas en su espalda. —Jodidamente llénname—, gruño, todavía mareada por las secuelas.

Eso es todo el permiso que necesita. Sus embestidas se vuelven castigadoras y su respiración se vuelve más pesada. Observo su rostro mientras se acerca, y hay algo íntimo en verlo así, vulnerable y fuera de control.

—Tati…— gime, con los ojos fijos en los míos. Luego, —Joder, me vengo—.

Se entierra lo más profundo que puede llegar, y lo siento palpitar dentro de mí. Todo su cuerpo se pone rígido y su rostro se contorsiona de placer. Sigue moviéndose a través de ello hasta que finalmente se desploma sobre mí, respirando con dificultad contra mi cuello.

Nos quedamos allí durante varios minutos mientras nuestra respiración vuelve lentamente a la normalidad. Su peso sobre mí es aplastante pero reconfortante al mismo tiempo. Me ancla a la realidad de que estoy a salvo aquí en su cama y no va a dejar que nadie me toque excepto él.

Finalmente, se aparta de mí y se recuesta a mi lado. Miramos al techo en silencio, y me vuelvo muy consciente del desorden entre

mis muslos y de cómo mi cuerpo todavía vibra después de dos orgasmos intensos.

Mi mente es un lío de emociones conflictivas. Una parte de mí no puede creer que acabo de tener sexo con él. Otra parte quiere hacerlo de nuevo. Y otra parte está frustrada conmigo misma por ceder cuando debería estar centrada en mantenerme con vida.

—Deberías quedarte aquí—. Su voz atraviesa mis pensamientos. —Mi ático es el único lugar seguro para ti en este momento—.

Giro la cabeza para mirarlo. —¿Qué?—

—Los Kozlov te están buscando—. Se apoya en un codo para mirarme. —Tu apartamento no es seguro. El único lugar donde puedo garantizar tu protección es aquí, donde puedo vigilarte yo mismo—.

La parte lógica de mi cerebro sabe que tiene razón. Si hay hombres tras mí—y ya han irrumpido en mi apartamento y lastimado a Lena para demostrarlo—entonces necesito estar en un lugar al que no puedan llegar. Pero, ¿no es igual de peligroso quedarme con él? Quiero decir, ahora sé quién es. ¿Y si termino enamorándome de él? No me gusta la idea de decirle a mi tonto corazón que no se enamore de un hombre que mata gente por vivir.

Pero, ¿a dónde más puedo ir? Estoy atrapada por las circunstancias tanto como por su llave y cerrojo. —Sí, vale—, digo de mala gana.

—Bien—. Se levanta de la cama, y trato de no mirar su cuerpo desnudo mientras cruza la habitación hacia su carrito de bar. Sirve vodka en un vaso y me lo trae. —Bebe esto y descansa un poco. Pareces agotada—.

Tomo el vaso y lo bebo mientras lo veo volver a vestirse. La naturalidad de todo esto hace que la situación se sienta aún más surrealista. —¿Adónde vas?—

—Tengo asuntos que atender—. Se pone los pantalones, se abotona la camisa y no entra en detalles sobre lo que eso significa. —Cierra la puerta detrás de mí y no la abras para nadie excepto para mí o Gleb—.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?— Me arropo con la sábana, sintiéndome de repente expuesta al estar desnuda en su cama.

—Unas horas—. Se inclina y besa mi frente en un gesto sorprendentemente tierno. —Intenta dormir—.

Luego se va y me quedo sola en su habitación con un vaso de vodka y la sensación persistente de sus manos por todo mi cuerpo.

Y no puedo evitar sentir que las cosas acaban de empeorar infinitamente para mí. No mejor, como él esperaba.

15

DIMITRI

Cuando llego a casa de Yuri, entro sin tocar. Mi hermano está sentado detrás de su escritorio con un cigarro ardiente entre los dedos y una botella de whisky abierta junto a su codo. Levanta la mirada cuando entro y señala hacia la silla frente a él.

—Pareces hecho polvo. —Empuja el humidor hacia mí, cruzando el escritorio— ¿Cuándo fue la última vez que dormiste? Normalmente soy yo quien le pregunta eso, pero últimamente he comenzado a convertirme en una versión más joven de él.

—No lo recuerdo. —Cogo un cigarro y corto la punta antes de encenderlo con las cerillas de la caja—. Hace un par de días, quizás. —Él se ríe, pero en realidad no encuentra mi broma graciosa. Tenemos demasiado en juego como para estar sentados haciendo chistes.

—Esta situación con la testigo te está consumiendo. —Se reclina en su silla y me estudia a través del humo— Obsesionado con ella.

—Lo tengo bajo control. —Doy una calada al cigarro y dejo que el humo llene mi boca antes de exhalarlo—. Ahora está en el ático, donde puedo vigilarla.

—¿En tu casa? —La voz de Yuri lleva un tono de advertencia— ¿De verdad crees que es inteligente? Sabes que vendrán a buscarla. Y cuando descubran quién es para ti, también te convertirás en un objetivo.

—Pues que así sea. —Golpeo la ceniza en el cenicero de su escritorio — Alguien tiene que protegerla.

—Estás siendo un tonto, Dimitri. —Siempre ha intentado educarme, incluso mucho antes de que nuestro padre muriera. Lo odio, pero él es el "jefe" y si protesto demasiado, causo problemas. Solo tengo que tolerarlo—. Vendrán por ti.

—Deja que lo intenten. —Doy otra calada al cigarro— La seguridad está más ajustada que nunca.

Él da otra calada a su cigarro y deja escapar el humo por la nariz mientras bebe su whisky. Compartimos un momento de silencio mientras me mira, probablemente pensando lo estúpido que soy, pero él mismo fue un tonto no hace mucho. Aún así, no necesito recordarle cómo enterró a su hijo después de casarse con la mujer a la que estaba prometido solo unos días después de que el niño muriera.

—Pero no has venido aquí para que te dé un sermón —dice él simplemente—. Así que dime por qué estás aquí.

Nada me produce mayor disgusto que sacar este tema, pero tiene que hacerse. Tenemos un problema grave en nuestra organización y debemos abordarlo.

—Tenemos a alguien dentro… —Suspira y evita el contacto visual— Alguien puso una imagen intimidante de la escena del crimen en el casillero de Tatiana para amenazarla y asustarla. Significa que alguien tiene acceso a nuestras áreas restringidas de empleados que no tienen cámaras de seguridad, y todo esto ocurrió después de que aumentamos las medidas de seguridad.

La siguiente calada al cigarro revela notas de cereza dulce y tabaco ácido. Lo dejo rodar por mi lengua antes de exhalarlo en una corriente constante.

—Un topo —gruñe Yuri con rabia— ¿Tienes a alguien dentro trabajando en tu contra?

—*Tenemos* a alguien dentro —lo corrijo—. Esto ya no es solo mi problema. Quienquiera que esté haciendo esto tiene acceso a nuestras operaciones y lo está usando para ayudar a nuestros enemigos.

Yuri se levanta y se acerca a las ventanas que dan a su propiedad. —¿Recuerdas al hombre que intentó matar a Lev?

—En su propia casa… —Asiento—. Alguien en quien confiaba lo suficiente como para dejarle entrar. —No olvido las cosas fácilmente. Sé que todo esto tiene que estar conectado.

—Y la situación de Vadim en Serbia —continúa Yuri sin darse la vuelta—. Uno de sus propios hombres se volvió en su contra. Vendió información a la gente que estábamos persiguiendo.

—Ruslan. —El nombre del traidor sabe amargo—. Eso fue la gota que colmó el vaso.

—No nos dimos cuenta en ese momento, pero nuestros enemigos aliándose contra nosotros crearon otro problema. —Yuri finalmente se vuelve hacia mí—. Encontraron debilidades en nuestra organización. Personas que podrían ser compradas o amenazadas para traicionarnos.

—El ataque al casino con Yakov lo dejó al descubierto. —Me bebo el whisky y sirvo otro— Su muerte nos mostró exactamente con qué estamos lidiando.

—Yakov pagó el precio final por estar atrapado entre dos bandos. —Yuri vuelve a su escritorio y se sienta—. Pero su ejecución nos dio la imagen más clara de lo que realmente está ocurriendo: nuestros

enemigos ya no están atacando solo desde fuera. Están operando desde dentro.

Está predicando al coro. Sé todo esto, y aunque estoy seguro de que está furioso, este nuevo trabajo interno no parece ser una gran sorpresa.

—Entonces, ¿qué hacemos al respecto? —Me reclino en la silla—. No podemos confiar en nadie hasta que descubramos quién está trabajando en nuestra contra.

—No te equivocas. Puedo enviarte a algunos de mis mejores hombres, aquellos en los que sé que puedo confiar —Yuri coge de nuevo su cigarro—. Necesitamos eliminar a cualquiera que no haya sido debidamente revisado. Y luego revisar a todos de nuevo.

—¿Y qué hay de Malcom? —Ya sabemos que Malcom no tiene nada. Está desesperado, intentando agarrarse a lo poco que le queda. Se unirá a cualquier hermano Veche que quede, y ya sabemos que Yaros tenía vínculos con los Balcanes.

—¿Qué estás proponiendo? —Me observa con atención mientras hace rodar la brasa de su cigarro en el cenicero.

Sacudo la ceniza de mi cigarro y pienso por un momento. —Bueno, tenemos las imágenes que muestran el coche del que salieron esos hombres. Fueron lo suficientemente inteligentes como para evitar que se vieran sus caras. Pero si podemos rastrear esa matrícula, averiguar quién conducía…

—Quieres pasar a la ofensiva —Yuri lo considera—. Empezar a eliminarlos antes de que puedan hacer otro movimiento.

—Mataron a Yakov en mi propiedad —digo con demasiada ansia—. Amenazaron a Tatiana. Han demostrado que están dispuestos a actuar abiertamente contra nosotros. Así que sí, quiero contraatacar. —No puedo evitar el torrente de ira que me invade. Habría dejado pasar lo de Volodin. Incluso habría dejado pasar que lo hicieran en

nuestra propiedad. Pero atacar a la mujer que es mía cruza una línea que nunca podré perdonar.

—Estoy de acuerdo —dice—. Tienes luz verde para actuar contra cualquier Kozlov que podamos identificar y localizar. Pero hay algo más que necesitamos discutir.

—¿Qué? —Ya no me gusta por dónde va esto, basándome en su tono. Tiene esa mirada estúpida en los ojos que dice que sabe que sus órdenes no me van a sentar bien. Crecí con este hombre. Lo conozco desde el vientre de nuestra madre. No puede dejar pasar ninguna emoción en su rostro sin que yo lo note, y estoy a punto de estallar solo por la forma en que sus ojos se estrechan al mirarme.

—Si quieres mantener a Tatiana a salvo, tal vez necesites enviarla lejos por un tiempo —Levanta la mano cuando empiezo a interrumpir—. Escúchame… Ahora es un objetivo. Los Kozlov saben que presenció la ejecución y están intentando activamente encontrarla. Mantenerla en el casino la hace vulnerable.

—Está más segura conmigo que en cualquier otro lugar —protesto, dejando mi cigarro y apoyándome hacia adelante—. No la voy a enviar lejos.

—Estás siendo terco con esto —Los ojos de Yuri se oscurecen como la medianoche, y se reclina, dejando su cigarro ardiendo en el cenicero—. Tu apego a esta mujer está nublando tu juicio.

—Mi juicio está bien —gruño, poniéndome de pie—. Se quedará conmigo, donde puedo protegerla como es debido.

—¿Y si vuelven a vulnerar tu seguridad? —desafía, levantando ambas cejas en señal de pregunta—. ¿Si logran pasar a tus guardias y entrar en tu penthouse? ¿Entonces qué? Están en tu maldita casa, hermano. Dentro de ella.

—Eso no va a pasar —Apago el cigarro y me ajusto la camisa—. He triplicado la seguridad en el piso superior. Nadie entra o sale sin mi permiso explícito.

—No puedes vigilarla cada segundo de cada día —Yuri apaga su cigarro con fuerza y hace que el cenicero se deslice unos centímetros—. Eventualmente tendrás que dejarla sola, y ahí es cuando atacarán.

—Entonces no la dejaré sola —Me giro hacia la puerta mientras sigo hablando—. Asignaré a alguien de confianza para que la vigile cuando yo no pueda estar allí.

—¿A quién? —Yuri también se pone de pie—. ¿A tu topo? —Sus palabras son una bofetada en la cara, y tal vez tenga razón. Pero confío en mis hombres, y no voy a dignificar eso con una respuesta.

—Estás cometiendo un error —me dice mientras me voy—. Estás dejando que tus sentimientos por esta mujer anulen tu sentido común. —Podría haberle dicho lo mismo a él hace un año, pero me mordí la lengua en lugar de sufrir su ira.

—Quizás —Me detengo con la mano en el pomo de la puerta—. Pero ella es mía para proteger, y no voy a darle esa responsabilidad a nadie más.

—Solo ten cuidado —Su tono se suaviza ligeramente cuando abro la puerta, y sé que lo que dice viene del corazón—. No quiero perder a mi hermano porque no pudo ver más allá de su obsesión por una mujer.

—No me perderás —digo, saliendo—. Sé lo que estoy haciendo.

No tiene sentido quedarse sentado discutiendo esto más. Nada de lo que diga cambiará su opinión. Tiene razón en que estoy obsesionado con Tatiana, y tiene razón en que acostarme con ella solo lo ha empeorado. Pero se equivoca al pensar que mi juicio está nublado.

Sé exactamente lo que estoy haciendo. La mantengo cerca donde los Kozlov no pueden alcanzarla. Me aseguraré de que permanezca viva el tiempo suficiente para que eliminemos la amenaza contra ella. Y la tendré en mi cama cada noche, derribando lentamente los muros que ha construido entre nosotros.

Yuri no lo entiende porque nunca ha sentido esto por nadie excepto por su esposa, lo cual era más un arreglo de necesidad. No sabe lo que es querer a alguien tan intensamente que la idea de que le hagan daño te haga dispuesto a empezar una guerra. No sabe lo que es finalmente tener lo que has estado anhelando, solo para darte cuenta de que no es suficiente y necesitas más.

Pero yo sí. Y no voy a dejar que Tatiana se vaya por ninguna razón.

Ni por seguridad. Ni por estrategia. Ni por nada.

Es mía, y se quedará exactamente donde yo quiero que esté.

16

TATIANA

Me despierto con la sensación de que alguien se mueve por la habitación y abro los ojos de golpe. Dimitri está cerca del tocador quitándose la camisa, y yo me incorporo en la cama, todavía desorientada por el sueño. Me duele la cabeza por todo el vodka que bebí antes de perder el conocimiento y mi boca sabe como si hubiera estado lamiendo ceniceros.

—¿Qué hora es? —pregunto con voz ronca y toso unas cuantas veces. Tengo la boca tan seca.

—Casi las dos de la madrugada —responde mientras lanza su camisa a una silla y comienza a desabrocharse el cinturón—. Te perdiste tu turno.

—¿Mi turno? —Me froto los ojos tratando de recordar qué día es—. ¿Se suponía que tenía que trabajar?

—Eres mi camarera privada, ¿no lo recuerdas? —Lo oigo reírse, pero lo ignoro. No estoy de humor para reírme ahora mismo.

Cuando él se fue, yo seguía emborrachándome, y bastaron unos cuantos tragos más para quedarme inconsciente. No puedo creer

que haya dormido tanto. Eran solo las nueve de la mañana cuando me dejó.

—No pretendía beber tanto. —Subo la sábana más arriba sobre mi cuerpo desnudo y bostezo de nuevo—. Solo necesitaba calmarme.

—Bueno, desde luego lo conseguiste —dice mientras se acerca a la cama y se sienta en el borde mientras se quita los zapatos, luego golpea su almohada antes de volverse hacia mí—. Tenemos que hablar de algo.

—¿De qué? —Me siento más derecha, moviéndome hacia el cabecero para verlo mejor. Si estos son los horarios que lleva, vamos a tener que hablar largo y tendido sobre los arreglos para dormir. Hoy es una excepción por lo ocurrido. Si quiere que me quede aquí, no puedo estar en su cama y él no puede llegar a todas horas de la noche despertándome.

—Se trata de lo que pasó —pasa su mano por el cabello y puedo ver el cansancio en su rostro—. Quien sea que puso esa foto en tu taquilla trabaja para mis enemigos, y eso significa que tengo un topo que sabe cosas sobre mi organización.

Mi estómago se retuerce incómodamente. —Como cuál es mi taquilla.

—Exactamente eso —se vuelve completamente hacia mí—. Lo que significa que no puedes salir de este ático, ni siquiera un poco, hasta que descubramos quién es.

—¿Qué? —Aparto la sábana y bajo las piernas al lado de la cama—. No puedes hablar en serio.

—Hablo completamente en serio —dice con frialdad—. Si alguien de mi personal está filtrando información a los Kozlov, podrían ir tras ti en el momento en que salgas del ascensor.

—Así que ¿qué?, ¿se supone que debo quedarme encerrada aquí para siempre? —Me pongo de pie y me arrepiento al instante cuando

mi cabeza da vueltas—. Tengo una vida, Dimitri. No puedo desaparecer en tu ático y nunca salir.

—Puedes y lo harás —él también se levanta y cruza los brazos—. Al menos hasta que eliminemos la amenaza.

—¿Cuánto tiempo va a tardar eso? —No puedo creerlo—. ¿Días? ¿Semanas? ¿Meses? —¿Acaso piensa que voy a esconderme en su apartamento y esperar a que llegue la muerte? Todavía tengo que lidiar con mi casero y con las cosas de mi apartamento, y ¿qué hay del trabajo? ¿Qué pensará Linda cuando no registre mi entrada ni mi salida?

—El tiempo necesario para mantenerte a salvo —el cabrón de Dimitri ha vuelto y el tipo amable que estaba aquí antes para consolarme ha desaparecido—. No voy a negociar esto.

—No puedes decidir por mí. —Retrocedo—. No soy tu propiedad, por mucho que lo repitas.

—No, eres la testigo de un asesinato que está siendo activamente perseguida por quienes lo cometieron —aprieta la mandíbula—. Y yo soy la persona que intenta mantenerte con vida a pesar de tus mejores esfuerzos por hacerte matar.

—Quiero irme a casa —digo sin pensar—. A Ucrania, donde está mi madre. Donde estaré a salvo.

—No llegarás a la estación de tren —da un paso hacia mí—. Los Kozlov están al acecho. Eres la única persona que puede identificarlos. Si sales de este edificio, estás muerta.

—No sabes eso. Trabajé una semana y fui y vine de mi apartamento y estuve bien —estoy argumentando sobre la validez, no porque no le crea. Soy un miedoso de mierda cuando se trata de esto. Me estaría cagando de miedo si tuviera que salir de aquí, pero si significa alejarme de cómo él cree que puede decidir mi vida por mí, lo arriesgaré.

—Sí, lo sé —dice mientras da vueltas alrededor del final de la cama y cierra la puerta con llave. —Ahora ve a darte una ducha porque apestas a alcohol y sexo.

Mi cara arde de vergüenza. —¿Perdona?

—Me has oído —camina hacia su armario y saca una toalla. —Hueles como si hubieras estado marinada en vodka durante horas y todavía tienes mi semen seco en tus muslos. Así que dúchate y luego continuaremos esta conversación.

Tiene razón en ambas cosas y la humillación me hace desear morir. Ni siquiera me levanté de la cama después de que me follara. Me quedé ahí revolcándome en sus jugos mientras me bebía hasta quedarme dormida.

Cogí la toalla de sus manos y salí corriendo hacia el baño sin decir una palabra más. La puerta se cerró de golpe detrás de mí y lo oí refunfuñar algo que me enfureció aún más. ¿Qué derecho tiene él de tomar decisiones por mí? Y especialmente aquellas que limitan mis derechos dados por Dios. ¿Y luego insultarme encima de eso?

Mi sangre está hirviendo.

Abro la ducha al máximo y me quito la ropa. Cuando me veo en el espejo, entiendo por qué me dijo que me duchara. Mi cabello está hecho un desastre; mi maquillaje está corrido. Y hay moretones en mis caderas donde sus manos me agarraron. Parezco exactamente alguien que ha bebido demasiado y ha tenido sexo duro antes de desmayarse.

El agua caliente se siente bien en mis músculos doloridos y me quedo bajo el chorro más tiempo del necesario, tratando de formular un plan. Me ducharé como él dijo. Luego me vestiré y le diré que me voy. Le explicaré que necesito irme a Ucrania, donde estaré segura con mi familia. No puede detenerme físicamente para evitar que salga por esa puerta.

Excepto que probablemente pueda. Y probablemente lo hará. Y ese hombre es más fuerte que yo en tantos aspectos. Casi me hace llorar, pero tengo que intentarlo.

Dejar San Petersburgo es mi única opción ahora. Tengo que pensar en lo que podría pasar a largo plazo. No hay manera de que él pueda prometer que estaré segura, incluso si lo escucho. Son sus enemigos. Podrían matarlo tan fácilmente como podrían matarme a mí. Una bala no discrimina. Está loco si piensa que voy a aceptar esto sin más.

Me lavo el cabello dos veces y froto mi piel hasta que está rosada antes de cerrar finalmente el agua. La toalla que me dio es enorme y suave, y me la envuelvo antes de limpiar el vapor del espejo. Parezco un poco más humana ahora, pero el miedo sigue siendo evidente en mis ojos.

Cuando abro la puerta del baño, Dimitri está sentado en la cama, aún sin camisa y mirando su teléfono. Levanta la vista cuando salgo.

—¿Mejor? —pregunta mientras deja su teléfono a un lado. Está más calmado ahora, pareciendo más el hombre compasivo que dejé que me dominara antes, pero eso no cambia mi decisión. Tengo que irme.

—Sí —aprieto la toalla con fuerza. —Ahora necesito vestirme para que podamos hablar sobre mi partida.

—No te vas —Dimitri da unas palmaditas en la cama junto a él. —Ven aquí. Cuando su mano se extiende hacia mí y su dedo se mueve, llamándome, casi pierdo el valor. Realmente me siento segura con él. Simplemente odio cómo quiere mandarme.

—Primero necesito ropa —no me muevo de mi lugar cerca de la puerta del baño porque tengo miedo de que simplemente me derrumbe y empiece a hacer lo que él dice.

—No necesitas ropa para acostarte —vuelve a dar palmaditas en la cama. —Ven aquí, Tatiana. Esta vez, cuando lo dice, es más

autoritario. Está intentando ordenarme como si fuera un maldito perro, y eso me recuerda por qué siento la necesidad de volver a casa, a Ucrania. Puedo encontrar a mi primo donde sea que esté en esta ciudad, y los dos podemos irnos a casa.

—No estoy cansada —refunfuño, porque no lo estoy. —Acabo de despertarme. Claro que podría dormir un poco más, pero ya he estado durmiendo durante dieciséis horas. Eso es suficiente descanso. Además, quienquiera que me esté vigilando no pensará que voy a salir de aquí a las tres de la mañana rumbo a la estación de buses.

—Te desmayaste borracha. Eso no es lo mismo que dormir de verdad —se levanta y camina hacia mí. —Ahora deja de discutir y métete en la cama.

—No —protesto mientras doy un paso atrás. —No me voy a meter en tu cama. Me voy a vestir y vamos a tener una conversación sobre mi partida.

—Métete en la cama ahora —está lo suficientemente cerca como para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo. —O te obligaré.

—No me estás escuchando —la frustración hace que mi voz se quiebre. —No quiero quedarme aquí. Quiero irme a casa con mi familia, donde estaré segura.

—No estarás segura en ningún lugar excepto aquí —la voz de Dimitri se calma nuevamente y sus manos se posan sobre mis hombros. —Sé que no quieres escuchar eso, pero es la verdad, Tatiana. No puedes salir ahí sola.

—Entonces envía a alguien conmigo —estoy aferrándome a un clavo ardiendo y sueno como una mocosa quejumbrosa.

—No —dice directamente—. Métete en la cama, Tatiana.

Me guía hacia el colchón, y estoy demasiado cansada para seguir peleando. Me siento en el borde todavía agarrando mi toalla, y él corre las sábanas del otro lado antes de meterse. Luego se acerca y me tira hacia abajo hasta que estoy acostada a su lado con la cabeza sobre su pecho.

—No estoy cansada —repito, aunque sé que en cuanto cierre los ojos, tendré sueño.

—Sí, lo eres. —Su brazo me rodea, manteniéndome en su sitio—. Duerme. Hablaremos más por la mañana.

—No quiero hablar por la mañana. —Intento apartarme, pero su agarre se aprieta—. Quiero irme ahora.

—Eso no va a pasar. —Se está quedando dormido. Lo noto en su voz —. Deja de luchar y cierra los ojos.

Me quedo allí, escuchando cómo su respiración se ralentiza y sintiendo el latido constante de su corazón bajo mi oído. Parte de mí quiere seguir discutiendo, pero el cansancio está ganando. Mis ojos se cierran a pesar de mis mejores esfuerzos por mantenerme despierta.

Pero los abro de nuevo cuando siento que su pecho sube y baja con el ritmo profundo del sueño. Su brazo sigue alrededor de mí, pero su agarre se ha aflojado.

Por si acaso, espero lo que parecen otros treinta minutos hasta que el sueño profundo lo ha arrastrado y un leve ronquido sale de su garganta. Sé que si no me muevo ahora, me obligará a quedarme indefinidamente, y solo quiero irme a casa.

Con cuidado, me libero de su abrazo y salgo de la cama lo más silenciosamente posible. No se mueve cuando cojo mi ropa del suelo, donde la dejé antes del sexo, y me visto lo más rápido que puedo mientras lo vigilo.

Cojo mis zapatos en lugar de ponérmelos porque el sonido podría despertarlo, luego salgo de su dormitorio hacia el pasillo. El ático está oscuro excepto por una luz tenue que viene de debajo de la puerta de la oficina. Paso de puntillas hacia la entrada principal.

Mi mano está en el pomo cuando me doy cuenta de que realmente voy a hacer esto. Voy a salir, dirigirme a la estación de tren y comprar un billete a Ucrania antes de que él se despierte, y habré desaparecido antes de que pueda detenerme.

El pensamiento provoca una ráfaga de adrenalina en mi pecho, haciendo que una sonrisa florezca en mi cara al darme cuenta de que he dejado atrás mi bolsa de deporte—mi dinero, mi identificación, mi tarjeta de débito. Miro por encima del hombro y pienso en dar media vuelta, pero mi mano ya está en el pomo. No puedo volver ahora. ¿Y si se despierta?

Así que giro el pomo lentamente y abro la puerta.

Y Gleb está en el pasillo justo afuera con los brazos cruzados y una expresión que dice que esperaba esto.

—¿Y tú dónde vas? —pregunta mientras levanta una ceja de manera acusatoria.

—Necesito irme —susurro, esperando no despertar a Dimitri—. Solo déjame ir.

—No puedo hacer eso. —Gleb no se mueve de su posición bloqueando el ascensor—. Órdenes del jefe: nadie entra ni sale… —Mira el espacio oscuro detrás de mí en el apartamento y mueve la barbilla hacia arriba—. Vete a la cama.

—Venga. Dimitri está dormido. —Doy un paso hacia el pasillo, rogando que tenga un poco de compasión—. No sabrá que me he ido hasta la mañana.

—Lo sabrá en cuanto me pases. —Gleb da un paso hacia adelante y frunce el ceño mientras su mano alcanza la pistola en su cadera—.

Algo que no vas a hacer porque no voy a tomar ese castigo por ti. Así que date la vuelta y vuelve adentro.

—Por favor —me quejo. Estoy suplicando ahora y lo odio—. Solo quiero volver a casa con mi familia. No le diré a nadie dónde he estado. No causaré ningún problema. Solo déjame irme.

—Tengo mis órdenes. —Su mano se levanta y señala hacia el apartamento—. Necesitas volver adentro antes de que tenga que obligarte.

—¿Obligarme? —La ira brota en mi pecho—. No puedes obligarme a quedarme en un sitio contra mi voluntad. —Veo el ascensor y sé que podría correr más que este ogro, pero si el ascensor no está esperándome, terminaría siendo capturada mientras sube a este piso.

—Puedo si el jefe me lo ordena. —Gleb se acerca—. ¿Vas a volver adentro por tu cuenta o necesito llamarlo aquí?

La idea de que Dimitri se despierte y me encuentre intentando escabullirme me da ganas de vomitar. Se convertiría en esa versión enfurecida de sí mismo y no tendría más remedio que llorar de nuevo. Me doy la vuelta y vuelvo al ático con el ceño fruncido, y Gleb me sigue pero se queda en el umbral.

—Estaré justo afuera si lo intentas de nuevo. —Cierra la puerta desde el pasillo—. No lo hagas más difícil de lo que debe ser.

El clic de la cerradura resuena en el silencioso ático y, de repente, no puedo respirar. Estoy atrapada, realmente atrapada como una prisionera con un guardia fuera para asegurarse de que no escape.

Vuelvo al dormitorio donde Dimitri sigue durmiendo plácidamente, completamente ajeno a lo que acaba de pasar. Mirarlo allí tan tranquilo mientras yo me estoy desmoronando hace que la rabia crezca en mi pecho.

Esto es culpa suya. Todo. Si tan solo me hubiera dejado ir a la policía adecuadamente en lugar de encubrir todo, quizás no estaría en esta situación. Si hubiera protegido mejor su casino, tal vez no habría un topo amenazando mi vida. Si tan solo me hubiera dejado ir cuando se lo pedí, podría estar rumbo a la seguridad ahora mismo.

Pero en cambio estoy encerrada en su ático con un guardia fuera de la puerta y sin salida.

Ahora soy su prisionera y no hay nada que pueda hacer al respecto.

17

DIMITRI

La cama está fría cuando extiendo la mano y encuentro las sábanas vacías. Estoy de pie antes de estar completamente despierto, con el corazón acelerado y la adrenalina inundando mi sistema. Se escapó. Tatiana se escabulló y se ha ido.

Sin siquiera ponerme los zapatos, me pongo los pantalones, cojo mi pistola de la mesilla y salgo del dormitorio hacia el salón, listo para destrozar todo el edificio en su búsqueda.

Entonces la veo acurrucada en el sofá, con la manta del respaldo echada sobre sus hombros.

Me detengo y aprieto los dientes mientras las oleadas de adrenalina siguen recorriendo mi cuerpo, pero se ven atenuadas por el alivio que me invade. Literalmente pensé que iba a tener que embarcarme en una matanza, y todo lo que ella hizo fue moverse de mi cama al sofá para alejarse de mí. Es insultante, pero al menos está a salvo.

Dejo la pistola en la encimera de la cocina y me paso las manos por el cabello mientras intento calmar mi respiración. Después viene la ira. Me asustó de muerte al no estar donde la dejé. Apoyo las manos sobre el frío granito de la isla mientras cierro los ojos y me concentro en no explotar.

Tatiana no tiene ni puta idea del riesgo que estoy corriendo para cuidarla, y tampoco tengo ninguna obligación de hacerlo. Podría dejarla libre y dejar que Malcom y sus matones la cacen. No resolvería mi principal problema, pero me quitaría algo de estrés mientras trabajo con mi equipo para desenmascarar a los traidores dentro de mi organización.

No voy a seguir aguantando sus mierdas indefinidamente. Me merezco algo mejor que eso. Pero cuando la miro y veo lo tranquila que parece en mi casa, empiezo a sentirme culpable por haberme enfadado con ella. Sé que esto no es más culpa suya que mía, pero saberlo no facilita que un hombre como yo se mantenga paciente y no estalle con ella.

No intento despertarla. En cambio, vuelvo al dormitorio y me visto para el día. Vaqueros oscuros y una camisa de botones. La funda de hombro con la pistola que cogí de la mesilla. Una chaqueta para cubrirlo todo. Luego vuelvo a la cocina para comenzar mi rutina matutina.

La cafetera hace mucho ruido, y medio espero que la despierte, pero no se mueve. Está agotada por todo lo que ha pasado en los últimos días y su cuerpo finalmente la obliga a descansar, quiera o no. Ahora, sin el alcohol arrastrándola hacia el sueño, espero que esté descansando de verdad y dejando que su cuerpo se relaje.

Me sirvo una taza y me apoyo en la encimera mientras reviso los mensajes en mi teléfono. Lev envió una actualización durante la noche sobre el seguimiento del coche en las imágenes del casino. Tienen una matrícula parcial y están buscando una coincidencia en las bases de datos.

Yuri me envió un mensaje recordándome que tenga cuidado y que mantenga a Tatiana bajo llave hasta que eliminemos la amenaza. Como si necesitara el recordatorio. Es tan pesado. Tengo cuarenta años. Ya no necesito un padre. Aunque saber que por fin tengo a alguien que me respalda es una buena sensación.

Estoy casi listo para salir cuando suena mi teléfono. El sonido atraviesa el silencio, y veo a Tatiana moverse en su sueño. Lo contesto rápidamente para silenciar el timbre y reconozco el número de Vadim.

—Dime que tienes algo —digo, manteniendo la voz baja, pero Tatiana ya se ha sentado y me está mirando.

—Hemos identificado al asesino —Vadim suena satisfecho—. Definitivamente es un miembro de los Kozlov, un matón de nivel medio que lleva trabajando para Malcom los últimos tres años.

—¿Dónde está? —Dejo mi café y me acerco a la ventana para que Tatiana no escuche cada palabra que decimos. No es que necesite mantener esto en secreto, ya que no voy a dejarla ir a casa en breve, pero cuanto menos sepa, más plausible será su negación. Y yo me sentiré más seguro.

—Lo hemos localizado en un almacén en el este. El mismo lugar que han estado usando como base desde que derribamos la mayor parte de su operación —Vadim hace una pausa—. Fyodor y yo vamos para allá ahora. ¿Te unes?

—Mándame la dirección —Ya estoy pensando en las armas que necesito llevar—. Nos vemos en treinta minutos.

—Hasta pronto —Vadim cuelga, y antes incluso de guardar el teléfono en el bolsillo, vibra con un mensaje que contiene la ubicación.

—¿Adónde vas? —Tatiana se acerca por detrás y me doy la vuelta para encontrarla de pie con la manta envuelta alrededor de sus hombros y el pelo hecho un desastre. Sus ojos todavía están somnolientos. Tiene un poco de baba seca en la comisura de la boca, y ni siquiera quiero oler su aliento a dragón. Pero Dios, sigue siendo tan hermosa como siempre.

—Tengo asuntos que atender —Guardo el teléfono—. Tú te quedas aquí.

—Quiero irme —Aprieta la manta alrededor de su cuerpo y veo la curva de su cadera más pronunciada. Sé lo que hay bajo esa manta. Podría estar tentado de quedarme aquí si no tiene cuidado—. No puedo quedarme encerrada en este penthouse para siempre. Déjame ir.

—No —Camino pasado ella hacia el dormitorio para coger mi otra pistola—. Ya hemos tenido esta conversación.

—Entonces tenla de nuevo —Me sigue—. No soy tu prisionera. No puedes mantenerme aquí contra mi voluntad.

—Puedo y lo estoy haciendo —Reviso el cargador de mi pistola de reserva antes de guardarla en mi bota—. Hasta que la amenaza sea eliminada, te quedas exactamente donde puedo protegerte.

—Esto no es protección, Dimitri —Su voz sube de tono—. Tengo derechos. Podría llamar a la policía y decirles que me estás reteniendo aquí.

—Adelante —Me enderezo y la miro a los ojos—. Díselo a la misma policía que se negó a ayudarte cuando denunciaste el asesinato. A ver hasta dónde llegas.

Abre la boca para discutir, pero no le sale nada porque sabe que tengo razón. La policía no va a ayudarla y ambas lo sabemos. Y el sucio ceño fruncido que le cruza la cara mientras resopla y bufa es precioso.

—Si estás aburrida, puedo asignar a alguien para que te enseñe el casino —suavizo un poco el tono al recordar que no estoy tratando con uno de mis hombres y que ella nunca va a responder favorablemente a mis órdenes—. Lazar puede acompañarte abajo para trabajar o a las mesas de cartas si quieres jugar. Pero no sales del edificio bajo ningún concepto.

—No quiero una niñera —aprieta más la manta—. Quiero irme.

—Eso no va a pasar. Ya te lo dije —paso junto a ella de vuelta al salón—. Lazar pasará a verte esta tarde. Si quieres salir del ático un par de horas, él se asegurará de que estés a salvo. —Mi decisión está tomada y puede protestar todo lo que quiera, pero no la cambiará—. O puedes quedarte aquí sola hasta que yo vuelva. —Cojo mi taza de café de la encimera donde la dejé mientras saco el móvil para enviar un mensaje a Vadim camino de la puerta—. Tú decides.

No responde, y lo tomo como aceptación. Me dirijo a la puerta, y ella se queda en el salón envuelta en su manta, con aspecto miserable. Una parte de mí se siente mal por hacerle esto, pero sé que es el único lugar seguro para ella y no tengo tiempo para eso ahora. Es parte de este mundo que nunca entenderá. Cuando hay que actuar, no hay tiempo para cuestionar órdenes o explicar por qué. Simplemente las cumples y lidias con las consecuencias después.

Gleb está en su puesto habitual cuando salgo al pasillo.

—Vigílala bien. Intentó marcharse anoche.

—Lo sé —asiente Gleb—. La hice volver adentro.

—Bien —me dirijo al ascensor—. No debe salir del casino. Si insiste en dejar el ático, Lazar la acompañará. Pero se queda en el edificio, pase lo que pase.

—Entendido —Gleb saca su radio—. Me aseguraré de que Lazar lo sepa.

El descenso en ascensor me da tiempo para cambiar mi enfoque de Tatiana a la situación actual. Uno de los hombres de Malcolm mató a Yakov en mi propiedad, y ahora vamos a hacer que pague por ello. Los Kozlov creen que pueden operar libremente contra nosotros, pero están a punto de aprender que no es así.

Mi coche me espera en mi plaza reservada, y me subo e introduzco en el GPS la dirección que me envió Vadim. El almacén está a veinte minutos, en una zona de la ciudad mayormente industrial y

abandonada. El lugar perfecto para que los Kozlov se escondan mientras se reagrupan.

El tráfico es ligero a esta hora, y llego en quince minutos. El coche de Vadim ya está aparcado a una manzana, y me detengo detrás. Él y Fyodor están en la esquina mirando algo en el móvil de Vadim cuando me acerco.

—Hay dos guardias fuera —me muestra la pantalla con una transmisión en directo de una cámara que debe haber instalado o hackeado—. Probablemente más dentro con nuestro tipo.

—¿Cómo quieres hacer esto? —reviso mi pistola y me aseguro de que el seguro está quitado.

—Yo quiero la puerta principal —sonríe Fyodor—. Rápido y ruidoso: nos deshacemos de los guardias antes de que puedan pedir refuerzos por radio.

—¿Y si hay civiles dentro? —pregunto, entrecerrando los ojos hacia él. Estos hombres son impulsivos y temerarios. Ahora entiendo por qué mi hermano confía tanto en ellos.

—¿Crees que Kozlov deja que gente inocente merodee por su organización? —Vadim guarda el móvil—. Además, este almacén lleva dos años abandonado. Si hay alguien dentro, está con los Kozlov.

Avanzamos en formación por la calle, pegados a los edificios para cubrirnos. El almacén aparece a la vista, y distingo a dos hombres fumando cigarrillos cerca de la entrada. No están atentos a su entorno, y eso les costará caro.

Vadim y yo nos ocupamos del guardia izquierdo mientras Fyodor va a por el derecho. Los alcanzamos antes de que se den cuenta de lo que pasa. Le clavo dos balas en el pecho a mi objetivo y cae sin emitir un sonido. El otro guardia intenta alcanzar su arma, pero Fyodor le dispara en la cabeza antes de que pueda desenfundar. Por

desgracia, todo el intercambio es ruidoso y estoy seguro de que hemos alertado a todos los que hay dentro.

—Adentro —gruñe Vadim al patear la puerta del almacén, y avanzamos en formación.

El interior está casi vacío, salvo por maquinaria vieja y palés apilados. Limpiamos la primera sala y avanzamos hacia el fondo siguiendo el sonido de voces que proviene de algún lugar al fondo. Hablan en tonos duros y cortantes, diciendo algo sobre largarse de allí en un dialecto serbio.

Una puerta al final de un pasillo está entreabierta, con luz filtrándose, y oigo al menos tres voces dentro, una más fuerte que las demás.

Vadim hace la cuenta atrás con los dedos. Tres. Dos. Uno. Entonces irrumpimos en la puerta, y todo pasa a la vez. Hay cuatro hombres dentro y todos van a por sus armas. Abato al más cercano con un disparo al pecho que lo hace agarrarse mientras el carmesí florece en su camisa. Fyodor elimina a otro con dos rápidos disparos que me dejan los oídos pitando, mientras el tercero dispara y falla antes de que Vadim lo derribe.

Eso deja a Anton Petrov contra la pared del fondo con las manos en alto. Hace mucho que no veo de cerca a este cabrón, y cómo ha envejecido. Vadim y Fyodor mantienen sus armas apuntándole mientras avanzo, negando con la cabeza. Así que este es el cabrón que mató a mi informante sin piedad en mi propiedad.

—No disparen —tiene la voz temblorosa—. Estoy desarmado.

—Sabemos perfectamente quién eres —camino hacia él con mi pistola apuntando a su pecho—. Mataste a Yakov fuera de mi casino, maldito bastardo. Y qué pena que esté aquí para asegurarme de que entiendas por qué fue una decisión muy mala.

—No sé de qué hablas —está sudando, gruesas gotas perladas que ruedan por su frente y su nariz bulbosa—. No estaba cerca de tu

casino.

—Te tenemos en cámara —Vadim se mueve para bloquear la puerta —. Bajando de tu coche. Entrando en el callejón. Alejándote después de meterle una bala en la cabeza.

—Ese no era yo —Petrov mira entre los tres, intentando averiguar si hay alguna salida—. Tienen al tipo equivocado. —Últimas palabras famosas de todo hombre que hizo algo mal. Ni siquiera me sorprende su asquerosa negación.

—No, no es así —lo agarro por el cuello y lo estampo contra la pared —. Y vas a contarnos todo lo que sabes sobre la operación de los Kozlov antes de que te meta una bala en el cráneo.

Petrov intenta retroceder, pero no tiene adónde ir. Sus manos tiemblan y juro que en cualquier momento se va a mear encima.

—No sé nada —balbucea ahora que mi agarre se estrecha—. Solo soy un soldado. No me dicen ni mierda.

Fyodor se acerca con un cuchillo en la mano. —Vamos a ver si te ayudamos a recordar.

Libero la garganta de Petrov, y Fyodor agarra su mano derecha, extendiendo los dedos contra la pared. El cuchillo desciende rápido y clava su meñique en el hormigón. Petrov grita.

—Ese es uno —Fyodor gira la hoja mientras la sangre salpica la pared y corre hacia el suelo—. Te quedan nueve más. Empieza a hablar o seguimos.

—Que os jodan —El rostro de Petrov está pálido de dolor, pero es obstinado, no se rinde—. No voy a contaros nada.

Vadim saca su propio cuchillo y se acerca al otro lado de Petrov. —Respuesta equivocada —gruñe, y me doy cuenta de lo despiadados que son estos tipos. Me siento aún más confiado en que, bajo el liderazgo de mi hermano, acabaremos con esto de una vez por todas.

La hoja atraviesa la mano izquierda de Petrov, y otro grito resuena en las paredes del almacén mientras más sangre corre por el hormigón y se acumula en el suelo. Petrov balbucea como un idiota, presionando su cabeza contra la pared detrás de él, y no voy a rendirme mientras él se desliza más abajo, sus rodillas cediendo.

—Los Kozlov te enviaron a matar a Yakov —Me agacho para estar a su altura—. Ya sabemos eso. Lo que necesitamos saber es por qué ahora. ¿Por qué ejecutarlo en mi propiedad en lugar de hacerlo en silencio?

—Vete al infierno —Petrov escupe a mis pies y me fulmina con la mirada. Quienquiera que le haya enseñado a resistir la tortura hizo bien su trabajo. Debe ser ex-Fuerzas Especiales o algo así.

Me levanto y le hago un gesto a Fyodor, quien saca el cuchillo de la mano derecha de Petrov. El dedo sale con él, completamente cortado. Los gritos de Petrov se convierten en sollozos antes de que la hoja de Fyodor se clave profunda y duramente en el hombro del hombre, provocando más gritos, más fuertes que los primeros.

—Podemos hacer esto todo el día —Miro mi reloj y me doy cuenta de que tengo sangre en la manga de mi camisa. Molesto, digo—: O puedes decirnos lo que queremos saber y lo haré rápido.

—Matarán a mi familia —Los sollozos de Petrov se convierten en gemidos. Malcom tiene algo que lo presiona—. Si hablo, matarán a todos los que quiero.

—De todos modos lo harán cuando sepan que llegamos hasta ti —Vadim limpia su cuchillo, y Petrov gruñe de dolor—. Al menos así morirás sabiendo que lo intentaste. Creo que eso es lo que lo rompe. Me agacho, presionando mi pulgar en su herida del hombro, y él hace una mueca y aprieta los dientes, luego fuerza las palabras.

—¡Vale! Vale, os lo diré.

—Empieza con por qué mataste a Yakov —Empujo mi dedo más fuerte, y él vuelve a hacer una mueca.

—Nos estaba robando. Vendía información a los Gravitch —Petrov jadea mientras Vadim aplica más presión con el cuchillo—. Malcom quería enviar un mensaje para mostrar que podíamos operar en tu propiedad cuando quisiéramos.

—¿Qué más? —Fyodor limpia su cuchillo ensangrentado en el hombro de Petrov y dice—: Sigue hablando.

—Los Kozlov y lo que queda de la familia Veche se han aliado —Las palabras salen más rápido ahora, como si pensara que decirlelos le salvará la vida—. Están planeando algo grande. Un ataque coordinado contra todas tus operaciones.

—¿Cuándo? —Me inclino—. Dame una fecha.

—No lo sé —Petrov sacude la cabeza frenéticamente—. No comparten eso con tipos como yo. Solo sé que es pronto.

—Pronto no es suficiente —Vadim empuja el cuchillo más profundo, y Petrov grita de nuevo—. Danos algo específico.

—Dentro de un mes —Burbujas de sangre salen de la herida en el hombro de Petrov cuando tose, manchando su bonita camisa de un rojo brillante—. Eso es todo lo que escuché. Dentro de un mes, van a golpear todas las ubicaciones de Gravitch a la vez y acabarán con toda la familia.

—¿Quién lo lidera? —Fyodor agarra la cara de Petrov—. Nombres.

—No puedo —Nuevas lágrimas corren por sus mejillas—. Por favor, os he contado todo lo que sé.

—No, no lo has hecho —Saco mi pistola y la aprieto contra su rótula —. ¿Quién lidera la operación?

—Espera, espera —Los ojos de Petrov se abren de par en par—. Hay alguien nuevo. Alguien de fuera que está coordinando todo entre los Kozlov y los Veche. Eso es todo lo que sé, lo juro.

—Un nombre —Armo la pistola—. Dame un maldito nombre.

—No tengo uno —Ahora está hiperventilando—. No usan nombres. Todo pasa por intermediarios, usan códigos. Después de que eliminaron a Popović, alguien más tomó su lugar. Por favor, eso es todo lo que sé.

Miro a Vadim y Fyodor. Ambos asienten. Hemos obtenido todo lo que vamos a obtener de él.

—Vale —Me alejo y levanto mi pistola, apuntando a la cabeza de Petrov—. Se acabó el tiempo.

—Espera —Levanta sus manos destrozadas—. Espera, por favor. Os lo he contado todo. ¿No merezco un respiro?

—Claro… Morirás más rápido —Aprieto el gatillo, y su cabeza se golpea contra la pared con fuerza, y fragmentos de hueso junto con salpicaduras de sangre manchan la pared antes de que se deslice hacia abajo, dejando un rastro de sangre en el hormigón.

Esto no es para nada lo que esperaba escuchar, pero no es sorprendente. Ya asumíamos que este era el caso, pero escucharlo confirmado por alguien de dentro lo hace más real.

—Tenemos que contarle a Yuri sobre esta alianza —Vadim guarda su arma—. Si están planeando un ataque coordinado, necesitamos prepararnos.

—Le llamaré de camino —Salto sobre el cuerpo de Petrov y me dirijo a la puerta—. Salgamos de aquí antes de que alguien llame a la policía.

Salimos del almacén de la misma manera que entramos, y nadie trata de detenernos. El barrio está demasiado deteriorado para que a alguien le importen los disparos, y cuando la policía aparezca, ya estaremos lejos, de todos modos.

La parte mala de todo esto es tener que volver con Tatiana y decirle que esto es mucho más grande de lo que pensábamos, y no importa que los hombres que vieron su cara estén muertos ahora. Ella se ha

visto envuelta en un problema mucho mayor, y no estoy seguro de cómo lo arreglaremos ahora.

Pero no puedo dejarla ir hasta que esto termine.

Y para entonces, me odiará.

18

TATIANA

Los dados ruedan por el fieltro verde y contengo la respiración esperando ver dónde caen, y… siete. El tirador pierde y todos en la mesa suspiran. He estado aquí de pie durante veinte minutos viendo a otros jugar mientras intentaba mantener mi mente ocupada con cualquier cosa excepto el hecho de que estoy atrapada en este casino con un niñero siguiendo cada uno de mis movimientos.

Lazar está tres pies detrás de mí con los brazos cruzados y los ojos observando cada movimiento que hago en esta multitud. Es tan molesto como mi sombra. No puedo alejarme de él ni siquiera para orinar sola. Es ridículo.

—¿Vas a jugar o solo vas a mirar? —El crupier me mira expectante.

—Voy a jugar —empujo las fichas hacia adelante y cojo los dados cuando me los entregan.

Mi primer tiro es un cuatro. Tiro de nuevo, intentando alcanzar el punto, pero obtengo un seis en su lugar. Los dados se sienten resbaladizos en mis palmas sudorosas, y los froto en mis vaqueros antes de lanzarlos de nuevo.

Otro seis. Luego un nueve. Finalmente un cuatro, y la mesa celebra. He alcanzado mi punto y he recuperado lo que aposté más un poco extra. El crupier empuja las fichas hacia mí, y las recogo sin contarlas.

—Buen tiro —el hombre a mi lado sonríe—. Tienes buena suerte hoy.

No me siento afortunada. Me siento como un animal enjaulado buscando cualquier grieta en los barrotes que me permita escapar. Hago apuestas, pero todo el tiempo estoy buscando una salida. Si Lazar bajara la guardia, podría escabullirme fácilmente y perderme en la multitud donde no podría seguirme. Pero el tipo es un maldito sanguijuela. Tengo que darle crédito. Es bueno en su trabajo.

Tres rondas más y gano cincuenta dólares. Los otros jugadores están emocionados porque sigo alcanzando mi punto, y yo sigo igual de aburrida y atrapada que hace dos horas cuando vine aquí para intentar distraerme. Pero no está funcionando, y ni siquiera me gusta este juego.

—He terminado —les digo, y empiezo a recoger mis fichas para cobrar. No tengo ni idea de qué hacer a continuación. Definitivamente no quiero volver al penthouse de Dimitri para simplemente sentarme ahí, aburrida hasta el extremo, sin hacer nada. Lazar nunca me dejará ocuparme de los asuntos que necesito, como hablar con mi casero para asegurarme de que ha arreglado la puerta y cerrado mi apartamento, o visitar a Lena en el hospital.

Lo único que sé que puedo hacer y que ocupará mi tiempo de manera confiable y hará que mi mente se concentre en algo más que estar atrapada y seguida hostilmente es trabajar, lo cual tiene el poder de arruinar cualquier día. No he trabajado en el piso el tiempo suficiente como para justificar fácilmente el comportamiento grosero de los hombres a los que serviré como un medio válido para ocupar mi mente ansiosa.

—Voy a trabajar —me levanto de la mesa y me giro para enfrentarme a Lazar—. Mi turno comienza en diez minutos.

—El jefe dijo que tu trabajo está en su penthouse —Lazar no se mueve—. ¿Qué vas a hacer ahí arriba? —Me mira con una expresión tonta, casi una sonrisita, y le hago un gesto de desprecio.

—Dijo que podía trabajar si quería —empiezo a caminar hacia el área de empleados—. Y quiero. Me estoy volviendo loca sentada sin hacer nada… Voy a hablar con Linda y ver si necesita ayuda en el piso, así que puedes seguirme si quieres o no, pero si intentas detenerme, gritaré que me estás violando y tendrás mil ojos observando lo que haces —En realidad no haría eso.

¿Cómo le explicaría a la policía? ¿Que Dimitri Gravitch me tiene secuestrada porque presencié un asesinato en su propiedad que él está intentando ocultar? Estoy segura de que a toda su familia le encantaría eso. Entonces estaría huyendo de dos mafias diferentes.

Lazar me sigue, pero puedo ver que no está contento por la forma en que tiene los hombros tensos y esa expresión de enfado y desaprobación en su descansada cara de cabrón. —Tendré que quedarme contigo —gruñe cuando le hago una mueca y me giro para alejarme. Me sigue pisándome los talones por todo el piso, zigzagueando entre las mesas conmigo hasta que llegamos al área del personal, y cuando llegamos al pasillo que lleva a los vestuarios, me giro y me detengo, apoyándome en la puerta del vestuario de mujeres.

—No puedes entrar al vestuario de los empleados —empujo la puerta y la hundo hacia adentro con mi peso mientras comienza a formarse un plan—. Es solo para mujeres.

—Entonces esperaré fuera —se detiene en la entrada y me fulmina con la mirada mientras asoma la cabeza por encima de mi hombro. Oigo a las mujeres que están allí dentro riéndose entre dientes, y sé que montarán un gran escándalo si intenta entrar como hizo antes en los baños. —No tardes mucho.

La puerta se cierra de golpe detrás de mí, y lo veo mirarme con furia a través de la pequeña ventana redonda mientras me giro y doblo la esquina. Las mujeres apenas me miran. Nunca las había visto antes. Deben ser nuevas, probablemente personas que me están reemplazando ya que ya no trabajo en el salón. Tiene sentido, y como no me conocen, no les importa lo que estoy haciendo. Voy directamente hacia el fondo, donde sé que hay una ventana. Nunca le he prestado mucha atención porque cuando estoy aquí es para usar el baño o cambiarme para el trabajo.

Pero hoy quiero saber si puede ser mi escapatoria.

Por desgracia, la ventana no se abre. Está hecha de un cristal grueso empañado por el tiempo y la exposición a los elementos, y ni siquiera puedo ver completamente hacia afuera, además de que está tan alta que tengo que empujar uno de los cubos de basura hacia ella para alcanzarla.

Me frustra por un momento, pero se me ocurre la brillante idea de romperla. El cubo de basura es lo suficientemente ligero como para levantarlo, pero lo bastante duro como para potencialmente romper el cristal, así que lo cojo y lo lanzo contra el vidrio, solo para ver cómo rebota. No una, sino dos veces. Es inútil. Esta ventana no se va a romper, y ahora esas chicas me están mirando fijamente.

—¿Estás bien? —pregunta una, entornando los ojos mientras la otra se ríe.

—Fenomenal —gruño. Ignorándolas, voy a mi taquilla y saco mi nametag y mi tarjeta de identificación. Los vaqueros que llevo puestos tendrán que servir, y la blusa no cumple con la política de la empresa, pero Linda tendrá que aguantarse hoy. Le diré que Dimitri ha dicho que puedo vestir como quiera ahora. Eso la callará.

Luego toco mi bolsillo—teléfono móvil, dinero de la apuesta en los dados, y mi bálsamo labial.

Estoy lista.

Tendré que esquivar a Lazar de otra manera.

A través de la pequeña ventana de la puerta, puedo verlo de pie en el pasillo hablando con otro guardia de seguridad. Se están riendo de algo y no están prestando atención a la puerta en absoluto. Veo el camino despejado desde donde estoy hasta la puerta trasera y casi puedo saborear la libertad.

Así que la ventana no se rompió. Si puedo pasar por delante de él hasta la puerta trasera, sé que puedo correr más que él. Y está tan absorto en lo que sea que están hablando, que sé que si me muevo rápida y silenciosamente, podría pasar justo detrás de él.

Esta es mi oportunidad de darle una lección a Dimitri y hacer esto a mi manera. Solo tengo que llegar a la parada del autobús, luego tomar el autobús urbano hasta la estación de tren y sacar un billete. Estaré en casa para mañana. Puedo hacer esto.

Mientras Lazar se ríe, abro la puerta silenciosamente. Las bisagras chirrían, pero no demasiado, y logro sincronizar mis movimientos justo cuando una camarera sale de la cocina. Mi corazón late con fuerza mientras salgo corriendo delante de ella, usando sus movimientos para camuflar los míos, y no miro atrás ni una sola vez.

Cuando llego a la puerta trasera sin haber oído a Lazar gritar mi nombre ni ningún otro alboroto, mi mano se cierra alrededor del pomo, pero me detengo un segundo preguntándome si esto es realmente una buena idea.

Dimitri no es un monstruo, solo es autoritario. Y sé de hecho que los hombres que mataron al amigo de Dimitri son asesinos. Realmente me matarán. Pero no me quedaré de brazos cruzados dejando que Dimitri me controle y me dé órdenes. Así que he tenido relaciones con él. No me posee. Quiero irme a casa, y es mi derecho ir donde quiera, aunque sea un riesgo estúpido solo para llegar allí.

Empujo la puerta y salgo al callejón.

No tengo tiempo para quedarme sentada debatiendo. Comienzo a caminar rápido hacia la calle principal, pasando por donde ya han quitado la cinta de precaución. No corro porque correr llama la atención, y si los hombres de Dimitri están mirando las cámaras, me verán, pero me muevo tan rápido como puedo sin parecer sospechosa.

El callejón desemboca en una calle principal, y giro a la izquierda alejándome del casino. Cuando llego allí y nadie ha gritado mi nombre ni venido tras de mí, respiro hondo de alivio porque lo he logrado. He escapado de su control y nadie me está persiguiendo. Ni siquiera creo que nadie me esté siguiendo, y si consigo llegar a la estación de tren, estaré a salvo. Esos hombres no me perseguirán hasta Ucrania para que me calle. Estarán contentos de que no hable con la policía.

La parada del autobús está vacía, pero eso es normal a esta hora del día. La mayoría de la gente vuelve a casa del trabajo más tarde, no ahora, así que es probable que incluso el autobús esté casi vacío. Me quedo mirando hacia la calle esperando ver las grandes letras amarillas que parpadean en el parabrisas del autobús cuando mi teléfono comienza a sonar.

Lo saco y veo un número desconocido, lo miro fijamente. Nadie me llama realmente excepto el trabajo o Lena, y de vez en cuando mi madre. La única otra persona que me llama es mi primo, pero desde que consiguió un trabajo en una pista de carreras de caballos, no he sabido de él. Mi dedo se cierne sobre el botón de rechazar, pero algo me hace contestar de todos modos.

—¿Hola?

—Tatiana —la voz es débil y ronca, y tardo un segundo en reconocerla.

—¿Arseniy? —apenas puedo oírlo, pero suena como él. —¿Eres tú?

—Sí —tose, y el sonido es húmedo y doloroso. —Estoy en el hospital.

Sus palabras hacen que se me erice el vello de los brazos. —Dios mío, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? —La sensación de miedo corre desde mi pecho hacia abajo hasta mis piernas y debilita mis rodillas, así que me apoyo en el poste donde está el cartel de la parada del autobús.

Su respiración suena forzada, incluso áspera, como si tuviera un resfriado en el pecho o una neumonía. —Algunos tipos… Fuertes… Me atacaron, Tati. Y te conocían a ti.

Me deslizo por el poste hasta que estoy sentada en la acera. —Dios mío. Arseniy, lo siento mucho. Esto es culpa mía.— Si no estuviera tan repentinamente aterrada, estaría llorando. Cualquiera que conozca a mi primo sabe que es el alma más dulce que existe. Arseniy no haría daño ni a una mosca. ¿Quién haría algo así a alguien?

—Me dieron un mensaje que debía transmitirte.— Tose de nuevo, y lo oigo gemir de dolor. —Dijeron que si no te entregas, matarán a todos los que te importan.

—¿Que me entregue?— Mi voz tiembla. —¿Qué significa eso?

—No lo sé.— Suena como si estuviera llorando. —Tati, ¿qué ha pasado? ¿Qué está ocurriendo? ¿Quiénes son esos hombres?— Está tan asustado como yo. Lo noto en su voz. Esto no es justo. No he hecho nada malo y actúan como si fuera yo quien ha asesinado a alguien.

—He visto algo que no debía.— Abrazo mis rodillas y tiemblo aunque hace calor fuera. —He presenciado un asesinato, y ahora quieren asegurarse de que no pueda testificar.

—Entonces dales lo que quieren.— Su voz se quiebra. —Por favor. No puedo soportar otra paliza como esta. Y dijeron que irán a por tu madre la próxima vez.

Mi cuerpo entero se enfría. —¿Saben dónde vive mi madre?

—Lo saben todo.— Arseniy tose de nuevo. —Me enseñaron fotos de su casa. Saben a qué hora sale para trabajar cada mañana. La están vigilando, Tatiana.

Me tapo la boca con la mano para evitar gritar. Si voy a Ucrania, simplemente me seguirán. Si me quedo aquí, matarán a Arseniy y a todos los demás que me importan. No hay salida que no termine con alguien que quiero herido.

—Lo siento—, digo con voz ahogada. —Lo siento mucho por haberte involucrado en esto.

—Solo haz lo que quieren.— Suena agotado. —Por favor…

La línea se corta, y me quedo sentada en la acera con el teléfono pegado a la oreja y las lágrimas corriendo por mi cara. La gente pasa a mi lado sin detenerse. Soy solo otra mujer teniendo un colapso en público, lo cual no es nada inusual en esta ciudad.

Estoy atrapada. No tengo dónde correr ni esconderme de estas personas. Dimitri tenía razón. El único lugar donde estoy a salvo es con él, donde puede protegerme de quienes intentan matarme, pero obviamente eso no se extiende a las personas que quiero.

Dimitri es un hombre poderoso, pero no estoy segura de que él pueda proteger a mi madre. Tengo que contarle lo que le ha pasado a Arseniy y tengo que averiguar qué puedo hacer para asegurarme de que mi familia no sea perseguida por esto.

Me obligo a levantarme, aunque mis piernas sienten que podrían ceder, y regreso hacia el casino. Si huyo ahora, simplemente estoy cimentando mi destino y llevando a gente inocente conmigo. No es como si fuera a "entregarme" a quien sea que sea esto—Dimitri los llamó Kozlovs. Pero huir tampoco resolverá el problema.

Estoy atrapada en mi cabeza, sintiéndome encerrada por la situación, y para cuando llego a la entrada de empleados, estoy

actuando en piloto automático. Me siento vacía y las lágrimas no dejan de caer. Lazar está parado fuera de la puerta, luciendo furioso. Me ve en cuanto doblo la esquina y camina hacia mí con la mano extendida para agarrar mi brazo.

—¿Dónde demonios te habías metido?— Me agarra con fuerza y me arrastra hacia la puerta. —Te he estado buscando por todas partes.

—Solo necesitaba aire—, murmuro. —Lo siento.

—¿Lo sientes?— Empieza a arrastrarme de vuelta al edificio. —El jefe me va a matar cuando se entere de que te perdí.

—No se lo digas—, intento liberar mi brazo, pero su agarre se hace más fuerte. —Por favor—, gimoteo, pero Lazar podría estar pegado a mí con superpegamento. No tiene intención de dejar que rompa el contacto físico con él, y después de haber estado vigilado todo el día, esto es aún peor.

Tomamos el ascensor hasta el penthouse y Lazar usa su tarjeta para abrir la puerta. Me empuja dentro con más fuerza de la necesaria, y tropiezo antes de sujetarme en el sofá, haciendo una mueca de dolor y frunciendo el ceño.

—Gilipollas—, refunfuño.

—Quédate aquí.— Me señala como si fuera un perro desobediente. —Y ni se te ocurra intentar salir de nuevo.

La puerta se cierra de golpe detrás de él y oigo el clic de la cerradura. Luego me hundo en el sofá y me tumbo, usando el reposabrazos como almohada. Dimitri se enfurecerá cuando le cuente lo que hice, pero finalmente estoy empezando a ver lo peligroso que es esto y por qué debería escucharlo.

No confío en él, pero puedo admitir que sabe más sobre esto que yo.

Ahora, si puedo pedirle ayuda, tal vez también ayudará a proteger a mi familia. Hace meses que no hablaba con Arseniy, lo que significa

que estas personas han hecho sus investigaciones y, pase lo que pase, estoy jodida.

Solo espero que no sea tan grave en este punto que Dimitri también tenga las manos atadas.

19

DIMITRI

Estoy agotado y frustrado cuando llego al casino y aparco. Ha sido un día largo y ahora mismo estoy muerto de hambre. Después de lidiar con Petrov e informar a Yuri, me vendría bien un trago fuerte, una ducha caliente y un buen polvo.

Gleb se endereza cuando salgo del ascensor, y noto de inmediato que algo ha pasado. Está inquieto y con los ojos como platos, y se lame los labios al menos una docena de veces mientras me acerco.

—Intentó marcharse —suelta de golpe—. Se escapó de Lazar por la zona de empleados… Es bueno que mis hombres me teman, pero este nivel de nerviosismo es un poco ridículo.

—¿Pero sigue aquí? —pregunto, asintiendo hacia la puerta mientras él introduce el código de acceso por mí.

—Sí… Estuvo fuera unos veinte minutos y volvió por su cuenta, supongo. Tendrás que preguntarle a Lazar.

Imaginé que pasaría algo así, aunque realmente pensé que estaría más asustada. Quizás por eso volvió. —¿Cuándo ocurrió?

—Hace unas dos horas —Gleb cambia de postura—. Volvió bastante afectada… lleva llorando desde que llegó.

—Gracias —gruño mientras paso junto a él y cierro la puerta tras de mí.

El salón está a oscuras excepto por la luz que proviene del dormitorio al fondo del pasillo, y encuentro a Tatiana acurrucada en el sofá con una manta sobre ella y su móvil en el suelo a su lado. No levanta la mirada cuando entro.

—Así que hoy has tenido una aventura, ¿eh? —Estoy enfadado con ella, pero gritar no servirá de nada. Ya lo he demostrado. Esta mujer responde a un toque suave, lo que me desafía hasta el fondo porque no soy bueno siendo gentil. Soy bueno siendo contundente.

—Han ido a por mi primo —dice con voz apagada, y suena hueco, como si estuviera hablando al aire y no especialmente a mí—. Lo han golpeado casi hasta la muerte. Y ahora están vigilando a mi madre. No puedo irme. No puedo ir a ningún lado. Tenías razón.

La lucha ha desaparecido por completo de ella. Es una sensación surrealista saber que se ha rendido. Nunca la había visto así. Me siento en el sofá y pongo mi mano en su espalda. —Sabíamos que esto era una posibilidad, ¿verdad? —He intentado explicárselo, pero supongo que es como yo y tiene que aprender por las malas por su cuenta.

Tatiana no se mueve cuando empiezo a acariciarle suavemente la espalda, pero noto que respira hondo y con pesadez. Verla así me hace sentir un nudo incómodo en el pecho. Son momentos como este los que prueban el punto de mi hermano. Me estoy ablandando y mis sentimientos por ella están empezando a afectar mi juicio. Odio verla sufrir, y normalmente soy un bastardo frío y despiadado.

—Solo quería volver a casa y alejarme de todo esto.

—¿Corriendo directamente hacia el peligro? —Le aparto la manta para poder verle bien la cara—. Te advertí sobre estos hombres. Te

matarán sin pestañear. No saben lo que es sentir culpa.

—¿Qué se suponía que debía hacer? —Sus ojos se desvían y me mira, y su voz empieza a sonar un poco menos hueca ahora—. ¿Esconderme y esperar a que esto se fuera? —Noto que ha estado llorando cuando encuentro su mirada. Tiene los ojos hinchados, la nariz roja.

—Sé que estás enfadada, pero—

—No puedes proteger a mi primo —se incorpora y se envuelve en la manta—. No puedes proteger a mi madre en Ucrania. No puedes estar en todas partes a la vez.

—No —corto—, pero puedo enviar gente. —Me levanto y me acerco al bar para servirme una copa. No quiero desahogarme con ella, pero siento que el estrés del día empieza a colarse—. Puedo vigilar a tu primo y enviar guardias a la casa de tu madre. *¿No le encantará eso a Yuri?* Suspiró y sacudo la cabeza mientras encuentro la botella de Scotch Terrier y la abro, sirviendo dos dedos en el vaso.

—¿Harías eso? —Tatiana suena sorprendida por mi oferta, aunque, siendo realista, me gustaría pensar que podemos terminar con esto sin necesidad de esa mierda. Pero haré lo que sea necesario para mantenerla en un lugar y segura.

—Si evita que intentes huir de nuevo, sí. —Me tomo el whisky de un trago y sirvo otra copa—. Pero necesito algo a cambio.

Antes de que pueda responder, suena el timbre. No espero a nadie, y una visita a esta hora solo puede significar una cosa. Mi hermano. Así que dejo mi copa y camino hacia la puerta esperando a Yuri o a uno de los chicos. En cambio, hay un repartidor sosteniendo una caja de pizza.

—¿Alguien aquí pidió esto? —Mira un recibo—. ¿Penthouse? —Sus ojos se desplazan nerviosamente hacia Gleb, quien le frunce el ceño. No he ordenado que nadie entre o salga de este piso, incluidos los

repartidores de pizza, y estos idiotas parecen incapaces de seguir órdenes. No les queda bien, especialmente si mi hermano se entera.

Me doy la vuelta y veo a Tatiana de pie detrás de mí, con expresión avergonzada. —Tenía hambre —murmura, y yo le frunzo el ceño.

—¿Cuánto es? —refunfuño, alcanzando mi cartera. De todos modos, es mejor que yo esté aquí para esto. Si hubiera sido algún tipo de ataque, Gleb ya estaría muerto y probablemente Tatiana también.

Le pago al repartidor y llevo la pizza a la cocina. Tatiana me sigue y se sube a uno de los taburetes mientras yo cojo platos del armario. El olor a queso y pepperoni llena el penthouse, y mi estómago me recuerda que no he comido desde esta mañana.

—No sabía cuándo volverías —dice mientras coge una porción cuando le acerco la caja—. Y no me gusta cocinar. —Es una novedad que no le guste cocinar después de varios días en los que me ha preparado la comida. La ironía no se me escapa: trabajará para alguien más y le pagarán por hacerlo, pero probablemente coma mucho comida para llevar cuando está sola. Cada día aprendo más sobre ella.

—Bien hecho —le digo, cogiendo mi propia porción y apoyándome en la encimera frente a ella—. Háblame de tu primo.

Mastica lentamente y traga antes de responder. —Se llama Arseniy. Crecimos juntos en Ucrania antes de que mi familia se mudara aquí. Se quedó en Rusia por trabajo, pero ya no hablamos mucho.

—¿Cómo lo encontraron los Kozlov? —Ya sé la respuesta, pero quiero escuchar su versión.

—No lo sé —dice, dejando su porción de pizza—. Dijo que simplemente aparecieron en su apartamento y lo golpearon hasta dejarlo inconsciente. Cuando despertó en el hospital, le habían dejado un mensaje para mí. —Noto que está alterada, probablemente tanto que aún no ha visto la sangre en las mangas de mi camisa, lo cual es bueno. Solo se asustaría más.

—¿Qué mensaje? —Doy otro bocado y disfruto de los sabores salados mientras ella relata lo que su primo le dijo. Y si se puede confiar en él, Malcom no está jugando—amenazar con lastimar o matar a su familia y respaldarlo con un ataque es típico de él—. Están intentando asustarte para que cometas un error —termino mi porción y cojo otra—. Quieren que estés asustada y desesperada para que hagas algo estúpido.

—¿Como intentar huir? —Cuando me mira con una ceja levantada, sé que está empezando a entender—. Todo lo que haga solo lo empeorará.

—Exactamente —le digo, señalándola con mi pizza—. Así que te vas a quedar aquí donde puedo mantenerte a salvo. Y voy a enviar gente para vigilar a tu primo y a tu madre.

—Gracias —dice en voz baja, como si ya no hubiera hecho suficiente —. Sé que no te he puesto las cosas fáciles. —No tiene por qué sentirse culpable o arrepentida por nada de esto. Soy yo quien se ha metido deliberadamente en este lío.

—No, no lo has hecho —me limpio las manos con una servilleta—. Tienes suerte de que tenga paciencia.

—¿Eres paciente? —Estudia mi rostro mientras le sonrío en tono de broma, pero mientras sigue hablando, me siento reprendido—. Porque a veces no lo parece.

—Contigo, estoy aprendiendo a serlo —me inclino hacia adelante y dejo escapar algo de la tensión de mis hombros. Tatiana es un puñado, pero no se obtiene la fuerza del buey sin ensuciarse, ¿no? Cada cualidad buena se refleja en una mala, pero a partir de ahora solo quiero fijarme en las buenas.

—¿Qué quieres de mí? —Deja su pizza y cruza los brazos—. Dijiste que necesitas algo a cambio de proteger a mi familia. ¿Qué es?

—Te quiero en mi cama —le digo francamente, porque es lo que quiero. He terminado de andarme con rodeos. No quiero tener que

presionarla ni manipularla. Quiero algo orgánico y crudo, y lo quiero porque ella lo quiera—. Voluntariamente, no porque te esté forzando ni porque estés borracha ni porque tengas demasiado miedo para decir que no. Quiero que actúes como si realmente quisieras estar allí.

Sus mejillas se sonrojan y aparta la mirada. —No puedes simplemente exigir eso.

—No estoy exigiendo —me muevo alrededor de la encimera hasta estar a su lado—. Estoy preguntando… Y tú quieres que proteja a tu familia, pero quiero que dejes de pelearte conmigo a cada paso.

—Sabes que es un poco injusto —se mueve, y parece que se retuerce, aunque no sé si es por atracción o si está molesta conmigo —. Proteger a mi familia no debería venir con condiciones sexuales.

—Tienes razón, no debería. Y sería un tonto si retuviera eso. —Giro su taburete para que me mire—. La protección ya está en marcha, Tatiana, pero si quieres que esté en mi mejor momento, si quieres que esté alerta y concentrado en mantenerte a ti y a todos los que te importan con vida, entonces necesito estar relajado.

—¿Y el sexo te relaja? —dice suavemente, y baja la cabeza hasta que me mira a través de sus pestañas mientras asoma una sonrisa en sus labios. Nunca había sentido tanto calor entre nosotros como ahora.

—¿Contigo? Sí. —Pongo mis manos en la encimera a ambos lados de ella, acorralándola—. Un hombre tranquilo y satisfecho es un hombre que toma mejores decisiones. Un hombre frustrado y tenso comete errores.

Ahora tiene las mejillas rosadas, los labios de un rojo oscuro, como imagino que deben de estar los suaves pliegues entre sus piernas. Está madura para ser cogida, y yo siento cómo me hincho.

—Así que, ¿esto es una cuestión de estrategia? —pregunta con una sonrisa—. ¿Quieres acostarte conmigo por razones tácticas? Juraría

que casi se ríe.

—Quiero acostarme contigo porque no he dejado de pensar en ti desde la última vez —me acerco más y miro por el escote de su camiseta—. Han pasado días y todavía puedo escuchar los sonidos que hiciste cuando te viniste.

—Para —dice con aspereza, presionando su mano contra mi pecho.

—¿Por qué? —Mi boca está cerca de su oído mientras susurro—. Tú también lo quieres. Puedo verlo en cómo me miras en este momento.

—No te estoy mirando de ninguna manera especial —intenta inclinarse hacia atrás, pero no tiene adónde ir. La tengo justo donde la quiero, y se está sonrojando—. Solo estoy comiendo pizza.

—**Estabas** comiendo pizza —rozo sus labios contra su cuello—. Ahora estás pensando en lo bien que se sintió cuando te tuve en mi cama.

—Eres muy confiado —respira, pero es tan superficial y entrecortado que sé que la estoy afectando.

—Tengo motivos para estarlo —mi mano se desliza por su muslo—. Me besaste la última vez. Te viniste dos veces. Enlazaste tus piernas alrededor de mí y me pediste más.

—Bueno… estaba borracha —su protesta es débil.

—No tan borracha —me aparto lo suficiente para mirarla a la cara—. Sabías exactamente lo que estabas haciendo.

Abre la boca para discutir, pero no le doy la oportunidad. La beso, y después de un momento de vacilación, ella me devuelve el beso. Sus manos se levantan para agarrar mi camisa y me tira hacia ella.

Sus labios son suaves y hambrientos, y profundizo el beso mientras mis manos se mueven hacia su cintura. He estado deseando esto desde la última vez que la tuve.

Mis dedos encuentran el borde de su camiseta y la levantan. Ella rompe el beso el tiempo suficiente para que se la quite por encima de la cabeza antes de que su buela vuelva a la mía. Sus manos trabajan en los botones de mi camisa y yo la ayudo quitándomela cuando los abre.

—¿El dormitorio? —logro decir entre besos.

—Sí —responde sin aliento. Ya está retrocediendo y yo la sigo mientras mis manos exploran su piel desnuda. Cada curva, cada centímetro que me da, yo lo tomo. Es adictiva y no puedo tener suficiente de ella. Hace que mi polla se hinche tanto que siento que la piel se va a abrir.

Su sujetador se quita en algún lugar entre la cocina y el pasillo. Mis manos agarran sus pechos y ella jadea en mi boca cuando los aprieto. Sus pezones están duros contra mis palmas y los roto entre mis dedos haciéndola gemir.

Tropezamos por la puerta del dormitorio todavía besándonos y tocándonos mientras la hago retroceder hasta que sus piernas chocan contra la cama, y entonces trabajo en sus pantalones. El botón se abre, y bajo la cremallera antes de quitárselos por las caderas.

Ella se los quita y alcanza mi cinturón donde sus dedos tropiezan con la hebilla y yo cubro sus manos con las mías para ayudarla. Juntos, abrimos mis pantalones, y me los quito junto con los zapatos.

Cuando se gira para subir a la cama, la agarro y la tiro de vuelta contra mi pecho, luego la envuelvo en mis brazos mientras una mano se desliza por su vientre hasta sus bragas. Tatiana jadea cuando presiono mis dedos contra su clítoris, encontrándola ya empapada. Mis dedos encuentran su entrada y se deslizan dentro fácilmente.

—Qué buena chica —susurro contra su piel, mordisqueando su cuello mientras froto y meto mis dedos entre sus pliegues.

—Oh, Dios —gime, y su cabeza cae contra mi hombro mientras uso mi otra mano para mantenerla erguida.

Metro y saco mis dedos mientras el talón de mi mano encuentra el sensible montón de nervios y lo frota. Ella hace gemidos bajos y gruñidos que me vuelven loco y sus caderas se mueven contra mi mano buscando más fricción y placer. Me encanta cuando está así, ansiosa y rogando por más, y me hundo los dientes en el costado de su cuello para ayudarme a mantener el control. Dios, cómo la quiero.

—Así es —la beso en el cuello mientras añado otro dedo—. Déjame sentirte. —Cada vez que mis dedos se hunden, más humedad se acumula en mi palma. Tatiana quiere esto más que yo. Tiene un maldito manantial entre sus piernas y apenas la he tocado, pero siento lo tenso que está su cuerpo por mí.

Su respiración se vuelve más errática y puedo decir que está cerca. Aumento la presión con mi palma y enrosco mis dedos dentro de ella frotando el montón rugoso de nervios justo dentro de su entrada. Su cuerpo entero se tensa y entonces tiembla cuando el orgasmo la atraviesa. Su espalda se arquea lejos de mí, y su cabeza presiona contra mi hombro. Su coño se cierra en lentos pulsos alrededor de mis dedos y cuando sus piernas flaquean la agarro con más fuerza alrededor de la cintura para mantenerla erguida.

Sigo moviendo mis dedos hasta que se queda sin fuerzas en mis brazos. Entonces retiro mi mano y la giro para que me mire. Sus ojos están vidriosos y sus labios hinchados por los besos mientras levanto mi mano a mi boca y chupo los jugos de mis dedos. Sabe increíble y quiero beber directamente de la fuente.

—Dios, estás tan jodidamente sexy cuando estás así —la guío hacia atrás hasta que está tumbada.

Luego me quito la ropa interior y engancho mis dedos en la suya para bajarlas por sus piernas. Está completamente desnuda, y me tomo mi tiempo para memorizar cada centímetro de ella. Las curvas de sus caderas. La suavidad de sus muslos. La forma en que su pecho sube y baja.

Me coloco entre sus piernas y las abro aún más. Ella intenta cerrarlas, pero las mantengo abiertas con mis manos en sus muslos internos.

—No —digo mientras bajo la cabeza y dejo un beso justo encima de donde aún está sensible—. Quiero saborearte.

—Ya me he venido —su voz está entrecortada—. No tienes que—

La interrumpo al deslizar mi lengua por sus pliegues. Sabe salada y dulce, y gimo contra su carne caliente. Sus manos vuelan hacia mi pelo y lo agarran con fuerza mientras trabajo con mi boca.

Mi lengua rodea su punto más sensible sin tocarlo del todo. Puedo sentir cómo se va desesperando con cada pasada y sus caderas se elevan intentando acercarse. Pero la sostengo y sigo provocándola. Hay tanta humedad que bebo, es como un manantial natural. Disfruto cada gota.

—Por favor —suplica, con las caderas sacudiéndose—. Dimitri, por favor.

—¿Por favor qué? —le digo mientras mi lengua continúa su tormento en deliciosos remolinos, recogiendo las delicadas gotas de humedad y dejando que bailen sobre mis papilas gustativas.

—Haz que me venga —sus dedos se aprietan en mi pelo, tirando hasta que duele y gruño contra su núcleo, sabiendo lo bien que debe sentírsele—. Deja de provocarme y hazlo ya—

Chupo con fuerza, y ella grita. Su espalda se arquea en la cama, y tengo que sostener sus caderas para mantenerla en su sitio. La llevo justo al límite y luego me retiro justo antes de que se venga.

—No —gime—. ¿Por qué has parado?

—Porque quiero que estés desesperada por mí —me muevo por su cuerpo y me apoyo encima de ella—. Quiero que estés tan cerca que cuando finalmente te dé lo que necesitas, te desmorones por completo.

—Te odio —se queja, pero envuelve sus piernas alrededor de mi cintura y me acerca.

—No, no es cierto —la beso con fuerza y dejo que se saboree en mis labios y lengua, y ella gime y muerde mi labio inferior.

Mi polla presiona su entrada y me detengo allí, dejando que sienta lo que está a punto de suceder. Está tan mojada que sé que entraré fácilmente, pero quiero alargarlo y hacer que me lo suplique. Me cuesta toda mi autocontrol no follarla sin parar mientras la provoco con pequeños impulsos.

—Dime que me quieres, Tati —muevo mis caderas lo justo para provocar, introduciendo la punta de mi polla en ella un centímetro. Siento cómo se contrae y tengo ganas de enterrarme profundamente, pero me contengo.

—Lo quiero —sus uñas se clavan en mis hombros—. Te quiero dentro de mí… por favor.

—Dime cuánto me deseas, Tati. Dime que me necesitas, y terminaré con el tormento. —Me está volviendo loco, y en este punto ya no importa lo que diga.

—Joder, tanto… hazlo ya.

Sus súplicas me enloquecen. Me empujo hacia adelante y me entierro completamente de un solo empujón. Ella grita y sus piernas se aprietan alrededor de mí, pero no le doy ni un segundo para que se adapte. Comienzo a empujar, metiéndoselo duro mientras ella gime y balbucea sonidos sin sentido.

El ángulo es perfecto y puedo sentir cada centímetro de ella apretándome. Coloco sus piernas sobre mis hombros, abriéndola aún más y empujando más profundo. Ella jadea y sus manos buscan algo a lo que agarrarse.

—Mírame —me inclino hacia adelante y sus piernas se doblan más—. Quiero ver tu cara.

Sus ojos se encuentran con los míos y veo todo allí. El deseo. La necesidad. La entrega. Ha dejado de luchar contra esto y eso hace que algo primitivo surja en mí.

Aumento el ritmo y ella lo sigue con sus caderas. Los sonidos que está haciendo me están volviendo loco y sé que no aguantaré mucho más. Llego entre nosotros y encuentro donde estamos unidos. Mis dedos rodean su punto sensible y ella jadea.

—Vente conmigo —estoy apenas aguantando—. Ahora mismo.

—Sí —está tan cerca que puedo sentirla empezar a apretarse—. No pares.

Empujo más fuerte y presiono mis dedos con más firmeza. Todo su cuerpo se tensa y entonces grita mi nombre mientras el clímax la arrastra. La sensación de su pulso alrededor de mí me lleva al límite, y me entierro tan profundo como puedo.

Mi liberación llega como una ola, y gimo contra su cuello mientras me derramo dentro de ella. Un placer blanco y caliente explota en mi ingle y se extiende hasta que me ahogo en endorfinas, pero sigo moviéndome hasta que no queda nada y finalmente me detengo.

No hay nada en el mundo como la liberación física del sexo con alguien que deseas desesperadamente, y encuentro que su energía coincide con la mía cuando mis labios vuelven a reclamar los suyos.

—Ahora, ¿me crees cuando te digo que eres mía? —le pregunto, y entre besos, ella responde.

—Todavía te odio… —pero sonríe al decirlo.

20

TATIANA

El sonido del agua corriendo me saca del sueño. Extiendo la mano al otro lado de la cama y encuentro las sábanas vacías todavía calientes donde Dimitri estaba acostado. La ducha está corriendo en el baño y el vapor se desliza por la puerta abierta.

La noche anterior vuelve en pedazos—la pizza, nuestra conversación sobre proteger a Arseniy y a mi madre. La forma en que me besó y todo lo que siguió. Nos quedamos despiertos hasta casi las dos de la madrugada hablando de todo y de nada al mismo tiempo, y Dios mío, creo que nunca antes me había sentido tan llena de energía en mi vida. Hay algo mágico en esta conexión que tengo con Dimitri que nunca antes había experimentado.

Empujo la manta y me levanto de la cama. Mi ropa está esparcida por el suelo y la dejo allí mientras camino hacia el baño. El espejo está completamente empañado. Apenas puedo ver la silueta de Dimitri a través del cristal de la ducha, pero lo que veo es suficiente. Su cuerpo es una obra de arte—músculos cincelados decorados con tinta oscura que celebran todo lo que él es y ama de la vida, junto con cicatrices que cuentan las historias de las vidas que ha vivido.

Me quedo allí mirándolo un momento, y parece que todavía no sabe que estoy aquí. Se siente algo sagrado, como si estuviera viendo partes de él que normalmente no deja que la gente vea. Es como me sentí cuando se abrió anoche y me contó historias sobre crecer con Yuri como hermano mayor, sabiendo que algún día tendría que seguir sus órdenes. Pero ni una vez Dimitri sonó amargado o cínico por ser "menos que" su hermano. Creo que ese respeto es lo que me hace quererlo aún más.

Entonces abre la puerta de la ducha y me mira directamente. —¿Vas a quedarte allí toda la mañana luciendo hermosa o quieres unirte a mí?

El cumplido saca una sonrisa en mi rostro, y camino hacia él y entro en la ducha antes de que cambie de opinión. Está enjabonado, cubierto de espuma y gotas de agua, pero eso no hace más que añadir a la vista.

Su pecho es musculoso, sus muslos gruesos como troncos. Y soy una mujer increíblemente afortunada de que haya puesto sus ojos en mí, aunque me haya llevado un camino largo y lleno de baches llegar finalmente a esta conclusión.

—¿Dormiste bien? —pregunta, y asiento y me inclino hacia él, dejando que el agua corra sobre mi piel y me caliente.

—¿Y tú? —murmuro, mientras beso su pecho.

—Las tres horas completas que dormí. Yuri llamó y me despertó cuando se enteró de que ordené a hombres que fueran al hospital. Llamé a algunos tipos que tenemos un poco más cerca de tu madre. Ahora están en un avión y estarán con tu madre en cuestión de horas. —Besa la parte superior de mi cabello mojado y dice—: Y le explicaremos todo de una manera que le ayude a no tener miedo.

Ni siquiera puedo responderle porque estoy demasiado impresionada por el poder y los recursos que tiene. Me hace sentir tonta por no haber confiado en él desde el principio. Todo este tiempo y si

hubiera ido a él en lugar de a la policía, podría haberme mantenido al margen por completo. Apoyo mi cabeza en su pecho y escucho su corazón latir, dejando que la gratitud traiga una sonrisa a mi rostro.

Pero el agua está caliente y el vapor hace que sea difícil respirar. Dimitri coge el jabón y me da la vuelta sin preguntar. Sus manos lavan mis hombros, luego mis brazos, y después bajan por mi espalda. Cuando termina con mi cuerpo, coge el champú y lo frota en mi cabello.

—¿Por qué haces esto? —Cierro los ojos mientras sus dedos masajean mi cuero cabelludo. Se siente casi tan bien como en un salón, aunque no he podido permitirme una visita al salón en mucho tiempo.

—¿Hacer qué? —Enjuaga el champú cuidadosamente.

—Esto… —El agua corre por mi cara, sobre mi pecho y hacia el desagüe, y las manos de Dimitri siguen el flujo, encontrando cada rincón y tocándolo con sensibilidad.

—Los amantes se lavan mutuamente en la ducha. —Lo dice con naturalidad—. Esto es lo que hace la gente cuando se preocupa por el otro.

—No. —Me doy la vuelta para mirarlo, casi pasando por alto el hecho de que dijo que le importo. Pero mentalmente anoto volver a ese comentario más tarde—. Me refiero a ¿por qué me estás protegiendo? —El pensamiento persistente de que Dimitri no está por encima de organizar todo esto para obligarme a estar en sus brazos se me ha ocurrido varias veces, y necesito saber si llegaría tan lejos—. ¿Me tendiste una trampa?

Sus manos siguen sobre mis hombros. —¿Te he tendido una trampa?

—El asesinato. —Me giro y escruto su rostro. Parece molesto conmigo o acusado. —¿Lo planeaste sabiendo que yo estaría allí, esperando que corriera directamente a tus brazos por miedo para

que pudieras "protegerme"? —Observo cómo el músculo de su mandíbula se tensa al apretar los dientes y ensanchar sus fosas nasales.

—¿Crees que mataría a alguien solo para llevarte a mi cama? —La voz de Dimitri no es más que un gruñido, aunque no pretendía enfadarlo. Me hace sentir culpable al instante.

—No lo sé —digo en voz baja mientras encogí un hombro y evito su mirada—. Me has deseado durante meses y yo seguía diciendo que no. Ahora, de repente, estoy aquí, completamente dependiente de ti.

Dimitri no pierde ni un segundo y me toma las mejillas con ambas manos, obligándome a mirarlo, y el hombre tierno que sé que existe bajo esa apariencia ruda reaparece en un instante.

—Desde el momento en que te vi, he querido tenerte en mi cama. —Sus pulgares acarician mis pómulos—. Eso es verdad. Pero no tuve nada que ver con el asesinato de Yakov. Los Kozlov lo mataron para enviar un mensaje. Que tú estuvieras allí fue terrible sincronización.

—¿Cómo sé que dices la verdad? —Observo sus ojos porque necesito saber si está mintiendo.

—Porque si lo hubiera planeado, habría hecho un mejor trabajo protegiéndote. —Su voz se vuelve más grave—. No habría permitido que irrumpieran en tu apartamento para agredir a tu compañera de piso o lastimar a tu prima. Te habría protegido desde el principio.

Sé que suena lógico, pero no entiendo ese cambio radical en su personalidad. —Entonces, ¿por qué pasar por todo este lío ahora?

—Porque ahora que estás aquí, eres mía. —Me atrae hacia él y coloca un suave beso en mis labios—. Y yo cuido de lo que me pertenece.

—¿Así que soy solo una posesión? —Suena tan insultante como parece—. ¿Algo que posees?

—No, no lo eres. Es solo... complicado. —Apoya su frente contra la mía—. No tengo mejores palabras ahora mismo. Lo único que sé es que estás en mi cama, bajo mi protección, y ahí te quedarás porque es donde te quiero.

—¿Eso es todo? —Lo miro—. ¿Es todo lo que puedes decir?

—Por ahora. —Su boca se cierne sobre la mía—. ¿Es suficiente?

Evidentemente, no es suficiente para mí, pero lo entiendo. Para un tipo como él, tal vez decir que le gusto o que me quiere es demasiado difícil. Si decirme que quiere sexo conmigo, que me quiere en su cama o lo que sea es todo lo que puede hacer, entonces tengo que intentar conformarme con eso por ahora. No es como si me estuviera obligando a hacer nada. Todo lo que hemos hecho ha sido consensuado por ambas partes. Además, me está protegiendo a mí y a mi familia en una situación en la que sé que, sin eso, podría estar en verdadero peligro.

Además, escuché su lapsus anterior. Dijo que ducharse juntos es algo que hacen las parejas cuando se preocupan por el otro. Lo que significa que, en algún nivel, sabe que siente algo por mí. Y cuando esto haya terminado y la amenaza haya pasado, si decide que ya no quiere nada conmigo, siempre puedo mudarme a Ucrania sola. Suena triste, pero sé que no todas las cosas duran para siempre.

—Sí, está bien —murmuro sin convencimiento, sin estar realmente segura de en qué me estoy metiendo.

Me besa, y me dejo llevar por el momento. Sus manos se deslizan hasta mi cintura y las mías suben hasta sus hombros. El agua cae sobre nosotros mientras nos quedamos allí besándonos, y aunque todavía estoy un poco confundida y en conflicto, siento que mi cuerpo comienza a responderle.

Su beso se profundiza y mis manos se deslizan desde sus hombros hasta su pecho. El agua hace que su piel esté resbaladiza bajo mis palmas y puedo sentir su corazón latiendo rápidamente. Mis dedos

trazan un camino más bajo sobre su estómago y él gruñe dentro de mi boca.

—Tócame. —Su voz es un gruñido contra mis labios.

Lo agarro con la mano y ya está hinchándose. Mis dedos lo acarician lentamente mientras seguimos besándonos y sus manos se deslizan hacia arriba para tomar mis pechos. Cuando sus pulgares rozan mis pezones, gimo dentro de su boca.

—Necesito estar dentro de ti. —Me empuja contra la pared de la ducha—. Ahora mismo.

El azulejo está frío en mi espalda, pero su cuerpo está caliente y no puedo negar que también lo deseo. Me levanta y automáticamente envuelvo mis piernas alrededor de su cintura. Una de sus manos se apoya en la pared junto a mi cabeza mientras que la otra agarra la parte posterior de mi muslo para sostenerme. Es un poco impactante lo fuerte que es, pero mi coño no se preocupa por nada más que por la polla palpitante que me está empujando.

—Mírame —gruñe mientras alcanzo entre nosotros y lo guío hacia mi entrada—. Quiero ver tu cara.

Nuestras miradas se encuentran y él empuja dentro lentamente. La extensión me hace jadear y mis dedos se hunden en sus hombros. Me llena por completo y el ángulo hace que alcance un punto profundo que hace que mis dedos de los pies se enrosquen.

—¿Estás bien? —Su mandíbula está tensa, como si apenas se estuviera conteniendo, y veo la concentración en su rostro, cómo su bíceps junto a mi cara está duro como una roca por la tensión mientras nos sostiene en equilibrio.

—Joder, sí —gimo, balanceando mis caderas contra él—. Fóllame.

Él se saca casi por completo antes de empujar de nuevo con fuerza, y yo gimo mientras su boca captura el sonido con un beso. Cada empuje es exquisito, lubricado por mi humedad y el agua, y

completamente él. Ni siquiera tengo que agarrarme, pero lo hago, con un brazo alrededor de su cuello mientras mi mano frota frenéticamente mi clítoris.

—Dios, estás tan jodidamente caliente —ajusta su agarre en mi muslo—. No creo que pueda cansarme de ti nunca.

Dimitri me besa de nuevo, mordiendo mi labio, y de repente comienza a moverse más rápido y con más fuerza. Cada empuje penetra más profundo que el anterior y no puedo hacer nada excepto agarrarme mientras él toma lo que quiere. Apenas puedo recuperar el aliento entre besos, y mi centro palpita con tal intensidad que creo que podría perder el control de mi vejiga cuando finalmente hace que mi cuerpo estalle.

—Te sientes tan bien —su respiración es agitada contra mi cuello—. Tan perfecta así.

—No puedo… —apenas logro formar palabras—. Es demasiado. —Pero mis dedos no dejan de rozar frenéticamente mi hinchado botón. Entre el agua caliente y los jugos que él extrae de mí, mis dedos apenas se mantienen en mi clítoris y cada roce es una tortura.

—Sí, puedes —no disminuye la velocidad—. Quiero sentirte venir alrededor de mí.

Mis dedos rotan más rápido y su siguiente empuje alcanza ese punto dentro de mí que hace que mi visión se nuble. Estoy al borde y apenas me sostengo. Mis piernas se aprietan alrededor de su cintura y mis uñas se clavan en la parte posterior de su cuello.

—Joder —gimo—, estoy tan cerca.

—Déjate ir —gruñe antes de morderme el cuello, y el siguiente empuje me hace perder el control.

El clímax me atraviesa, y le muerdo el hombro mientras todo mi cuerpo tiembla. Puedo sentirme palpitar alrededor de él, y eso debe

empujarlo también al límite, porque de repente gruñe y se entierra lo más profundo que puede.

Sus movimientos se vuelven erráticos, y lo siento acabar dentro de mí. Ambos temblamos y jadeamos por aire mientras el agua sigue cayendo sobre nosotros, y mis piernas tiemblan tanto que no sé cómo sigo agarrándome.

Se queda dentro de mí durante varios momentos con la frente apoyada en la mía. Ambos respiramos con dificultad, y puedo sentir su corazón golpeando contra mi pecho. Finalmente, se saca lentamente y me baja con cuidado hasta que mis pies tocan el suelo.

Mis piernas casi ceden y él me sostiene con las manos en mi cintura.

—Dios mío, eso fue… joder… —me apoyo contra la pared para sostenerme y cierro los ojos con fuerza.

—Sí —Dimitri besa mi frente—. Lo fue.

Alcanza el jabón y se lava rápidamente. Luego me lo entrega y se mete bajo el chorro para enjuagarse. El agua corre clara por su cuerpo, y lo observo, sintiendo cómo toda mi perspectiva comienza a cambiar. He tenido algunos de estos momentos de "despertar" con él, donde lo he visto de una manera nueva y mi mente ha cambiado respecto a él, pero nunca uno tan significativo.

Me estoy enamorando.

Y no quiero parar.

—Enjuágate —dice mientras sale de la ducha y toma una toalla—. Tengo que ir a trabajar, pero volveré más tarde con el almuerzo.

—¿Te vas? —tomo el jabón y comienzo a lavarme rápidamente mientras intento no sonar decepcionada. Después de eso, esperaba que pudiéramos acostarnos y hablar un rato. No parece justo que conectemos y luego él tenga que marcharse.

—Tengo reuniones que no puedo reprogramar —se seca mientras me mira, y no puedo ocultar mi ceño fruncido—. Pero solo estaré fuera unas horas. Quédate en el penthouse, y no abras la puerta a nadie excepto a mí o a Gleb.

—Conozco las reglas —refunfuño, enjuagando el jabón y apagando el agua—. No voy a intentar escapar de nuevo.

—Bien —envuelve una toalla alrededor de su cintura y me entrega otra mientras salgo—. Porque odiaría tener que sacarte del lado de un edificio o de alguna calle.

Sale del baño, y lo oigo moverse por el dormitorio vistiéndose. Me seco lentamente mientras miro mi reflejo en el espejo empañado. Me siento como una extraña para mí misma. ¿Desde cuándo dejo que un hombre me embriague y me quite el aliento? Pero eso es exactamente lo que hizo, ¿no?

Y eso me hace sonreír.

—Me voy —Dimitri aparece en la puerta completamente vestido—. Hay comida en la cocina si tienes hambre. Y no olvides cerrar la puerta con llave cuando me vaya.

—No lo olvidaré —me aferro a la toalla alrededor de mí—. Ten cuidado.

Algo cruza su rostro cuando digo eso, y atraviesa el baño para besarme.

—Te veré en unas horas —se va antes de que pueda responder.

Me deja allí parada, observando y preguntándome cómo cambiará mi vida ahora. Con el revuelo del último mes, no estoy segura de necesitar más cambios, pero si se parece a lo que han sido las últimas veinticuatro horas, podría no importarme.

21

DIMITRI

Mi oficina está en la duodécima planta y el trayecto desde el ático me da tiempo para despejar la mente. El sexo en la ducha fue increíble, pero ahora mismo no puedo permitirme distracciones. Tengo un negocio que dirigir y enemigos que eliminar, además, proteger a Tatiana requiere vigilancia constante.

Abro la puerta de mi oficina y me siento tras mi escritorio con el móvil ya en la mano. Mi primera llamada es para comprobar cómo está el guardia que envié a vigilar a Arseniy en el hospital la noche anterior. Puse a Saveliy de noche y a Oleg de día. Se supone que deben cambiar el turno a las ocho de la mañana y ya son las nueve y media, así que quiero asegurarme de que el relevo ha ido bien antes de meterme de lleno en el día.

El teléfono suena tres veces antes de que el guardia de día conteste. —Jefe —dice, pero sé que no es Saveliy en cuanto oigo su voz. Debería estar en casa preparándose para echar una cabezada antes de realizar sus otras tareas esta tarde, ¿y alguien tiene su móvil?

—¿Por qué contestas el móvil de Saveliy? —Me recuesto en la silla—. ¿Dónde está?

—No lo sé —cuanto más habla, más reconozco su voz. Es Oleg, enviado para relevarlo—. Llegué para mi turno a las ocho y él no estaba. La habitación del primo está vacía y hay sangre en el suelo.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan. —¿Qué quieres decir con vacía?

—El paciente ha desaparecido —habla rápido ahora—. Las enfermeras dijeron que dejó de tener pulso alrededor de las seis de la mañana. Intentaron reanimarlo, pero no pudieron. Cuando llegué, el cuerpo ya había sido trasladado al depósito de cadáveres y Saveliy no estaba por ninguna parte.

—¿Y me lo dices ahora? —Me pongo de pie sintiendo cómo el corazón me golpea en el pecho—. ¿Casi dos horas después?

—He estado intentando reconstruir lo que pasó —dice Oleg, aunque tiene razón al haber ese tono de ansiedad en su voz. Esto no es poca cosa. El hombre que prometí proteger está muerto ahora, ¿y qué le voy a decir a Tatiana?—. Estaba con la seguridad del hospital…

—Vuelve al casino inmediatamente —le corto en seco—. Quiero que estés aquí en veinte minutos.

—Sí, señor —termina la llamada mientras lanzo el móvil sobre el escritorio con tanta fuerza que la pantalla se rompe. Arseniy está muerto y mi guardia ha desaparecido, lo que significa que Saveliy era uno de mis topillos o que también está muerto. En cualquier caso, los Kozlov acaban de escalar esta situación y no puedo permitirme ignorarlo. Tenemos que pasar a la ofensiva.

El primo de Tatiana está muerto solo horas después de que me rogara que lo protegiera, ¿y cómo narices voy a decírselo? Acababa de empezar a confiar en mí y ya la he fallado. La cantidad de ira que siento al pensar en eso hace que coja la silla y la lance al otro lado de la habitación. Se estrella contra la estantería y hace que los libros

caigan por el suelo, y el único motivo por el que no se cae es porque está anclada a la pared.

El móvil suena y lo cojo sin mirar quién llama. —¿Qué? —gruño, incapaz de controlar mi temperamento en este momento. Esto está a punto de estallar por todas partes y puedo sentir cómo me estoy descontrolando. Mi hermano no se equivocó cuando me dijo que todo esto me estaba afectando. Simplemente tardé demasiado en verlo por mí mismo.

—Necesitamos hablar —el tono de Yuri es cortante y no anda con rodeos. Espero que me eche la bronca por los guardias adicionales o quizá que me diga que deje de aprovecharme de sus hombres porque envié a Oleg a hacer un recado, pero dice—: ¿Estás sentado?

—No, no me voy a sentar. ¿Acaso parece que estoy sentado? —Estoy tan enfadado que no pienso con claridad. —¿Qué pasa? —Se va a poner furioso cuando le cuente lo que ha pasado, pero primero tengo que escuchar sus noticias.

—Hemos recibido una amenaza creíble contra el hombre al que estás protegiendo en el hospital. Vadim pensó que debía llamarte de inmediato.

Mi corazón se hunde y parte de la rabia se desvanece mientras enderezo la silla y me desplomo en ella con fuerza. —El primo de Tatiana ha muerto… Un infarto esta mañana. —Cierro los ojos, preparándome para el estallido cuando me escuche decir—: Y Saveliy ha desaparecido—se ha esfumado y ha dejado su teléfono antes del cambio de guardia.

—¿Qué? —Escucho tecleos al fondo, probablemente buscando el GPS que usa para rastrear a todos nuestros soldados.

—He dicho que o es el maldito topo y ha matado al primo de Tatiana, o también lo han cogido a él. —Me llevo una mano a la cara y luego me pellizco el puente de la nariz mientras Yuri suelta una sarta de palabrotas.

—Tenemos que manejar esto de inmediato. Ya ha ido demasiado lejos y—

—Ya lo estoy manejando. —Me paso la mano por el pelo. —Averiguaré qué le ha pasado a Saveliy y—

—No lo estás manejando. —Yuri me interrumpe. —Estás fuera de esto ahora, y me hago cargo. Tenemos que asegurar el casino y sacar a esa mujer de la ciudad. Ha puesto un objetivo sobre todos nosotros.

—Tengo la seguridad bajo control —protesto. De ninguna manera voy a dejar que mi hermano mayor entre como si fuera a rescatar a alguien. Este es mi espectáculo. Es mi casino y es mi decisión.

—¿Crees que ella es por quien vienen ahora, Dimitri? —grita, y sé exactamente a qué se refiere. Me encojo internamente al escuchar el tono de nuestro padre en las palabras de mi hermano. —Vienen por ti después. ¿No lo entiendes? La estás protegiendo de ellos, y saben que los dos tenéis un vínculo. Cuando maten a la madre—y lo harán—vendrán por ti. ¿Crees que quiero asistir al maldito funeral de mi propio hermano?

Me levanto y me acerco a la ventana que da al suelo del casino para observar a la gente moviéndose y dejar que sus palabras calen en mí. Son como una aguja que revienta el globo orgulloso de mi ego. ¿Estoy realmente dispuesto a morir por esta mujer? ¿Es esa la línea que estoy trazando en la arena? ¿O soy lo suficientemente estúpido como para ponerme un objetivo en la espalda y dejar que me maten? Porque seguro que irán a por ella después.

—¿Qué quieres que haga? —pregunto derrotado, aunque sé lo que va a decir. Ya lo ha dicho varias veces.

—Sácala de aquí. —Yuri no lo duda ni un segundo. —Sácala de la ciudad hasta que hayamos limpiado este desastre y sácala de tu maldita cabeza. La forma en que estás actuando ahora mismo, te

vas a llevar a la tumba, y si eso pasa, tendré que incendiar todo el campo ruso para terminar con esto.

—Puedo protegerla aquí— —comienzo, pero él me corta.

—No, no puedes —Yuri responde bruscamente, luego lo escucho suspirar. —Lo has demostrado, maldita sea. —Hay un silencio, luego dice—: Hermano pequeño, nuestro padre te daría el mismo consejo. Es evidente que amas a esta mujer, pero la matarán y te matarán a ti porque estás cerca de ella. Tiene que irse ahora. Solo hasta que sea seguro.

Apoyo la frente contra el frío cristal y cierro los ojos. —¿Adónde podría ir?

—Moscú… —Yuri ya lo ha pensado. —Llamaré a Rurik. Nos debe un favor, y tiene propiedades por toda la ciudad donde puede esconderse. La enviaremos con un escolta y la mantendremos allí unas semanas mientras lidiamos con los Kozlov.

Todo en mí se rebela contra la idea de enviar a Tatiana lejos. Acabo de tenerla en mi cama. Acabo de conseguir que dejara de luchar contra mí y empezara a vislumbrar lo que podríamos ser si realmente fuera mía, y ahora enviarla lejos significa arriesgarme a perderla.

Pero si mantenerla cerca significa que podría morir, entonces no tengo elección.

—Llama a Rurik. —Las palabras sienten como vidrio al deslizarse por mi lengua, cortando mis esperanzas y sueños. —Organízalo para hoy. La tendré lista para irse en menos de una hora.

—Estás tomando la decisión correcta. —Yuri suena aliviado. —Sé que no quieres escucharlo, pero—

—Solo haz los arreglos. —Le cuelgo porque, por mucho que sepa que esta es la decisión correcta, estoy furioso. Lo odio y todo lo que significa, y no quiero pensar en ello en absoluto. Solo quiero

convertir mi ira en combustible para esta lucha que me ayude a destruir a Malcom Kozlov y a todos los que trabajan con él o para él.

Me quedo mirando por la ventana otro minuto más, observando cómo la gente pierde su dinero mientras mi mundo se desmorona. Luego me obligo a dirigirme al ascensor. Tengo que decirle a Tatiana que debe irse y convencerla de que es lo mejor. Y tengo que hacerlo sin mencionarle lo de Arseniy porque, si se entera de que está muerto, se negará a ir a ningún lugar.

Cuando abro la puerta arriba, encuentro a Tatiana en el sofá comiendo tostadas y viendo las noticias de la mañana. Lleva puesta una de mis camisas y su pelo todavía está húmedo por la ducha.

Levanta la mirada cuando entro y sonríe. —Ha sido rápido. Pensé que tardarías más.

—Los planes han cambiado. —Me acerco y cojo el mando para apagar la televisión, pero no antes de ver el titular de última hora deslizarse por la parte inferior. —*Investigación de un asesinato local. La policía confirma que están interrogando a un testigo. Se sospecha conexión con el casino*.

—Espera, estaba viendo eso. —Tatiana intenta coger el mando, pero lo alejo de ella.

—No necesitas ver las noticias. —Tiro el mando sobre la mesa de café. —Necesitas hacer las maletas.

Su sonrisa desaparece. —¿Qué? ¿Por qué?

—Te vas —le digo simplemente. Si entro en demasiados detalles, la ira que llevo dentro saldrá hacia ella, y no quiero eso. —Hoy. Dentro de una hora.

—¿Irme adónde? —Se levanta y cruza los brazos, mirándome con los ojos entrecerrados. —No quiero irme.

—Necesito que te vayas, Tatiana. A Moscú. —Entro en el dormitorio y saco una maleta del armario, escuchando sus pasos detrás de mí.

—Te quedarás con un asociado mío hasta que esta situación se resuelva. —Me destroza no poder contarle lo de su primo, pero cuando sea el momento adecuado y sepa que está a salvo, lo haré.

—No —protesta con un gemido. —Quiero estar aquí contigo, donde estoy segura.

—Ya no estás segura aquí. —Tiro la maleta sobre la cama y siento que la ira vuelve a crecer, pero ahora no está dirigida hacia mi hermano o la mala situación. Tiene un objetivo claramente definido. Malcolm Kozlov va a morir y voy a ser yo quien lo haga. —Los Kozlov están escalando. Están yendo tras las personas conectadas contigo y, tarde o temprano, encontrarán la manera de llegar directamente a ti.

Tatiana me agarra el brazo. —Dijiste que me protegerías. Lo prometiste… —La forma en que sus ojos me suplican me destroza. Odio esto. No quiero que sea así.

—Así es como te protejo. —Le cojo la cara con ambas manos, pero me resisto a besarla. —Sacándote de esta ciudad antes de que te maten.

—¿Qué no me estás contando? —Sus ojos escudriñan los míos. —Algo ha pasado. Lo veo en tu cara. —Lo que tengo que hacer a continuación cruza un límite que me destruye, pero tiene que hacerse para asegurarme de que me escuche.

—No ha pasado nada. —Mentirle es peor que un millón de asesinatos. Confía en mí, y la estoy engañando activamente. —Solo estoy siendo precavido. Irás a Moscú con Rurik. Es un viejo amigo y te mantendrá a salvo mientras limpiamos la situación con los Kozlov aquí.

—No quiero ir a Moscú —lloriquea.

—Es temporal. —Me inclino y la beso con fuerza. —Unas semanas como mucho. Luego iré personalmente a traerte de vuelta.

—¿Lo prometes? —Las lágrimas llenan sus ojos y su labio inferior tiembla.

—Lo prometo. —La beso de nuevo, esta vez más suave. —Pero tienes que confiar en mí. Ve con Rurik y haz exactamente lo que él diga.

—No lo conozco. —Se seca los ojos. —¿Cómo puedo confiar en alguien a quien nunca he visto?

—Porque yo confío en él. —Le suelto la cara y empiezo a sacar ropa del armario. —Lleva más tiempo en esta vida que yo y sabe cómo mantener a la gente oculta. Estarás más segura con él en Moscú que aquí conmigo.

Sigo metiendo sus cosas en la maleta mientras ella se cambia lentamente de mi ropa a la suya, y todo el tiempo me siento como la basura que realmente soy. Enviarla lejos es la decisión de mi hermano, no la mía, pero si no creyera que es el movimiento correcto, no lo haría. Pero mentirle sobre lo que sé de la muerte de Arseniy me pasará factura.

Y cuando eso ocurra, rezo para que me perdone.

22

TATIANA

Hace un calor sofocante cuando salimos por las puertas del casino y caminamos hacia el hombre de traje oscuro que está junto a un sedán negro. El coche de Rurik está aparcado en la acera y al menos una docena de guardias de Dimitri están posicionados alrededor como si estuvieran protegiendo al presidente. El despliegue de fuerza debería hacerme sentir más segura, pero en cambio me retuerce el estómago con ansiedad. Dimitri camina a mi lado con la mano en mi espalda baja. No me ha soltado desde que salimos del ático, y puedo sentir lo tenso que está bajo su sonrisa falsa. No quiere enviarme lejos, pero lo está haciendo de todos modos porque cree que es la decisión correcta.

—Rurik —dice Dimitri, asintiendo hacia el hombre al que no había conocido antes. Es intimidante—, los bíceps tan grandes como mis muslos y una expresión sombría en su rostro.

—Sí, jefe —responde, inclinando la cabeza hacia Dimitri mientras ambos se vuelven hacia mí.

—Esta es Tatiana. Cuídala bien —la mano de Dimitri en mi espalda me da un ligero empujón mientras miro hacia arriba a la imponente

figura frente a mí y tiemblo. Da miedo y no me gusta esto, pero ¿qué puedo hacer si no les obedezco?

—Mete tu bolso en el maletero —Rurik lo abre y yo levanto mi bolso para colocarlo dentro mientras un sentimiento de fatalidad me invade el estómago.

Dimitri me gira para que le mire y me sostiene la cara con ambas manos. —Dos semanas, quizás tres. Entonces iré a buscarte —¿Cómo puede sonar tan tranquilizador y seguro cuando no tiene ni idea de lo profundo que es todo esto? Aquellos policías difundieron la noticia en cada canal del estado y los hombres que lo hicieron saben que es mi culpa.

—No quiero ir —sollozo en su abrazo—. Por favor, no me obligues a hacer esto.

—Necesito que lo hagas —sus pulgares acarician mis pómulos y me agarra con más fuerza—. Necesito saber que estás a salvo mientras yo me ocupo de las cosas aquí —hay tanta sinceridad en sus ojos que tengo que creer que lo dice de verdad.

—¿Pero qué pasa si te ocurre algo a ti? —Todo este tiempo, he estado tan preocupada por lo que me pasaría a mí que no me he parado a pensar en lo que podría ocurrirle a él. He estado enfadada con él y frustrada por cómo me controla. Pero ahora sé que me importa—. ¿Qué pasa si no puedes venir a buscarme?

—Lo haré —se inclina y me besa suavemente, sus labios saboreando los míos en un verdadero adiós—. Te prometo que vendré por ti porque me importas.

Odio todo esto, pero le creo. A Dimitri realmente le importo. Puedo notarlo en todo lo que está haciendo.

—De acuerdo —me seco las lágrimas—. Iré, pero más te vale cumplir tu promesa.

—Lo haré —me besa de nuevo y dice—: Ahora entra en el coche antes de que cambie de idea.

Me vuelvo hacia Rurik, que está de pie junto a la puerta del pasajero abierta. —Cuídala. Si le pasa algo, te mataré yo mismo.

—Entendido —asiente Rurik— Estará a salvo conmigo.

Me subo al asiento delantero y Dimitri cierra la puerta. A través de la ventana, lo veo retroceder y decir algo a los guardias. Todos asienten y comienzan a dispersarse hacia cualquier tarea que les haya asignado. Entonces Rurik se sienta al volante y arranca el motor.

Salimos de la acera y me giro para mirar por la ventana trasera. Dimitri sigue allí, observándonos partir. No se mueve hasta que doblamos la esquina y desaparece de nuestra vista.

—Le importas mucho —Rurik me lanza una mirada y siento un escalofrío de ansiedad—. Conozco a Dimitri desde hace quince años y nunca lo había visto así por una mujer.

—¿Cómo así? —Me reclino en el asiento.

—Desesperado —Rurik gira hacia la autopista que sale de la ciudad —. Cuando llamó suplicándome que te llevara, dijo que me debería lo que fuera si te mantenía a salvo.

—¿Suplicó? —Eso no suena como el Dimitri que conozco. Levanto una ceja con escepticismo y entrecierro los ojos hacia él. Hombres como Dimitri no suplican.

—Por teléfono, al menos —Rurik sonríe levemente—. En persona, es demasiado orgulloso. Pero sí, suplicó. Así que haré mi trabajo y te llevaré a Moscú sana y salva.

Observo la ciudad pasar por la ventana y trato de no pensar en lo que Dimitri va a hacer para detener todo este caos. Ese hombre probablemente entraría en un edificio en llamas para poner una bala en la cabeza de mi enemigo si supiera que eso me mantendría a

salvo, y todo el tiempo, el riesgo para su propia vida sería tan grande que quizás nunca regrese.

Pasa una hora en silencio porque estoy tan metida en mis pensamientos que no sé qué decirle a alguien que acabo de conocer. Pero al menos es un silencio pacífico. Rurik parece bastante conforme con ello. Estamos bien fuera de San Petersburgo en un tramo de autopista con nada más que árboles a ambos lados cuando me empieza a doler la cabeza y busco analgésicos en mi bolso.

Rurik pone una expresión extraña cuando el coche comienza a hacer un ruido raro y luego vibra un poco.

—¿Qué es eso? —Me inclino hacia adelante, escuchando y girándome hacia él. Él frunce el ceño y pone mala cara.

—No lo sé. La gasolina está baja, pero deberíamos estar bien —vuelve a fruncir el ceño mientras revisa el salpicadero—. Se ha encendido la luz del motor.

El coche sigue temblando, pero ahora también pierde velocidad. Rurik lo dirige al arcén y nos detenemos junto a una pequeña gasolinera que parece que no se ha usado en bastante tiempo. El edificio está abandonado, con las ventanas tapiadas y maleza creciendo a través del pavimento agrietado.

—Esto no me gusta —murmuro mientras miro alrededor, hacia la carretera vacía—. Quizá deberíamos pedir ayuda en vez de parar aquí.

—Necesito revisar el motor —dice él con tono práctico, mientras pone el coche en punto muerto—. Puede que sea algo sencillo que pueda arreglar. Además, no podemos conducir a cuarenta kilómetros por hora todo el camino hasta Moscú.

Sale del coche y abre el capó, y lo observo a través del parabrisas mientras se inclina sobre el motor y comienza a revisarlo. Mi migraña empeora y la mala sensación en mi estómago no desaparece, y la pequeña vista que tengo no me muestra nada. No voy a quedarme

aquí sentada sintiéndome impotente. Además, mis medicamentos para el dolor están en el maletero, en mi mochila, no en el bolso como pensaba.

Así que me desabrocho el cinturón y salgo del coche. —¿Qué le pasa? —Me abrazo el vientre y entrecierro los ojos hacia el motor. No sé nada de mecánica, pero no puedo quedarme quieta.

—Quédate en el coche —gruñe Rurik, pero no levanta la vista—. Estoy intentando averiguarlo.

—Sólo quiero ver —me acerco.

—He dicho que te quedes en el coche —escupe él—. No es una sugerencia.

El tono hace que retroceda sintiéndome completamente reprendida, y camino hacia el maletero para coger mi mochila. La medicina para el dolor está en el bolsillo delantero y la necesito antes de que este dolor de cabeza empeore.

Abro el maletero y alcanzo mi bolsa, pero noto un polvo blanco en la tapa del depósito de gasolina. Me inclino más cerca y lo toco con el dedo antes de llevármelo a la nariz, sólo para inhalar el dulce aroma del azúcar.

Alguien ha echado azúcar en el depósito de gasolina.

Mi cuerpo hace la conexión completa antes que mi mente, mientras la sensación de estar siendo observada se instala en mí. Me tensiono y me giro hacia la parte delantera del coche mientras mis pies se vuelven pesados y mi pecho parece que va a explotar.

—Rurik —murmuro, pero está tan concentrado que no me oye—. Alguien ha echado azúcar en—

Un movimiento cerca del bosque llama mi atención y me quedo paralizada cuando tres hombres emergen de la línea de árboles al otro lado de la carretera. Van vestidos de oscuro y llevan armas. Uno

de ellos levanta su arma y apunta hacia Rurik, que sigue inclinado sobre el motor.

—¡Agáchate! —grito, pero es demasiado tarde.

El disparo es ensordecedor.

Rurik se sacude y retrocede tambaleándose mientras se agarra el hombro. Intenta alcanzar su propia arma, pero otro disparo resuena y cae al suelo en un montón mientras yo grito aterrorizada.

Corro a su lado y veo sangre acumulándose bajo él y una expresión de pánico en su rostro. Su frente está cubierta de gotas de sudor y sus ojos están abiertos de miedo.

—Dios mío —mis manos se ciernen sobre la herida, sin saber qué hacer—. Aguanta. Sólo aguanta.

—Corre —me agarra la muñeca con una fuerza sorprendente—. Vete de aquí.

—No voy a dejarte —las lágrimas nublan mi visión.

—Tienes que hacerlo —tose, y la sangre sale de su boca—. Vienen por ti.

El crujido de pasos sobre la gravilla detrás de mí me hace girar la cabeza, y veo a los tres hombres acercándose. El que va delante tiene el arma apuntándome y los otros dos lo flanquean a ambos lados.

—Por favor —levanto las manos en señal de rendición y gimoteo—. Por favor, no lo maten.

—Demasiado tarde para eso —la voz del líder es fría. Apunta a Rurik y dispara dos veces más.

El cuerpo de Rurik se sacude y luego queda inmóvil. Su mano se aparta de mi muñeca y sus ojos miran hacia la nada, mientras un grito desgarrador de dolor y terror sale de mi garganta.

—Siénciala —gruñe el líder, y otro se mueve hacia mí con el arma levantada. Van a matarme. Esto es el final. Estoy muerta.

—Dimitri me salvará —las palabras salen a borbotones—. Vendrá por mí y los matará a todos —escupo hostilmente, y el hombre se detiene y entrecierra los ojos.

El líder levanta la mano y el otro hombre se detiene. —¿Dimitri Gravitch?

—Sí… —murmuro, y tiemblo tanto que apenas puedo hablar. Usar su nombre puede ser un error que lo atraiga directamente al centro del caos, pero sé que es cierto. En cuanto sepa lo que le han hecho a Rurik, vendrá.

Los tres hombres intercambian miradas, y luego el líder baja ligeramente el arma. —¿Lo conoces? —usa la punta del arma para levantarme la barbilla, y yo aprieto los dientes—. ¿Significas algo para él? —entrecierra los ojos y casi sonríe.

No sé qué decir. Si les digo que estamos juntos, podrían matarme de todos modos. Pero si no digo nada, definitivamente me matarán. Así que hago lo único que se me ocurre.

Escupo a los pies del líder y aparto mi rostro de él.

—Él nunca permitirá que me pase nada —sigo aterrorizada, pero dejo que se convierta en ira—. Y cuando sepa lo que hicieron, se arrepentirán. Todos ustedes.

El líder limpia la saliva de su zapato con el pantalón de Rurik y mira a los otros dos hombres. Murmura algo en un idioma que no conozco y tienen una breve discusión, pero sé lo que están pensando. En vez de matarme, me he convertido en su nuevo juguete favorito.

Van a usarme para atraerlo, y cuando venga, nos matarán a los dos.

Me agarran de los brazos y me levantan de un tirón mientras pateo y grito, pero son increíblemente fuertes e insistentes. Me arrastran

hacia una furgoneta aparcada entre los árboles que ni yo ni Rurik habíamos visto en absoluto. Las puertas traseras ya están abiertas y me tiran dentro, y reboto sobre el metal duro y siento cómo raspa mi piel.

Antes de darme cuenta, hay una bolsa sobre mi cabeza mientras sigo gritando, y algo me golpea con fuerza en la parte trasera del cráneo antes de que la oscuridad me consuma.

23

DIMITRI

No puedo dejar de dar vueltas. La oficina de Yuri parece cerrarse sobre mí y cada vez que miro el móvil, sigue sin haber noticias. Rurik debía llamar hace cuatro horas, cuando llegaran a Moscú. Es nuestro protocolo estándar avisarme de que el paquete ha llegado sano y salvo.

Pero no ha habido nada, ni una llamada ni un mensaje, absolutamente nada.

—Siéntate antes de que hagas un agujero en mi suelo —Yuri no levanta la vista de su teléfono, donde está enviando un mensaje a alguien—. Dar vueltas no hará que llame más rápido.

—Algo va mal —me detengo junto a la ventana y miro hacia el exterior—. Ya habría llamado. —Llámelo paranoia, pero conozco a Rurik mejor que ninguno de estos hombres. Fui yo quien lo seleccionó y lo entrenó en esta familia. Trabajamos juntos durante años antes de que yo volviera a San Petersburgo, y que se desvanezca así no es normal.

—Quizás se le ha quedado sin batería —Yuri deja el móvil sobre la mesa—. O tal vez se han encontrado con tráfico. Dale un poco de tiempo. Por lo que sabes, pueden haber parado a cenar o a echar

una siesta. Es un viaje largo desde San Petersburgo a Moscú, diez horas, ya sabes.

No me importa que tenga sentido ni que todas sus racionalizaciones sean lógicas. Rurik sabe lo que espero y nunca dejaría que su móvil se quedara sin batería en una misión tan crítica para mí. Debería haber puesto un maldito rastreador en Tatiana para tranquilizarme, pero Yuri presionó tanto que no tuve oportunidad.

—O quizás los Kozlov los han interceptado —me giro hacia él—. Tú mismo dijiste que están escalando. ¿Y si se han dado cuenta y los han seguido? —Esto me está matando, el no saber. El miedo a lo desconocido es peor que el miedo a la realidad en este momento. Si solo supiera dónde está y que está a salvo, podría descansar y centrarme en el verdadero problema de la alianza que se ha formado contra esta familia. Yuri y Vadim están llevando eso sobre sus hombros ahora mismo, mientras yo me revuelvo en mi propia angustia, perdido como un cordero en el bosque.

—¿Cómo podrían haberse enterado? —Yuri se levanta y se dirige a su bar—. Solo tú, yo y Rurik lo sabíamos. A no ser que pienses que uno de nosotros ha hablado.

—No —me paso las manos por el pelo, pensando en lo absurdo que suena. Mi hermano nunca me traicionaría así, ni tampoco Rurik—. Pero han tenido un topo en mi organización. ¿Y si todavía lo tienen? ¿Y si alguien la vio marcharse y les avisó?

—Entonces lo solucionaremos —Yuri sirve dos whiskys y me trae uno —. Pero quedarse aquí echando humo no ayudará a nadie.

Cojo el vaso pero no bebo, porque lo último que necesito es estar borracho y distraído si Tatiana me necesita. —Llama a tus contactos. Alguien debe de haber visto algo.

—Ya lo he hecho —Yuri me lanza una mirada de hastío y frunce el ceño mientras vuelve a su escritorio y se sienta—. Tengo gente

comprobando la ruta entre aquí y Moscú. Si ha pasado algo, lo sabremos pronto.

Pronto no es suficiente. Necesito saberlo ahora. Necesito confirmar que Tatiana está a salvo y que Rurik la sacó de la ciudad sin problemas. Porque si no lo hizo y algo salió mal, entonces fui yo quien la envió directamente al peligro. Nunca podré vivir con eso.

Sigo dando vueltas durante los siguientes diez minutos interminables, finalmente me tomo el trago para poder dejar el vaso sobre la mesa. Es más fácil crujir los nudillos cuando no tengo nada en las manos. Esto me está matando, y para empeorar las cosas, Yuri me ha expulsado de mi propio casino mientras tiene un equipo buscando micrófonos y realizando controles más estrictos a mis empleados. Se siente humillante, aunque probablemente sea lo mejor. De todas formas, no puedo concentrarme en lo que tengo que hacer.

El teléfono de Yuri suena y contesta de inmediato. —Sí. —Escucha un momento y su expresión se endurece—. ¿Estás seguro? ¿Cuándo? —Otra pausa—. Envíame los detalles. —Su rostro se contrae en un gesto de disgusto y sus ojos se oscurecen cuando termina la llamada y me mira—. Ha habido un incendio de coche reportado una hora al sur de la ciudad. Esta tarde, sobre las dos.

Mi sangre se congela mientras empiezo a calcular cuán lejos habrían estado de San Petersburgo en ese momento. —¿Dónde, exactamente?

—Cerca de una gasolinera abandonada. —Ya está buscando algo en su ordenador—. Los medios locales tienen imágenes de la escena.

Cruzo la habitación para mirar por encima de su hombro a la pantalla, que muestra un informe de noticias con un vídeo de bomberos apagando un vehículo en llamas. El coche está ennegrecido y destruido, pero reconozco la marca y el modelo de inmediato.

Es el coche de Rurik.

—No —me sale de la garganta—. Ese es su coche. Ese es su maldito coche. —Siento cómo los dedos se me cierran en puños y el cuello y los hombros se tensan como cuerdas de piano. Esto no puede estar pasando.

—No sabemos qué ha pasado todavía. —La voz de Yuri es calmada, pero puedo oír la tensión—. El informe dice que no se encontraron cuerpos en la escena, solo el vehículo.

—Entonces, ¿dónde coño están? —Agarro el borde de su escritorio mientras escupo las palabras. Sabía que no debería haberle escuchado. Mi instinto me gritaba que la mantuviera aquí, y dejé que me convenciera de esto como la respuesta lógica.

—No lo sé. —Saca el móvil de nuevo—. Pero voy a averiguarlo.

Ni siquiera puedo pensar ahora. La imagen de ese coche en llamas se ha grabado en mi cerebro y lo único en lo que puedo pensar es en Tatiana y en lo asustada que debe estar ahora mismo. Rurik nunca habría abandonado su coche así sin darme el plan, y no hay manera de que esté involucrado en esto. Si no hubiera confiado en ese hombre con mi propia vida, nunca la habría enviado con él.

—Tengo que ir a buscarla. —Me dirijo a la puerta sin pensarlo, porque quedarme aquí va a volverme loco. Tengo que ir a buscarla. —Tengo que encontrarla.

—Alto —la voz de Yuri suena como un látigo—. No vas a ningún sitio hasta que tengamos un plan.

—Que le den al plan —me giro—. La mujer que me importa está ahí fuera, posiblemente muerta. Voy a encontrarla, no a sentarme aquí haciendo estrategias contigo.

—Salir corriendo sin pensar es justo lo que quieren. Si esto es cosa de Malcom, está esperando a que hagas algo estúpido —Yuri me

fulmina con la mirada y señala la silla frente a él—. Así que siéntate y déjame recopilar información antes de que te maten.

—Me da igual si me matan —gruño con rabia—. Me importa recuperarla.

—Entonces jódete y actúa como si te importara —Yuri rodea su escritorio y se acerca a mí, y puedo ver lo furioso que está por la tensión en su cuello y por cómo la vena de su frente se hincha y late al ritmo de su corazón.

—Usa la cabeza en lugar de las emociones. La encontraremos, pero tenemos que ser inteligentes al respecto.

Ir a lo loco no la ayudará en nada, pero es probable que acabe conmigo muerto. La bestia que llevo dentro quiere perseguir y cazar, pero sin siquiera una dirección hacia donde correr, no haré más que perseguirme la cola. No me siento, pero sí aparto la mano del pomo de la puerta y me giro completamente hacia él, empezando a calmarme.

—Bien —Yuri vuelve a su escritorio—. Ahora déjame hacer unas llamadas.

Saco el móvil y marco el número de Tatiana. Después de un día tan largo, no quería hacerle esto. Sé que es difícil con su marcha. Me suplicó que la dejara quedarse, así que me he mantenido alejado por su bien. No quiero empeorar las cosas. Pero ahora todo vale. Escucho el tono de llamada varias veces antes de que alguien conteste y quiero respirar aliviado.

Pero la voz que responde no es la de Tatiana.

—Dimitri Gravitch —la voz grave y áspera que no reconozco golpea mis oídos como un cuchillo en el corazón—. Estábamos esperando tu llamada.

Todos mis músculos se tensan. —¿Quién es? —digo con un tono oscuro.

—¿No reconoces mi voz? —suena divertido—. Me decepcionas. Llevamos tanto tiempo siendo enemigos.

—Malcom —escupo su nombre como si fuera veneno—. ¿Dónde está ella?

—¿La chica? —se ríe—. Está aquí conmigo. ¿Quieres hablar con ella?

—Si la lastimas—

—¿Qué harás? —me interrumpe Malcom—. ¿Vendrás a por mí? ¿Me matarás? Llevas meses intentándolo y aquí estoy, todavía respirando.

Yuri se levanta y me dice algo con la boca, pero no puedo centrarme en él. Todo lo que oigo es la voz de Malcom y todo lo que pienso es en Tatiana en sus manos mientras mi visión se tiñe de rojo y me desconecto.

—¿Qué quieres? —digo con calma, forzando las palabras.

—¿Qué quiero? —Malcom vuelve a reír—. Quiero verte muerto, Dimitri. Quiero destruir a tu familia. Quiero reducir todo lo que has construido a cenizas. Pero me conformaré con verte sufrir primero.

—Déjala ir —aprieto el teléfono con fuerza—. Ella no tiene nada que ver con esto.

—Oh, pero sí —responde con voz grave—. Fue testigo de algo que no debería haber visto y luego fue a la policía. Diría que eso es una buena indicación de lo que tiene que ver con esto.

Voy a matarlo. Voy a encontrarlo y destriparlo como a un animal salvaje, y él verá cómo sus entrañas caen al suelo. —Si la tocas, haré que tu muerte sea tan lenta que me rogarás que te mate.

Malcom vuelve a reír, encantado de que me enfrente a él. —Debes querer mucho a esta. Déjame preguntarte, Dimitri. ¿Qué te gusta más, su cara bonita o su cuerpo? —oigo gemidos que suenan como

los suyos, y mi corazón siente como si alguien me lo hubiera apuñalado—. Podemos arreglar ambas cosas.

Mi visión se tiñe de rojo y me dirijo hacia la puerta antes de que Yuri me agarre del brazo. Sacude la cabeza frenéticamente y sigue diciendo palabras que no puedo entender a través de mi ira.

—Aléjate de ella —grito, apenas manteniendo el control—. Te lo advierto, Malcom.

—¿Me adviertes? No estás en posición de advertir a nadie. Tenemos la ventaja…

—¿Qué quieres? —ya sé la respuesta, pero necesito oírselo decir. Quieren que me entregue a cambio de ella, pero no hay forma de que la dejen ir. Es testigo de un asesinato que puede acabar con ellos. Lo que significa que nos matarán a los dos.

—A ti —la palabra es simple—. Preséntate. Ven con nosotros. Cambia tu vida por la suya.

—¿Cuándo y dónde? —pregunto, ya intentando decidir cómo enfocar esto. Necesitaré hombres conmigo, muchos, y más armas.

Kozlov suelta una dirección y una hora para mucho más tarde esta noche, y aprieto el teléfono con tanta fuerza que la pantalla se rompe, luego lo lanzo contra la pared. Se hace añicos, pero ya estoy camino a la puerta.

—¡No, no lo harás! —Yuri se interpone en mi camino, empujándome hacia atrás con ambos brazos hasta que le golpeo fuerte en la cara, y ni siquiera se inmuta. Una mano me agarra de la corbata, la otra me golpea tan fuerte que mi cabeza se gira hacia un lado y doy unos pasos atrás.

—¡¿Qué demonios ha sido eso?!

—No te vas a ir así —su pecho sube y baja, los ojos abiertos y desorbitados. Su mandíbula ya se está amoratando por el impacto de mi mano en su cara y sigue bloqueándome el paso.

En Moscú, no rendía cuentas a nadie. Era mi propio jefe y hacía lo que quería.

Pero aquí, Yuri es mi jefe, y si me ordena que me rinda, es lo que debo hacer. Pero estamos hablando de Tatiana. El amor de mi vida. Y todavía no he podido decirle que la quiero.

—Quítate de en medio, Yuri, o te juro que… —me acerco a él y él pone una mano en mi pecho.

—Déjame ayudarte, ¿vale? Lo haremos juntos. Pero tenemos que tener un plan. No podemos caer en esa trampa.

Nada dentro de mí quiere escucharle de nuevo. Se equivocó al enviarla lejos. Esto es culpa suya. Rurik probablemente esté muerto, Tatiana capturada, porque le escuché decirme que era mejor enviarla lejos.

—Si tengo que llamar a Lev y a Fyodor para que te sujeten, lo haré. No me obligues a hacer eso solo para salvar tu vida —puedo ver que va en serio, y eso me saca de quicio. Paso una mano por mi cabello y aprieto los dientes, luego suelto un rugido de ira y emoción tan fuerte que lo sobresalta.

Si me ofrece ayuda, tengo que aceptarla.

Solo rezo para que lleguemos a tiempo.

24

TATIANA

Llevo horas sentada contra esta pared de piedra en este sótano húmedo, en completa oscuridad, con nada más que el sonido de mi propia respiración y un hilillo de agua en algún lugar que me hace compañía. Me duele la espalda por el frío que se me ha metido en los huesos, y tengo las manos raspadas y doloridas de golpear la puerta hasta que me di cuenta de que nadie iba a venir.

Ni siquiera puedo llorar. Es como si mi cuerpo estuviera tan asustado que solo puedo temblar. Cada vez que cierro los ojos, veo a Rurik desangrándose, suplicándome que corra, pero si hubiera corrido, me habrían disparado por la espalda. Sé que la única razón por la que estoy viva ahora es porque quieren a Dimitri tanto como a mí, y los oí diciéndole que se intercambiara por mí.

Me incorporo y empiezo a palpar las paredes de nuevo. Tiene que haber algo aquí abajo que pueda usar para protegerme si vuelven, una tubería o alguna herramienta. La piedra es áspera bajo mis palmas y tengo cuidado de no cortarme con los bordes irregulares donde el mortero se ha desgastado con los años. Pero por más que palpo en este infierno oscuro en el que me han encerrado, no encuentro nada con lo que defenderme.

Hay una tubería, pero está fijada a la pared y no se mueve. Y noto lo que parece ser un estante de madera, pero está vacío—unos pocos arandelas viejas, algo de polvo y un poco de excremento de rata. Entonces mis dedos tropiezan con algo suelto a la altura del pecho. Un ladrillo que se ha soltado parcialmente de la pared. Lo agarro con ambas manos y tiro. El mortero se desmorona y se levanta haciéndome toser, pero sigo tirando. El ladrillo se mueve y de repente sale en mis manos.

Retrocedo tambaleándome y casi lo suelto antes de recuperar el equilibrio. También es pesado, unos dos kilos y medio con bordes ásperos y una esquina más afilada que las demás. No es gran cosa como arma, pero es mejor que mis manos desnudas, y si esos cabrones creen que van a entrar aquí con intención de matarme y dispararme, están muy equivocados.

Me vuelvo a sentar contra la pared con el ladrillo en el regazo y apoyo la cabeza, cerrando los ojos. Ni siquiera sé cuánto tiempo llevo aquí abajo. Tienen mi móvil y no hay ventanas para ver si ya es de día, pero parece que han pasado horas.

Pero alguien vendrá eventualmente. Querrán comprobar cómo estoy antes de que llegue Dimitri. Y cuando abran esa puerta, estaré lista.

Los minutos pasan lentamente y empiezo a contar en voz baja para tener algo que hacer. Es imposible no asustarse si dejo que mi mente se revolucione. ¿Qué me harán? ¿Y qué hay de Dimitri? Así que contar «ovejas» es todo lo que puedo hacer para mantenerme cuerda y no derrumbarme.

Cuando oigo pasos en las escaleras fuera de la puerta cerrada, todo mi cuerpo se tensa. El cerrojo suena y la puerta se abre. La luz inunda el sótano y tengo que entrecerrar los ojos contra el resplandor después de tanto tiempo en la oscuridad.

Uno de los hombres de la emboscada está en la puerta—el mismo que le disparó a Rurik en la cabeza. Da un paso dentro y mira alrededor del sótano vacío.

—¿Por qué tan callada aquí abajo? —Su voz resuena contra la piedra —. Creí que seguirías gritando. —Me sonríe, mostrando tabaco de mascar entre sus dientes manchados de amarillo. Sigo entrecerrando los ojos, pero no le respondo.

Cambio el agarre del ladrillo y espero a que se acerque, porque tengo muy mala puntería. Si se lo lanzo, solo rebotaría de todos modos. Necesito que esté lo suficientemente cerca como para estamparle esto en la cabeza y poder correr, y tengo que pillarlo por sorpresa. Con suerte, no verá lo que tengo en las manos hasta que sea demasiado tarde.

—Malcom te quiere arriba. —Se adentra más en la habitación con pasos pesados y dice—: Tu novio debería estar aquí pronto, y necesitamos que estés lista para el espectáculo.

La confirmación de que Dimitri viene me hace sentir un vacío en el estómago, pero no lo dejo ver en mi cara. Tendré tiempo para emocionarme más tarde. Ahora mismo, tengo que mantenerme en este momento y estar atenta a mi oportunidad mientras él se acerca.

El hombre está al alcance y se cierne sobre mí con una estúpida sonrisa. Pero cuando estira el brazo para agarrarme, lanzo el ladrillo con todas mis fuerzas.

El impacto me sacude el brazo al golpearle en el costado de la cabeza, aunque no es el lugar ideal para darle. Se tambalea hacia atrás y la sangre le corre por la sien, pero no cae. Lleva la mano a la herida y cuando ve la sangre en sus dedos, su expresión se vuelve asesina.

—¡Eres una estúpida de mierda! —Se abalanza sobre mí y apenas tengo tiempo de volver a golpear antes de que sus manos se cierren alrededor de mi muñeca y mi agarre sobre el ladrillo se afloje.

—¡Joder, para! —grito, ahora pateándolo y usando mi mano libre para arañar su muñeca.

Él golpea mi brazo contra la pared y el dolor explota a través de mis huesos. El ladrillo se me escapa de la mano y cae al suelo antes de rodar lejos. Aprovecho la oportunidad para arañarle la cara con mi mano libre, dejando marcas sanguinolentas en su mejilla donde mis uñas rasgaron su piel.

—¡Dios, puta! —Él se retira maldiciendo y suelta mi muñeca. Jadeo por aire e intento apartarme, pero él ya viene de nuevo hacia mí. Su mano se cierra alrededor de mi garganta y me estrella contra la pared. —Voy a hacer que te arrepientas de eso. —Su agarre se aprieta y no puedo respirar.

Mi instinto es arañar su muñeca, apartarla de mi garganta para poder respirar de nuevo, pero eso nunca funciona y él es demasiado fuerte. Así que pateo y le doy duro en la rodilla, haciéndole tropezar y aflojar su agarre lo suficiente como para que pueda tomar un poco de aire. Su otra mano va hacia su cinturón, y veo el metal brillar bajo la luz de la puerta. El cabrón está sacando su pistola, pero no quiere matarme—quiere que vea cómo matan a Dimitri.

No va a disparar.

Ese pensamiento me da valor, así que pateo de nuevo, esta vez más fuerte, y él cae hacia atrás. La pistola cae al suelo en algún lugar detrás de él, y ambos nos abalanzamos hacia ella al mismo tiempo. Mis dedos rozan la empuñadura, pero su mano se cierra alrededor de mi tobillo y me tira hacia atrás.

Me deslizo por el suelo de piedra y pierdo de vista el arma, pero no puedo evitar darme cuenta de cómo el hormigón raspa la piel de mi estómago mientras él se arrastra sobre mí y sus manos encuentran mi garganta de nuevo. Puntos negros bailan ante mi vista y mis pulmones gritan por aire.

Podría matarme. Este hombre es tan fuerte que si no hago algo, voy a morir.

Mis manos buscan desesperadamente por el suelo en busca de algo que pueda usar. Mis dedos rozan algo sólido y rugoso—el ladrillo. Lo agarro y me digo internamente que todo va a estar bien. Voy a estar bien.

Puedo hacerlo.

Usando cada pizca de fuerza que me queda, lentamente deslizo mi rodilla izquierda hacia arriba sobre el hormigón y aprieto los dientes mientras me preparo. Luego, con un impulso fuerte, tenso mi núcleo y me giro. No es suficiente para tirarlo de encima, pero basta para sorprenderlo y darme un poco de espacio, y al mismo tiempo, golpeo—duro.

La esquina del ladrillo le da en la sien y siento el impacto reverberar a través de mi brazo. Sus ojos se vuelven hacia atrás y su agarre en mi garganta se afloja. Él cae de lado y me escabullo de debajo de él antes de que pueda recuperarse y levantarse, pero no está inconsciente. Si lo dejo ahí tirado, se levantará y vendrá tras mí.

Así que, con una mueca de dolor y los ojos cerrados con toda la fuerza que puedo reunir, me coloco sobre él y golpeo su frente con el ladrillo usando ambas manos. Su cabeza cae hacia un lado después del sonido desgarrador, y dejo caer el ladrillo, sollozando mientras me cubro la boca y lo miro fijamente.

Puede que acabe de matar a un hombre.

Pero era él o yo. Y no estoy segura de cómo viviré con esa elección, pero no puedo quedarme aquí en un tira y afloja de culpa. Esa pelea puede haber llamado la atención, y no tengo fuerzas para luchar contra otra persona.

Subo corriendo las escaleras y salgo por una puerta hacia un rellano oscuro, dándome cuenta de que estoy en una iglesia en pésimas condiciones. Los bancos están volcados y rotos, con grafitis cubriendo las paredes. Las ventanas están tapiadas y la basura está

esparcida por el suelo. Voces resuenan desde algún lugar más profundo del edificio, y me quedo inmóvil.

Hay más de ellos aquí y si no tengo cuidado, me atraparán. Pero veo una puerta lateral cerca del altar y corro hacia ella. Mis manos tiemblan mientras manipulo el cerrojo oxidado y lo empujo para abrirlo, saliendo por el umbral mientras el aire húmedo golpea mi rostro. Corro tan rápido como puedo, dejando atrás el sonido de los gritos. Saben que me he ido, y no puedo dejar que descubran hacia dónde fui.

Doblo una esquina y empujo mis piernas con más fuerza. Mi respiración comienza a ser jadeante y, después de varios bloques a toda velocidad, siento que disminuyo mi ritmo. No puedo seguir así, ni siquiera con el aire fresco de la noche. No estoy en forma y no estoy acostumbrada a tener que correr para salvar mi vida.

Y cuando finalmente reduzco el paso, el dolor punzante en mi vientre me recuerda lo cerca que estuve de que ese hombre me asfixiara hasta la muerte. Encuentro un lugar que no está directamente bajo la luz de una farola, pero con suficiente claridad para mirarme, y veo las manchas rojas que emergen en mi camisa. Cuando la levanto, veo la carne magullada allí, raspada casi al rojo vivo por el suelo de cemento.

Contengo un sollozo y me apoyo contra un contenedor de basura. Huele a comida podrida y aguas residuales, pero está apartado, y creo que estoy lo suficientemente lejos de esa iglesia como para que, si descanso un momento, todo estará bien.

Así que me arrastro detrás de él, en el lugar oscuro donde las sombras son profundas, y lentamente bajo mi cuerpo adolorido al suelo. Es duro, y tengo frío con tanto sudor pegado a mi piel, pero por ahora me siento segura.

Doblo las rodillas y dejo que las lágrimas caigan en silencio, reposando mi cabeza sobre mis rodillas y cerrando los ojos.

Si Dimitri viene a buscarme, ni siquiera sabrá dónde encontrarme.

Y si me busca, estaré escondida.

Solo quiero volver a casa.

25

DIMITRI

La iglesia está oscura cuando llegamos con tres vehículos llenos de hombres armados. Yuri no mentía cuando dijo que tenía que ser inteligente con esto. Así que traje a Fyodor y a Lev junto con una docena de nuestros mejores soldados. Si los Kozlov quieren una guerra, la tendrán.

—Despliegaos —ordeno, revisando mi arma una vez más—. Fyodor, lleva a tu equipo por la parte de atrás. Lev, cubre el lado este. Nadie sale de este edificio vivo a menos que sea uno de los nuestros.

—¿Y qué hay de la chica? —Fyodor se ajusta el chaleco y el Velcro cruje en el silencio—. Si está dentro, tenemos que tener cuidado con el fuego cruzado.

—Ella es la prioridad —le respondo, volviendo a colocar el cargador y frunciendo el ceño—. Pero si alguien te dispara, acaba con él. Ya nos ocuparemos de los cuerpos después.

Los hombres se colocan en posición y les doy dos minutos para prepararse antes de acercarme a la entrada principal. Las puertas son de madera maciza y probablemente demasiado gruesas para disparar a través de ellas a menos que usemos balas perforantes, pero nuestro objetivo no es quedarnos aquí en un tiroteo. Quiero

entrar y llegar a Tatiana antes de que alguien pueda hacerle daño. Tal como están las cosas, puede que ya sea demasiado tarde.

Hago una señal a dos de mis hombres, y avanzan con un ariete para derribar la puerta. Son necesarios tres golpes antes de que la cerradura ceda, y las puertas se abren de golpe, justo cuando estalla el fuego desde el interior.

—¡Agachaos! —Me refugio detrás de un pilar de piedra mientras las balas atraviesan la puerta.

El sonido es ensordecedor dentro de las paredes de piedra. Los destellos de los cañones iluminan la oscuridad desde al menos cuatro posiciones diferentes. Tal como predijo Yuri, estaban esperando y están preparados y armados hasta los dientes.

—¡Adelante! —grito, saliendo de mi cobertura para disparar hacia el edificio. El fuego de respuesta frena su avance mientras los hombres corren en todas direcciones, dirigiéndose hacia la entrada. Pero el pilar de piedra que uso como cobertura comienza a desmoronarse bajo el bombardeo. Me asomo y apunto a un tirador situado detrás de la puerta, y con dos disparos rápidos, cae pesadamente al suelo.

El cristal se hace añicos en el lado opuesto del edificio cuando el equipo de Fyodor irrumpe por las ventanas. Los Kozlov se ven obligados a dividir su atención y eso nos da la oportunidad que necesitamos.

—¡Adelante! —Me muevo antes de terminar de gritar, corriendo hacia el interior del edificio con hombres flanqueándome.

Avanzamos por la planta principal usando los bancos volcados como cobertura. Uno de mis hombres cae, sujetándose el hombro, y otro lo arrastra inmediatamente detrás de la línea. Un soldado a mi izquierda recibe un impacto en el chaleco y cae, pero se levanta de nuevo maldiciendo, y empiezo a darme cuenta de que Malcom ha concentrado la mayor parte de su fuerza en este lugar para intentar matarme.

No estoy seguro de si debería sentirme halagado o insultado.

El balcón sobre nosotros estalla con fuego, y veo a tres tiradores disparando balas sobre nuestra posición. Hago una señal a Lev, que entra por la puerta lateral con su equipo, mientras me agacho para cubrirme y grito—: ¡Balcón! —Apunto hacia arriba, y Lev asiente.

Sus hombres concentran el fuego en el nivel superior, y uno de los tiradores tropieza hacia adelante y cae por la barandilla al suelo con un golpe sordo. Los otros dos retroceden hacia las sombras, pero todavía podemos ver los destellos de sus cañones.

Recargo y me muevo a una mejor posición mientras mis soldados cubren con fuego supresor el balcón mientras avanzo hacia las escaleras que suben. Fyodor aparece a mi lado con tres de sus hombres y subimos las escaleras rápidamente. El primer tirador con el que nos encontramos intenta girar su arma, pero Fyodor le dispara dos veces en el pecho antes de que pueda apretar el gatillo.

El segundo tirador sale por una puerta disparando a lo loco. Las balas atraviesan la pared junto a mi cabeza y siento que los fragmentos de piedra me cortan la mejilla. Me arrodillo sobre una rodilla y respondo al fuego. Cae, pero no sin antes soltar otra ráfaga que alcanza a uno de los hombres de Fyodor en la pierna.

—¡Sigan avanzando! —Ya estoy pasando junto a los cadáveres en mi búsqueda por encontrarla, desesperado por saber que está bien.

Limpiamos la planta superior habitación por habitación, pero la encontramos casi vacía. Los Kozlov no tenían tantos hombres como esperaba. Tal vez ocho en total, y la mayoría ya están muertos o heridos abajo.

—¡Aquí arriba está limpio! —Grito hacia la planta principal—. ¡Terminen de revisar la planta baja!

La voz de Lev responde desde abajo—. ¡Dos más abatidos en la entrada lateral! ¡El edificio está asegurado!

El alivio que siento al saber que este lugar está limpio se ve empequeñecido por la molesta sensación de que Tatiana ha sido herida. No hay señales de que ella esté aquí, y si es así, ¿dónde está?

Bajo las escaleras corriendo y evalúo los daños. Cinco cadáveres de los Kozlov están esparcidos por la planta principal y las bajas de Gravitch son menores de lo esperado. Un hombre con una herida en el hombro, otro con una lesión en la pierna y un tercero con algunos moratones por recibir una bala en su chaleco, pero todos sobrevivirán.

—Encuéntrenla —gruño, escaneando el santuario, pero no hay rastro de Tatiana—. Cada habitación, cada armario, cada rincón. Tiene que estar aquí en algún lugar.

Mis hombres se dispersan por la iglesia en equipos. Me dirijo hacia una escalera que baja con Fyodor justo detrás de mí. La puerta del sótano está abierta y puedo ver la luz que sube desde abajo.

—Con cuidado —Fyodor tiene su arma levantada—. Podría haber uno más esperando ahí abajo.

Bajamos las escaleras lentamente con las espaldas contra la pared. El sótano es más pequeño de lo que esperaba, con paredes de piedra y un suelo de hormigón húmedo. Un hombre está desplomado contra la pared del fondo con la sangre pegando su cabello. Está consciente, pero apenas.

No podemos dejar pasar esta oportunidad para obtener información sobre ella, y aunque no he saciado mi sed de venganza matando a Malcom yo mismo, no me importará hacerlo con este hombre—. ¿Dónde está? —le espeto.

—¿Dónde está quién? —Sus palabras son arrastradas y sus ojos no consiguen enfocarse del todo.

—La chica —lo golpeo contra la pared—. La que trajeron aquí. ¿Dónde está?

—Se ha ido —intenta reír, pero se convierte en una tos que lo hace encogerse, y veo cómo sus pupilas están fijas y dilatadas—. Me abrió el cráneo con un ladrillo y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

—¿Cuándo? —Aprieto mi agarre en su cuello—. ¿Hace cuánto?

—¿Y a mí qué coño me importa? —Está desvaneciéndose rápidamente—. Me dejó fuera de combate, cabrón. ¡Déjame en paz!

—¿Hacia dónde? —Fyodor se acerca—. ¿En qué dirección se fue?

—Ya te he dicho que no lo sé —Los ojos del hombre empiezan a enturbiarse.

Lo suelto y se desliza de nuevo por la pared, dejando un rastro de sangre en la piedra. No nos va a dar nada útil y si vive para contarlo, no habré hecho lo correcto por Tatiana. Así que saco mi pistola y le disparo entre los ojos antes de que pueda decir algo más.

Fyodor exhala profundamente y aparta la vista, dejándome saborear el momento de venganza por un segundo antes de que vuelva a hablar.

—Está a pie en algún lugar de este barrio —Ya estoy yendo hacia las escaleras, subiéndolas de dos en dos—. Saquen a todos afuera. Vamos a revisarlo manzana por manzana. No me importa si tenemos que recorrer toda la maldita ciudad y revisar cada callejón y estación de metro. No me rendiré hasta que la tenga.

Cuando nos reagrupamos fuera, los sanos entre mis hombres están esperando nuevas órdenes—. Escapó por su cuenta —Les hablo a todos a la vez—. Está en algún lugar de esta zona y vamos a encontrarla. Dispérsense en parejas y revisen cada callejón, cada edificio, cada posible escondite.

El trueno retumba sobre nuestras cabezas y la lluvia comienza a caer sobre nosotros, empapando nuestro ánimo y nuestra ropa. En

cuestión de minutos, cae a cántaros y la visibilidad se reduce casi a nada mientras las calles se convierten en ríos bajo nuestros pies.

—Esto va a complicar el rastreo —Lev se seca el agua de la cara—. Podríamos pasarla de largo con este tiempo.

—Entonces buscaremos dos veces. No me iré sin ella —comienzo a moverme, guardando mi arma en la cintura y agachando la cabeza contra la lluvia—. Empezad a llamar a las puertas. Preguntad a todos si han visto a una mujer corriendo por aquí en las últimas horas.

Los hombres se separan en parejas y se dispersan por el vecindario. Fyodor se queda conmigo, y tomamos la calle directamente detrás de la iglesia. La mayoría de los edificios están abandonados, pero hay algunos con luces encendidas. Golpeo puerta tras puerta, vigilando el tiempo. Con la lluvia y el frío de la noche, Tatiana podría estar helándose aquí afuera. Después de casi una hora de búsqueda lenta, noto que mi sobrino empieza a frustrarse.

—Esto está tardando demasiado —Fyodor consulta su reloj—. Todavía podría estar a varios kilómetros de aquí.

—Sigue buscando —gruño, negándome a rendirme. Nos trasladamos a la siguiente calle, donde veo a Lev interrogando a alguien fuera de una tienda de la esquina.

La lluvia es implacable. Está borrando cualquier rastro que pudiera haber dejado y convirtiendo todo el vecindario en una mancha gris. Apenas puedo ver a mis propios hombres moviéndose por las calles.

Pero cuando suena mi teléfono, lo contesto de inmediato. —¿Qué? —espeto, sin interés en ser interrumpido. Pero mi actitud cambia por completo en cuanto habla.

—Jefe, hemos encontrado algo —dice Oleg—. Detrás de un restaurante a unas seis o siete cuadras al este de la iglesia. Necesita ver esto.

—En camino —le hago una señal a Fyodor, y empezamos a correr bajo la lluvia. Nuestros pies salpican en los charcos. Estamos empapados hasta los huesos ahora, y nada en mi vida me dará mayor alegría que tenerla de nuevo en mis brazos.

—Está aquí —él señala un contenedor de basura—. Detrás de ahí. Pero jefe, creo que algo anda muy mal.

Lo aparto y rodeo el contenedor. Tatiana está desplomada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de ladrillo. Sus ojos están cerrados y su camisa empapada de sangre y lluvia. Me arrodillo a su lado y busco su pulso.

Está ahí, pero débil.

—Dios mío, Tatiana —le acaricio suavemente la cara con una mano y le doy palmaditas en la mejilla con la otra—. Abre los ojos. Mírame —digo, golpeando con más fuerza.

No responde. Su piel está fría y húmeda, y le levanto la camisa y veo profundos cortes en su estómago que todavía sangran lentamente.

—Traed el coche aquí ahora —ordeno, ya levantándola en mis brazos —. ¡Moveos! —No sé qué está mal, pero la tengo ahora.

Dios mío, pensé que la había perdido, y cuando un hombre llega a estar tan desesperado como yo he estado estas últimas horas, hará lo que sea para acabar con su agonía. La llevo en brazos firmes, con las piernas débiles por el esfuerzo, moviéndome en dirección a los coches hasta que los veo acercarse, las gotas de lluvia bailando en el resplandor de los faros.

El coche se detiene, y me subo al asiento trasero con ella aún acurrucada contra mi pecho. Ni en el infierno voy a soltarla de nuevo. Ordeno —Conduzcan al ático. No se detengan por nada.

—¿Deberíamos llevarla a un hospital? —Lazar me mira por el espejo retrovisor con preocupación mientras el coche comienza a moverse.

—Nada de hospitales —saco mi teléfono con una mano mientras la sostengo con la otra—. Que alguien llame al médico para que nos espere allí.

Mis ojos se centran en su precioso rostro dormido. Está demasiado oscuro para ver mucho, pero puedo ver cómo tiene los labios agrietados y los ojos hinchados de tanto llorar. —Les he hecho pagar, amor. Aguanta —le susurro.

Malcom no tiene ni idea del infierno que se le viene encima.

Y Yuri haría bien en traer mejores refuerzos, porque si cree que va a impedirme masacrar a toda la maldita alianza entre los Kozlov y los Veches, está equivocado.

26

TATIANA

Mi cráneo late al ritmo del corazón y tengo un sabor a tierra en la boca. Obligo a mis ojos a abrirse y me encuentro mirando un techo que reconozco. Estoy en la cama de Dimitri con sábanas limpias y almohadas suaves, rodeada del aroma de su colonia, y no tengo ni idea de cómo he llegado hasta aquí.

Las lágrimas llegan de inmediato, corriendo por mis sienes hasta el pelo, y no me molesto en secarlas. Me giro de lado y siento el escozor de la herida en el estómago, tocándola suavemente para comprobar que está vendada.

Vino por mí, como dijo que haría.

Cuando me quedé dormida en aquel callejón, empapada por la lluvia, realmente pensé que despertaría sola y asustada, o que Malcolm Kozlov me encontraría y terminaría lo que comenzó. Saber que estoy aquí, donde Dimitri me prometió que estaría a salvo, me permite desahogarme y dejar que las lágrimas fluyan por fin.

La puerta del dormitorio se abre y Dimitri entra llevando un vaso de agua. Al verme despierta, cruza la habitación rápidamente y deja el vaso en la mesilla de noche.

—No intentes sentarte demasiado rápido —dice, mientras su mano se posa sobre mi hombro—. Llevas un rato inconsciente. Se sienta al borde de la cama y el colchón cede, haciendo que ruede un poco hacia él.

—¿Cuánto tiempo? —Mi voz sale áspera y rasposa.

—Ocho horas —responde, ayudándome a sentarme lentamente mientras coloca almohadas detrás de mi espalda—. El doctor Rodim se fue hace unas dos horas. Dijo que te desmayaste por deshidratación y estrés. Los cortes en tu estómago no son lo suficientemente profundos como para causar daños graves, pero perdiste algo de sangre.

Miro hacia abajo, hacia mi cuerpo, vestida con una camiseta demasiado grande de Dimitri y unos calzoncillos holgados. Puedo sentir la cinta adhesiva de la venda, pero no recuerdo haber sido traída aquí ni tratada. Y definitivamente no recuerdo que nadie me haya vestido. Todo lo que sucedió después de esconderme detrás del contenedor es un borrón.

—No puedo creer que vinieras a buscarme… —solloceo y miro el agua. Tengo tanta sed—. Pensé que acabaría muerta.

—Casi lo estás —dice, cogiendo el vaso y entregándomelo—. Bebe esto lentamente.

Doy pequeños sorbos, y el agua fría alivia mi garganta irritada. Cuando el vaso está medio vacío, lo devuelvo a la mesilla y lo miro directamente. Hay sangre seca en su camisa y un corte en su mejilla que ha sido limpiado pero no vendado.

—¿Estás herido? —Alargo la mano para tocar su rostro, pero él la agarra, besando mi palma y aspirando mi aroma.

—Estoy bien, *Rodnaya*, estoy bien —sus labios son tiernos en mis yemas de los dedos, luego en mis nudillos. Nunca lo había visto tan cariñoso y atento.

—¿Qué pasó? —Subo más la manta—. ¿Cómo me encontraste?

—Malcolm me tendió una trampa. Me dijo que fuera a la iglesia, y fui —dice, dejando mi mano suavemente sobre su regazo mientras me estudia—. Luego asaltamos el edificio y abrimos fuego en cuanto traspasamos las puertas.

—¿Alguien resultó herido? —La idea de que alguien muriera por mi culpa me revuelve el estómago.

—Algunas heridas, pero nada mortal en nuestro bando —su mano acaricia mi mejilla mientras dice—: Maté a todas las personas en ese edificio, *Milaya*. Por ti.

Mi pecho se oprime al pensar en lo violento que debió ser para matar a tantos, en la rabia que probablemente sintió. Y saber que lo hizo por mí me impacta. No es que me deba algo, ni que nunca lo haya hecho. Pero vino a rescatarme.

Continúa sin mirarme, y puedo percibir que esta parte le resulta más difícil de contar. —Buscamos por el vecindario bajo la lluvia durante más de una hora hasta que uno de mis hombres te encontró detrás de ese contenedor.

—No sabía adónde más ir —me seco los ojos con el dorso de la mano—. No podía llegar a ti, no tenía mi móvil y estaba tan cansada.

—No deberías haber tenido que ir a ningún lugar —baja la cabeza y suena arrepentido—. Deberías haber estado a salvo en Moscú con Rurik.

La mención de su nombre me hace estremecer. Tuve pesadillas mientras dormía, sobre ver su sangre salpicar aquel cemento. Bajo la cabeza y, tras unos segundos, digo: —Siento lo que le pasó. Sé que era tu amigo.

—Está bien —las palabras salen cortantes—. Él conocía los riesgos.

—No está bien —le digo, apretando su mano—. Murió protegiéndome. Eso no está bien, y no tienes que fingir que lo está.

—¿Qué quieres que diga? —Dimitri me mira a los ojos y parece casi desesperado, aunque nunca lo admitiría—. ¿Qué estoy devastado? ¿Que estoy enfadado? ¿Que quiero traerlo de vuelta y matarlo yo mismo por permitir que te capturaran? Observo cómo se mueve su nuez de Adán y luego aprieta la mandíbula. Con razón, está molesto con Rurik por permitir que esto sucediera, pero sé que también se culpa a sí mismo.

—Quiero que seas honesto —mantengo su mirada—. Tienes derecho a sentir algo al respecto.

—Bueno… Los sentimientos nunca me sirvieron de mucho antes — cuando aparta la mirada, siento el aguijón de su comentario y le doy una palmadita en la mano.

—No estoy segura de que te estés dando suficiente mérito —dijo. Él no se da cuenta de que fueron los sentimientos los que lo impulsaron a venir tras mí, y ni siquiera se permite expresarlos.

Sé que está levantando muros. Lo he visto hacerlo antes cuando las cosas se ponen demasiado intensas o personales. Pero no sé cómo llegar a él cuando está así. No sé cómo hacerle entender que está bien ser humano.

—Lo siento —es todo lo que puedo ofrecer—. Lo siento que esté muerto y lo siento que hayas tenido que venir a rescatarme, y lo siento por todo esto.

—Deja de disculparte —dice Dimitri mientras se levanta lentamente —. Nada de esto es tu culpa.

—Pero Rurik todavía estaría vivo si—

—Rurik sabía en qué se metía cuando aceptó llevarte —la voz de Dimitri se suaviza ligeramente—. Y mis hombres son soldados. Saben el costo cuando se alistan en esta guerra.

La culpa me invade, haciéndome revolverse el estómago y sentir un peso en el pecho. No puedo deshacer lo ocurrido o traer de vuelta a las vidas perdidas en esta lucha. Y sentir lástima por mí misma tampoco cambiará nada.

—¿Quieres darte un baño? —pregunta Dimitri mientras retira las capas de la manta—. Podría ayudarte a sentirte mejor.

—Un baño suena bien —le digo, sacando las piernas de debajo de las sábanas—. Pero no creo que pueda caminar muy bien ahora mismo.

—Te ayudaré —se acerca a mi lado de la cama y me ofrece la mano.

La tomo y dejo que me levante. El dolor atraviesa mi estómago al ponerme de pie, y tengo que respirar profundamente durante un segundo. El brazo de Dimitri rodea mi cintura de inmediato, y soporta la mayor parte de mi peso mientras caminamos hacia el baño.

Me he duchado aquí un par de veces, pero nunca me he bañado, aunque la bañera es enorme y tiene chorros incorporados. Dimitri abre el grifo y ajusta la temperatura antes de añadir algo que hace que se formen burbujas en la superficie.

—Te traeré un poco de vino —empieza a salir, pero le agarro el brazo.

—Quédate —le digo suavemente—, por favor. No quiero estar sola ahora mismo.

Suspira y frunce el ceño. —Necesitas descansar.

—Puedo descansar en la bañera —no suelto su brazo—. Solo te necesito aquí conmigo.

Su expresión dice que va a darme órdenes de nuevo, pero creo que ambos sabemos que ya he tenido suficiente. Así que cuando dice: —Déjame traer el vino primero —asiento y me siento al borde de la

bañera, dejando que mis dedos jueguen con las burbujas mientras suben.

Desaparece en el dormitorio y regresa con una copa de vino tinto que deja en el borde del lavabo. Luego me ayuda a quitarme la camisa con cuidado para no molestar las vendas. No llevo nada debajo, y normalmente me sentiría cohibida, pero ahora estoy demasiado agotada para preocuparme.

Luego me quita los pantalones cortos y las bragas, ayudándome a salir de ellos con cuidado antes de centrarse en las vendas. He estado desnuda con este hombre antes, pero nunca ha sido tan respetuoso y reverente. Es obvio que lo sucedido lo afectó tanto como a mí.

Me sostiene mientras entro en la bañera y me sumerjo en el agua caliente. La temperatura pica al principio, pero luego mis músculos comienzan a relajarse mientras mi cuerpo y las heridas se ajustan al agua. Me reclino contra el borde y cierro los ojos mientras el calor penetra hasta los huesos.

—Esto es perfecto —alcanzo la copa de vino y doy un pequeño sorbo —. Gracias.

—De nada —sigue de pie junto a la bañera observándome.

Abro los ojos y lo miro. Está tenso y guardado, comportándose como un soldado, no como el hombre del que me he enamorado. Me rompe el corazón verlo así.

—Métete conmigo —dejo la copa de vino—. La bañera es lo suficientemente grande.

—Tatiana—

—Por favor —extiendo la mano hacia él—. Después de todo lo que ha pasado hoy, solo necesito que estés cerca. Eso es todo. Solo estate aquí conmigo.

Mira mi mano extendida durante un largo momento. Luego se quita la camisa y la tira a un lado. Sus manos se mueven hacia el cinturón, y lo observo desvestirse mientras doy otro sorbo de vino y lo dejo. Y cuando está completamente desnudo, entra en la bañera y se acomoda detrás de mí. Sus piernas rodean las mías y su pecho presiona mi espalda.

—Solo abrázame —me reclino contra él—. Eso es todo lo que necesito ahora mismo.

Sus brazos rodean mi cintura con cuidado, evitando las abrasiones, y sus labios rozan mi hombro. Siento que parte de la tensión abandona su cuerpo, aunque no creo que sepa cómo relajarse en absoluto. Nos sentamos así durante varios minutos en silencio mientras intento dejar ir mi miedo.

—Pensé que te había perdido —su voz resuena en mi oído—. Cuando vi ese coche ardiendo y Rurik había desaparecido, pensé que estabas muerta.

—Estoy aquí —levanto la cabeza sobre mi hombro para mirarlo—. No me perdiste, ¿vale? Viniste por mí, tal como dijiste —cumplió su palabra, contra todo pronóstico.

—Siempre vendré por ti —sus labios encuentran mi cuello—. No importa dónde estés o qué haya pasado. Te encontraré.

El beso hace que el calor se arremoline en mi pecho. Me muevo en sus brazos y sus manos se aprietan en mi cintura. Su boca sube hasta mi mandíbula y luego captura mis labios, aunque tensa mi cuello. Me besa suavemente, y yo le devuelvo el beso hasta que sé que quiero más.

Me giro en el agua hasta estar frente a él, con mis piernas a horcajadas sobre sus caderas, y puedo sentirlo ya endurecerse. Sus manos suben por mis costados, y me estremezco ligeramente cuando se acerca a los rasguños. Retira las manos y se pone rígido, pero no estoy desacelerando ahora.

—Estoy bien —lo beso de nuevo—. Te prometo que estoy bien.

—Estás herida —sus manos se posan en mis caderas—. No deberíamos—

—Te necesito, ¿vale? —me froto contra él y observo cómo sus ojos se oscurecen—. Necesito sentirme viva.

Dimitri me besa con cautela, probando mi deseo contra el suyo, y yo devuelvo el beso con más pasión. Su lengua pide entrada y yo la concedo con gusto. Mis manos se mueven entre nosotros y rodean su longitud, y él gime en mi boca mientras sus caderas se levantan ligeramente.

—Dios, te deseo, ¿lo sabes? —Sonrío durante el beso y susurro—: Mi héroe.

—Tatiana —gruñe—. Me estás matando.

—Bien. —Me coloco sobre él—. Porque hoy casi muero y lo único en lo que podía pensar era en que nunca te había dicho lo mucho que significas para mí.

Me dejo caer sobre él y ambos gemimos de placer. Sus manos me empujan con más fuerza mientras su frente presiona contra la mía.

—No te muevas todavía —susurra—. Dame un segundo.

Me quedo quieta y lo beso en su lugar, pequeños besos suaves que se vuelven más profundos y desesperados. Cuando lo siento relajarse ligeramente, empiezo a moverme, girando mis caderas en pequeños círculos que nos hacen gemir de nuevo. No recuerdo una vez en la que me haya sentido tan libre con alguien.

—Te sientes increíble. —Sus manos guían mis movimientos—. Tan perfecta.

Acelero el ritmo y el agua salpica por el borde de la bañera. Pero lo único que me importa es cómo me llena y cómo sus ojos están fijos en los míos como si fuera lo único que importa en el mundo.

—Más rápido. —Me levanta y me hace caer con más fuerza—. Necesito más.

Me agarro de sus hombros y lo cabalgo con más fuerza. El agua lo hace todo resbaladizo y añade resistencia a cada movimiento. Mis muslos arden, pero no disminuyo el ritmo. Sigo moviéndome mientras él responde empuje tras empuje.

—Dios mío —gimo cuando su mano se desliza para agarrar mi trasero y apretar con fuerza. Su otra mano amasa un pecho mientras chupa el punto de mi pulso. Su cuerpo se siente increíble, y si no estuviera herida, estaríamos haciendo esto mucho más intensamente.

—¿Estás segura de que no es demasiado? —pregunta, chupando suavemente la piel de mi cuello.

—¿Puedes simplemente follarme ya? Deja de preguntar si estoy bien. —Vuelvo a sonreír y siento sus dedos pellizcar y retorcer un pezón hasta que estoy gimiendo.

—Mierda —sisco—, creo que voy a correrme. —Con la cabeza echada hacia atrás, siento su cuerpo endurecerse dentro de mí.

—Entonces déjate ir —me anima mientras una de sus manos se desliza entre nosotros y encuentra el lugar donde estamos unidos. Su pulgar presiona mi clítoris y lo frota en pequeños círculos que solo hacen que me apriete más fuerte alrededor de él.

—Mierda, sí —gruño, sintiendo el primer hormigueo del clímax en mi ingle.

—Así es, corréte para mí —me susurra contra mi piel enrojecida, y me dejo llevar.

El orgasmo me atraviesa y todo mi cuerpo tiembla mientras siento que pulso alrededor de él. Las sensaciones son poderosas, fuertes, contracciones violentas que me hacen apretar y exprimirlo, y muerdo su hombro para evitarme gritar.

Cuando mi cuerpo empieza a calmarse, sus empujes se vuelven erráticos y descoordinados. Más agua salpica de la bañera mientras sus caderas martillean hacia arriba dentro de mí, y rodeo sus hombros con mis brazos mientras acelera. Cuando lo siento ponerse rígido, escucho el pequeño gruñido que escapa de su garganta, siento su polla pulsando dentro de mí, aunque el calor de su liberación se pierde en el calor del agua de la bañera.

Nos quedamos así durante mucho tiempo. Al final, el agua comienza a enfriarse y él me ayuda a levantarme. Mis piernas tiemblan y secarme es un poco complicado, dada la herida en mi estómago.

Pero Dimitri me envuelve en una toalla y se envuelve a sí mismo en otra antes de ayudarme a volver al dormitorio. Me siento en el borde de la cama mientras él encuentra ropa limpia para ambos. Mientras usa gasas frescas y ungüento para vendar la herida en mi vientre, se ve tan serio, tan concentrado que no puedo leer lo que está pensando, así que simplemente pregunto.

—¿En qué estás pensando? ¿Eh? —Toco su mandíbula con barba y ladeo la cabeza. Sus ojos se encuentran con los míos mientras coloca el último trozo de cinta atlética en el vendaje.

—Me perteneces… ¿De acuerdo? —Dimitri frunce el ceño y mira hacia otro lado, recogiendo los trozos de gasa y cinta, las tijeras y el tubo de ungüento, pero puedo ver que sus barreras están firmemente de vuelta en su lugar. Es imposible y es frustrante. Este hombre probablemente ha pasado por el infierno y ahora ni siquiera puede admitir que le importo. Pero necesito escucharlo.

—Te importo… —digo suavemente.

—Tatiana.

—Está bien. —Alargo la mano hacia la suya—. No tienes que decirlo en voz alta. —Hago una pausa y respiro hondo. Puede que sea lo último en lo que esté pensando, pero algún día, sé que podrá admitirlo.

No responde, pero tampoco aparta su mano. —A mí también me importas —le digo, apretando sus dedos—. Y definitivamente estoy un poco loca.

—Malcom sigue ahí fuera, Tatiana…

—¿Y crees que al no admitir que me amas, me mantendrás a salvo? —Me río y niego con la cabeza mientras le doy unas palmaditas en el dorso de la mano—. Hombre tonto.

Él aparta su mano con un ceño fruncido y gira para guardar el material del vendaje en el cajón de la mesita de noche. No pretendía enfadarlo, pero al parecer, la única emoción que realmente sabe mostrar es la ira.

—Entonces derribémoslo juntos —digo en voz baja, y levanto la barbilla con indignación mientras él me fulmina con la mirada.

—No hay manera de que yo—

—No tienes derecho a decirme qué hacer —le corto, y se detiene en seco. Después de un momento, continúo—. Como condición para estar aquí contigo, tienes que dejarme expresar mis pensamientos y tomar mis propias decisiones… —Hago una pausa y suspiro—. Y te prometo que confiaré en ti y te escucharé si realmente estás preocupado.

—Entonces quédate jodidamente en esta habitación y cura —dicen sus fosas nasales mientras sus cejas se juntan en el centro, pero no está diciendo esas palabras con ira.

—No —digo suavemente—. Voy a ayudarte a derribarlos a todos, y tengo un plan.

Esta vez, cuando hablo, él escucha.

Si va tras Malcom Kozlov, tengo todo el derecho de ayudarlo, y si estoy en lo cierto y el topo sigue trabajando en este casino, sé exactamente cómo hacerlo.

27

DIMITRI

La mesa de la cocina está abarrotada de hombres, armas y tazas de café que se han enfriado. Yuri está sentado a la cabecera con mapas extendidos frente a él que muestran todos los territorios de los Kozlov que conocemos. Vadim y Fyodor están a cada lado, estudiando los planos mientras Lev toma notas en su móvil. Yo estoy de pie cerca de la encimera con los brazos cruzados, observando a Tatiana moverse por la habitación recargando las bebidas.

Lleva una hora de pie a pesar de mis protestas. Debería estar descansando, pero insistió en ayudar, así que está haciendo de anfitriona mientras planeamos una guerra. Y esta vez, no tiembla ante los hechos que escucha, como cuando oyó lo que les conté a los chicos sobre Volodin la noche después de que lo asesinaran.

Yuri señala una sección del mapa. —Los Kozlov, lo que queda de la banda Veche y al menos dos operaciones menores que no hemos identificado completamente en los Balcanes se han aliado contra nosotros —dice. Mi hermano ha tomado el mando de todo ahora que Tatiana está de vuelta en mi casa y a salvo. No puedo decir que no me alegre de cederle el liderazgo.

—¿Cuántos hombres calculamos en total? —Vadim se inclina para examinar las marcas con los ojos entrecerrados y un dedo que desliza sobre el papel encerado. Ni siquiera yo tenía idea de lo grande que era el territorio de la alianza. Nos enfrentamos a un oponente formidable por cualquier criterio.

—La mejor estimación es alrededor de sesenta a setenta —responde Yuri, reclinándose—. Quizás más si consiguen ayuda externa.

—Nosotros tenemos cuarenta, sin contar a los hombres de Luka —Fyodor hace cálculos rápidos con los dedos—. Pero eso aún nos deja en desventaja si se coordinan adecuadamente.

—No se coordinarán adecuadamente —Lev levanta la vista de su móvil—. Están desesperados y desorganizados después de que eliminamos a la mitad de sus líderes en la iglesia. Cometerán errores. Mi sobrino es arrogante, y la arrogancia te mete en problemas. Tatiana me mira, y yo le respondo con una sonrisa de agradecimiento, pero luego noto la tristeza en sus ojos. Parece demasiado pensativa. Odio ver cómo esto la agobia.

—No podemos contar con eso —dice Yuri con firmeza—. Tenemos que asumir que son más inteligentes de lo que han demostrado y planear en consecuencia.

Tatiana coloca una taza fresca de café frente a Yuri, y él asiente en señal de agradecimiento sin levantar la vista. Luego se dirige a Vadim, y observo que hace una leve mueca cuando se extiende sobre la mesa. El movimiento tira de su herida vendada. Ya está cubierta de costras, lo que probablemente la hace doler más. Casi puedo sentir el dolor por ella.

—Después de masacrar a sus hombres en esa iglesia, hemos creado una guerra real —me aparto de la encimera y me acerco a la mesa para mirar el mapa— tantos refugios marcados en rojo. Esto es solo lo que tienen aquí en San Petersburgo. Hay más en Serbia y Rumanía —digo—. No van a retroceder ahora. Para ellos, esto es supervivencia.

—Entonces tenemos que actuar rápido —Fyodor traza una ruta en el mapa con el dedo—. Golpearlos antes de que puedan organizar una defensa adecuada.

—Incluso con Luka en nuestro bando, podríamos no ganar si les damos tiempo para atrincherarse —Yuri rodea varias ubicaciones con un bolígrafo—. Estos son sus fortalezas conocidas. Necesitaríamos atacarlos todos simultáneamente para evitar que se refuercen entre sí.

—Eso dispersaría nuestras fuerzas —Vadim niega con la cabeza—. Seríamos vulnerables si incluso una ubicación sale mal. Además, tendríamos que coordinar un ataque, y alejar a sus mejores hombres hacia una sola ubicación sería nuestra única opción.

Tatiana termina su recorrido y vuelve a colocar la cafetera en la encimera. Ha estado callada todo este tiempo, pero puedo ver que su mente está trabajando. Conozco esa mirada. Está pensando en algo.

—¿Y si montamos una trampa? —pregunta con displicencia mientras se da la vuelta para caminar hacia nosotros con los brazos cruzados sobre el pecho. Todos los hombres de la mesa la miran fijamente y la habitación queda en silencio absoluto. No es habitual que permitamos que una mujer entre en estas reuniones. Nuestras mujeres son nuestra mayor debilidad, porque si nuestros enemigos pueden utilizarlas contra nosotros, caemos. Que ella esté aquí es una anomalía, algo que nadie pretendía.

Sin embargo, en lugar de callarla, las cejas de Yuri se levantan. —¿Qué tipo de trampa? —pregunta.

—Tatiana —cruzo la habitación y tomo su codo. No quiero que se involucre. He visto cómo las pesadillas la atormentan mientras duerme. —¿Puedo hablar contigo un momento?

—Solo estaba haciendo una pregunta —no se mueve cuando intento llevarla lejos de la mesa. Esa expresión testaruda le va a traer

problemas algún día.

—En la otra habitación —aprieto ligeramente mi agarre—. Ahora.

Me deja llevarla al salón, pero puedo sentir su tensión. En cuanto estamos fuera del alcance del oído, libera su brazo de un tirón.

—¿Qué ha sido eso? —su voz es baja pero llena de ira.

—¿Qué ha sido qué? —gesticulo con mis brazos, levantándolos—. Estás aquí para servir bebidas, no para participar en mis reuniones de estrategia.

—¿Por qué no? —da un paso hacia mí, como si me estuviera desafiando. Sus ojos escudriñan mi rostro mientras relaja los hombros—. Yo también tengo ideas.

—Este no es tu mundo —explico, suavizando el tono de mis palabras —. Estos hombres llevan décadas haciendo esto. No puedes llegar y empezar a hacer sugerencias así como así.

—¿Así que se supone que debo quedarme ahí callada y servir café? —sus ojos brillan de ira, y entiendo lo que quiere decir, pero esto es por mantenerla a salvo, no por controlarla o asignarle un valor—. ¿Eso es lo único para lo que sirvo?

—No he dicho eso —me paso la mano por el pelo—. Pero estás recuperándote de haber sido secuestrada y casi asesinada. Deberías descansar, no involucrarte en la planificación de una guerra.

—Esos cabrones me secuestraron —dice, ahora con más fuerza—. Mataron a Rurik y querían usarme como cebo para asesinarte. ¿Y crees que voy a quedarme callada mientras planeas cómo lidiar con ellos?

—Sí —gruño—. Eso es exactamente lo que creo que vas a hacer. Esto es demasiado peligroso y no estás entrenada para ello. —Está poniendo a prueba mi paciencia. No me gusta la idea de que se involucre y se ponga en peligro de nuevo. Casi la perdí una vez.

—No necesito entrenamiento para tener buenas ideas —está ahora mismo frente a mí, presionando un dedo contra mi pecho—. Y no soy una niña a la que haya que proteger de conversaciones de adultos.

—No eres una niña, pero tampoco eres una soldado —respondo con la misma intensidad, aunque mantengo las manos quietas—. Así que vuelve al dormitorio y deja que nosotros nos encarguemos de esto.

Alza la mano, y no intento bloquear el golpe cuando me abofetea directamente en la cara. Es un golpe bien colocado y transmite su mensaje.

—No soy tu objeto. No soy una posesión a la que puedas ordenar y proteger como si fuera una propiedad. Soy tu pareja, y si quieres que me quede en tu cama de buena gana, entonces quiero tener acceso igualitario a esta conversación. —Sus fosas nasales se dilatan, su pecho se agita, y aprieto los dientes al darme cuenta de que nunca cederá.

—No me gusta —le digo, pero su mano se extiende sobre mi pecho y ella suspira.

—Dimitri, sé que quieres mantenerme a salvo. Pero no puedes encerrarme cada vez que las cosas se ponen peligrosas. Así no funcionan las relaciones de pareja.

Abro la boca para responder, pero no sale nada. Tiene razón, y lo odio.

—¿Quieres escuchar mi idea o no? —cruza los brazos y espera.

—Sí —escuchamos, y ambos nos giramos para ver a Yuri escuchándonos—. Vamos a escucharla.

Sigo enfadado, pero escucharla no significa hacer lo que dice. Y hasta que no oiga su plan, no sabré si puedo siquiera considerar seguirla. Pero si le hace ilusión que la escuchemos, podemos

hacerlo. Observo su expresión esperanzada con el ceño fruncido, pero asiento con aprobación.

—La razón por la que me quieren es doble —ya ha pensado esto completamente—. Quieren usarme para tenderte una emboscada. Y me quieren muerta porque fui a la policía y soy la única testigo que puede identificarlos. ¿Verdad?

—Ya sé todo eso —me apoyo en la pared—. ¿Cuál es tu punto? —estoy tan molesto en este momento que no puedo evitar que la negatividad se cuele en mi tono mientras se gira hacia mi hermano.

—Mi punto es que podemos usar eso en su contra —lleva su mano a la boca y se muerde las uñas—. ¿Y si organizamos una reunión con los investigadores? ¿Y si hacemos público que voy a dar otra declaración?

—Eso te convertiría en un objetivo aún más grande. —Sacudo la cabeza—. Absolutamente no.

—Déjame terminar. —Deja de morderse las uñas y me mira directamente—. Podemos filtrarlo entre el personal del casino. Puedo hablar con mis compañeros, hacer que parezca un rumor. La palabra llegará a quien sea su topo, y los Kozlov sabrán exactamente dónde estaré y cuándo.

—¿Quieres usarte como cebo? —pregunta Yuri.

—No. No va a pasar —gruño, pero Tatiana me interrumpe y habla por encima de mí.

—¿Tienes hombres en la policía? ¿Gente de confianza que lleve el uniforme? —Sus cejas se arquean expectantes mientras Yuri le responde.

—Sí, algunos.

—Entonces no serán investigadores reales los que aparecerán. —Sus ojos brillan como si estuviera resolviendo un rompecabezas—. Serán tus hombres disfrazados de policías junto con tus infiltrados. Y

mientras los Kozlov se concentran en venir tras mí en esta reunión falsa, llevando a sus hombres más fuertes, tú coordinas ataques estratégicos en todos sus lugares y territorios conocidos al mismo tiempo.

La miro mientras mi mente procesa lo que está sugiriendo. Es realmente brillante. Dividir su atención y sus fuerzas mientras los golpeamos por todas partes a la vez. Pero la pone justo en medio del peligro, y no voy a permitirlo. No puedo perderla.

—Nos permitiría eliminar a tantos enemigos como sea posible en un solo golpe coordinado —continúa ella cuando no respondo—. Estarán desesperados por llegar a mí y no estarán bien defendidos en ningún otro lugar.

—No. —Me aparto de la pared—. No voy a usarte como cebo. Fin de la discusión.

—Dimitri… —Empieza a discutir, pero la interrumpo.

—He dicho que no —mi voz es firme—. Busca otro plan.

—No, hermano, este es el plan. —La cara de Yuri es de granito, sus ojos clavados en los míos, y cuando toma una decisión, no hay forma de cambiarla—. Y como Pakhan, lo apruebo.

—Yuri. —Cruzo la habitación hacia él—. No puedes hablar en serio.

—Lo digo completamente en serio. —Mira más allá de mí, hacia Tatiana—. Es brillante, simple, efectivo y utiliza su propia desesperación en su contra. —Asiente mientras se da la vuelta para dirigirse de nuevo hacia el comedor donde los demás esperan.

—Pero la pone directamente en la línea de fuego. —No puedo creer que esté considerando esta idea cuando casi la perdemos—. ¿Y si algo sale mal?

—Entonces nos aseguramos de que nada salga mal. —Yuri sigue caminando y nos hace un gesto para que lo sigamos—. Planeamos cada detalle. Tenemos planes de respaldo para los planes de

respaldo. Pero esta es nuestra mejor oportunidad de acabar esta guerra rápidamente antes de que tengan tiempo de reagruparse.

—Tiene que haber otra manera. —Me estoy aferrando a lo que sea y lo sé—. Algo que no implique arriesgar su vida.

—No la hay. —Yuri cruza los brazos y se da la vuelta para mirarme—. Y lo sabes. Esta es la opción más limpia que tenemos. —Mis sobrinos ahora nos miran boquiabiertos, Vadim observa con ojos muy abiertos nuestra disputa fraternal.

Me giro para mirar a Tatiana, que me observa con una expresión de preocupación, pero creo que es más por lo enfadado que estoy con ella ahora y no por el peligro al que acaba de ofrecerse.

—Puedo hacer esto —dice en voz baja—. Quiero hacer esto, Dimitri.

Dios, quiero abofetearla para que entre en razón. Puede que quiera hacer esto, pero no es seguro.

—La decisión está tomada. —El tono de Yuri deja claro que la discusión ha terminado—. Coordinaremos con Luka y estableceremos el plazo para dentro de tres días. Eso nos da tiempo para planificar y posicionar a nuestra gente.

—Tres días. —Repito las palabras—. No es mucho tiempo.

—Es suficiente. —Yuri regresa hacia la cocina—. Vamos. Necesitamos trabajar en los detalles.

Desaparece y me quedo allí con Tatiana. Las apuestas acaban de subir y no lo vi venir en absoluto. Ponerla en riesgo nuevamente nunca estuvo en los planes.

Y no puedo hacer nada para detenerlo porque Yuri ha tomado la decisión como Pakhan.

Ella quiere vengarse de quienes la secuestraron. Y ahora lo va a conseguir.

Solo espero que no nos cueste todo a los dos.

28

TATIANA

El borracho de la mesa siete ya va por su cuarto whisky y se pone manosear—ah, los buenos viejos tiempos. Esquivo su intento de agarrarme la cintura y dejo su bebida justo fuera de su alcance para que tenga que inclinarse para cogerla. Es un truco que aprendí en mi primera semana trabajando aquí. Dales lo que quieren, pero haz que se esfuercen lo suficiente como para que se olviden de manosear.

—Gracias, cariño —me guiña un ojo mientras sus amigos se ríen—. ¿Qué tal si te quedas y nos haces compañía?

—Tengo otras mesas —fuerzo una sonrisa mientras cojo su vaso vacío y añado—: Pero volveré en un rato.

Ya me estoy moviendo antes de que pueda responder. Mi corazón late acelerado y mis manos tiemblan ligeramente mientras llevo la bandeja vacía hacia la barra. Han pasado semanas desde que trabajé un turno normal y estoy segura de que todos aquí saben que fui agredida, aunque no conocen todos los detalles. Linda se ha acercado un par de veces, pero su preocupación fingida me carcome. Se supone que debo actuar como si todo fuera normal, pero estoy luchando por lograrlo.

Porque nada es normal.

Timofey está detrás de la barra mezclando bebidas y sonríe cuando me ve. —Mira quién ha vuelto de entre los muertos. Pensábamos que Dimitri te había encerrado en su penthouse para siempre. Su comentario es en broma. Todos sabían que me había asignado de nuevo a su escolta personal, lo cual no fue idea mía. Así que no estoy segura de qué historia le contó a Linda para que me devolviera al turno aquí abajo.

—Solo estoy tomando un tiempo personal —me apoyo en la barra mientras él sirve vodka en los vasos—. ¿Cómo han estado las cosas por aquí? A veces echo de menos esto, claro, no a los clientes manoseadores ni las míseras propinas, pero esto. Hablar con mis compañeros y escuchar sobre sus vidas.

—Lo de siempre —desliza los vasos hacia mí—. Borrachos perdidos perdiendo dinero y coqueteando con el personal. Ya sabes, lo habitual.

Cargo los vasos en mi bandeja y escaneo la sala del casino. Hay cámaras por todas partes y sé que Dimitri está mirando desde su oficina arriba. Pero aun así me siento nerviosa. Sé lo desesperados que están esos hombres por matarme. Bastaría una bala bien colocada para acabar conmigo.

Da miedo lo frágil que es el cuerpo humano.

Zoya aparece a mi lado, luciendo agotada. —La mesa doce quiere más champán y se están poniendo alborotados. ¿Puedes ocuparte de ellos mientras me tomo un descanso?

Casi me río, porque es como si nunca me hubiera ido o hubiera perdido el ritmo. Incluso cuando llegué ya esparciendo el "chisme" de mi próxima cita con los investigadores, los cotillas habituales revoloteaban como abejas alrededor de una flor.

—Claro —le digo mientras equilibrio la bandeja y me dirijo a la mesa doce.

Los hombres allí están celebrando algo y ya están demasiado bulliciosos. Sonrío y sirvo su champán mientras hacen chistes groseros e intentan mirar por mi blusa. He soportado cosas peores, mucho peores. Pero unos cuantos empresarios borrachos no son nada comparado con ser secuestrada y casi asesinada.

Cuando termino de servir, regreso a la sala de descanso de los empleados. Linda está allí revisando el horario y levanta la vista cuando entro. De todas las personas a las que he soltado el cebo, ella es la única que no ha escuchado mis "noticias". Sabemos, basándonos en la foto que pusieron en mi taquilla, que fue hecha por una mujer. Nunca se vio a ningún hombre entrar en el vestuario de mujeres. Así que asegurarnos de que cada mujer en este lugar haya escuchado sobre la entrevista con los investigadores que en realidad no va a ocurrir es la manera de atrapar a nuestra topo. Linda es la última en enterarse, aunque tras algunas cosas extrañas en las últimas semanas, ya había señalado a ella como la candidata más probable.

—Tatiana, es extraño verte de vuelta —su voz es fría—. No esperaba verte de nuevo tan pronto después de tu incidente.

—Necesitaba el dinero —cojo una botella de agua de la nevera—. Y estar sentada sin hacer nada no ayudaba en nada. Dimitri está seguro de que no es ella, dice que la investigó personalmente. Pero no me fío. Y estar de vuelta esta noche solo me ha mostrado lo extraño que ha sido su comportamiento. Simplemente estaba demasiado estresada para notarlo antes.

—Aun así —deja su tablilla—. Después de todo lo que pasó, me sorprende que Dimitri te permita trabajar de nuevo en la sala.

La manera en que dice su nombre me pone la piel de gallina. ¿Y cómo sabe ella qué es "todo lo que pasó"? ¿Se refiere al asesinato aquí, o a mi secuestro? Porque nadie sabe realmente sobre eso. Solo que fui agredida.

—Él no controla lo que hago —digo mientras bebo un poco de agua —. Yo tomo mis propias decisiones.

—Por supuesto —la sonrisa de Linda es tan falsa. Dios, realmente espero que ella sea la espía para que la descubran—. Solo quería decir que, con la investigación y todo eso, parece arriesgado ser tan visible.

—Estoy bien ahora —me apoyo en la pared—. De hecho, me reuniré con los investigadores de nuevo este viernes para dar otra declaración.

—¿Por qué? —frunce el ceño Linda—. Pensé que ya les habías contado todo. —Sus ojos se estrechan al mirarme, y la expresión en su rostro es una extraña mezcla de confusión, miedo y rabia. Es como si estuviera contenta de escuchar esto, pero al mismo tiempo conflictuada.

—Lo hice, pero quieren que mire algunas fotos —invento sobre la marcha, pero suena creíble—. Creen que podrían haber identificado a uno de los hombres que vi.

—Eso es bueno, ¿no? —pregunta otra camarera mientras pasa con un refresco en la mano—. Quizás finalmente atraparán a quien lo hizo.

—Quizás —bajo la voz como si estuviera compartiendo un secreto. Hacerlo parecer conspirativo podría ayudarnos—. La cosa es que vi un tatuaje en uno de los tiradores. El detective cree que podría pertenecer a alguien de la familia Kozlov.

Los hombros de Linda se tensan, y los ojos de la otra chica se abren de par en par. Todos conocen a los Kozlov. En esta ciudad, ese nombre es sinónimo de crimen, igual que mencionar a los Gravitch.

—¿Viste a un Kozlov? —sus ojos están muy abiertos—. Tatiana, eso es peligroso. ¿Qué pasa si descubren que puedes identificarlos? — miro a Linda, que se ocupa agachándose para atarse los zapatos.

—Por eso me reuniré en la comisaría en lugar de aquí —mantengo la voz firme, aunque empiezo a sentirme eufórica cuanto más reacciona Linda—. El detective dijo que el viernes por la tarde sería lo mejor porque la comisaría estará casi vacía. Menos posibilidades de que alguien me vea entrar y salir.

—No sé —la chica cuyo nombre no recuerdo niega con la cabeza—. Esto parece muy arriesgado. ¿Estás segura de que quieres meterte en cosas de crimen organizado?

—Ya estoy metida —me aparto de la pared—. Fui testigo. No puedo fingir que no vi nada.

Linda se endereza y se aclara la garganta. —No deberíamos estar chismorreando. Deberíamos trabajar…

—Sí —murmuro a la otra camarera—, deberíamos volver al trabajo.

La camarera se dispersa, y yo vuelvo hacia el salón del casino, pero Linda me intercepta antes de que dé tres pasos.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —pregunta con cautela, entrecerrando los ojos. Si esto es algún tipo de advertencia, no actúa como tal. Parece más bien que está genuinamente preocupada. No es una amenaza en absoluto. Quizás no sea la espía, al fin y al cabo.

—Sí —la observo con atención—. El detective quiere que mire algunas fotos… ya lo he dicho.

—Es una idea terrible —la manera cantarina en que lo dice me revuelve el estómago. No tengo ni idea de qué está tramando esta mujer o por qué lo hace, pero no tengo un buen presentimiento sobre ella.

—El detective me aseguró que sería seguro —miento con fluidez—. La comisaría estará casi vacía esa noche. Nadie sabrá siquiera que estoy allí.

—Aun así —Linda parece genuinamente agitada ahora—. Deberías reconsiderarlo. Diles que no puedes ir. Diles que no recuerdas nada con claridad.

—¿Por qué estás tan preocupada por esto? —inclino la cabeza—. Es mi decisión si ayudo o no a la policía.

—Porque no quiero perder a otro miembro del personal por la violencia de las bandas —Linda frunce el ceño y aprieta los labios—. Este casino ya tiene suficientes problemas sin que nuestras camareras se vean atrapadas en el fuego cruzado.

—Estaré bien —me aparto de ella—. Pero agradezco tu preocupación.

Me alejo antes de que pueda seguir discutiendo. Mi corazón late con fuerza y mis manos vuelven a temblar. Linda está demasiado interesada en convencerme de no reunirme con los investigadores para que mi instinto sea una simple coincidencia, y después de esa extraña interacción, he tomado una decisión.

Ella es la espía. Ahora estoy casi segura.

Cruzo el salón del casino y me detengo en la barra para recoger otro pedido. Mientras Timofey prepara los cócteles, miro hacia la cámara de seguridad montada sobre las botellas. Sé que Dimitri está observando. Me prometió que no me perdería de vista durante toda la noche, así que sé que ha visto mi conversación con Linda.

Miro directamente a la cámara y asiento ligeramente. Lo suficiente para que nadie más lo note, pero lo bastante claro para que él lo entienda.

El mensaje está enviado. Linda es nuestro objetivo. Ella es la que está filtrando información a los Kozlov.

Ahora solo tenemos que esperar y ver si pica el anzuelo.

Timofey desliza los cócteles por la barra, y los coloco en mi bandeja. Mis manos están más serenas ahora. El plan está en marcha y no

hay vuelta atrás.

El viernes por la tarde, entraré en esa comisaría fingiendo reunirme con los investigadores. Los Kozlov estarán esperando porque Linda les habrá dicho exactamente dónde encontrarme. Y Dimitri estará listo para protegerme mientras el resto de su familia desmantela todos los bastiones de los Kozlov en la ciudad.

Es un buen plan.

Solo tengo que sobrevivir lo suficiente para que funcione.

29

DIMITRI

Las cámaras de seguridad muestran el gesto de asentimiento de Tatiana y, antes de que ella aparte la mirada de la cámara, ya estoy cogiendo mi radio.

—Matvey —digo con firmeza por el auricular—, entra en el vestuario de empleados ahora mismo. Hay que colocarle un micrófono al teléfono de Linda. —No podemos arriesgarnos a que ella contacte con alguien antes de que podamos rastrear lo que dice y a quién. Nunca lo habría sospechado, pero confío en Tatiana. Siempre podemos colocar varios micrófonos. No podemos retroceder y ocultar el secreto para capturar a alguien que no sea pillado la primera vez.

—Voy. —La respuesta de Matvey es inmediata—. ¿Qué taquilla?

—Eh, espera —digo mientras abro los registros de empleados en mi ordenador—. Es la treinta y siete. Coloca el localizador y el dispositivo de escucha. Quiero saber a dónde va y con quién habla.

—Entendido.

Observo las cámaras mientras Matvey avanza por el edificio. Ha estado haciendo este tipo de trabajo durante años y se nota. En tres

minutos está en el vestuario y, en cinco, sale de nuevo haciendo un gesto de pulgar hacia arriba a la cámara más cercana.

—Hecho. —Su voz cruje por la radio—. El dispositivo está activo y emitiendo. Deberías estar recibiendo la señal ahora.

Cambio al software de supervisión y veo que el teléfono de Linda se ilumina en la cuadrícula. Perfecto. Si ella es la topo, lo sabremos en cuanto contacte con los Kozlovs, y escucharemos cada palabra que diga.

—Buen trabajo. —Me recuesto en la silla, sintiéndome tan tenso como cuando Tatiana comenzó este turno—. Vigílala durante el resto de la noche. Quiero saber si hace alguna llamada o envía algún mensaje.

—Comprendido, jefe.

Vuelvo mi atención a las cámaras del casino y encuentro a Tatiana en la mesa nueve sirviendo champán a un grupo de mujeres que celebran algo. Está sonriendo y riendo con ellas y, desde este ángulo, parece completamente normal. Me recuerda cuando era solo una camarera y yo me sentaba deliberadamente en su sección. Ahora es mucho más, y no sé qué haría si ella no estuviera aquí.

Mirarla a través de las cámaras toda la noche es pura tortura. Cada borracho que se acerca demasiado me hace subir la tensión. Cada vez que tiene que esquivar manos sueltas, quiero bajar y romper algunos dedos. Cada mesa que atiende me hace querer llevarla de vuelta arriba, donde estará segura y puedo protegerla de verdad.

Pero no puedo hacerlo. Necesita terminar su turno y parecer normal para mantener su tapadera. Además, tengo a tres hombres bajo mi nómina situados en diferentes mesas vigilándola. Oleg está en la mesa de blackjack con una vista clara de la zona del bar donde ella coge las bebidas. Vadim está jugando a las máquinas tragaperras cerca del salón principal para seguir sus movimientos entre las

mesas. Y Lazar está sentado en la mesa catorce, tomando un whisky y vigilándola.

Las horas pasan insoportablemente despacio. Tatiana sirve bebidas, sonríe y esquiva manos indiscretas como una profesional, mientras Linda hace sus rondas revisando al personal y parece completamente normal. Nada parece fuera de lugar para cualquiera que esté mirando, excepto para mí.

El cambio de turno llega finalmente a medianoche, y veo a Tatiana fichar y dirigirse hacia los ascensores. Linda no ha cogido su teléfono, probablemente para evitar mi ira. Soy un tiburón cuando se trata de empleados que hacen cosas personales en horario de casino, así que no me sorprende.

Pero el micrófono está ahí para grabar todo lo que haga, cuando lo haga. Ahora mismo, tengo a una mujer hermosa que acaba de terminar su turno y a quien llevo deseando abrazar todo el día. Me levanto y voy directamente a los ascensores para esperarla, observando los números ascendentes en la pantalla mientras el ascensor sube hacia mí.

Tatiana me ve esperando y su rostro se transforma en alegría genuina. La sonrisa profesional que ha llevado toda la noche desaparece por completo y, aunque parece feliz de verme, puedo ver lo agotada que está en realidad.

—Hola. —Se detiene frente a mí y deslizo mi mano por la región lumbar de su espalda, guiándola hacia mi puerta—. Ha sido una noche larga.

—Lo has hecho bien —le digo, observando cómo Gleb aparta la mirada al acercarnos—. Muy bien. Linda ha picado el anzuelo, y si ella es la culpable, la atraparemos en cuanto intente contactar.

—De verdad creo que es ella. —Tatiana se apoya en mí y suspira—. La forma en que reaccionó fue demasiado intensa. Estaba demasiado a la defensiva respecto a todo el asunto.

—Lo sabremos con seguridad pronto. Pero tu parte ha terminado. El equipo de seguridad se ocupará de rastrear sus comunicaciones, y avanzaremos con el resto del plan. Tu parte ha acabado.

—¿Terminada? —Se endereza y me mira—. ¿Qué quieres decir con terminada?

—Quiero decir que ya no tienes que trabajar en el piso —escribo el código del ático y empujo la puerta, pero Tatiana planta los pies y frunce el ceño—. Has plantado la información exactamente como necesitábamos. Ahora puedes quedarte arriba, donde estarás a salvo, mientras nosotros nos ocupamos del resto.

El ceño dubitativo se convierte en una mueca de desaprobación mientras ella ajusta el bolso bajo el brazo y me empuja para entrar en el ático, arrojándolo sobre el sofá al pasar.

—No me voy a quedar arriba mientras tú lo manejas todo —deja su bolso sobre el sofá y se da la vuelta para enfrentarme con los brazos cruzados—. Voy a ir a esa reunión el viernes, tal como lo planeamos.

—No —niego con la cabeza—. No hay ninguna razón para que estés allí. Podemos preparar la emboscada sin ponerte directamente en la línea de fuego.

—No funciona así y lo sabes —sé que está molesta, pero tiene que entender de dónde vengo. La necesito a salvo—. Los Kozlov vienen porque creen que estaré allí. Si no estoy realmente, sabrán que algo anda mal.

—Pondremos a alguien más en tu lugar —ya estoy pensando en la logística de esto. No tengo idea de quién podría ser, pero tiene que parecerse a ti desde la distancia—. Para cuando se den cuenta de que no eres tú, los habremos rodeado y ya no importará.

—Ese es un plan terrible —protesta—. Lo descubrirán en treinta segundos y la gente morirá por eso. Tu gente.

—La gente va a morir de todos modos —refunfuño porque es verdad —. Eso es lo que pasa en la guerra. Pero tú no tienes que ser una de ellas.

Los hombros de Tatiana se hunden y ve cómo su lucha se desvanece. Pasa de ser fogosa y apasionada a pasiva y desanimada en un instante. Su rostro se descompone. Su cabeza cae. Siento como si acabara de matar a su gato o algo parecido. Y entonces su labio inferior se frunce.

—Quiero acabar con los malos, Dimitri —se da la vuelta y se para justo frente a mí, como si su proximidad marcara la diferencia y me hiciera cambiar de opinión—. Sabes lo que me hicieron. Tú también querrías venganza.

—Tu trabajo era plantar la información, Tatiana. Ayudaste —digo con firmeza, pero ya siento que mi determinación flaquea—. Ahora deja que los profesionales se encarguen de la pelea real.

—Escapé sola sin tu ayuda… —ahora su labio inferior está completamente fruncido y su mano juega con los botones de mi camisa.

Me está matando porque sé que tiene razón. Si fuera yo, exigiría la oportunidad de ser parte de esta operación. —La próxima vez, podrías no tener tanta suerte —aprieto la mandíbula, pero siento que pierdo terreno rápidamente. Va a convencerme de dejarla hacer esto y voy a vivir para lamentarlo.

—Entonces asegúrate de que no haya una próxima vez —dice, caminando con los dedos por mi camisa hasta el cuello que aplana —. Solo revisaremos el plan y…

—El plan está bien —refunfuño—. El plan funciona perfectamente sin que tú entres en esa comisaría y te disparen.

—El plan funciona mejor si estoy allí y lo sabes —clava su dedo en mi pecho, ahora frustrada—. Deja de intentar encerrarme como si fuera una princesa en una torre que no puede cuidar de sí misma.

Le agarro la mano para que no pueda pincharme de nuevo y ella me mira con los ojos entrecerrados. —No tienes que ponerte en peligro para cuidar de ti misma.

Tatiana libera su mano de mi agarre y tengo la sensación de que se está enfadando. —No puedes decidir esto por mí.

Mi frustración está hirviendo y siento que pierdo el control de esta discusión. —No voy a permitir que entres en ese aparcamiento. Esta discusión ha terminado.

Cuando da un paso atrás, siento que he fracturado cualquier vínculo frágil que teníamos, pero ella me acaricia la mejilla y suspira. —Gracias por amarme —dice suavemente con voz calmada—. Incluso si todavía no puedes decirlo en voz alta.

Ni siquiera sé cómo responderle. Sí, la amo, pero nunca he pronunciado esas palabras. No sé si alguna vez podría decirlas. Sé por experiencia propia lo que el amor le hace a un hombre, y no soporto la idea de que mis enemigos usen a Tatiana en mi contra, como lo han hecho durante la semana pasada.

Llamé a Yuri un tonto por casarse con Inessa—mis sobrinos también. Ven los beneficios de tener una mujer, pero no miran los riesgos—realmente no los miran. Pero yo veo con los ojos bien abiertos lo peligroso que es el amor. ¿Cómo voy a entrar directamente en la guarida del león sabiendo que sus bocas están llenas de dientes afilados y sentarme con ellos?

—Voy a esa reunión —dice— porque quiero detenerlos. Necesito ver esto hasta el final. Es lo correcto y lo sabes.

—Tatiana… —finalmente encuentro mi voz, pero ella pone su dedo sobre mis labios.

—Yo también te amo —susurra, y presiona sus labios contra los míos suavemente. Cuando se separa, dice—: Sé que tienes miedo de perderme, pero somos más fuertes juntos que separados. Eso es lo que significa ser socios.

—Podrías morir —raspo las palabras—. Si algo sale mal el viernes, podrías morir de verdad, y no puedo…

No puedo terminar la frase porque el solo pensamiento me hace querer golpear la pared.

—Entonces asegúrate de que nada salga mal —dice, como si fuera algo sencillo—. Eres Dimitri Gravitch. Tú controlas esta ciudad. Muéstrales —dice, y lo enuncia tan claramente que es difícil no mirar sus labios fruncidos y quedar hipnotizado.

—Cuando esto termine… —da un paso atrás y comienza a desabotonarse la blusa—. Seré tu camarera privada cada noche durante todo el tiempo que me quieras…

—¿Todas las noches? —La imagen mental que tengo de ella en mi casa cada noche haciendo lo que yo quiera hace que se me endurezca.

—Todas y cada una de las noches. —Está a mitad de camino con los botones y veo su sujetador asomando. —Te serviré bebidas, cena y cualquier otra cosa que quieras…

—¿Cualquier cosa? —pregunto, dándome cuenta de lo que está haciendo.

—Cualquier cosa —maúlla, y luego me sonríe mientras termina de abrochar los últimos botones.

Su camisa se abre, y puedo ver el encaje negro de su sujetador contra su piel pálida. Se quita lentamente la tela de los hombros y la deja caer al suelo. El movimiento es deliberado y provocador.

—Ven aquí —gruño, cediendo a sus avances. Puede que aún pierda esta pelea en general, pero ahora no quiero nada más que sentirla contra mi cuerpo. La agarro por la cintura y la acerco a mí. Mis manos suben por sus costados, sintiendo cada curva, y rodean su espalda para desabrocharle el sujetador, dejando que el encaje caiga y se una a su camisa en el suelo.

—Eres tan hermosa. —Le acaricio los pechos con mis palmas y ella gime suavemente cuando pellizco un pezón. Se endurece bajo mi provocación. —Voy a hacerte sentir tan bien que olvidarás por qué estábamos discutiendo.

—¿Eso era discutir? —maúlla. Alcanza mi cinturón con dedos decididos. —Pensé que estábamos negociando nuestra asociación.

—¿Es eso lo que tú llamas negociar? —La capturo con un beso profundo mientras sus manos trabajan en la hebilla de mi cinturón.

Lo abre y desliza el cuero fuera de los ojales. Luego sus dedos están en mi botón y la cremallera, y empuja mis pantalones por mis caderas. Me quito de ellos y los aparto de una patada sin romper el beso.

Cuando llego al botón de sus pantalones, ella retrocede con una sonrisa traviesa.

—Mmm, todavía no. —Se arrodilla frente a mí, y la vista por sí sola casi me deshace. Sus dedos envuelven mi erección mientras se lame los labios y dice: —Puedo ser una muy buena chica cuando quiero… si mi pareja me respeta.

Mi corazón late con fuerza en el pecho mientras me acaricia lentamente de la cabeza a la base y hace que mis caderas se sacudan hacia adelante. Dios, es increíble.

—Mírame —gruño, enredando suavemente mis dedos en su cabello. Le levanto ligeramente la barbilla mientras su lengua va desde mi base hasta la punta y una sonrisa traviesa cruza sus labios. —Quiero ver tu cara cuando me metas en tu boca.

Levanta la mirada y nuestros ojos se encuentran mientras se inclina hacia adelante. Su lengua traza un círculo caliente alrededor de mí antes de llevarme al calor húmedo de su boca. La sensación es abrumadora y tengo que obligarme a no empujar.

—Buena chica. —El elogio la hace gemir alrededor de mí y la vibración casi rompe mi control. —Toma más de mí.

Lo hace. Me toma más profundo hasta que siento cómo se ahoga alrededor de mí, y sus ojos se llenan de lágrimas, pero no se aparta. Cuando finalmente lo hace, es solo para envolver mi sensible cabeza con su lengua antes de tomarse de nuevo profundamente.

—Así. —Aprieto mi agarre en su cabello guiando su ritmo. —Te ves tan perfecta así. De rodillas chupándome.

Su mano trabaja en tándem con su boca, acariciando lo que no puede caber. La combinación me está llevando al límite más rápido de lo que quiero. Puedo sentir la presión acumulándose en la parte baja de mi espalda, profundamente en mis testículos.

—Whoa… —La aparto de mí con un sonido húmedo antes de perder todo el control. —Por mucho que me encante tu boca, no voy a acabar allí.

Se sienta sobre sus talones con los labios hinchados y los ojos oscuros y dilatados. —¿Por qué no? Quiero saborearte.

—Porque cuando llegue esta noche, será enterrado profundamente dentro de ti. —La ayudo a levantarse y mis manos van inmediatamente a sus pantalones. —Ahora quítatelos antes de que los arranque.

Los desabrocha con dedos temblorosos y se quita la tela junto con su ropa interior. Entonces está completamente desnuda frente a mí y la levanto. Se ríe y envuelve sus brazos alrededor de mis hombros mientras sus piernas se envuelven automáticamente alrededor de mi cintura. Su centro presiona contra mi estómago, y puedo sentir lo mojada que ya está.

—¿De verdad quieres mi cuerpo y no mi boca? —pregunta mientras muerdo su hombro, luego la parte interna de su bícep.

—Sí, y voy a tomar lo que quiero.

La llevo por el pasillo y empujo la puerta del dormitorio, caminando para dejarla en el borde del colchón. Comienza a retroceder hacia las almohadas, pero le agarro el tobillo y la vuelvo a tirar.

—Quédate justo ahí. —Me arrodillo frente a ella y separo sus muslos bruscamente. —Voy a tomarme mi tiempo devorándote hasta que tus jugos cubran mi cara.

Me tomo mi tiempo, besando y lamiendo su muslo interno mientras evito deliberadamente dónde más me quiere. Ya se está retorciendo y apenas la he tocado.

—Por favor. —Su voz es entrecortada. —Deja de provocarme.

—Acabamos de empezar. —Cambio a su otro muslo y repito el mismo camino tortuoso. —Te dije que iba a tomarme mi tiempo.

Cuando finalmente pongo mi boca en sus suaves pliegues, es solo un ligero roce de mi lengua. Ella jadea y sus caderas se levantan buscando más presión, pero me aparto.

—Paciencia. —Soplo aire fresco sobre su carne caliente y la veo estremecerse. —Las cosas buenas llegan a quienes esperan.

La trabajo lentamente. Alternando entre lamidos largos y lentos y atención enfocada en su punto más sensible, pero nunca con suficiente presión para llevarla al límite. Sus manos se aferran a las sábanas y su respiración se vuelve entrecortada.

—Necesito más —suplica. —Por favor, necesito tus dedos.

—Todavía no —continúo al mismo ritmo exasperante con solo mi lengua—. Todavía no estás preparada.

Sigo así durante varios minutos más hasta que ella se retuerce y casi solloza de necesidad. Solo entonces deslizo un dedo dentro de ella. Está empapada y se contrae alrededor de un solo dedo.

—Más —mueve sus caderas tratando de llevarme más adentro—. Por Dios, deja de torturarme.

Me río contra su piel y añado un segundo dedo, curvándolos para encontrar su punto dulce mientras mi lengua finalmente aplica presión real sobre su clítoris y, por fin, ella comienza a retorcerse.

—Oh, Dios —sus muslos tiemblan—. Estoy tan cerca.

Continúo trabajándola con dedos y lengua, llevándola al borde y luego retrocediendo lo suficiente para mantenerla allí. Ella emite sonidos desesperados y tira de mi pelo.

—Por favor —gime—. Por favor, déjame venir. No puedo más.

—Está bien… Ven por mí —aumento la presión con ambos dedos y mi lengua—. Hazlo ahora.

Su espalda se arquea fuera de la cama y gruñe con fuerza cuando el primer orgasmo la atraviesa. Siento su pulso y se contrae alrededor de mis dedos mientras la ayudo a través de cada ola. Sus caderas se elevan de la cama, y se sacude una y otra vez, haciendo que mi dolorosamente erecto pene palpite, deseándola. Cuando las ondas secundarias comienzan a desvanecerse, reduzco la velocidad pero no me detengo por completo.

—Demasiado —jadea con fuerza, intentando apartar mi cabeza—. Necesito un minuto.

—Lo tendrás —coloco un beso más en su muslo interno y me levanto—. Pero solo uno.

Agarro sus caderas y la acerco al borde de la cama, colocándome entre sus muslos abiertos. Ella todavía intenta recuperar el aliento cuando paso mi longitud a través de su humedad, cubriéndome.

—Espera, todavía estoy… —empieza pero se interrumpe con un gemido cuando empujo lentamente hacia dentro.

Entro centímetro a centímetro, dejándola sentir cada parte de mí estirándola. Cuando estoy completamente dentro, hago una pausa, dándole tiempo a su cuerpo para adaptarse.

—Te sientes perfecta envolviéndome —me inclino sobre ella, apoyándome en mis antebrazos—. Como si hubieras sido hecha solo para mí.

Empiezo a empujar con embestidas lentas y profundas —nada frenético o desesperado todavía—. Y la presión constante la hace jadear cada vez que llego al fondo. Me encanta ver su rostro retorcerse y contorsionarse, y su espalda arquearse de placer.

—Envuelve tus piernas alrededor de mí —la ayudo a colocarlas más arriba en mi cintura—. Así está bien.

El nuevo ángulo me permite entrar más profundo y ella gime con cada embestida. Mantengo el mismo ritmo lento, aumentando la presión gradualmente mientras sus uñas se clavan en mis hombros y su respiración se acelera.

—Más rápido —mueve sus caderas al encuentro de mis empujes—. Por favor, necesito más.

—Oye, ¿por qué apresurar algo increíble? —purrurro, y Tatiana agarra mis caderas con fuerza, clavándome las uñas.

Continúo con las embestidas lentas y profundas y la siento acercarse nuevamente por la forma en que comienza a apretarse alrededor de mí. Solo entonces aumento ligeramente el ritmo.

—Sí —su cabeza cae hacia atrás—. Así mismo. No pares.

Llego entre nosotros y encuentro donde estamos unidos, rozando ese haz de nervios con mi pulgar. La estimulación adicional la hace jadear y aferrarse a mí.

—Oh, Dios —gruñe—. Tan cerca.

—Sí, yo también —puedo sentir que mi propio control comienza a deslizarse—. Ven conmigo esta vez.

Aumento tanto el ritmo de mis embestidas como la presión de mi pulgar. Ella está al borde y yo no estoy muy lejos.

—Ahora —empujo más fuerte—. Déjate ir.

Cuando ella se suelta, yo también lo hago. Siento sus pulsos alrededor de mí, sus paredes revoloteando mientras un rugido brota de su pecho. Y agarro sus caderas tan fuerte que ella grita, pero no puedo evitarlo. El orgasmo es poderoso y mis testículos sienten que van a explotar hasta que siento el pulso ardiente y mi semilla se derrama en ella.

—Mierda —gruño, apretando los dientes, y las uñas de Tatiana se clavan más fuerte, como si estuvieran sacando sangre.

—Oh, Dios —respira, y reduzco mis embestidas, bombeándola unas cuantas veces más antes de acomodarme completamente y aflojar mi agarre.

Sus piernas se relajan, sus manos caen sobre su vientre, y siento sus jugos corriendo por mis testículos. Ni siquiera puedo pensar claramente mientras las endorfinas se vuelven locas dentro de mi cuerpo. Me siento drogado y relajado, y estoy eufórico por dentro.

—Joder, te quiero, ¿lo sabías? —le digo, y en lugar de sentir el pánico de perder el control o el miedo de que mis enemigos me arruinen con mi debilidad, me siento poderoso. Como si amar a esta mujer me hiciera diez veces más fuerte que cualquier hombre vivo.

—Lo sé… —dice ella, sonriendo—. Joder, también te quiero. Y estoy haciendo mi trabajo. Puedes protegerme si quieres, pero no puedes interponerte en mi camino.

Siento que todavía tenemos que hablar sobre esto, pero ¿cómo puedo detenerla? Especialmente cuando mi hermano ya ha tomado su decisión.

—No estoy contento —le digo.

—No tienes que estar contento. Eres más fuerte cuando estás enfadado. Ahora bésame, idiota.

Me inclino y la beso, pensando en todas las razones del mundo por las que esto es una mala idea. Pero ahora mismo, lo único que me viene a la mente es lo increíble que se siente estar enterrado dentro de ella. Y si puedo llegar a casa a esto todos los días, entonces tal vez valga la pena el riesgo.

30

TATIANA

El detective que espera en la entrada lateral de la comisaría parece aburrido. Está apoyado en el marco de la puerta con un cigarrillo entre los dedos y deslizando el dedo por su móvil con la otra mano. Cuando me acerco, me mira y arroja el cigarrillo al suelo.

—¿Tú eres Tatiana Sarnova? —No espera una respuesta antes de abrir la puerta.

—Soy Tatiana —digo con cautela, pasando junto a él hacia el pasillo débilmente iluminado—. ¿Quién eres?

—Rashid —gruñe mientras cierra la puerta tras nosotros y comienza a caminar sin comprobar si le sigo—. Vamos a terminar con esto. Tengo entradas para un partido a las nueve. Lleva puesto un uniforme de policía, pero no actúa como tal. Miro nerviosamente las paredes de bloques de hormigón pintadas de manera sencilla y le sigo lentamente.

Dimitri y yo discutimos varias veces antes de que finalmente cediera y me escuchara, con condiciones. Una de ellas es esta estúpida chaleco antibalas con placas de cerámica pesadas. Es tan

voluminoso y llamativo, pero sabía que nunca me dejaría salir de su ático si no me lo ponía.

—¿Siempre está tan vacío los viernes por la noche? —Tiro del borde del chaleco, ajusto la sudadera enorme que me obligaron a ponerme y noto lo extrañamente silencioso que está. Prácticamente no hay más oficiales aquí. Dimitri dijo que el que conocería esta noche está en su nómina. Me pregunto cuántos más en este lugar también lo están, o si saben que este hombre lo está.

—He enviado a casi todos a casa temprano —me mira por encima del hombro—. Fuga de gas en el ala sur. Un auténtico coñazo, pero mejor prevenir que lamentar, ¿no?

Me habla como si no supiera todo lo que está pasando, o quizás lo dice por alguna otra razón: las cámaras graban el sonido o algo así, quién sabe. No necesito conocer la versión oficial de lo que le dijeron a la gente para sacarlos del edificio. Simplemente me parece fascinante que Dimitri tenga tanto poder.

Y no me gusta nada el comportamiento de este tipo. Pensé que si estos hombres estaban en la nómina de Dimitri, sería más probable que me ayudaran a sentirme tranquila. No me arrepiento de haber presionado a Dimitri para que me dejara venir, pero es un poco más aterrador de lo que pensaba. Este gilipollas podría al menos intentar ayudarme a calmarme.

—Entonces, ¿cuál es el chiste? —pregunto para romper el silencio.

Me lleva en silencio hasta una puerta de metal que está cerrada. Está pintada con pinceladas gruesas fáciles de distinguir, como si alguien lo hubiera hecho rápidamente y no de manera profesional. Y se vuelve hacia mí con el ceño fruncido mientras agarra el pomo.

—El mayor general Popov está esperando dentro —dice Rashid al abrir la puerta—. Te hará algunas preguntas sobre la noche del asesinato. Responde de manera natural y no lo pienses demasiado.

—Vale —digo, tomando aire y entrando en la habitación.

El espacio es pequeño, con paredes de hormigón pintadas de un feo color beige. Hay una mesa de metal en el centro con dos sillas a un lado y una al otro. El mayor general Popov está de pie cerca de la pared del fondo, vistiendo un traje elegante y zapatos lustrados. Es mayor de lo que esperaba, con el pelo gris y ojos penetrantes que me evalúan de inmediato.

—Señorita Sarnova —hace un gesto hacia la silla individual—. Por favor, siéntese.

Me siento, y Rashid ocupa una de las sillas frente a mí. Popov permanece de pie cerca de la pared con los brazos cruzados. Las luces fluorescentes zumban por encima y hacen que todo parezca descolorido e institucional, y esto se siente más como un interrogatorio real de lo que debería.

Dimitri me dijo que estos hombres están en su nómina. Solo están aquí para hacer que esto parezca legítimo mientras me protegen en realidad. Pero esta habitación me pone la piel de gallina de todas formas.

—Gracias por venir esta noche —dice Popov con voz formal—. He oído que lo has pasado muy mal, y por eso lo siento. Me gustaría que esto fuera lo menos doloroso posible para ti.

—No pasa nada —respondo mientras tiro del chaleco que llevo bajo la camisa. El material grueso es incómodo y me hace sudar, pero saber que está ahí me ayuda a respirar mejor. El objetivo de todo este ejercicio es sacar a Malcom Kozlov a la luz mientras viene a por mí. Eso significa que volarán balas y yo estaré agachándome para cubrirme. Sé por qué Dimitri quiere que me vaya de aquí, y ahora estoy empezando a replanteármelo.

—Entiendo que presenciaste un asesinato fuera del casino Gravitch hace varias semanas —me dice Popov mirándome como un policía de verdad, aunque estoy bastante seguro de que en realidad no tiene intención de que esto sea una entrevista real.

—Sí, lo presencié —respondo sin emoción. No me había dado cuenta de que realmente me iban a obligar a hablar de esta mierda.

—Solo tengo curiosidad por algunas cosas antes de archivar este caso… —Popov me mira con escepticismo, y tengo la sensación de que me van a poner en un aprieto antes de que esto termine.

—¿Archivarlo? —murmuro. ¿La policía va a barrer un asesinato bajo la alfombra? Dimitri realmente tiene más poder del que pensaba.

Popov cambia su peso y me mira directamente. —Sí, está por todas las noticias, pero sin un cuerpo, no tenemos pruebas físicas de que se haya cometido un crimen.

Me están diciendo que nadie va a resolver el asesinato de Yakov Volodin porque los Gravitch lo hicieron desaparecer tan completamente que la policía no tiene nada con lo que trabajar. Lo que significa que todavía estoy siendo cazado, y toda esta trampa para atrapar a Malcom Kozlov es inútil, pero sigo desempeñando el papel de socio obediente. Debería haberlo sabido mejor.

Rashid golpea los dedos sobre la mesa metálica. Algo en este tipo me da mala espina. —El departamento no va a desperdiciar recursos persiguiendo algo que quizás ni siquiera haya sucedido.

Apoyo los codos en la mesa y la cabeza sobre las palmas de las manos. No les importa a los hombres que me están cazando que la policía vaya a abandonar la pista. Seguirán viniendo. Tengo que recordármelo para no enfadarme con Dimitri. Él no hizo esto. No es culpa suya. No puedo descargar mi ira sobre él, por más frustrante que sea saber que me están cazando sin razón.

Estoy sumido en mi propia frustración cuando un fuerte estruendo me hace vibrar. La explosión que atraviesa el edificio destroza mis pensamientos y transforma el mundo en caos.

Pero el sonido no es como lo imaginas cuando lo ves en la televisión. Es tan fuerte que sacude físicamente las paredes, la mesa y cada célula de mi cuerpo. Las paredes tiemblan con tanta violencia que el

polvo cae de las baldosas del techo y la mesa metálica entre nosotros vibra con tanta fuerza que la siento en los huesos.

Las luces parpadean y luego se apagan por completo, sumiéndonos en la oscuridad durante varios latidos antes de que la energía de emergencia ilumine la habitación con una luz roja que hace que todo parezca como si estuviéramos atrapados en una pesadilla.

Entonces las alarmas comienzan a chillar y me tapo los oídos al instante, sintiendo cómo el pánico recorre mi pecho a una velocidad dolorosa. Rashid corre hacia la puerta con su arma en mano antes de que me dé cuenta de lo que está sucediendo. Popov abre la puerta de golpe, y el humo invade la habitación desde el pasillo.

—La entrada principal ha recibido un impacto directo —grita Popov mientras saca su arma—. Parece que han usado suficiente explosivo para destruir todo el maldito vestíbulo.

El sonido de los disparos estalla desde algún lugar más profundo de la comisaría, y no son los disparos dispersos de pistolas, sino el fuego sostenido de armas automáticas disparando en ráfagas controladas. Estos cabrones no están jugando.

La gente grita en varios idiomas y puedo oír el ruido de botas golpeando el suelo mientras los agentes corren hacia lo que está sucediendo en la parte delantera del edificio.

—Llévala a la salida trasera —dice Rashid corriendo más allá de Popov hacia el pasillo lleno de humo—. Yo ayudaré a establecer una línea defensiva.

Popov me agarra del brazo y me saca de la silla con tanta fuerza y rapidez que tropiezo. Corremos hacia el pasillo, donde el humo ya hace que sea difícil ver más de unos pocos metros en cualquier dirección, y apenas puedo respirar. Me quema los pulmones, raspándome por dentro como si estuviera respirando lava o ácido, y un ataque de tos me abruma mientras intento encontrar mi camino en la oscuridad.

El pasillo se ha convertido en una zona de guerra. Los agentes de policía salen de las oficinas con las armas preparadas. Los capitanes que vi cuando llegué están reunidos cerca del pasillo principal, gritando órdenes por sus radios mientras intentan coordinar una respuesta a un ataque para el que claramente no estaban preparados, mientras yo intento correr por mi vida.

¿Por qué nadie les avisó de que esto iba a pasar? Sé que algunos de ellos probablemente perderán la vida, y mi corazón ya se está rompiendo por sus familias. Casi me doy la vuelta, pero Popov es fuerte, arrastrándome lejos de los horribles sonidos.

—¡Código diez-trece, todas las unidades respondan! —uno de ellos grita en su radio—. ¡Tenemos múltiples sospechosos armados con armas automáticas dentro de la estación! ¡Repito, los sospechosos están dentro del edificio!

—¡Oficiales caídos en el vestíbulo principal! —Otra voz se une al caos desde algún lugar que no puedo ver—. ¡Necesitamos asistencia médica y refuerzos, ahora mismo!

Los disparos se intensifican, acercándose cada segundo más al lugar donde estamos apoyados contra una pared. Popov me arrastra en dirección contraria al enfrentamiento, moviéndose rápidamente mientras el humo se hace más denso. Avanzamos unos cuarenta pies antes de que otra explosión sacuda el edificio, proveniente de lo que parece ser el lado opuesto al de la primera detonación.

Las ventanas que bordean el pasillo se rompen hacia adentro con una fuerza tremenda, lanzando vidrios por el suelo en una ola mortal. Levanto los brazos para proteger mi rostro, pero algunos trozos aún se clavan en mis manos y siento algo caliente corriendo por mi mejilla.

—¡Múltiples puntos de brecha! —alguien grita cerca—. ¡Nos están atacando desde el ala este y el ala oeste simultáneamente! ¡Estamos completamente rodeados!

—¡Salida sur, muévete! —Popov me empuja por otro pasillo, y vuelvo a tropezar, usando la pared para mantenerme en pie. Para alguien que está intentando mantenerme con vida, no es muy amable—. ¡Ve ahora!

Corro entre el humo, el calor y la neblina rojiza que es la única luz que me permite orientarme, y mis oídos zumban tanto que apenas puedo escuchar sus instrucciones. ¿Dónde diablos está Dimitri? Se supone que debería estar aquí ya. Esto no era parte del plan.

Popov gira de repente y dispara varias veces hacia donde vinimos, y alguien grita. Oigo un cuerpo caer al suelo, pero no miro hacia atrás. Todo lo que puedo hacer es correr, buscando una puerta abierta o una ventana por la que pueda escapar. No se supone que fuera a terminar así.

—¡Sigue moviéndote y no te detengas! —Popov ordena detrás de mí, y no necesita decírmelo dos veces.

A través de la neblina, veo el resplandor rojo de una señal de salida en lo alto de la pared, a lo lejos. Me concentro en eso mientras corro con más fuerza, pero justo cuando paso junto a una habitación abierta, algo me golpea. Siento como si un coche se estrellara contra mi cuerpo, lanzándome violentamente contra una pared. Me estrello contra el marco de una puerta abierta y giro, golpeando mi mano en la pared opuesta. Duele tanto que gimo y chillo, pero todo sucede tan rápido que apenas puedo reaccionar.

Mi cuerpo golpea el suelo con fuerza, mi cabeza choca contra las baldosas de hormigón, y ruedo hacia la pared más lejana, agarrando mi pecho.

No puedo respirar.

Por un momento, veo estrellas aparecer y desaparecer en mi visión, y creo que voy a desmayarme mientras mis pulmones se contraen y el aire se niega a entrar.

Luego toso con fuerza y oigo más gritos y pasos que pasan tan cerca de mí que casi me pisan.

No sé dónde está Popov, ni Rashid, y por lo que sé, podrían estar muertos o desangrándose en algún lugar mientras yo estoy aquí luchando por recuperar el aliento. Me aprieto contra la pared mientras oigo más pasos acercándose y me doy cuenta de que no pueden verme debido al humo.

Cuando el primer indicio de aire se filtra en mis pulmones y las estrellas desaparecen de mi visión, veo bajo la capa de humo que estoy en una puerta abierta. A pocos pies de mí hay un escritorio, y si puedo rodearlo y meterme debajo, quizás logre salir vivo de esto.

Mi espalda me grita que no me mueva mientras empiezo a arrastrarme con los codos por el suelo, lleno de esquirlas de vidrio, hacia el escritorio. Mi cuerpo se arrastra sobre el hormigón, desgarrando aún más mi vientre ya lesionado, y después de luchar durante varios segundos dolorosos y aterradores, logro inhalar una bocanada de aire y meterme bajo el escritorio, donde nadie puede verme.

Me siento allí temblando, sintiendo cómo las lágrimas me queman los ojos y caen por mis mejillas mientras intento obligarme a no toser y me pregunto dónde está Dimitri y qué infierno estará enfrentando para que aún no haya llegado a mí.

Estos malditos están por todas partes, y sé que en cualquier momento comenzarán a revisar las habitaciones una por una, inspeccionando cada espacio disponible en busca de mí. Y cuando eso ocurra, no importará que lleve un chaleco antibalas. El arma estará apuntando a mi cabeza, no a mi corazón...

Que está latiendo tan fuerte que podría tener un paro cardíaco en este momento. Dimitri tiene que llegar pronto.

Tiene que hacerlo.

No puedo permitirme imaginar un escenario en el que no lo haga.

31

DIMITRI

La explosión hace temblar las ventanas de mi coche desde tres manzanas de distancia, y ya estoy en movimiento antes de que el sonido termine de resonar en la noche, con mi arma desenfundada. El plan era mantenerse atrás y coordinar los ataques simultáneos contra los lugares de Kozlov y Veche en la ciudad, pero en el momento en que escucho esa explosión, sé que algo ha salido catastróficamente mal.

Esperábamos que aparecieran unos pocos élites aquí, no explosivos y varias docenas de insurgentes. Sabía que no sería fácil, por eso mantuve a un grupo de hombres aquí. Rashid y Popov no pueden manejar esto solos.

—Jefe, hemos tenido múltiples explosiones en la comisaría —gruñe Kirill en mi comunicador mientras corro hacia el edificio—. ¡Parece que están atacando desde varios flancos!

—Organícense y respondan —ordeno, pero no reduzco la velocidad en absoluto. Le prometí a Tatiana que la mantendría a salvo, y no voy a romper esa promesa esta noche—. Envíen aviso a los demás equipos también.

Los disparos estallan a lo lejos y hacen que mi pulso se acelere. No vinieron solo preparados. Trajeron armas automáticas a una pelea con cuchillos. No están bromeando con esto, y no es solo una cacería por una mujer que fue testigo de un asesinato. Malcom nunca se arriesgaría a atacar abiertamente una comisaría de esta manera a menos que estuviera respondiendo directamente al ataque contra esa iglesia.

Sabe que esto es una guerra, y está mostrando sus cartas ahora. Y son aterradoramente fuertes.

La fachada de la comisaría ha quedado reducida a escombros y llamas, con cuerpos esparcidos por las escaleras y humo saliendo por las ventanas destrozadas. La gran destrucción me deja sin aliento mientras entro en la apertura, escuchando cómo mi comunicador crepita mientras llegan más informes de la destrucción. Esto no está bien.

—¡Tomad a la mitad de los hombres y aseguren la entrada principal! —le indico a Kirill—. ¡Matad a cualquiera que no lleve una placa!

Mis hombres comienzan a correr hacia el caos mientras yo doy la vuelta al edificio hacia la entrada trasera. Ese era el punto de extracción, donde Rashid y Popov debían sacar a Tatiana de manera segura mientras el ataque servía de distracción, pero si hicieron volar el frente tan mal, la salida trasera también podría estar comprometida.

Doblo la esquina y encuentro la puerta trasera intacta pero rodeada. Tres soldados de Kozlov están apostados frente a ella con las armas listas, claramente posicionados para atrapar a cualquiera que intente escapar. Levanto mi arma y disparo tres veces rápidamente antes de que se den cuenta de que estoy allí y observo cómo los cuerpos caen uno por uno mientras me acerco. Uno de ellos sigue vivo, alcanzando su arma, que se le cayó al ser alcanzado, y le pongo una bala entre los ojos antes de que pueda encontrar el gatillo.

Todo esto ha escalado más allá de lo que había planeado, que es lo que temía que podría suceder. Intenté advertir a Tatiana de lo arriesgado que era esto, pero ella se negó a escucharme, y ahora está allí dentro haciendo Dios sabe qué mientras toda la maldita alianza de Kozlov desciende como un enjambre de avispas furiosas.

La manilla no gira cuando lo intento —bloqueada desde dentro o atascada por las explosiones. Así que retrocedo y disparo dos veces al mecanismo de la cerradura. Los disparos son ensordecedores en el estrecho callejón, y el metal salta y se deforma, pero la puerta sigue sin ceder cuando le doy un golpe con el hombro.

—Hijo de puta. —Busco otra opción y veo la caja de emergencia contra incendios montada en la pared a unos seis metros de distancia.

Corro hacia ella y rompo el cristal con la culata de mi arma, luego meto la mano para coger el hacha que está montada allí. Es curioso cómo estas cosas están disponibles en casi todos los edificios, y sin embargo nunca había visto una utilizada para su propósito original hasta ahora. La llevo de vuelta a la puerta, la levanto por encima de mi cabeza y la golpeo contra la manilla con toda la fuerza que puedo reunir. El impacto me hace vibrar los brazos, pero la manilla apenas se abolla.

Vuelvo a golpear, y otra vez, y cada impacto resuena como una campana, pero el mecanismo aguanta. En el cuarto golpe, finalmente algo cede y la manilla se suelta de la puerta, cayendo al suelo con un estrépito. Dejo caer el hacha y vuelvo a desenfundar mi arma, disparando al mecanismo de la cerradura en el núcleo del conjunto de la manilla, y la puerta se abre de golpe. La abro de par en par, apuntando con mi arma, rezando para que, de alguna manera, en medio de este caos, Rashid y Popov hayan logrado mantener a Tatiana a salvo.

El pasillo trasero es una pesadilla de luces rojas de emergencia y humo espeso que dificulta la respiración. Los disparos resuenan desde múltiples direcciones y puedo escuchar a hombres gritando en

ruso, serbio e inglés. Cuerpos cubren el suelo, algunos con uniformes de policía y otros con equipo táctico. Paso por encima de ellos y avanzo más adentro del edificio con mi arma lista, conteniendo las ganas de toser y delatar mi posición.

Dos hombres con equipo táctico negro emergen de una habitación lateral y levantan sus armas. Disparo primero y ambos caen antes de que puedan disparar, y ni siquiera reduzco la velocidad. Sigo avanzando a través del humo, revisando cada puerta que paso en busca de amenazas o de algún rastro de Tatiana.

Cuando llego a la sala principal, veo a un hombre desplomado contra una pared con una insignia de policía. No es ninguno de mis hombres, pero no puedo ser exigente con que alguien me vea o me recuerde en este momento. Tengo que encontrarla.

—¿Dónde está? —Le agarro y le sacudo. —La testigo, ¿adónde la llevaron?

—Ala sur. —Señala un pasillo a mi izquierda. —La mujer fue por ahí… —Apunta hacia una zona con más humo donde todavía escucho el sonido intenso de disparos y frunzo el ceño.

Le suelto y avanzo en la dirección que indicó, sintiendo cómo aumenta una sensación de pánico en mi estómago. El ala sur está incluso peor que la sala principal, con más cadáveres y más daños por las explosiones. Tengo que saltar escombros y evitar pequeños incendios que arden en oficinas donde las ventanas estallaron.

Un hombre aparece desde una puerta frente a mí, y lo reconozco como uno del círculo íntimo de Malcom. Levanta su rifle, pero ya me estoy moviendo, tirándome hacia un lado cuando abre fuego. Las balas atraviesan el espacio donde estaba mientras me levanto rápidamente, cerrando la distancia antes de que pueda ajustar su puntería.

Agarro el cañón de su rifle y lo empujo hacia arriba mientras le clavo mi puño en la garganta. Se atraganta y retrocede tambaleándose,

perdiendo el control del arma, que aparto de un golpe y sigo con un puñetazo en la mandíbula que le hace girar la cabeza hacia atrás. Intenta alcanzar un cuchillo en su cinturón, pero soy más rápido, agarro su muñeca y la retuerzo hasta que algo se rompe con un crujido audible.

Sus gritos alertan a cualquiera cerca de que todavía hay combatientes vivos, y trata de escapar, pero no he terminado con él. Le clavo la rodilla en el estómago y, cuando se dobla, le golpeo la nuca con el codo. Se desploma mientras recojo mi arma de donde la dejé y sigo avanzando.

—¡Tatiana! —Grito, sin importarme quién me escuche. —¿Dónde estás?

Las oficinas a lo largo de este pasillo están todas oscuras y llenas de humo. Reviso cada una, limpiándolas como me entrenaron hace décadas, pero todas están vacías. Un policía muerto desplomado sobre un escritorio en una habitación me sobresalta por un segundo, pero lleva muerto el tiempo suficiente como para dejar de sangrar y todavía no hay rastro de ella.

La cuarta oficina tiene un escritorio en el centro, y algo me hace mirar más de cerca. Rodeo el escritorio y me arrodillo, mirando debajo donde la encuentro apretada contra la pared trasera con ambas manos sobre su boca y los ojos llenos de terror, con grandes lágrimas de cocodrilo resbalando por sus mejillas.

—Soy yo. —Enfundó mi arma y me acerco a ella. —Estás a salvo ahora.

Sale de debajo del escritorio y me abraza por el cuello, casi ahogándome, y siento que tiembla mientras la sostengo. No puedo creer esta mierda. No podría inventármelo si lo intentara. Esta mujer tiene que ser la más afortunada del mundo por sobrevivir a dos intentos de asesinato tan seguidos.

—¿Estás herida? —Me aparto, pasando mis manos por sus hombros y brazos en busca de sangre. —¿Te dispararon?

—El chaleco… —dice con voz ronca por la inhalación de humo. —Me duelen las costillas, pero creo que estoy bien.

Tiene un pequeño corte sobre la ceja que sangra, pero no parece profundo. Le agarro la mano y la llevo hacia la puerta, manteniendo mi arma lista por si encontramos más hostiles al salir.

—Quédate detrás de mí y no dejes de moverte pase lo que pase —le digo mientras la guío de vuelta al pasillo donde el humo se ha vuelto aún más espeso. —Nos vamos de aquí ahora mismo.

Logramos pasar por el ala sur sin encontrarnos con nadie más. Los disparos han disminuido considerablemente, lo que significa que mis hombres han asegurado el edificio o las fuerzas de Kozlov se han retirado. No espero para averiguar cuál es.

La puerta trasera sigue abierta donde la derribé, y salimos al callejón donde el aire fresco nunca había sabido tan bien. Tatiana jadea y tose, doblando su cuerpo mientras sus pulmones intentan expulsar todo el humo que inhaló. Mantengo una mano en su espalda mientras caminamos y observo en ambas direcciones en busca de más amenazas.

—¡Jefe! —Cuando Kirill asoma la cabeza desde la esquina, casi recibe un disparo en la frente, pero logro detenerme cuando dice—: Hemos asegurado el frente. Los hostiles están retrocediendo.

—Tráe el coche —ordeno, y ya estoy llevando a Tatiana hacia la calle. —Nos vamos ahora mismo.

Kirill corre, subiendo la cuadra, y menos de un minuto después, trae el vehículo. Empujo a Tatiana al asiento trasero antes de subir junto a ella.

Ella está apretada contra mi lado en el asiento trasero, todavía temblando pero viva. Es un pequeño milagro una vez más, y

mentalmente apunto rezar por la misericordia de Dios para mi despreciable alma por toda la gracia que he encontrado en las últimas semanas. Pongo mi brazo alrededor de sus hombros y la atraigo más cerca.

—Estás a salvo ahora —lo digo más para mí que para ella. —Te tengo.

—Oh, Dios —gime, enterrando su cara en mi pecho mientras la abrazo con más fuerza y cuento mis bendiciones.

—Shh, hey, estoy aquí. Se acabó, para siempre esta vez. Los conseguimos. —No puedo prometerle esto de verdad, pero puedo asegurarme de que nunca sepa cuán intensa se vuelve la guerra si nuestros hombres repartidos por la ciudad fallan.

Cuando llegamos al camino de entrada de Yuri, todo el lugar está iluminado como si hubiera una fiesta. Salimos del coche y noto varios otros ya aparcados aquí, junto con los dos que estaban siguiendo detrás de mí camino de vuelta desde la comisaría.

Yuri está esperando en su oficina con una botella de vodka ya abierta en su escritorio. Levanta la vista cuando entramos y frunce el ceño con preocupación al ver a Tatiana temblando a mi lado.

—¿Necesita un médico? —pregunta, ya alcanzando su teléfono, pero le hago un gesto para que no.

—Es solo un corte. Está bien. —La guío a una silla, y ella se hunde en ella agradecida mientras me giro hacia mi hermano para averiguar cómo han ido las cosas al otro lado de la ciudad. —¿Cuál es el estado de las otras operaciones?

—Éxito completo en todos los frentes. —Yuri sirve tres copas y nos entrega una a cada uno, y nunca le había visto una sonrisa más amplia. —El equipo de Lev atacó el almacén de Kozlov en el este y lo redujo a cenizas. Fyodor acabó con su casa principal de suministros en el distrito norte. Vadim destruyó su arsenal cerca de los muelles.

—¿Bajas? —pregunto mientras tomo un sorbo. Mi preocupación por Tatiana no ha desaparecido, pero es bueno escuchar que la alianza se está desmoronando.

—Ninguna de nuestra parte. —La sonrisa de Yuri es depredadora. —No puedo decir lo mismo de ellos. La estimación actual es de treinta y siete enemigos muertos y al menos una docena más heridos.

La puerta de la oficina se abre y Lev entra con Fyodor justo detrás de él. Ambos están cubiertos de hollín y una de las mangas de Fyodor está desgarrada, pero sonríen como si acabaran de ganar la lotería.

—Tío. —Lev asiente hacia Yuri antes de mirarme. —El lado este está completamente libre. No queda nada más que cenizas.

—El distrito norte es lo mismo. —Fyodor acepta una copa de vodka de Yuri. —Nos aseguramos de que no se pudiera rescatar nada.

Más de mis hombres entran y salen de la oficina durante los siguientes treinta minutos. Vadim informa que el almacén del muelle ardió durante una hora antes de que los bomberos pudieran siquiera acercarse. Lazar confirma que la casa segura de la familia Veche en los suburbios ha desaparecido. Y Oleg trae noticias de que su sede secundaria cerca del aeropuerto ha sido reducida a escombros.

Cada objetivo que identificamos ha sido atacado y destruido. Y cada arsenal de armas, drogas o dinero ha sido incautado o quemado. Las operaciones de Kozlov y Veche en San Petersburgo han sido efectivamente desmanteladas en un solo ataque coordinado.

—Ni una sola baja de nuestra parte. —Yuri levanta su copa. —A eso le llamo una operación exitosa.

Los hombres reunidos en la oficina levantan sus copas en respuesta, brindando por su victoria. Tatiana se sienta tranquilamente en su silla observando todo con ojos muy abiertos, aún procesando lo que ha pasado esta noche.

Me muevo para pararme al lado de su silla y pongo mi mano sobre su hombro. Ella levanta la mano y cubre la mía con la suya para hacerme saber que está bien. Todo esto es también gracias a ella. Sin su valentía y su disposición a arriesgarse por nosotros, nunca habríamos sabido que había un topo en nuestra organización o seguido su rastro hasta la fuente. Los datos del teléfono de Linda fueron la clave de todo esto.

—Por la familia Gravitch —dice Yuri, levantando su copa—, y por eliminar a nuestros enemigos.

Después de que el brindis y los relatos de las historias de guerra se desvanecen y los hombres salen uno a uno, ayudo a Tatiana a quitarse el chaleco y la ayudo a relajarse en el cómodo sillón reclinable de Yuri en la esquina con una botella de vodka y un cigarrillo. No quiero que adquiera un mal hábito, pero se lo ha ganado esta noche. Cuando se acomoda, me dirijo al armario de licores en busca de una botella nueva y no encuentro ninguna.

—Lo hiciste bien esta noche —aparece Yuri a mi lado con la botella de vodka—. Todos lo hicieron.

—No ha terminado —acepto otra copa, pero sé que aún queda más trabajo por hacer—. Malcom sigue ahí fuera.

—Pero su base de poder está destruida —Yuri señala a los hombres que salen de su oficina—. No tiene casas seguras, ni arsenales, ni dinero, ni soldados. Es solo un hombre huyendo por su vida.

—Un solo hombre todavía puede hacer mucho daño —miro a Tatiana —. Especialmente si está desesperado.

—Entonces lo cazaremos y terminaremos esto como es debido —Yuri agarra mi hombro y aprieta con fuerza—. Pero esta noche, celebramos nuestra victoria.

Cuando los demás salen y solo quedamos Yuri, yo, Lev y Vadim, pasamos de una celebración bulliciosa a una conversación tranquila, sentados en lados opuestos de la sala.

Tatiana finalmente se duerme en la silla con la cabeza inclinada hacia un lado, agotada por la experiencia y la bajada de adrenalina. La dejo dormir mientras acepto las felicitaciones de mi hermano y siento que también empiezo a sentir el cansancio.

Yuri se sienta frente a mí mientras Lev enciende un puro, y Vadim se queda dormido debido al exceso de alcohol. Estos hombres con los que estoy sentado son reyes y dioses entre los hombres. Fui un tonto al alejarme de mi familia, y sería aún más tonto si pensara que soy mejor que ellos. Gracias a ellos, mi vida ha adquirido un nuevo significado y propósito. Ahora les debo todo.

—Es más fuerte de lo que parece —Yuri toma un trago y luego inclina su copa hacia Tatiana—. La mayoría de la gente se habría quebrado bajo esa presión.

—Es testaruda —me río y asiento hacia ella—. Y valiente. Probablemente demasiado valiente para su propio bien.

—Se parece a alguien que conozco —Yuri sigue sonriendo tontamente—. Me pregunto de quién lo habrá aprendido.

Puedo aceptarlo a pesar de ser un leve golpe, y dejo mi copa vacía y me levanto, sobresaliendo sobre mi familia.

—Me quedo aquí esta noche —me apoyo contra la pared—. Creo que he bebido demasiado para conducir a casa con seguridad. Ha sido un día infernal, y estoy agotado.

—Por supuesto —Yuri no discute—. Me aseguraré de que no te molesten.

Mi corazón está lleno. Aunque la guerra sigue siendo posible y la amenaza de que los enemigos se alíen contra nosotros siempre está presente, ahora tengo un hogar aquí. Hace seis meses, nunca hubiera dicho eso. Regresé a San Petersburgo para ayudar a mi hermano a perseguir al asesino de su hijo, pensando que tal vez, solo tal vez, me abriría paso hacia la autoridad.

En cambio, recordé lo que es y hace una verdadera familia, y encontré el amor de mi vida escondido entre los estragos de la vida. ¿Qué más podría pedir?

32

EPÍLOGO

TATIANA

El vestido que Dimitri me compró la semana pasada me queda perfecto. Paso las manos por la tela azul oscuro y me miro una vez más en el espejo, asegurándome de que todo esté en su lugar para la celebración de esta noche. Llevo el pelo recogido en un estilo que me costó demasiado tiempo lograr, y la pequeña cicatriz sobre mi ceja, de aquella noche en la comisaría, casi ha desaparecido.

—Estás preciosa —aparece Dimitri detrás de mí en el espejo, ya vestido con un traje gris carbón que lo hace lucir peligrosamente atractivo. Sonrío a su reflejo y siento que mi cuerpo se calienta unos grados. Llevamos meses juntos y aún tiene ese efecto en mí.

—Tú tampoco estás nada mal —le doy la vuelta y le arreglo la corbata, aunque no necesita arreglo—. ¿Estás listo para esto?

—¿Una fiesta para celebrar el fin de una guerra? —Me acerca más por las caderas—. Llevo meses preparado.

Han pasado tres meses desde aquella terrible noche, pero acabamos de enterarnos de que Malcom finalmente ha muerto. Lo persiguieron hasta Serbia y encontraron más vínculos con los Balcanes, y fue el propio Luka Kolar quien le disparó en la cabeza.

Me mudé al apartamento de Dimitri cuando Lena decidió que prefería estar en casa con su madre, y el impacto de enterarme de lo de Arseniy me dejó destrozada. No pude trabajar durante unas semanas y el alquiler no se iba a pagar solo. Hasta ahora, Dimitri no ha sido insoportable.

—¿Te he dicho hoy lo afortunados que somos de que te dieras cuenta de que algo no cuadraba con Linda? —Las manos de Dimitri suben por mi espalda—. Nunca podríamos haberlo logrado sin ti.

—Lo has mencionado —sonrío contra su pecho—. De hecho, varias veces.

—Bueno, merece la pena repetirlo —me besa en la cabeza—. Si no te hubieras dado cuenta de lo sospechosa que estaba siendo, quizá nunca habríamos podido rastrear sus movimientos hasta su cuartel general.

Linda resultó ser exactamente lo que sospechábamos, un topo que había estado filtrando información a los Kozlov durante meses, ayudándoles a identificar objetivos y planificar ataques. El micrófono oculto en su teléfono grabó todas las conversaciones que mantuvo y con quién habló, y nos proporcionó un mapa completo de la infraestructura enemiga restante.

Usamos esa información para desmantelar sistemáticamente todo lo que les quedaba.

—Todavía no puedo creer que me dejaras volver al trabajo —me aparto un poco para mirarlo—. La mayoría de los hombres en tu posición habrían insistido en que me escondiera en algún lugar seguro. —Le atribuyo el mérito a él, pero sé que si Yuri no hubiera dado las órdenes, Dimitri me habría encerrado.

—Y ahora mírate, encargándote de la hospitalidad de todo el casino… —Sonríe y me besa en la frente.

—Como si tuvieras opción —bromeo, pero la decisión de ascenderme fue realmente suya. Yuri lo sugirió, pero Dimitri dirige este lugar. Me

encanta el trabajo también, y saber que hago una diferencia aquí me hace sentir increíble. Es una sensación tan buena trabajar en equipo con alguien y saber que valora tus opiniones y decisiones.

—Deberíamos bajar ya —miro el reloj de la mesilla de noche—. Yuri estará preguntándose dónde estamos.

—Que se lo pregunte —Dimitri se inclina y captura mi boca en un beso que me debilita las rodillas—. Estoy disfrutando de tenerte solo para mí.

—Tendremos mucho tiempo para eso más tarde —le devuelvo el beso con intensidad antes de salir de su abrazo—. Ahora mismo, tenemos una fiesta a la que asistir y una familia que quiere celebrar con nosotros. —Es extraño llamar ahora a estos hombres mi familia, aunque con hombres como estos a mi lado, ¿quién necesita un hermano mayor para protección? Además, se han ganado mi afecto y no estoy segura de a quién llamaría cuando Dimitri está trabajando y necesito que me abran un frasco apretado o capturen un ratón.

Suspira de forma dramática, pero me ofrece su brazo. —Vale. Pero solo porque lo has pedido amablemente.

Salimos del ático y tomamos el ascensor hasta la planta principal del casino, donde la fiesta ya está en marcha. Yuri reservó toda la sección VIP para la celebración de esta noche, llenándola de familiares y asociados de confianza que lucharon a nuestro lado, y me aseguré de que el lugar estuviera decorado como correspondía.

Yuri nos ve en cuanto salimos del ascensor y se acerca con una amplia sonrisa. Su esposa Inessa está a su lado, muy embarazada y radiante a pesar de parecer incómoda en su vestido de gala. Esto despierta en mí un anhelo por tener una familia.

—Ahí están. —Yuri abraza a Dimitri y luego me besa ambas mejillas en señal de saludo. —Empezábamos a pensar que habíais decidido no venir a vuestra propia celebración.

—No nos lo perderíamos por nada. —Dimitri le estrecha la mano a su hermano. —¿Cómo te sientes, Inessa?

—Como si estuviera a punto de dar a luz un coche pequeño. —Se ríe y se frota su vientre hinchado. —Pero el médico dice que todavía podría faltar una semana, así que estoy intentando disfrutar esta noche mientras puedo. Aunque he tenido algunas contracciones leves.

—Bueno, estás preciosa. —Le doy un abrazo suave, cuidando de no golpear su vientre. —Ese vestido te queda impresionante.

—Gracias, cariño. —Inessa me sonríe radiante. —He oído que has estado haciendo cosas maravillosas en el departamento de hostelería. Yuri dice que la satisfacción del cliente ha aumentado un treinta por ciento desde que te hiciste cargo.

—Se está quedando corta —interviene Yuri—. En realidad ha aumentado un cuarenta y dos por ciento. Esta mujer es una gestora nata.

Siento que me sonrojo ante los elogios, pero Dimitri me aprieta la mano y puedo ver el orgullo en su expresión. Ha apoyado mi trabajo desde que lo asumí, sin sugerir jamás que el puesto era inferior. Al contrario, me anima a asumir más responsabilidades.

La fiesta se llena rápidamente conforme llegan más familiares. Lev y Fyodor aparecen juntos con sus parejas, ambos igual de elegantes que sus tíos. Luego llega Vadim con su esposa, y Lazar y Oleg aparecen poco después con las copas ya en la mano.

Después de una hora de socializar, Yuri llama la atención de todos golpeando su copa con un cuchillo. Las conversaciones cesan y la gente se vuelve hacia él expectante.

—Gracias a todos por venir esta noche. —La voz de Yuri se proyecta por la habitación con autoridad natural. —Estamos aquí para celebrar algo que parecía imposible hace solo unos meses. La victoria total y completa sobre nuestros enemigos.

La gente alza sus copas y murmura en señal de acuerdo. Yuri espera a que se calmen antes de continuar.

—Quiero comenzar reconociendo a los hombres que lucharon a nuestro lado. —Señala hacia donde están varios soldados. —Su valentía y dedicación hicieron posible esta victoria. Arriesgaron sus vidas para proteger a esta familia y esta ciudad, y estaremos en deuda con vosotros para siempre.

Los hombres asienten con solemnidad, aceptando el reconocimiento con dignidad silenciosa.

—También quiero reconocer a mis sobrinos. —Yuri mira a Lev y Fyodor. —Ambos mostraron un liderazgo excepcional durante el conflicto. Habéis hecho que vuestro padre estuviera orgulloso y habéis demostrado que la próxima generación de esta familia está lista para continuar nuestro legado.

Lev y Fyodor intercambian una mirada y alzan sus copas hacia su tío.

—A mi primo Vadim —continúa Yuri—, tu experiencia táctica y lealtad inquebrantable fueron fundamentales para nuestro éxito. Gracias por estar a nuestro lado cuando otros podrían haber huido.

Vadim alza la barbilla en señal de reconocimiento y su esposa, Danica, apoya su cabeza en su hombro, abrazando dulcemente su bícep con ambos brazos.

—Y, por último. —La voz de Yuri se suaviza ligeramente al volverse hacia Dimitri. —A mi hermano. Estuvimos distanciados durante demasiados años, dejando que el orgullo y viejos desacuerdos nos separaran cuando deberíamos haber estado juntos. Este conflicto nos reunió y me recordó por qué la familia es lo más importante que tenemos.

Dimitri aprieta la mandíbula para ocultar su emoción, pero no aparta la mirada de su hermano.

—El apellido Gravitch es más fuerte ahora que nunca. —Yuri alza su copa bien alto. —Controlamos esta ciudad no a través del miedo, sino del respeto. Protegemos a los nuestros y eliminamos las amenazas antes de que puedan echar raíces. Ese es nuestro legado y es lo que transmitiremos a la próxima generación.

Todos alzan sus copas y brindan por las palabras de Yuri. La habitación se llena de aplausos y vítores mientras la gente celebra no solo la victoria, sino la unidad que la hizo posible.

—Una cosa más antes de continuar con la fiesta. —Yuri levanta la mano pidiendo silencio—. Si en algún momento esta noche desaparezco de repente, por favor, no asuman que me han secuestrado o que ha ocurrido algo terrible. —Esto provoca algunas risas nerviosas entre la multitud—. Mi hermosa esposa ha tenido contracciones leves. —Yuri rodea sus hombros con el brazo—. El médico dice que podría no ser nada o que el bebé podría venir antes de lo esperado. En cualquier caso, si se rompe la bolsa durante el postre, la llevaré al hospital de inmediato y todos vosotros podéis seguir celebrando sin nosotros.

Las risas nerviosas se convierten en una genuina diversión y cálidos aplausos. Inessa pone los ojos en blanco, pero sonríe mientras la gente se acerca para ofrecerle sus felicitaciones y buenos deseos.

Dimitri me acerca más hacia su lado mientras observamos a su hermano recibir la atención y los buenos deseos de familiares y amigos. Su mano descansa de manera posesiva sobre mi cadera, y puedo sentir la satisfacción que irradia de él.

—Parecen felices. —Apoyo mi cabeza en su hombro—. Realmente felices.

—Lo están. —Dimitri habla en voz baja para que solo yo pueda oírle, pero percibo el orgullo que siente por su hermano—. Yuri perdió a su hijo adulto hace casi un año. Este bebé lo es todo para él.

Se queda callado por un momento, y luego siento sus labios rozar mi oreja, lo que hace que un escalofrío cálido recorra mi piel. —¿Crees que alguna vez seré padre como mi hermano? —Su pregunta me hace brillar, y me giro en sus brazos para poder mirarle adecuadamente, estudiando su rostro para evaluar lo serio que es con esta pregunta.

—¿Quieres serlo? —Mantengo mi voz igual de baja.

—Quizás. —Recoge una mecha de pelo detrás de mi oreja—. Algún día… si tú también lo quisieras.

—Bueno. —Sonrío y alargo la mano para trazar la línea de su mandíbula con mis dedos—. Ahora somos compañeros en todo. Si quieres añadir pequeños humanos a nuestro acuerdo de compañerismo, estoy abierta a negociar esos términos.

—¿Negociar? —Sus ojos brillan de diversión—. ¿De qué tipo de términos estamos hablando?

—Oh, ya sabes. —Fingio considerarlo seriamente—. Provisiones estándar de compañerismo. Autoridad igualitaria en la toma de decisiones. Responsabilidades compartidas en la alimentación, el cambio de pañales y el manejo de rabietas. Un compromiso vinculante a estar presente en lugar de desaparecer durante días por negocios misteriosos.

—Esa última podría ser difícil. —Ahora está sonriendo—. Mis negocios son muy misteriosos.

—Entonces tendrás que volverte menos misterioso. —Le doy un beso suave—. Al menos cuando se trata de tu familia.

—Nuestra familia —me corrige—. Y sí, creo que puedo manejar eso.

La banda comienza a tocar algo más animado, y la gente empieza a dirigirse hacia la pequeña pista de baile que han preparado. Dimitri me guía entre la multitud y me atrae hacia sus brazos,

balanceándose conmigo al ritmo de la música mientras las conversaciones y risas continúan a nuestro alrededor.

Esta es ahora mi vida. Dirigir la hospitalidad de un casino propiedad de la mafia rusa, vivir con un hombre que es igual de peligroso que devoto, rodeada de una familia que me ha aceptado como una más y me protege con la misma ferocidad. No es la vida que imaginé para mí cuando mi madre nos trasladó a San Petersburgo en busca de un trabajo estable y un nuevo comienzo.

Es mejor.

—Te quiero —dice Dimitri contra mi pelo mientras bailamos—. Por si no lo he mencionado últimamente.

—Lo mencionaste esta mañana. —Sonrío contra su pecho—. Y anoche. Y la noche anterior.

—Bueno, vale la pena repetirlo. —Usa mis propias palabras contra mí.

—Vas a volverme loca con eso durante meses, ¿verdad? —Mis manos juegan perezosamente con los pelos en la nuca de su cuello.

—No será suficiente. —Me acerca más—. Planeo quedarme contigo para siempre.

—Para siempre me parece bien. —Apoyo mi cabeza en su hombro y le dejo guiarme en el baile—. Siempre que incluya más noches como esta.

—Así será —promete—. Todas las noches que quieras y más.

TAMBIÉN POR LEONA WHITE

El Clan Gravitch Serie

Su Novia Forzada || Su Maestra Cautiva || Su Mentira Perfecta || Su Esposa Reticente || Su Testigo Desafiante

Noche de Paz, Noches de Pecado Serie

Sangre y Nieve || Su Ajuste de Cuentas Navideño || Sangre & Muérdago

El Sindicato de Roma Serie

Pintado en Pecado || La Deuda Matrimonial || Bella Evidencia || La Rosa del Capo || La cautiva del asesino

El Legado de Baranov Serie

Rebelión Vigilada || Rendición Salvaje || Secretos Protegidos || Amor Indomable

La familia Constella Serie

Bajo su Protección || Bajo Su Mirada || Bajo su Control || Bajo Su Abrazo

Los Jefes de la Mafia Serie

El acuerdo irlandés || La Última Vendetta || La Novia del Pakhan

---